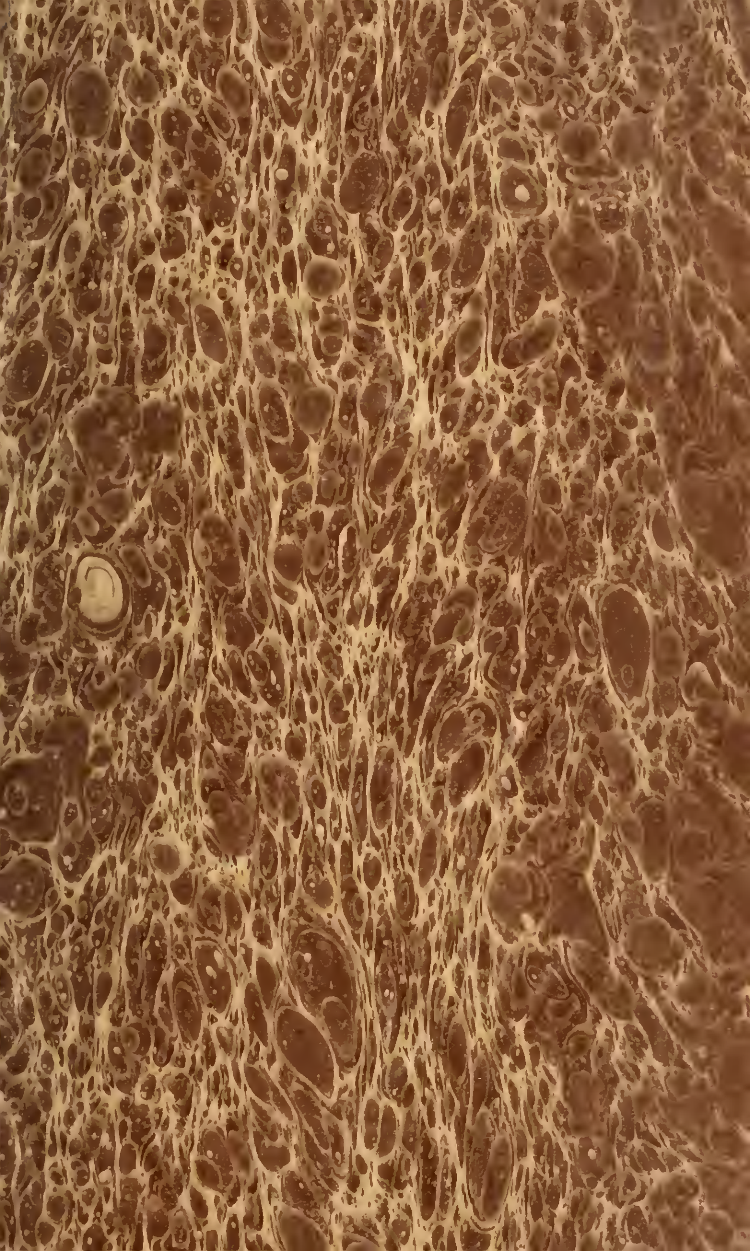



EX·LIBRIS
ROMERO & MARTINEZ



# GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

---

## I

# LA CONQUISTA

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

# GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

POR

G. FERRERO

I

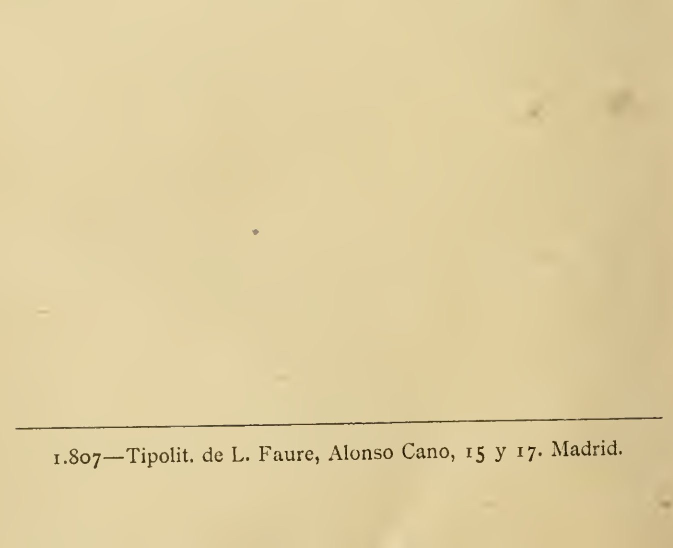
## LA CONQUISTA

---

TRADUCCIÓN DE

M. CIGES APARICIO

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1908



1.807—Tipolit. de L. Faure, Alonso Cano, 15 y 17. Madrid.

A MI PADRE

*Le dedico este volumen y toda la obra.*

# ADVERTENCIA

Este volumen es el primero de una obra en la que intento realizar un profundo estudio de la formación, progreso y decadencia del imperio romano.

Luego de resumir la historia de Roma desde sus remotos y obscuros comienzos hasta la muerte de Sila, el presente volumen entra en el pormenor de los acontecimientos que se han sucedido desde el año 78 al 59 antes de Cristo, esto es, desde la muerte del terrible dictador hasta el consulado de César. Durante ese período se observa entre qué intrigas y luchas, y bajo la influencia de qué fuerzas sociales se preparó el suceso más importante de la historia de Roma, la conquista de la Galia. En el segundo volumen se referirá cómo las legiones de César conquistaron el país de los celtas, qué efectos inmediatos produjo esa conquista en el mundo político de Roma y en la sociedad italiana, por qué singulares complicaciones de los acontecimientos la guerra de las Galias determinó la guerra civil entre César y Pompeyo, y por qué terribles vicisitudes pasaron

César y el mundo romano desde el comienzo de la guerra civil hasta los trágicos idus de Marzo del año 44 antes de Cristo. Espero que la conquista de la Galia se ofrecerá así en mi relato revistiendo un aspecto novísimo, y que se observará mejor cómo esa conquista hizo posible una civilización europea permitiendo á Roma iniciar su gran misión histórica de mediadora entre el Oriente civilizado y la Europa bárbara.

En los volúmenes sucesivos veremos cómo Roma é Italia, realizando esta misión, formaron paulatinamente con el ensamblaje de los innumerables Estados conquistados, la viva unidad del imperio; luego veremos cómo este gran organismo se disgregó poco á poco hasta desquiciarse.

Me he servido de esta traducción francesa para retocar numerosos pasajes, suprimiendo ó añadiendo lo que me parecía útil (1). Lo advierto al lector. Al mismo tiempo solicito su indulgencia para los cinco primeros capítulos que resumen la historia de Roma hasta la muerte de Sila. Este linaje de trabajo es harto ingrato y un autor disimula malamente sus defectos; pero ese resumen preliminar era indispensable para calar en la historia de César y de su tiempo.

GUILLERMO FERRERO.

Turín.

---

(1) Por esta razón el autor ha dispuesto que la traducción española se haga de la francesa.—N. DEL E.

# GRANDEZA Y DECADENCIA DE ROMA

# LA CONQUISTA

## I

### Pequeños comienzos de un gran imperio.

En la segunda mitad del quinto siglo antes de Cristo aún era Roma una república aristocrática de campesinos. Ocupaba una superficie de 450 millas cuadradas (1) aproximadamente, y tenía una población libre, desparramada casi toda ella por el campo y dividida en diecisiete distritos ó tribus rústicas que no debían pasar de 150.000 almas (2). La mayor parte de las fami-

(1) 1.000 kilómetros cuadrados. C. Beloch, *I. B.*, pág. 29 y siguiete, y 69.

(2) Cierto que según Tito Livio, III, 24, el censo del año 459 antes de Cristo había dado 117.319 ciudadanos, lo que suponía una población libre de 400.000 personas aproximadamente. Pero esta cifra me parece inverosímil; véase por qué: 1.°, si Roma hubiese tenido entonces 120.000 soldados, no le hubiera costado tanto trabajo vencer á los pueblecillos vecinos; 2.°, una población de 400 habitantes por kilómetro cuadrado, por muy pobre que fuera, no hubiera podido subsistir en una época en que Roma sólo vivía de los productos de su territorio; 3.°, esa cifra no concuerda con otras

lias poseían un pequeño campo, y padres é hijos, habitando juntos la misma cabaña, lo sembraban casi íntegramente de trigo, plantando algunas viñas y olivares. En las vecinas tierras del dominio público apacentaban algunas reses, y en el propio hogar construían los instrumentos rústicos, se hacían los vestidos, y sólo de tarde en tarde acudían á la ciudad fortificada. En ella estaban los templos de los dioses, el Gobierno de la República, las casas de los ricos, las tiendas de los artesanos y de los mercaderes, donde se cambiaba un poco de grano, de aceite y de vino, por sal, instrumentos agrícolas de hierro y armas. Allí se acudía á las fiestas religiosas; á cumplir con los deberes cívicos. Los propietarios estaban repartidos en cinco clases, según su fortuna; cada clase se dividió luego en centurias: cada propietario acudía con su voto á formar el de su centuria, que se contaba como uno, y así concurría á los comicios para la aprobación de las leyes y la elección de los primeros magistrados de la república.

Aunque todas las magistraturas fuesen electivas, Roma resultaba entonces una república doblemente

---

más seguras. Si en el año 339 antes de Cristo se contaban 135.000 ciudadanos en un territorio de 2.709 kilómetros cuadrados, y 260.321 ciudadanos por 4.161 kilómetros cuadrados en el 293 antes de Cristo (Beloch, *I. B.* pág. 89), y se supone que la densidad de población era la misma, Roma tenía que haber contado el 459 antes de Cristo, sobre unos 60.000 ciudadanos y 190.000 hombres libres. Pero la densidad debía de ser menor, siendo mayores la pobreza y la barbarie. De donde se sigue que, á lo más, pueden contarse 150.000 personas y 45.000 ciudadanos, lo que daría un ejército algo más numeroso que el de los 20.000 hombres supuestos por Mommsen. Cifras superiores no me parecen verosímiles.

aristocrática. No obstante de que en las centurias se ascendiese de las pertenecientes á las clases más pobres á las más ricas, contenían un número de electores cada vez más restringido. Además, las altas magistraturas quedaban reservadas por privilegio hereditario á un pequeño número de familias patricias que poseían más dilatadas tierras, rebaños y esclavos más numerosos.

Los hijos de senadores y los plebeyos de familias libres, suficientemente ricas y consideradas, formaban parte de un orden especial intermediario entre la nobleza y la plebe, el de los caballeros reconocidos por el Estado, y que, entre otros privilegios, tenían el de servir en la caballería en tiempo de guerra. La plebe se reunía en cada distrito para discutir sus intereses particulares; cada año nombraba á los tribunos del pueblo, que eran inviolables y podían oponer su veto á todos los actos de los magistrados. Las centurias no votaban para la elección de ciertos magistrados inferiores y para los asuntos corrientes, sino las tribus, esto es, todos los que estaban inscriptos en las diecisiete tribus rurales y en las cuatro tribus urbanas del bajo pueblo romano (1). Sin embargo, el poder residía en los patricios, también ellos campesinos, que no desdeñaban empuñar la azada y el arado (2). Sus moradas eran pequeñas y de pobre aspecto, su alimento era frugal, sus vestidos sencillísimos; poseían escasos metales preciosos,

---

(1) Cf. Las observaciones de Mommsen, *R. F.*, I, pág. 165, sobre lo dispuesto en las leyes Valéria-Horacia, del 449.

(2) Valerio Máximo, IV, págs. 4 y 5.—Plinio, *H. N.*, XVIII, III. 19.—Marquardt, *V. P. R.*, II, pág. 294.

y casi todos los menesteres realizábanlos en la propia casa, el pan como los vestidos, sirviéndose de sus esclavos y mujeres.

Así, pues, resultaba muy poca cosa lo que Roma compraba fuera: cerámicas para las construcciones y metales en Etruria, artísticos *bibelots* púnicos ó fenicios, objetos de marfil, perfumes para los funerales, púrpura para los vestidos de ceremonia de los magistrados, algunos esclavos. Exportábanse pocas mercancías: maderas para la construcción de navíos, y sal (1). Roma era pequeña y pobre: hasta los ricos patricios pasaban en el campo la mayoría del tiempo, y sólo iban á la ciudad para ejercer las magistraturas y asistir á las sesiones del Senado, asamblea de que formaban parte de por vida los antiguos magistrados, designados primero por los cónsules y luego por los censores. El Senado vigilaba á los magistrados, administraba el Tesoro, aprobaba las leyes votadas y las elecciones hechas por los comicios de las centurias y de las tribus (2), y discutía las cuestiones sobre la guerra y la paz, tan frecuentes entonces.

En efecto, toda Italia, hasta la Liguria, la Emilia, la Romaña, todavía pobladas, como la llanura del Po, por los ligures y celtas incultos, estaba sembrada de ciudadelas fortificadas semejantes á Roma, que custodiaban el

(1) Schiller-Voigt, pág. 291.—Voigt, *I. N.*, II, págs. 552 y 657.—Ciccotti, *T. S.*, pág. 146 y sig.

(2) No discuto aquí esta *auctoritas senatus* sobre los comicios de las tribus en aquellos remotísimos tiempos, á propósito de los cuales aún reina tanta incertidumbre. Trátase de un detalle sin gran importancia en esta rápida descripción de la antigua Roma, y que sería inútil tratar á fondo, ni siquiera en una nota.

curso de los ríos y defendían las llanuras desde las agrias cimas de los montes, obturaban las gargantas de las montañas y hacían señales desde lejos á los pequeños navíos de los mercaderes. Poseían constituciones aristocráticas ó populares, rara vez monárquicas; cada cual tenía un territorio más ó menos extenso; muchas de ellas formaban confederaciones según la raza y la lengua, oscosabélicas, en la Italia meridional; latinas, etruscas y umbrías, en la Italia central; helénicas en las bellas colonias griegas de las costas, Ancona, Tarento, Nápoles. Sin embargo, á pesar de estas alianzas, la lucha del hombre contra el hombre era contínua, de ciudad á ciudad, del monte á la llanura, del río á la mar, siempre alimentada por cuanto incita á la guerra entre bárbaros: la necesidad de esclavos, de tierras, de metales preciosos, el espíritu de aventura y la ambición de los grandes, los odios populares, la precisión de atacar para no ser atacados y destruídos. Roma, como las demás ciudades, estaba entonces comprometida en ese duelo interminable; pero en condiciones de peligrosa debilidad, aunque hubiese logrado agrupar á su alrededor, formando una confederación, á las republiquillas rurales del Lacio, cuyos pueblos hablaban la misma lengua latina. El ejército romano se componía de pequeños propietarios mandados por los propietarios ricos, pues mientras quien no poseía tierras carecía del derecho de ser soldado, todos los propietarios (y debían ser unos 30.000 hacia la mitad del quinto siglo antes de Cristo), desde los diecisiete hasta los cuarenta y seis años, tenían que presentarse cada vez que el cónsul proclamaba la leva, para formar en legiones y partir á las órdenes de los magistrados escogidos entre los pa-

tricios de posición holgada. Desgraciadamente, odios feroces se incubaban entonces entre ricos y pobres; la población aumentaba demasiado en el estrecho territorio; las guerras se convertían frecuentemente en causas de devastación y ruína; la tierra se agotaba con facilidad por el cultivo demasiado intenso de los cereales. Y mientras que los desventurados pequeños propietarios estaban agobiados de deudas, la nobleza, cuyas familias también eran numerosas, se apropiaba las mejores tierras conquistadas al enemigo y aumentaba sus propios rebaños en detrimento de los pastos públicos, cuyo disfrute arrebataba así á los pobres; y lo que es peor, prestaba usurariamente á los propietarios pobres, reduciéndolos en seguida á la esclavitud por la ley del *nexum*. Por otra parte, los plebeyos ricos aborrecían á los patricios, que les excluían de las magistraturas. De ahí pendencias, tumultos, divisiones, aun cuando la guerra fuese inminente.

Y sin embargo, al frente de la confederación latina, Roma venció paulatinamente á las demás ciudades y confederaciones de Italia, porque en su constitución alentaba una vigorosa disciplina, capaz de contener esa gran fuerza destructora de las naciones que se llama el placer, domando los vicios en la clase rica y poderosa, esto es, en la que se hubiese corrompido más fácilmente y hubiese propagado en todas partes la embriaguez, la crápula, el lujo de los metales preciosos, y el orgullo personal, que desea satisfacerse, aunque sea en detrimento de todos los hombres.

Roma supo ser bárbara sin los vicios de la barbarie, y por eso venció á tantos pueblos más civilizados, pero también más débiles por los vicios de su propia ci-

vilización. La antigua sociedad romana puede compararse á ciertas órdenes monásticas que conservaban en vigor esas ingeniosas combinaciones de enseñanzas, ejemplos, vigilancias y amenazas recíprocos con que un grupito de hombres — sometiendo cada uno de sus miembros á la tiranía de la opinión y de los sentimientos comunes, y arrebatándole todos los medios de vivir fuera de ese grupo—puede hacerles desplegar, al menos en ciertas obras, más celo, abnegación y disciplina, del que podría esperarse de ellos considerándolos individualmente. Todo en la Roma antigua estaba enderezado á conservar y aumentar en las altas clases la fuerza de esa combinación de ejemplos, de enseñanzas y de amenazas recíprocas: el estado de las fortunas, la religión, las instituciones, la severidad de las leyes; las exigencias del sentimiento público que deseaba verlas aplicadas inexorablemente por los padres á los hijos, por los maridos á las esposas: la familia, en suma, que era la primera escuela en esta dura disciplina de las almas. Las familias romanas aún eran por estos tiempos, y desde muchos puntos de vista, un resto de la edad patriarcal y al modo de otras tantas diminutas monarquías en que el padre mandaba como rey absoluto: sólo él poseía, vendía, compraba, contraía compromisos. Podía exigir plena obediencia del hijo como del servidor, á cualquier edad, cualquiera que fuese la magistratura que hubiese logrado. Podía expulsar y reducir á la miseria, vender como esclavo, condenar á los trabajos del campo al hijo rebelde, y obligar al cónsul que había mandado las legiones en la guerra á obedecer como un niño cuando tornaba á la casa paterna. Era juez supremo de la esposa, de los hijos,

de los nietos, de los esclavos, y debía de condenarlos él mismo, según las severas reglas dictadas por la costumbre, á veces hasta condenarlos á muerte por sus delitos con respecto á los demás, la familia ó el Estado (1).

La república aristocrática de los tiempos nuevos había dejado subsistir á esas pequeñas monarquías, aun subordinándolas y absorbiéndolas; pues una parte del esfuerzo necesario para la conservación del orden moral y político podía realizarse por los padres, en esos reinos minúsculos, más fácilmente que por los magistrados en el Estado. Luego con tal poder fué fácil á los padres el reprimir durante mucho tiempo en las nuevas generaciones ese espíritu de innovación de la juventud, que en todas las épocas aporta la corrupcción con el progreso; hacer de sus hijos lo que ellos mismos eran; habituar los muchachos á la sobriedad, á la castidad, á la resistencia, á la religión, á la escrupulosa observancia de las leyes y de las costumbres, al patriotismo estrecho, pero firme; hacerles aprender los preceptos fundamentales de la agricultura y de la economía doméstica; enseñar á las hijas que viviesen siempre bajo la autoridad de un hombre, padre, marido ó tutor, sin poseer nunca nada, ni siquiera su dote; á ser obedientes, sobrias, castas, atentas únicamente á los menesteres de la casa y de los hijos; inculcar á todos, hijos é hijas, la escrupulosa observancia de la tradición, la

(1) Dionisio de Halicarnaso, II, 25-27.—Bonfante, *D. R.*, página 151 y sig.—Fustel de Coulanges, *C. A.*, págs. 101-105.—Lange, *R. A.*, I, pág. 95 y sig.—Cf. el importante ejemplo de C. Flaminio, Cicerón, *De inv.*, II, XVII, 52.—Valerio Máximo, V, IV, 5.

fidelidad á las costumbres antiguas, el horror á todo lujo nuevo... ¡Y desgraciados de los indóciles y de los rebeldes! El padre y el tribunal doméstico hubiesen castigado sin piedad al hijo y á la esposa, porque la tradición y el ejemplo enseñaban la dureza, y era fácil el ser duros á unos hombres que desde su infancia habían gozado muy poco (1). Así educado, el noble romano hacía sus primeros ensayos en la guerra cuando aún era muy joven, militando en la caballería: todavía joven se casaba con una mujer que le aportaba una pequeña dote, y de la que debía tener muchos hijos. Luego comenzaba la lenta y larga carrera de la magistratura, se presentaba á los diferentes cargos electivos, según el orden establecido por las leyes. Pero nadie podía confiar en obtener el sufragio del pueblo y la sanción del Senado si no respetaba las tradiciones. Cada magistrado romano estaba provisto de importantes prerrogativas, tenía á sus órdenes numerosos domésticos, y era objeto de solemnes muestras de respeto; pero el poder estaba repartido entre muchos hombres y todas las magistraturas eran gratuítas, temporales, ordinariamente anuales; además, cada magistrado tenía siempre un colega, su igual en dignidad y poder, que le vigilaba y á la vez era vigilado por él; en fin, el Senado estaba sobre todos. Ningún magistrado podía violar las leyes y tradiciones sin grave motivo; todos debían obedecer como antes habían mandado, y, una vez devueltos á la vida privada, podían ser llamados para dar

---

(1) Los padres llegaban hasta condenar á muerte á los hijos: el caso no era raro, como dice Dionisio de Halicarnaso, VIII, 79.—Cf. Di Marzo, *S. P. C. R.*, I, pág. 27.

cuenta de todos sus actos. Desde el nacimiento hasta la muerte se acechaba sin tregua al hombre, y cuando el padre había desaparecido, el hijo se trocaba en gobernador absoluto de su familia, y encontraba en el foro, en los comicios, en el Senado, la vigilancia severa de los censores, prestos á borrarle de la lista de senadores si su vida no era honrada; del pueblo, que no le hubiese electo para las magistraturas; de cada ciudadano aislado, que podía acusarle.

Gracias á esta disciplina de las altas clases, Roma pudo vencer en la empresa que costó el fracaso á los etruscos, y elevarse paulatinamente sobre las demás repúblicas de Italia. Durante la segunda mitad del quinto siglo y las primeras décadas del cuarto antes de Cristo, Roma combatió al frente de la confederación latina contra los ecuos, los volscos, los etruscos, en una serie de guerras que le permitieron establecer cuatro nuevas tribus sobre su amplificado territorio, y fundar en 98.000 hectáreas de tierra firme conquistadas al enemigo, numerosas colonias latinas (1), donde muchos jóvenes de la clase media, cuyo escaso patrimonio les hubiese imposibilitado de casarse, adquirían la posibilidad de dar á Roma nuevos soldados, convirtiéndose en ciudadanos y propietarios de una nueva ciudad gobernada á imagen de Roma por leyes autónomas, mediante la única obligación para sus ciudadanos de combatir con las legiones. Fortificada merced á estos primeros éxitos, Roma se vió en seguida obligada á guerrear durante el final del cuarto siglo y la primera mitad del tercero, contra los samnitas, los etruscos, los sabinos, los

(1) Beloch, *I. B.*, pág. 149.

miembros rebeldes de la confederación latina, los galos de la costa adriática, las milicias griegas de Pirro venidas de Tarento. Se anexionó un dilatado territorio de 27.000 kilómetros cuadrados (1), es decir, todo el Lacio, parte de la Etruria oriental y occidental, la mayor parte de la Umbría, de las Marcas y de la Campania, reduciendo sus ciudades á *municipia*, sus habitantes á ciudadanos sujetos al servicio militar y al *tributum*, pero privados del derecho de voto. Sojuzgó ó se incorporó á Nápoles el año 326; á Camerino, Cortona, Perusa, Arezzo, el 310; á los marrucinos, marcos, pelignios, frentanios, el 305; á los vestinos, el 302, y más tarde obligó á Ancona y Tarento á concertar alianzas mediante las cuales estas ciudades y naciones, aunque conservando sus propias leyes é instituciones, se comprometían á suministrar á Roma contingentes militares y á estar representadas por el Senado romano en todos los litigios con los demás pueblos. En suma, Roma adquirió en estas guerras la alta soberanía sobre toda Italia. Pero más importantes que las consecuencias políticas fueron las económicas y sociales de esas guerras. La república y los particulares aumentaron considerablemente sus riquezas. El Estado dispuso de mayores rentas y se creó en toda Italia un gran patrimonio con los campos, con los pastos, con los bosques, que acotó y dió una parte, reservándose lo demás para atender á las necesidades ulteriores. Gran número de familias patricias y plebeyas se enriquecieron adquiriendo esclavos y tierras y cultivando en toda Italia extensos dominios de trigo, viñas y olivares, sirviéndose de las *familias* de escla-

(1) Beloch. *I. D.*, pág. 149.

vos puestos bajo la vigilancia de un contramaestre, esclavo también, y ayudado durante la siega y la vendimia de obreros libres tomados á jornal, que procedían de la ciudad vecina (1). En las tierras públicas de la Italia meridional hubo muchísimos de esos prados primitivos comparables á los que hoy se ven en Tejas y en las regiones más incultas de los Estados Unidos, donde inmensos rebaños de bueyes y carneros pastan en cualquier estación bajo el sol, duermen á la intemperie y son conducidos, en invierno como en estío, por robustos guardianes, de la montaña á la llanura y de la llanura á la montaña. Cuando Roma hubo sometido á su poder las costas de la Italia meridional, y el alto Apenino, fué posible la fructuosa explotación bárbara, y muchos romanos se apresuraron á intentarla (2). También afluyeron los metales preciosos, sobre todo la plata: con la guerra se recogieron abundantes (3), y en el año 269 ó 268 antes de Cristo, Roma empezó á acuñar moneda de plata (4). Los romanos pudieron participar desde entonces en el comercio del mundo, procurarse los refinamientos de la civilización helénica, mejor conocida á la sazón por los cambios más frecuentes con las colonias griegas de la Italia meridional (5); pues como los metales preciosos excitaban la co-

---

(1) Cf. el *De re rustica* de Catón, que describe las tierras de un rico señor durante la época en que la agricultura comenzaba á transformarse. Este libro sugiere una idea sobre la administración agrícola de las gentes ricas en el tercer siglo antes de Cristo.

(2) Nitzsch, *G. V.*, pág. 16.

(3) Tito-Livio, X, 46.—Schiller-Voigt, pág. 294.

(4) Babelón, *M. R. R.*, I, pág. XVIII.

(5) Schiller-Voigt, pág. 287.

dicia de todos los pueblos, civilizados ó bárbaros, como adornos brillantes y como tesoros fáciles de transportar y ocultar, eran en el mundo antiguo objeto constante de cambio y comercio, y de ellos se servían para las transacciones entre pueblos de civilización diferente. Las familias de los pequeños propietarios se multiplicaron en el territorio de las colonias y vivieron en posición más holgada.

Pero este enriquecimiento no debilitó las tradiciones ni fué inmediatamente seguido de un cambio en las costumbres ni de una revolución política. La parsimonia, la sencillez, la ruda austeridad de los tiempos antiguos se consideraron todavía como las más altas virtudes de una familia noble. La riqueza creciente no logró refinar á la masa ni aumentar los goces de los individuos; pero consolidó el poder en una fuerte aristocracia militar de ricos propietarios, forjada en el molde de la educación tradicional para el gobierno y para la guerra; ayudó á conquistar otras tierras y á poblarlas de agricultores y soldados latinos. Indudablemente, á compás que la clase media se hacía más numerosa, adquiría mayor holgura y conquistaba más influencia, se renovaban las clases directoras; la constitución se democratizaba; pero poco á poco, sin sacudidas, sin violentas interrupciones. Muchas familias plebeyas adquirieron tal poder con sus grandes riquezas empleadas en beneficio del pueblo, que las familias patricias, amenguadas y empobrecidas á la sazón, se vieron obligadas para reconstituir su comprometido patrimonio y no perder todo el poder, á acoger en su seno á esta rica burguesía plebeya, á concertar matrimonios con sus familias y á darlas participación en los negocios públi-

cos. En el año 421 ya se había decidido que los plebeyos pudiesen ejercer la primera y más importante magistratura, la cuestura, esto es, perseguir en calidad de cuestores urbanos á los acusados de crímenes capitales, administrar el Tesoro público, inspeccionar en calidad de cuestores militares los gastos del ejército y atender á su aprovisionamiento. En el 367 se estableció que hubiese un plebeyo entre los primeros magistrados de la república, que, con el nombre de cónsules, estaban encargados de convocar al Senado y á los comicios; de dirigir las elecciones de los magistrados, admitiendo ó rechazando á los candidatos; de proclamar las levas y de mandar los ejércitos durante la guerra. En el 365, los plebeyos pudieron ser electos ediles curules para vigilar la venta de los cereales y fijar su precio; para presidir á la conservación de los monumentos públicos, á la policía de las calles, de los mercados, de las plazas, y para determinar y regular las fiestas públicas. En el 350 fueron admitidos á la dictadura y á la censura. La dictadura era una magistratura extraordinaria, mediante la cual se concedía en un momento de supremo peligro y por un corto tiempo, plenos poderes á un solo hombre, dejando en suspenso la constitución. La censura era una magistratura ordinaria ejercida en común por dos censores, que compilaban el censo quinquenal de las personas y los bienes, de los ciudadanos romanos y de los municipios, y que también vigilaban las costumbres de los grandes; borraban en las listas de los senadores y caballeros á los que eran indignos, privaban de los derechos políticos al plebeyo de vida vergonzosa, presidían é inspeccionaban la construcción de las obras públicas y la percepción de los impuestos. En el año 337 los plebeyos pudieron ser

hasta pretores: juzgaban las causas civiles entre romanos y extranjeros, y reemplazaban á los cónsules ausentes ó enfermos. El antiguo patriciado hereditario y exclusivo se transformó así en una nobleza patricio-plebeya de ricos propietarios, que hizo concesiones sin dificultad al espíritu democrático de la clase media á medida que ésta aumentaba en importancia, gracias á su bienestar y á las victorias, cuyo mérito les correspondía en parte. Los pretores plebeyos no tardaron en ampliar los poderes legislativos de los comicios de las tribus, en los cuales desempeñaba la clase media un papel más importante que en los comicios de las centurias; el Senado tuvo que dar su dictamen antes y no después que las asambleas populares, sobre las proposiciones (1); las deliberaciones de las asambleas de la plebe recibieron por la *Lex Hortensia* fuerza de ley para todos los casos, sin la aprobación del Senado; las asambleas de las tribus se eximieron á la inspección del Senado, y los comicios de las centurias fueron reformados (2) hacia el 241, de suerte que los ricos perdieron mucha parte de su antiguo poder. Se llegó hasta conceder el derecho del voto á muchos *cives sine suffragio*, á los sabinos de Rietti, de Norcia, de Amiterno el 268, y hacia el 241 á los habitantes del Piceno y de Veletri (3). Sin embargo, la constitución de la república siguió siendo aristocrática como antes, pues la nueva nobleza patricio-plebeya supo persistir la única clase dominadora é impedir la formación de una

(1) Mommsen, R. F. I, pág. 157.—Willems, *S. R. R.*, II, pág. 73.
(2) Karlowa, *R. R. G.*, I, pág. 384.
(3) Beloch, *I. B.*, pág. 123.

poderosa oposición democrática, como se había formado en casi todas las repúblicas antiguas, por la fuerza de las tradiciones, por los grandes triunfos militares, por la buena administración pública, y por un largo sistema de clientela y de protección en provecho de la clase media. Era deber sagrado para cada una de las ricas familias senatoriales el asistir con su consejo, su dinero y su protección á cierto número de familias de medianos propietarios, y aun de ayudar á las que sobresalían por su valor y su inteligencia para que se elevasen hasta la nobleza por medio de las magistraturas (1). Sumisa, pues, á la protección de una nobleza que protegía las antiguas costumbres rústicas, la plebe también conservó las costumbres de los antepasados: siguió siendo una plebe valiente y fecunda de campesinos que invertían la mayor parte de sus ganancias en educar generaciones siempre más numerosas de campesinos y de soldados. Así es como Roma, durante los siglos cuarto y tercero antes de Cristo, no sólo pudo difundir en Italia su influencia y sus leyes, pero también su raza y su lengua, y fundar entre los años 334 y 264 dieciocho poderosas colonias latinas, entre las cuales Venosa, Lucera, Pesto, Benevento, Narni, Rímini y Fermo, diseminando por las diversas regiones de Italia á los fuertes cultivadores latinos, que la abundancia de las tierras estimulaba para ser prolíficos y aumentar el número de los que hablaban el latín en la confusa mezcla de las lenguas y de las razas itálicas. Esos campesinos lo mismo se prestaban á las fatigas de

(1) Ejemplo característico es el de Catón el Censor. Cf. Plutarco, *Cat. M.*, 1 y 3.

la vida de los campos que á las de la profesión militar; el sueldo de guerra y los dones de los generales después de la victoria eran para ellos un lucro añadido al de la tierra, y la guerra una industria complementaria de la agricultura. Con esos campesinos, que eran al mismo tiempo soldados, pudo la nobleza romana vencer por primera vez á Cartago, la gran potencia mercantil cuya expansión comercial acabó por ceder á la expansión militar y agrícola de Roma; con ellos logró dominar en el último cuarto del tercer siglo antes de Cristo, un vasto país poblado por seis millones de hombres aproximadamente, del que en caso de supremo peligro hubiese podido sacar 770.000 soldados de caballería é infantería: 273.000 ciudadanos, 85.000 latinos, 412.000 aliadios (1); en fin, con ellos pudo realizar, del 225 al 222, aquella gran guerra contra los galos de Italia que, haciendo á Roma dueña del valle del Po, le abrió el gran camino de su historia.

Si tal esfuerzo de guerras y conquistas pudo durar varios siglos, sólo fué porque Roma, gracias á la disciplina moral y al espíritu conservador de la nobleza, había persistido como sociedad agrícola, aristocrática y guerrera. La tierra no se conquista definitivamente, aun en las edades bárbaras, más que con el arado, no pertenece á los que las empapan de sangre en los choques feroces de los ejércitos, sino á los que luego de apoderarse de ellas, las laboran, las siembran y las pueblan. Hacia el final del tercer siglo antes de Cristo, Roma dominaba á Italia porque las más altas virtudes de todas las clases eran las de las sociedades rurales

(1) Polibio, II, 24.—Cf. Beloch, *I. B.*, pág. 94 y sig.

bien disciplinadas, como las que hoy encontramos entre los boers, sobriedad, pudor, sencillez de ideas y de costumbres, fuerza tranquila de voluntad, integridad, lealtad, paciencia, tranquilidad peculiar al hombre que carece de vicios, que no gasta sus fuerzas en los placeres, y que sabe pocas cosas. Pero las ideas realizaban lentos progresos: lo que era nuevo, no se admitía, á menos de que se tratase de supersticiones religiosas. El genio, como la locura ó el crimen y todo lo que no perteneciese á la tradición, se rechazaba: el formalismo, el empirismo, la superstición, parecían las formas supremas de la sabiduría. El derecho y la religión singularmente, perpetuaban entre los descendientes los errores y los terrores de los antepasados. Desdeñábanse la filosofía griega y las teorías generales: la literatura era muy pobre todavia, pues comprendía algunos cantos religiosos y populares en metro saturnino y varias composiciones dramáticas de las más ingenuas, tales como los cantos fescenios, las sátiras, las representaciones mímicas. La lengua literaria era tosca y mal concretada.

Pero nada es eterno en la vida, ni el bien ni el mal; y como el bien se trueca sin cesar en mal, y éste en bien, así el espíritu de disciplina y de sencillez se debilitó paulatinamente, á consecuencia de las victorias y del aumento en las riquezas, hacia la mitad del siglo tercero. La conquista de la Magna Grecia, de una buena parte de Sicilia, de Córcega y Cerdeña, las guerras dichosamente terminadas en Iliria, en Galia y contra Cartago rindieron y costaron mucho. Fué necesario aprovisionarse lejos de los grandes ejércitos y construir flotas; pero como el Senado romano no podía proveer á

tan grandes servicios públicos con un escaso número de magistraturas destinadas originariamente á satisfacer las necesidades de una pequeña ciudad, las adjudicaciones de esos servicios á traficantes particulares se hicieron frecuentes; y rápidamente, entre las dos guerras púnicas, se formó una clase de publicanos ó de abastecedores que debía ser en la sociedad agrícola el primer vehículo del espíritu mercantil y del lujo (1). Cuando se conquistó á Sicilia, el comercio de esta isla, de donde se exportaba mucho aceite y granos, pasó de los cartagineses á los mercaderes romanos é italianos, cuyo número y riqueza aumentaron (2); la aristocracia romana; que hasta entonces sólo había querido poseer tierras, imitó también á la nobleza cartaginesa, que ella había vencido, y que se componía de mercaderes, intentando análogamente insinuarse en los negocios, lanzando al mar pequeñas flotillas, traficando con las exportaciones de Sicilia y viviendo en el lujo. La sencillez de las costumbres tendió á disminuir, se relajó la disciplina de las familias; el tribunal doméstico se convocó más de tarde en tarde; los hijos, gracias al *peculium castrense*, se hicieron más independientes de los padres; las mujeres sufrieron menos la autoridad de los maridos y de los tutores; la cultura griega se difundió entre el pequeño número de las grandes familias; perfeccionáronse la lengua y la literatura. Un griego de Tarento, Andrónico,

---

(1) Según Tito Livio, XIII, 48, 11, parece ser que en el 215 los abastecedores eran ya numerosos en Roma. Cf. XXIII, 49, 1, y XXV, 3, 12.

(2) Polibio, I, 83, 10, demuestra que entre la primera y la segunda guerra púnicas eran ya numerosos los mercaderes italianos.

prisionero cuando la conquista de la ciudad en el 272, y vendido á un Livio que le emancipó, tradujo la Odisea en versos saturninos, abrió en Roma una escuela de griego y de latín, y fué el primero en traducir y adaptar con gran éxito varias comedias y tragedias griegas, intentando versificar en latín con metros griegos. Poco después Nevio, ciudadano romano originario de la Campania, le imitó y compuso un poema sobre la guerra púnica. La antigua unión de clases no pudo durar, y contra esta nobleza, demasiado observadora de los ejemplos cartagineses, harto codiciosa y egoísta, comenzó á formarse una oposición democrática, cuyo primer gran jefe fué Cayo Flaminio. Cuando en el 232 propuso que se asignase á la plebe una parte del territorio que á lo largo de la costa adriática se arrebató á los senones el año 283 y á los picentos el 268, hubo de vencer una violenta resistencia de los grandes, que probablemente prefirieron gozar ellos mismos de esos terrenos, arrendándoselos á los pobres. Y cuando los galos de aquende y allende el Po, aterrorizados de esas asignaciones, hicieron á Roma la gran guerra del 225-222, que terminó con la conquista del valle del Po y la fundación de Plasencia y de Cremona, la nobleza, que poco antes había amenazado á Cartago con una nueva guerra para quitarle á Cerdeña y Córcega, de las que esperaba obtener las mismas ganancias que de Sicilia, la nobleza imputó á Flaminio esta guerra, considerándola como una falta suya (1). Esta nobleza no condujo á la plebe, sino que fué empujada por ella hacia la gran llanura que se extiende al pie de los Alpes, llanu-

(1) Cf. Lange, *R. A.*, II, pág. 125 y sig.

ra fértil, cubierta de inmensos bosques de encinas, de extensos pantanos durmientes y de hermosos lagos; llanura poblada de aldeas célticas, surcada de rápidos arroyuelos, que arrastran en su curso el oro de las montañas; cruzada por el gran río que debió ofrecerse como un prodigio á los romanos, habituados á las mezquinas corrientes de la Italia central. No fué un hombre de insigne linaje, sino el jefe del partido pupular quien dió su nombre á la primer gran vía, la vía Flaminia, que unió á Roma con el valle del Po y condujo á las generaciones ignorantes fuera de los muros de la ciudad, en derechura al porvenir. La antigua sociedad aristocrática se acercó á los límites extremos de la grandeza y del poder, allende los cuales ya no era posible que progresase sin cambiar profundamente.

Sea lo que quiera, estos principios de discordia desaparecieron cuando Aníbal descendió de los Alpes, el año 218, al valle del Po, al frente del ejército con que la plutocracia cartaginesa esperaba destruir á su gran rival. Esta invasión de un país que podía contener 700.000 hombres, hecha con fuerzas relativamente pequeñas y á una inmensa distancia de la base de operaciones, era una empresa de audacia casi inverosímil. Pero el hecho de que durante tantos años se preguntase la gente si tal empresa no la conduciría Aníbal á dichoso término, demuestra bien claro la debilidad inherente á esa federación de repúblicas rurales de que era cabeza Roma. No hay nación viviente, sino un conglomerado de pueblos apenas mantenidos en cohesión por la fuerza de las armas, doquiera la manera de vivir, de pensar, de sentir, de poseer, no es armónica, ó en otros términos, donde la civilización no es una, al menos en las clases altas

y medias. Ahora bien, la vieja Roma agrícola, aristocrática y guerrera, sólo había podido reducir á una civilización exclusiva una limitada parte de Italia. La expansión de los pequeños propietarios unió á Roma numerosas regiones de Italia con los vínculos del lenguaje, de la tradición y de la política, pero las colonias y los municipios ni siquiera ocupaban entonces la mitad del territorio itálico, y la otra mitad estaba poseída por las ciudades aliadas, repúblicas aristocráticas en su mayoría, que continuaban haciendo vida solitaria y local, unidas á Roma por débiles lazos. Los romanos habían formado noblezas locales, especialmente en Etruria y en la Italia meridional, que eran el sostén mismo de Roma. Pusieron término á sus sangrientas discordias, les concedieron el mando de los contingentes reclutados entre la robusta generación de los pequeños propietarios, y, por consecuencia, les ofrecieron el medio de distinguirse en la guerra, de lograr consideración entre sus propios conciudadanos, de obtener oro, plata y nuevas riquezas. Así es como en Etruria y en la Italia meridional las grandes familias estaban unidas por los vínculos de la hospitalidad, de la amistad, á veces hasta del parentesco, con las familias preeminentes de Roma. Gustosamente aprendían el latín, afectaban admiración por la poderosa ciudad, por sus instituciones, por las ideas y las costumbres de sus grandes (1). Pero el pueblo, sin embargo, hablaba siempre la lengua nacional y con-

(1) Cf. algunos ejemplos de esta clientela y de esta amistad en Tito Livio, XXIII, 15, 7 y sig.; XXIII, 2; XXIII, 46 12. Cf. sobre todo, el caso del noble samnita que en la segunda guerra púnica combatió por Roma al frente de un cuerpo de ejército, Tito Livio, XXII, 24.

servaba los recuerdos de antaño, que parecían hermosos á las jóvenes generaciones descontentas de lo presente. Aníbal pareció comprender que Italia aún no era una nación, sino una confederación de pequeñas repúblicas, muchas de las cuales vivían de ellas mismas y para ellas mismas, y que sólo estaban unidas al poder de Roma por muy flojos lazos políticos. Sirviéndose de promesas, astucias y amenazas, logró inducir á la revuelta muchas ciudades aliadas, mientras que los ciudadanos romanos y los colonos latinos, que formaban juntos una verdadera nación agrícola y aristocrática, defendieron con heróica tenacidad la tierra que sus padres habían conquistado, laboreado, poblado, contra el héroe de la orgullosa plutocracia cartaginense, y Roma acabó venciendo: las virtudes de múltiples generaciones mediocres la irguieron sobre la grandeza accidental y personal del genio. Pero el antiguo orden de cosas quedó turbado por esta guerra teribIe, hasta el punto de no poderse ya restablecer. Con un esfuerzo tan insólito, entre los peligros de una guerra que duró diecisiete años, y que fué tan encarnizada en Italia, en España, en Grecia, en Sicilia, en África, Roma olvidó gran número de sus supersticiones conservadoras. Gastó todas las reservas públicas y privadas, los enormes botines obtenidos en los saqueos de Siracusa y de Cartagena; multiplicó las provisiones militares y con ellas las ocasiones de que se hicieran magníficos negocios; suspendió la observancia de muchas tradiciones políticas y algunas leyes, como la referente á la duración y orden de las magistraturas. La antigua prudencia cedió á un nuevo espíritu de juvenil audacia representado por Publio Escipión. Sin eso hubiera sido imposible triunfar

en esta gran guerra que aportó espléndidos resultados: la dominación de España, de Sicilia entera; la confiscación de parte del rico territorio de la Campania y del Leontino; la debilidad definitiva de las poblaciones de Italia aún no latinizadas; 120.000 libras de plata que Escipión transportó de África, y la renta de 200 talentos de plata que Cartago había de pagar durante cincuenta años.

## II

### Primera expansión militar y mercantil de Roma en el Mediterráneo.

Con esta guerra comienza una nueva historia de Roma y del mundo, sobre todo porque apresuró en Italia el advenimiento de la era mercantil en la antigua sociedad agrícola, aristocrática y guerrera. La guerra de Aníbal dejó una ardua herencia de guerras que Roma se vió obligada á empeñar apenas hubo concertado la paz con Cartago: en España, donde por todas partes había bárbaros que someter; en la llanura del Po, donde la invasión púnica había reanimado el espíritu de independencia; contra los ligures, que infestaban las rutas marítimas entre Italia y España, y saqueaban las costas galas é ibéricas; en Macedonia, donde el rey Filipo se había aliado con Cartago. Sangrienta entre todas fué la conquista de las regiones llamadas hoy la Romaña y la Emilia, donde por espacio de diez años, á contar del 200, los boyos renovaron sin cesar una terrible guerra de emboscadas, de sorpresas, de paz simulada, y de alzamientos súbitos hasta que en el 191, cuando la nobleza fué totalmente destruída, y el país devastado de arriba á abajo, toda la población apta

para tomar las armas fué aniquilada; los supervivientes se rindieron, y Roma pudo confiscarles la mitad del territorio (1). Sin embargo, no conviene suponer que la segunda victoria sobre Cartago comunicase á Roma el espíritu de conquista. Al contrario, terminada la guerra, se formó entre la aristocracia romana un partido que tuvo por jefe al vencedor mismo de Zama, Publio Escipión, que procuró desterrar las ambiciones de conquista, el imperialismo, diríamos hoy, que había cundido desde la primera guerra cartaginesa. El peligro corrido por Italia durante la invasión de Aníbal había atemorizado á los espíritus clarividentes; comprendían que los ciudadanos con que Roma seguramente podía contar en cualquier ocasión, apenas pasaban de 200.000, y que gran número de ellos, en su calidad de pequeños propietarios, no podían conservarse mucho tiempo bajo las armas, lejos del país; que, por lo tanto, la gran política de expansión no era popular entre las clases medias, y que los aliados podían sublevarse nuevamente. Sicilia, Cerdeña, Córcega, España, la llanura del Po formaban, pues, un imperio muy extenso á la sazón (2); conquistar otros países, comprometerse á enviarles tropas y á defenderles, era imprudente. Al contrario, á pesar del agotamiento de la guerra contra Aníbal, Roma estaría en situación de emprender con éxito, ayudada por una diestra diplomacia, una política de guerras breves y de repetidas intervenciones destinadas

(1) La historia de estas guerras está resumida en los siguientes pasajes de Tito Livio XXXI, 10, 21; XXXII, 7, 26, 29, 32; XXXIII, 22, 23, 36; XXXIV, 22, 46; XXXV, 3, 32; XXXVI: 38.

(2) Mommsen, *R. G.*, I, pág. 177.—Nitzsch, *G. V.*, pág. 75, 88.—Lange, *R. A.*, II, pág. 189.

á debilitar en su provecho á los demás países, si al reorganizar su hacienda lograba disponer de las cantidades necesarias para emprender esas guerras, que, por lo demás, le producirían muy luego más de lo que le costasen. Escipión, pues, vigiló celosamente la reforma de la hacienda, y su política triunfó plenamente (1). La guerra contra Macedonia terminó sin ninguna anexión de territorio; á Grecia y á las ciudades griegas del Asia, sometidas antes á Macedonia, se les declaró libres; Filipo, tuvo que destruir casi toda su flota y su ejército y pagar un tributo anual de 50 talentos durante diez años. Oro, plata, esclavos, tierras, tal fué el provecho de las guerras sostenidas en la llanura del Po, en España, en Liguria. Un enorme botín de metales preciosos y un tributo anual de 1.000 talentos impuesto al rey de Siria durante doce años, constituyeron los beneficios de la guerra contra Antíoco (183-189) que había sido secuela de la guerra de Macedonia. Á la guerra contra Siria se unió otra contra los gálatas, pero también ahora se respetó á los gálatas, y los territorios arrebatados á Antíoco se distribuyeron entre Rodas y el rey de Pérgamo. Palabras é ilusiones generosas colorearon pronto de idealismo á esta política; ¡Roma no combatía por ella, sino por dar la libertad á los pueblos oprimidos! En puridad, se inauguró y perfeccionó en estos treinta primeros años una política de intervenciones militares y de intrigas diplomáticas que propendieron á debilitar los grandes Estado de Oriente soliviantando á unos contra otros: á Macedonia contra Siria, á Siria contra Egipto, al reino de Pérgamo contra Macedonia.

(1) Lange, *R. A.*, II, pág. 187.

Sin embargo, esas guerras aumentaron rápidamente la riqueza de Italia, y precipitaron el renuevo de las costumbres, de las clases y de las fortunas comenzadas medio siglo antes. Tras el saqueo de Grecia y de Asia; tras las devastaciones de España y de la llanura del Po, los generales comenzaron á ser pródigos con ellos mismos y con sus soldados (1), y éstos se pusieron á negociar por su cuenta. Se les había visto á muchos ejercer la usura entre los indígenas (2), durante la guerra contra Filipo de Macedonia. Muchos campesinos pobres volvieron con un pequeño capital (3). En las campiñas de Italia se despertó la codicia, y los voluntarios acudieron numerosos á las guerras lucrativas (4). Con estos botines y tributos, el Estado romano puso orden al mismo tiempo en la hacienda maltrecha por la guerra contra Aníbal, pagó las deudas, se encontró en situación para gastar largamente en empresas civiles, y como la difusión de la cultura griega entre cierto número de grandes familias, el aumento de los medios, y un espíritu universal de audacia é innovación representado por el partido de Escipión incitaba á hacer las cosas en grande, prodigó el dinero por todas partes. La antigua política agraria, favorable á la clase media, se reanudó; del 189 al 177, fundáronse seis grandes colonias entre otras muchas más pequeñas: Bolonia, Parma, Módena, Aquileya, Lucca, Luni, en las que recibieron los colonos campos más extensos que en las colonias antiguas.

---

(1) Plutarco, *Cat. M.*, 10

(2) Tito Livio, XXXIII, 29.

(3) Mommsen, *R. G.*, I, pág. 810.

(4) Tito Livio, XXXVII, 4; XLII, 32.

En el año 187 se comenzó la construcción de la vía Emiliana para comunicar entre sí á Rímini y Plasencia. En el 181 emprendió Catón, entre otros trabajos, la conclusión del saneamiento de Roma. En el 180 se transportó á 40.000 ligures de sus valles nativos á las soledades del Samnio devastado. En el 177, se abrió la vía Casia. La censura del 174 fué célebre por el gran número de trabajos públicos comenzados en Roma y en las colonias. Las adjudicaciones de trabajos públicos y de los abastecimientos militares fueron más frecuentes, y muchos jóvenes de la clase media que habían reunido un modesto capital en las guerras de Oriente y Occidente los solicitaron y obtuvieron fácilmente, unas veces solos, otras asociados á amigos, otras emprestando los capitales á algún hombre rico que participaba en la ganancia. El conocimiento y la práctica de estos negocios se difundieron pronto y los agentes fueron en seguida numerosos en Roma y en las ciudades de Italia, hasta formar una clase de medianos capitalistas que vivían holgadamente á expensas de los suministros públicos (1) y en los que realizaron grandes fortunas los más audaces y los más afortuna-

(1) Cf. el célebre pasaje de Polibio, VI, 17, que es uno de los más importantes sobre la historia del imperialismo romano. Creo que Delorme, *les Manieurs d'argent à Rome*. París, 1890, pág. 19 y sig., no ha debido de comprenderlos exactamente. Polibio no habla de grandes sociedades de publicanos cuyas acciones las poseyesen muchas personas, pero dice que había en Roma gran número de medianos adjudicadores y de pequeñas sociedades adjudicadoras en cuyos negocios puede decirse que participaban casi todos los ciudadanos romanos. Si se considera que Polibio describió la sociedad romana tal como era hacia la mitad del segundo siglo antes de Cristo; si se analizan las alusiones á los concesionarios que se encuen-

dos. Otros se disputaron la percepción, que se arrendaba, del diezmo de todos los productos — granos, aceite, vino. — En Sicilia y en Cerdeña, ó la de los diezmos y de los derechos de pastoreo en las tierras públicas *(scriptura)*; otros, al contrario, se enriquecieron, con la compra de las tierrras privadas y arrendando minas, bosques y tierras públicas. El año que siguió á la paz con Cartago, ya se traficó mucho en Roma con las tierras de la Italia meridional (1) que valían poco por las devastaciones y la muerte de los propietarios, y en seguida, á compás con los capitales y esclavos que cada día eran más numerosos, toda Italia traficó con el nuevo *ager publicus*. En esta gran abundancia de tierras, muchos pequeños propietarios, latinos ó aliados, obtuvieron fácilmente un pedazo que añadieron á su propio campo y que empezaron á cultivar (2) luego de haber comprado algunos esclavos con sus economías de la guerra. Por otra parte, los que poseían grandes capitales, arrendaron abundantes tierras públicas en Italia, en el valle del Po recientemente conquistado, en Sicilia para que los esciavos apacentasen numerosos rebaños de bueyes, de

---

tran en la narración de la segunda guerra púnica hecha por Tito Livio, es legítimo concluir que ese capitalismo se desarrolló en la primera mitad del siglo á consecuencia de los grandes gastos públicos.

(1) Tito Livio, XXXI, 13.

(2) Paréceme verosímil que el cultivo del *ager publicus* por los italianos, de que habla Appiano, *B. C.*, I, 18, comenzó tras la segunda guerra púnica, en un momento en que la tierra, la plata, los esclavos abundaban, y cuando la confianza era grande en toda la nación.

cerdos, de ovejas y de cabras. El gran pastoreo nómada durante estos años debía producir grandes rendimientos á consecuencia de los fuertes gastos militares: los ejércitos consumían en tantas guerras mucho cuero para las tiendas, mucho pelo de cabra para las máquinas (1), mucha carne de cerdo en conserva (2). Cierto número de familias senatoriales y muchos particulares se enriquecieron prestamente, sobre todo con el arrendamiento de las tierras de Sicilia (3).

Pero la prosperidad y los rápidos progresos del espíritu mercantil cambiaron poco á poco la antigua manera de vivir. Los soldados vueltos de Oriente, los grandes contratistas, los ricos arrendatarios de las tierras públicas, ya no quisieron vivir como sus antepasados. Y no es que las rústicas costumbres de la antigua Italia se hubiesen refinado; pues en el 174 aún era despreciada Roma en Grecia, considerándola como una poblachón sin calles hermosas, sin monumentos ni palacios (4). Hasta en la metrópoli eran siempre pequeñas y desnudas de ornamentos las casas de los grandes (5), la antigua y dura educación de la juventud no se había atenuado (6). Pero el deseo de gozar, tanto tiempo contenido, se manifestó en los apetitos primordiales y animales: la glotonería, la sensualidad, la vanidad, la necesidad de violentas emociones, la ostentación de las cosas costosas y la profusión de la riqueza, hecha úni-

(1) Varrón, *De Re rust.*, II, 2.
(2) Polibio, II, 15.
(3) Diodoro de Sicilia, XXXIV, fr. 32.
(4) Tito Livio, XL, 5.—Friedlaender, *D. S. G. R.*, I, pág. 4.
(5) Friedlaender, *D. S. G. R.*, III, pág. 87 y sig.
(6) Posidonio, *in Ath.*, VI, 109 (275).

camente para mostrar que se la posee, el lujo absurdo y grosero de los advenedizos. Un hábil cocinero se pagaba en Roma extremadamente caro (1); las frugales comidas de antaño se prolongaban en banquetes interminables, para los cuales se buscaban los géneros más raros, como los vinos de Grecia, los embutidos y los pescados en conserva del Ponto (2). El delicado arte de lardear los volátiles pasó de Grecia á Italia (3); se vió á los ciudadanos mostrarse ébrios en las asambleas, á los magistrados marchar al Foro casi borrachos, brillantes los ojos, é interrumpir de tiempo en tiempo sus funciones para acudir á las ánforas que los ediles ordenaban colocar en los más aislados rincones de las calles y plazas (4). Las bellas esclavas y los hermosos efebos costaron carísimos (5), y la intemperancia se difundió de tal suerte, que en el 186 el Senado tuvo que reprimir los desórdenes de las Bacanales, y en el 181 promulgar la *lex Orchia* contra los amigos de francachelas. Los cultos orientales, disolutos y excitantes, comenzaron á divulgarse (6): no sólo el público de las clases medias aprendió á gustar de las traducciones y adaptaciones de las comedias griegas; pero también en las antiguas, sencillas y escasísimas fiestas latinas, se ntercalaron espectáculos violentos, como la caza de

(1) Tito Livio, XXXIX, 6.

(2) Diodoro de Sicilia, XXXVII, 3.—*In Ath.*, VI, 109 (275).

(3) Plinio, *H. N.*, X, 50, 139.

(4) Lange, *R. A.*, II, pág. 242.—Cf. Macrobio, *Sat.*, III, 16; V, 2, 17. Estos textos del año 161 describen en su plenitud un mal que comenzó en los tiempos de que hablamos.

(5) Diodoro de Sicilia, XXXVII, 3, 5.

(6) Lange, *A. R.*, II, pág. 228.

las fieras (1) y los juegos de gladiadores con motivo de los funerales (2). La ley Oppia contra el lujo quedó abolida (3); las mercaderías de Oriente, los perfumes, los tapices babilónicos, los muebles incrustados de oro y de marfil se adquirieron en Roma á precios exorbitantes por los advenedizos (4). Naturalmente que las ciudades más pequeñas imitaron á la metrópoli en relación con sus medios, así como las pequeñas noblezas locales copiaron el creciente fausto de los grandes romanos, concurriendo como éstos á las fiestas y banquetes. Así, el agricultor de Umbría ó de la Pulla, que había guerreado en los ricos países de Oriente, volvía á su casa como hoy nuestros campesinos licenciados de su regimiento, con mayores deseos y necesidades. Muchos sintieron disgusto por los duros trabajos, tan caros á sus padres; se vió á los soldados marchar á la guerra con un criado para que les llevase su equipo y les hiciese la comida (5), y á los pequeños propietarios comprar esclavos para tener menos cuidados.

Pero estas nuevas necesidades y este lujo de las clases media y rica, fomentaron á su vez, lo mismo en Roma que en Italia, el trabajo de los artesanos y las ocasiones de obtener beneficios los pequeños y grandes capitalistas. Muchos romanos é italianos que, en calidad de soldados ó abastecedores de los ejércitos, habían visitado los países extranjeros y se habían hecho cargo de sus fuentes de riqueza, sintiéronse lanza-

(1) Friedlaender, *D. S. G. R.*, II, pág. 390.
(2) Friedlaender, pág. 359.
(3) Tito Livio, XXXIV, 1 y sig.
(4) Plauto, *Stich.*, II, 2, 52 y sig.
(5) Plutarco, *Paulo Emilio*, XXII, 2.

dos al comercio por la abundancia del capital, por el creciente consumo en Italia de los productos asiáticos, por el dominio de Roma en el Mediterráneo. Muchos de ellos vendieron el campo de sus padres y compraron un barco: otros—según parece, hombres de la Italia meridional en su mayoría—se establecieron en Delos, después del año 192, y allí abrieron establecimientos de mercaderías asiáticas para los compradores que acudían de Italia á cargar sus barcos con objetos diversos y á los que les era más cómodo meter la cabeza en Delos que en Rodas ó Corinto (1). Otros ejercían el comercio entre Delos y Roma, ó en el Mediterráneo occidental. Estableciéronse pequeños y numerosos arsenales en las costas italianas: los bosques públicos de la Sila, donde se recogía la resina para los navíos, se arrendaron por fuertes cantidades (2); ni siquiera, los miembros de la nobleza senatorial dejaron de participar en las ganancias del comercio marítimo, prestando á los ciudadanos romanos ó á los libertos los capitales necesarios para sus empresas (3). Á la expansión militar sucedió la expansión mercantil. Con este motivo se abrieron en Roma los primeros baños públicos (4), poco después de la segunda guerra púnica: luego, en el 174, los primeros hornos públicos para los obreros y mercaderes célibes, que no podían fabricarse el pan en casa por medio de esclavos (5). Los generales condujeron muchos artesanos griegos para organizar sus fiestas y

---

(1) Homolle, *B. C. H.*, VIII, pág. 86 y sig.

(2) Cicerón, *Brut.*, 22, 85.

(3) Plutarco, *Cat. M.*, 21.

(4) Schiller-Voigt, pág. 399, núm. 48.

(5) Plinio, *H. N.*, XVIII, 11, 107.

triunfos (1); numerosos orfebres se hicieron cambistas, pues tantas eran las monedas extranjeras que afluían á Roma, y gran número de estos cambistas, estimulados por la ganancia y la abundancia del capital, se transformaron en banqueros, aceptaron depósitos, hicieron préstamos. Numerosos extranjeros é italianos acudieron á abrir sus tabernas, baños, tintes, zapaterías, orfebrerías, sastrerías (2); hiciéronse empresarios de teatros ó autores de comedias. Un umbrío de Sarsina, Plauto, luego de haber fracasado en diversos negocios y ejercido diferentes oficios para vivir, conquistó luego dinero en Roma adaptando con gran verbo cómico y habilidad literaria, comedias griegas para el público romano. Las gentes del campo acudieron tan numerosas á Roma, que las ciudades latinas se quejaron ante el Senado en el 187 y en el 177 (3). El precio de los terrenos aumentaba con la población; las casas de contratación, hechas de madera, prodigiosamente altas y administradas por un liberto ó por un arrendatario general, producían grandes rendimientos, los artesanos ó los pequeños mercaderes de Roma se veían obligados á alquilar un cuarto á precios elevadísimos (4). En los alrededores de Roma se arrendaban carísimos los jardines, las huertas, las corrientes de agua para las tintorerías, los estanques y los manantiales calientes para

(1) Tito Libio, XXXIX, 22.
(2) Plauto, *Aul.*, 3, 5, 34 y sig.
(3) Tito Livio, XXXIX, 3, 41, 8.
(4) Sobre el precio elevado de los alquileres en Roma durante la primera mitad del segundo siglo antes de Cristo, cf. Diodoro de Sicilia, XXXI, 18, 2; Pöhlmann, *U. A. G.*, pág. 74.

los baños (1). El que ya poseía ó había sabido comprar á tiempo terrenos en Roma, se enriqueció rápidamente.

Y, en fin, por efecto de esta prosperidad universal, el comercio de los esclavos aumentó en seguida. En treinta años todos tuvieron en Italia necesidad de trabajadores: los concesionarios de tierras públicas para los rebaños, los contratistas para los trabajos públicos y para el abastecimiento del ejército, el Estado para los servicios públicos, los mercaderes navegantes para la chusma de los barcos, los ricos para el servicio doméstico y para los juegos de los gladiadores, los pequeños propietarios y las clases medias para que les ayudasen en los trabajos rudos.

El comercio de esclavos se organizó en gran escala, no sólo en los campamentos donde los prisioneros de guerra tan pronto se vendían á vilísimo precio á los oficiales, á los soldados, á los mercaderes que seguían al ejército; pero también en todas las fronteras del Imperio, donde los reyezuelos y los jefes bárbaros, como los negreros de África, vendían á los prisioneros de guerra y en ocasiones hasta á sus propios súbditos. De la extrema Galia, de Germania, de las montañas del Cáucaso, descendían contínuamente los largos convoyes de esclavos encadenados hacia las riberas risueñas del Mediterráneo y del mar Negro, dirigidos con destino á Marsella, Aquileya, Penticapea, Fanagoria, Dioscuriades, donde les aguardaban los mercaderes indígenas é italianos. Éstos los pagaban á los jefes bárbaros ó á sus agentes en vino, sal, oro y plata; luego los embarcaban directa-

(1) Plutarco, *Cat. M.*, 21, 8.

mente con rumbo á Italia ó Delos, donde los mercaderes acudían á comprarlos al mismo tiempo que los demás artículos asiáticos (1). Muchos italianos se enriquecieron en el comercio de los hombres; otros se entregaron en Roma ó en Italia á la educación de los esclavos, enseñando algún oficio á los jóvenes para revenderlos (2), los adiestraron en la esgrima para alquilarlos en seguida como gladiadores en los funerales de lujo.

Los primeros treinta años del segundo siglo antes de Cristo, fueron para Italia una de esas épocas dichosas en que, hasta el que comienza con poco capital puede lograr fortuna, porque la producción y el consumo aumentan rápida y simultáneamente; cuando el trabajo abunda, las grandes ganancias son fáciles; de cada nueva riqueza surgen muchas nuevas ocasiones de ganar; la acumulación de los capitales, resulta fácil, rápido, intenso. Muchos pobres consiguieron un holgado pasar, mucha gente de posición holgada se hizo riquísima; al lado de la nobleza histórica, surgió la que nosotros llamaríamos burguesía nueva de capitalistas millonarios, inscriptos por los censores en las centurias de los caballeros, y que se habían enriquecido en la trata de esclavos, en el comercio marítimo, en el arriendo de los impuestos, de los terrenos y minas del Estado, en los suministros militares. La orden ecuestre que era antes una clase de holgados propietarios, aunque no nobles, advino pronto una clase de ricos capitalistas y mercaderes. El espíritu mercantil se difundió en todas par-

(1) Duruy, *H. R.*, II, 380.
(2) Plutarco, *Cat. M.*, 21.

tes, en el bajo pueblo como en la aristocracia, triunfando paulatinamente, aún entre las familias más conservadoras, de los prejuicios y de las repugnancias de la era agrícola. Catón, por ejemplo, el primero que ingresó en el Senado perteneciendo á una familia de medianos propietarios de la Sabina, quiso ser desde luego el perseguidor de los usureros y el prototipo del *landlord* antiguo; pero se arrojó en seguida en los negocios, y también él se convirtió en un hombre de su tiempo, se asoció á los mercaderes armadores, ejerció la usura, traficó con las tierras y el comercio de esclavos (1).

Y, sin embargo, bajo esta prosperidad se elaboraba un cambio inmenso y terrible en todo, pues en todas partes alteraba la composición de las clases el violento contraste entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. Si la plebe romana, que contínuaba en el campo aún vivía á la manera antigua y era sobria, sencilla, honrada, respetaba á la nobleza y á la ley; al contrario, los ciudadanos que iban á establecer su residencia en Roma para ejercer los oficios, el comercio, la navegación, el tráfico, contraían todos los vicios de la plebe que vivía en las ricas ciudades mercantiles: la embriaguez, la codicia, la pereza, el deseo de las diversiones, la indisciplina, el egoísmo del célibe. Perdíase la pureza de la raza; el pueblo de Roma se transformaba en una mezcla informe de gentes de la más varia extracción y de todos los países, á medida que los esclavos orientales; españoles, galos, escitas, se emancipaban y convertían en ciudadanos: los viejos de la época de Aníbal llegaron á no reconocer su Roma de antaño,

(1) Plutarco, *Cat. el J.*, 21.

tranquila y discreta. ¡Con qué estruendo no se saludó en adelante cada victoriosa escaramuza sobre una tribu bárbara! Los honores del triunfo se prodigaron á todos los generales (1) que se distinguían por haber relajado la disciplina con la generosidad de las dádivas en el momento del triunfo y la prontitud en concluir la guerra. Al mismo tiempo todos eran en Roma profesores de estrategia y de táctica; hasta en los campamentos y ante el enemigo criticaban los plebeyos turbulentos y ricos los movimientos del general, obedeciendo de mala gana (2) despreciando como súbditos á los latinos y aliados (3).

Muchas familias de la nobleza histórica no supieron aprovecharse de las ocasiones que entonces se ofrecían, así como pocas familias nobles de la vieja Europa han sabido en nuestro siglo fundar industrias, especular en la Bolsa. Siguieron viviendo á la manera antigua en patrimonios que antaño representaron una hermosa fortuna: tales los Elios, que vivían en número de dieciséis, cada uno con sus hijos, en una sola casa, sustentándose con lo que les rendía un solo dominio (4); los Fabricios Luscino, los Atilio Colatino, los Manlios Acidino (5), los Paulo Emilio (6). Al contrario, otros se enriquecieron, pero conservando los usos y las ideas antiguos, enorgulleciéndose de ser los campeones de la

(1) Mommsen, *R. G.*, I, 810.
(2) Plutarco, *Paulo Emilio*, 11 y 13, 4. Tito Livio, XLIV, 22.
(3) Neumann, *G. R.*, V, pág. 16 y sig.
(4) Valerio Máximo, IV, 4, 8.—Plutarco. *Paulo Emilio*, 5.
(5) Cicerón, *de lege agr.*, II, 24, 64.
(6) Lange, *R. A.*, II, 293.

tradición. Tiberio Sempronio Graco pertenecía á éstos: pretor en España, había concertado equitativos tratados de alianza con los principales pueblos; y pacificados los países, salvó á los capitalistas introduciendo como tributo, en esta provincia, no el diezmo que estaba vigente en Cerdeña y en Sicilia, sino el *stipendium*, contribución mitad en numerario y mitad en especie que debía de percibirla el gobernador (1). Pero ni aún en la aristocracia romana tardó en aparecer una generación de políticos jóvenes, ambiciosos, orgullosos y codiciosos, que transformaron el espíritu de innovación, moderada y cuerdamente representado por Escipión y su partido, en un esfuerzo revolucionario destinado á que prevaleciese en la vida privada y pública contra el antiguo espíritu de disciplina familiar y social, las más violentas pasiones: la codicia, el orgullo, la prisa de llegar á cualquier precio, el desprecio de las tradiciones, la fácil admiración de la civilización greco-asiática. Unos se presentaban candidatos á las magistraturas antes de la edad legal (2); otros osaban corromper manifiestamente á los electores (3); otros hasta llegaron á traficar ó se sirvieron de las magistraturas para enriquecerse, consiguiendo que los censores amigos les cediesen más tierras públicas de las fijadas por las leyes licinias, usurpándolas como bienes propios (4), guardándose la plata obtenida en la venta del botín, despo-

---

(1) Nitzsch, *G. V.*, 146.

(2) Lange, *R. A.*, II, pág. 245.

(3) Idem, pág. 241.

(4) Tito Livio, XLII, 1 y 19.—*C. J. L.*, I, pág. 583.—Plutarco, *Tib. y C. Gr.*, 8.

iando á las poblaciones súbditas y aliadas (1); otros, en fin, corrompieron la diplomacia de Roma, despreciando como prejuicio estúpido el derecho de gentes que hasta entonces Roma había observado escrupulosamente en la guerra. Desdeñar á todos los extranjeros, imponerse á no importa qué precio, y triunfar por todos los medios, fueron los principios de la nueva diplomacia que, mediante intrigas de astucia cada vez más pérfida, degradó á los Estados aliados, á Rodas, al rey de Pérgamo, á Egipto, hasta la abyección de vasallos; que, en las ciudades independientes de Grecia, en los grandes Estados de Asia, avivó las discordias, el espionaje, el espíritu sedicioso, las guerras civiles, y protegió á los hombres y á los partidos más despreciables, sólo por dominar sin esfuerzo ni peligro. Se consideró en adelante que todo linaje de perfidia era legítimo contra los bárbaros, que hasta se les podía atacar y exterminar sin provocación ni declaración de guerra (2), presto á protegerlos contra los Estados civilizados cuando esto pareciése ventajoso (3). Las *turmæ*—nosotros diríamos regimientos—de caballería, donde prestaban sus servicios los jóvenes de las familias ricas, fueron motivo de preocupación para los generales, á causa de su indisciplina (4). Las mujeres de la nobleza

(1) Tito Livio, XLIII, 2.

(2) Tito Livio, XLII, 7, 8; XLIII, 1 y 5.

(3) Appiano, *Mitr.*, 13.—Reinach, *M. E.*, pág. 96. Un hermoso estudio sobre la política exterior de los romanos en este período, es el de un joven historiador italiano, Conrado Barbagallo, *Las relaciones políticas de Roma con Egipto, desde los orígenes hasta el año 50 antes de Cristo.* Roma, 1901.

(4) Catón, *Or.*, 5.

adquirieron más libertad; se emanciparon de la tutela perpetua del marido y se aseguraron la libre administración de su dote; los adulterios y los divorcios fueron frecuentes, y apenas se convocó ya el tribunal doméstico. Las familias nobles, altivas y austeras, que conservaban las tradiciones antiguas, los hombres insignes por su inteligencia y su carácter, los ancianos que habían visto la segunda guerra púnica, los pedantes, los descontentos, los envidiosos de las nuevas fortunas deploraron entonces por diversos motivos—como Dante al principio del siglo XIV, y como los clericales y los conservadores de nuestros días—aquellos tiempos en que Roma «vivía en paz, sobria y púdica». Quejábanse amargamente de la brutal codicia publicana, de la corrupción de las familias, de la perfidia de la nueva diplomacia, de la invasión de las costumbres asiáticas. De tiempo en tiempo, hasta conseguían que se aprobase alguna ley destinada á reprimir los nuevos abusos, y procuraban elegir á alguno de los suyos para las magistraturas. En ocasiones, algún escándalo resonante indignaba también al público. Pero la cólera pública se calmaba; los magistrados reingresaban en la vida privada; los discursos y las leyes se olvidaban poco á poco (1), la severidad de los tiempos antiguos se relajaba, no sólo en la opinión pública, pero también en las leyes que, hacia el comienzo del segundo siglo, abolieron los castigos del vergajo y la pena de muerte para los ciudadanos romanos; en Roma, como en las provincias (2), se abolieron igualmente los vergajazos

(1) Cf. Tito Livio, XLII, 22; XLIII, 2.

(2) Lange, *R. A.*, II, pág. 519 y sig.

en el ejército, y se prescribió para las sentencias de muerte dictadas contra los soldados que eran ciudadanos, un procedimiento menos expeditivo.

Así, á pesar de las molestias y escándalos, á medida que la codicia, el lujo, el orgullo personal y familiar se propagaban en la nobleza, el espíritu de clientela y de casta, las relaciones de amistad ó de familia, la ambición, el deseo del dinero, prevalecían sobre los sentimientos del deber, y los esfuerzos para precipitar la revolución mercantil en la antigua sociedad rural, adquirían más intensidad y resolución. Varios censores como Tito Quinto Flaminio, Marco Claudio Marcelo, Marco Emilio Lépido, Marco Fulgio Nobilior, retocaron diversas veces, durante los treinta primeros años del siglo, las listas de los ciudadanos, con el designio de aumentar en el cuerpo electoral la influencia de la baja plebe urbana, menos conservadora y más corruptible, en detrimento de la clase media de los campos. No sólo inscribieron fácilmente entre los ciudadanos á los latinos llegados á Roma para ejercer el pequeño comercio y los oficios humildes; también concedieron derechos políticos á los libertos, que eran todos extranjeros, y les hicieron votar en treinta y una tribus rurales, sirviéndose así de ellos para disminuir la preponderancia de los electores campesinos en todas las circunscripciones, y formar un cuerpo electoral cosmopolita y heterogéneo con una política demagógica que quizá sólo tenga analogía hoy con la de los Estados Unidos. ¡Singular ironía de la historia! Una demagogia cosmopolita de extranjeros, llegados por casualidad á la metrópoli, cual huéspedes adventicios, operó el cambio decisivo del que había de nacer la política imperial y el imperio

de Roma, no obstante la repugnancia de la población sinceramente romana, que no quería abandonar las costumbres ni la política de sus padres (1).

Sin embargo, con el espíritu mercantil, con el poder mundial y el cosmopolitismo, progresaba la cultura intelectual; resultando de ahí una postrera y terrible fuerza disolvente de la vieja sociedad. La filosofía griega, especialmente el estoicismo, se enseñaba en las familias nobles y abría el espíritu á la comprensión de las ideas generales. Las teorías políticas elaboradas por los griegos sobre la democracia y sobre la tiranía, comenzaron á conocerse y discutirse entre la nobleza que sólo había gobernado hasta entonces conforme al empirismo tradicional. Las tentativas literarias, comenzadas medio siglo antes, llegaron al cabo, en medio del fermento de esta renovación étnica, intelectual y social de Roma, y por gracia de los escritores surgidos de este mundo cosmopolita, á la creación de las primeras obras suficientemente originales y completas para podérselas admirar al paso como clásicas. El umbrío Plauto escribió en una lengua robusta y sana las más hermosas comedias latinas. De la Calabria semigriega vino á Roma el padre de la literatura, Ennio, que introdujo el exámetro en el Lacio, puso en verso la historia de Roma para halagar el orgullo de sus protectores, y escribió un tratado sobre la buena cocina para satisfacer sus glotones refinamientos. Un pintor y poeta de Brindisi, Pacuvio, compuso tragedias que fueron célebres

---

(1) Cf. sobre esta importante materia á Neumann, *G. R. V.*, página 88 y sig.—Lange, *R. A.*, II, pág. 218 y sig.; 249 y sig.—Nitzsch, *G. V.*, pág. 132 y sig.

mucho tiempo; Estacio Cecilio, un galo, probablemente milanés, hecho prisionero en las guerras por la conquistad e la Galia cisalpina y vendido como esclavo en Roma, escribió algunas comedias. En cambio, la pintura y escultura griegas aún eran poco conocidas, y sólo los artistas de las colonias griegas de la Italia meridional trabajaban para toda la península y para Roma.

La guerra contra Perseo (172-168), hijo de Filipo de Macedonia, que había intentado reconquistar los dominios perdidos por su padre, pareció determinar una reacción contra el espíritu mercantil de la nueva época. Por la ineptitud de los generales y la indisciplina de los soldados, comenzó la guerra con sensacionales derrotas, que durante un momento hicieron tambalearse el prestigio de Roma en Oriente, hasta el punto de que numerosos pequeños Estados y poblaciones se declararon contra ella, y que Antíoco, rey de Siria, vió tomar las armas y apoderarse de Egipto. Pero el pueblo resistió y escogió para dirigir la guerra á Paulo Emilio, ilustre superviviente de la generación que había combatido contra Aníbal y que vivía retirado desde hacía mucho tiempo. Sus brillantes victorias parecieron restaurar inmediatamente en el poder al partido conservador. Hizo aprobar por el Senado una paz que no satisfacía de ningún modo á las ideas de la nueva diplomacia: todo el inmenso botín, excepto una mínima parte distribuída entre sus soldados y amigos, ingresó en el Tesoro público; Macedonia fué dividida en cuatro distritos, cada cual con un gobernador propio, y sin que les fuese permitido de traficar entre sí; se le impuso un tributo igual á la mitad de lo que Macedonia había pagado á su

rey; se cerraron las minas de oro para que los capitalistas italianos no invadiesen el país (1). Al mismo tiempo, los censores Tiberio, Sempronio, Graco y Cayo Claudio revisaban con gran severidad en Roma las listas de los caballeros, procuraban refrenar la codicia de los contratistas y disminuir la influencia de la demagogia cosmopolita expulsando á los libertos de las tribus urbanas é inscribiéndolos á todos — según parece — en una sola tribu (2). Asustados por un momento el Senado y los comicios, parece que quisieron retrogradar y restituir á Roma á su antiguo estado (3); pero esta conversión duró poco. Á consecuencia de las inmensas sumas ingresadas en el Tesoro por Paulo Emilio, la paz fué seguida de un rápido enriquecimiento de todas las clases (4), que no tardó en aumentar la corrupción é hizo olvidar todas las desgracias de la guerra, y la diplomacia de Roma se hizo más violenta, más cruel, más pérfida, desde que Macedonia arruinada, Roma se consideró la potencia predominante en el Mediterráneo. Los reyes de Bitinia y de Pérgamo vieron rechazados con desdén sus homenajes; Antíoco recibió bruscamente de Popilio, cual si fuese un criado, la orden de levantar el sitio de Alejandría. Los que en Asia y en Grecia habían dudado solamente en abrazar el partido de Roma, fueron castigados con severidad: Delos, entregada á los atenienses; Antisa, arrasada; en todas las

---

(1) Tito Livio, XLV, 18 y 29.

(2) Nitzsch, *G. V.*, pág. 162 y sig.—Lange, *R. A.*, II, página 277.

(3) Lange, *R. A.*, II, pág. 228 y sig.

(4) Polibio, XXXII, 11.

ciudades de Grecia, los personajes de nota ejecutados ó deportados á Italia, y entre más de mil aqueos, Polibio, el más grande historiador de la antigüedad. Un gran partido hasta quería la destrucción de Rodas, diciendo que ésta había deseado la derrota de Roma durante la guerra, y que se había mostrado muy orgullosa: en realidad, se la quería despojar (1); el Senado se contentó arruinándola. Tenía grandes factorías y obtenía enormes (2) rentas de las aduanas: no hubo más que declarar á Delos puerto franco, y el mercado de esta isla aumentó hasta poder rivalizar con Cartago y Corinto (3).

Pero tras la guerra contra Perseo, todo se relajó paulatinamente: la guerra, el comercio, el tráfico. Dominada la Galia cisalpina, reducidas á la impotencia Liguria, España y el Oriente, faltaron las ocasiones de las intervenciones y de las guerras importantes desde el año 168 al 154. Por lo tanto, los suministros militares fueron escasos y disminuyeron las extraordinarias ganancias que la nobleza y los campesinos obtenían. Análogamente, en vez de aumentar cada año los trabajos públicos, permanecieron estacionarios, apenas hubieron terminado al cabo de treinta años las nuevas empresas que se consideraron necesarias á la nueva situación de Roma en Italia. Así es como el Tesoro del Estado, no pudiéndose gastar todo, se encontró pletórico en el año 157, con 16.810 libras de oro, 22.000 libras de plata y más de 61 millones de libras de plata

(1) Aulo Gelio, VII, 3 y 6.
(2) Polibio, XXXI, 7.
(3) Homolle, *B C. H.*, VIII, pág. 93 y sig.

amonedada (1). Hasta el tráfico con los terrenos públicos se estacionó, porque la mayor y la mejor parte del *ager publicus* estaba ya arrendado, repartido entre colonias ó usurpado por las familias influyentes. El comercio realizó progresos menos rápidos cuando escasearon las súbitas ganancias; la generación que sucedió á la guerra de Perseo, ya no conoció como la generación precedente, los fáciles y rápidos enriquecimientos. Al contrario, el cambio en las costumbres, que aumentaba las necesidades y los gastos de la existencia, no se contuvo; hasta resultó más intenso en esta generación, más ávida del placer, del dinero, de la excitación; menos presta á las duras fatigas que la generación anterior. Siempre ocurre así en la historia: el deseo de acrecentar el propio fausto en la existencia, se manifiesta primero en algunos solamente, pero si éstos no son vencidos por la resistencia de las costumbres antiguas que en parte han de alterar para manifestarse, á cada generación se ve aumentar el número de los que desean participar en los placeres nuevos y acrecentar sus deseos por el contagio del ejemplo, y por la necesidad casi mecánica de los sucesos, á compás que la antigua sociedad perece: como ya no se sabe vivir á la manera antigua, se procura cada vez, con más ahinco, vivir conforme á la nueva. Todo cambia entonces: tradiciones, instituciones, ideas, sentimientos para satisfacer la universal necesidad de una existencia más rica. Así es como en el segundo tercio de aquel siglo, los gastos de la vida se acrecentaron, no sólo en Roma, pero también en toda Italia, en la ciudad como en el

(1) Plinio, *H. N.*, XXXIII, 3, 55.

campo. Las necesidades aumentaron; el lujo de la mesa (1) y la intemperancia bajo todas las formas (2), hicieron rápidos progresos; el precio de los artículos industriales aumentó sin duda por la abundancía del dinero, mientras que los beneficios de muchos propietarios disminuyeron, pues las extraordinarias ganancias de las guerras eran cada vez más escasas. Sin embargo, en los alrededores de Roma, la tierra producía mucho, á medida que crecían la población y la riqueza de la ciudad. También la Galia cispadana parece haber sufrido menos que las demás regiones (3), sin duda porque la vía Emiliana estaba frecuentadísima por los ejércitos que iban al valle del Po; por los mercaderes y los convoyes de esclavos, por los rebaños y pastores que venían de Roma, de suerte que en las ciudades fundadas en su camino se vendían bien los productos de los campos circunvecinos. Pero no sucedía así en las regiones que se extendían en torno de las ciudades solitarias, alejadas de los grandes caminos, sobre todo en la Italia meridional. Entonces los propietarios italianos cultivaban principalmente el trigo, y también algo de viñas y olivares (4); pero el trigo en el mundo antiguo, aún en los países provistos de buenos caminos, tenía que venderse en los mercados vecinos, porque los gastos y riesgos de un transporte lejano lo hubiese eleva-

(1) La prueba es que en el año 143 se extendieron á toda Italia con la *Lex Didia cibaria* las disposiciones de la *Lex Fannia* contra las orgías y las prodigalidades de los banquetes. Cf. Macrobio, *Sat.*, III, 17.

(2) Plinio, *H. N.*, XVII, 25, 244. Polibio, XXXII, 11.

(3) Mommsen, *R. G.*, I, pág. 852.

(4) Max Weber, *R. A. G.*, págs. 223, 224.

do á un precio demasiado alto para poderlo vender. Los demás artículos, como el vino y el aceite, eran escasos, malos, y en ocasiones imposibles de transportar por falta de caminos. Ocurría, pues, que cuando el pequeño y el mediano propietarios de una región italiana muy desviada producían con exceso ó consumían menos de lo que ellos mismos necesitaban, y la necesidad de dinero ó los gastos crecientes les apremiaba, tenían que vender en su localidad á tan vil precio, que los habitantes de Roma, donde la vida era carísima, se quedaban estupefactos (1).

En los campos de Italia resultaba la usura á la manera de plaga; familias numerosas que secularmente se sentaban con tranquilidad en torno del hogar de sus antepasados, tuvieron que emigrar errando á lo largo de los grandes caminos de Italia y del mundo. La antigua agricultura italiana empezó á declinar, y con ella se abismó lentamente en el océano de lo pasado la Italia federal, osca, sabélica, umbría, latina, etrusca, gala, con innumerables ciudades fortificadas de torres y de murallas: la Italia de las pequeñas repúblicas aliadas, de las colonias latinas y de los municipios romanos. Muchos financieros y senadores que culminaron en Roma durante los comienzos del siguiente siglo, habían nacido de familias originarias de los municipios y de las colonias latinas (2). Luego es verosímil suponer que medio siglo antes muchas de las buenas familias de los

(1) Sobre la extraordinaria baratura de los víveres en el valle del Po, cf. Polibio, II, 15. Lo mismo debía ocurrir en las regiones alejadas de los grandes caminos.

(2) Willems, *S. R. B.*, I, pág. 179 y sig.

municipios, de las colonias latinas, de las ciudades aliadas, que comenzaban á empobrecerse, llegaron á Roma con la esperanza de restaurar su posición y vivir modestamente sin avergonzarse ante los que les habían visto en la prosperidad. Análogamente, muchos jóvenes de la clase media tuvieron que abandonar el campo por la ciudad vecina, esperando enriquecerse; y no encontrando trabajo en las pequeñas ciudades, empobrecidas por la emigración de las grandes familias y pór la creciente miseria de los campesinos, la mayor parte de ellos se sintieron empujados hacia Roma... La lucha por la vida empezó dura en Roma y en Italia; en todos los oficios y empresas que podían abordarse con poco capital, aumentó la competencia y disminuyó la ganancia: la miseria empezó á fermentar en todas partes como grandes charcos que, cual siempre ocurre, pronto emponzoñaron con sus miasmas el aire respirado por los ricos. En Roma, donde todos acudían atraídos por el rumor de la opulencia que en la metrópoli reinaba, el hambre fué un tormento y una humillación de todas las horas. En su creciente grandeza, y á medida que la población aumentaba, la ciudad tenía que buscar en mercados, cada vez más distantes, el trigo para sustentarse; pero cuanto más remotos los mercados, más se encarecía el pan en Roma, y en cuanto venía un año malo el pueblo bajo sufria de hambre y contraía deudas con el panadero (1).

Á esto vino á sumarse otro mal, todavía más grave, el empobrecimiento, la corrupción y la desaparición de la antigua aristocracia romana: la decadencia progresi-

(1) Cf. sobre esta crisis el apéndice A.

va, física, económica y moral de la clase directora de Roma. En las familias nobles, enriquecidas durante el período próspero de los comienzos del siglo, el orgullo y la crápula corrompieron á muchos jóvenes que se criaron perezosos, estúpidos y viciosos. En otras familias que, por incapacidad ó por orgullo habían desdeñado el acrecentar sus propias riquezas, si la primera generación aún pudo vivir conforme á las antiguas tradiciones, la generación siguiente se rindió á la fuerza del ejemplo. Muchos jóvenes se llenaron de deudas: unos alejaron á su clientela, vendieron la casa de sus antepasados, se resignaron á habitar una casa alquilada (1), procurando perderse entre la muchedumbre y vivir con los restos de su fortuna; otros intentaron obtener dinero consagrándose á la política. Poco á poco, sin percatarse, Roma llegó á ser gobernada, no por una aristocracia que consideraba el poder como un deber, sino por una nobleza degenerada, llena de necesidades, que deseaba granjear riquezas con las magistraturas y que, despreciando por envidia á los millonarios, recién inscriptos en la orden de los caballeros, se relacionaba amistosamente con ellos. Fácil es suponer por qué razones. La corrupción, es cierto, aún no se mostraba evidente y descarada, aunque los escándalos estallasen algunas veces, como el del pretor Hostilio Túbulo, que en el año 142 quedó convicto de haber vendido su sentencia en un proceso por asesinato (2). ¿Pero, quién po-

(1) Cf. Plutarco, *Sil.*, I, la historia de la familia de Sila, ejemplo típico de la decadencia, entonces frecuentísima, de las familias nobles y que explica la espantosa corrupción de la nobleza en la época de la guerra contra Yugurta.

(2) Cicerón, *Ad Att.* XII, 5 y 3; *De fin.*, II, 16 y 54.

día vigilar las corrupciones invisibles, las orgías en que los ricos banqueros invitaban á los nobles viciosos y glotones; la ayuda prestada en elecciones por medio del dinero y de la clientela; las dádivas secreta, *partes*—acciones diríamos nosotros—concedidas en las sociedades de publicanos? Y entretanto,—aunque las gentes ingénuas no se explicasen la razón—las minas de oro de Macedonia, cerradas por Paulo Emilio, se alquilaron diez años después con las tierras del rey de Macedonia á capitalistas romanos (1); cada vez que los ricos caballeros eran citados á juicio por el Senado á consecuencia de faltas ó negligencias, eran defendidos siempre por patronos influyentes y bien relacionados (2); en adelante se vió á los financieros ocupar en los teatros los puestos de honor, y usurpar las insignias inherentes al rango de los senadores (3). El dinero se convirtió en poder supremo de la república. Cosa aún peor: el ejército se desorganizó. Á medida que aumentaba el bienestar, el orgullo, los vicios, la codicia de esta oligarquía mercantil de artesanos, de libertos, de contratistas, de armadores que formaban entonces el pueblo romano; á medida que degenerando perdía la nobleza su prestigio y riquezas, y que en vez de gastar magníficamente sus rentas en hacer el bien general, aspiraba al poder sólo por aumentarlas, el espíritu democrático, la idea de que el pueblo era dueño de todas las cosas y debía de mandar sobre los demás, realizaba grandes progresos (4). Esta idea aún no amenazaba de ruína al Esta-

---

(1) Cicerón, *De leg. agr.*, II, 19.—Casiodoro, an. 596, 158.
(2) Por ej., cf. Cicerón, *Bruto*, 22.
(3) Lange, *R. A.* II, pág. 317 y sig.
(4) Appiano, *Pun.*. 112.

do; sin embargo, había destruído ya la disciplina en el ejército. Los cónsules, en el momento de las reclutas, y para no captarse demasiados enemigos, excluían á gran número de ciudadanos romanos, sobre todo á los ricos, porque el servicio militar en los países lejanos era una carga insoportable que les impedía consagrarse á sus negocios y á los placeres de la ciudad. Los oficiales no osaban castigar á los ciudadanos que se hubiesen vengado en seguida votando en los comicios; dejábanles llevar esclavos y queridas al campamento, embriagarse, tomar baños calientes, realizar crueldades y rapiñas, esquivarse á las fatigas y peligros, de suerte que la cobardía y la bajeza se difundían en todos los ejércitos (1). Se ideaba toda suerte de medios por aliviar á los señores del imperio de esta carga de la milicia, rebajando el censo para los que estaban sujetos al servicio, reduciendo éste á seis años; licenciando á los soldados que habían asistido á sus campañas (2); aumentando los contingentes de las colonias latinas y los aliados, entre los cuales aún abundaban los robustos campesinos (3). Pero desde que las legiones romanas ya no eran modelo, sino escándalo de los campamentos, no era posible conservar la disciplina en las cohortes de los aliados y de los latinos, y los ejércitos degeneraron en escuelas de glotonería, de rapacidad y de crueldad.

De esta lenta descomposición de una sociedad guerrera, agrícola y aristocrática, comenzada cuando ya

---

(1) Appiano, *Pun.*, 115 y 117; *Hisp.*, 85.
(2) Nitzsch, *G. V.*, pág. 231.
(3) Neumann, *G. R. V.*, págs. 17-18,

había conquistado la hegemonía militar en el Mediterráneo, nació lo que de buen grado llamaríamos el verdadero imperialismo romano. El espíritu de violencia brutal y el orgullo crecían con la riqueza y la dominación en todas las clases; la codicia de la nobleza y de los capitalistas, el temor de una decadencia militar, cambiaron por fin la sabia política intervencionista concebida por Escipión en una feroz política de destrucción y de conquista. Esta política se inauguró con la tercera declaración de guerra á Cartago (149), con la conquista de Macedonia (149-148) y de Grecia (146). En el año 154 se encendió la guerra en España; se la creyó sin importancia, con un pueblecito aliado; pero las derrotas se sucedieron muy pronto, y lo que aún fué peor, cuando se supo en Roma que la guerra no sería un mero paseo militar, sino una larga y difícil prueba, ya no se encontraron soldados ni oficiales dispuestos á marchar. Este escándalo que reveló á todos la decadencia militar, cuyos primeros síntomas habían ya notado los observadores perspicaces durante la guerra contra Perseo, aumentó las inquietudes causadas desde algún tiempo antes por la creciente prosperidad y la riqueza de Cartago. Catón recomenzó la campaña, muchas veces intentada, para decidir á Roma que destruyese á su rival, antes de que ésta no la destruyese á ella: sostenido esta vez el proyecto por los ricos capitalistas que deseaban hacerse dueños del comercio entre el interior del África y el Mediterráneo, y por la nobleza llena de necesidades que confiaba en obtener ganancias de la guerra, fué aprobado. En vano los antiguos escrúpulos de la lealtad romana intentaron impedir esta abominable iniquidad. Tras una pérfida de-

claración de guerra, Cartago fué incendiada por Escipión Emiliano, y su comercio pasó á los mercaderes romanos (1). Envalentonados por los reveses que los ejércitos romanos sufrían en África y en España, Macedonia y Grecia se alzaron por la misma época; pero vencidas una y otra, fueron tratadas ferozmente, reducidas á provincias, saqueadas y anexionadas al imperio. Corinto, la más hermosa ciudad de Grecia, fué incendiada. Algunos años después, en el 143, el cónsul Apio Claudio atacó sin provocación á los salases en el Piamonte, todavía inculto—el Transvaal de los capitalistas de aquel tiempo,—les arrebató una parte de los territorios auríferos, y una sociedad romana arrendó en seguida las minas, transportando á ellas más de cinco mil esclavos é hizo de Victumula, en la región de Verceil, el centro comercial del oro piamontés (2). Así, á los primeros síntomas de debilidad y de decadencia del espíritu público, hubo en Roma un violento acceso de orgullo y de ferocidad que, como un torbellino, arrancó de sus cimientos á Corinto y á Cartago.

Entre tanto, los hombres esclarecidos, como Catón, como Sempronio Graco, como Escipión Emiliano, como Metelo el Macedónico, como Cayo Lelio, Mucio Escévola, Licinio Crasso Muciano, estaban asustados. Admiraban el nuevo poder y la riqueza de Roma; favorecían los progresos de la cultura con esfuerzos semejantes al de Metelo, el conquistador de Macedonia, que, habiendo decidido en esta sazón erigir un templo á Júpiter y

(1) Suetonio, *Ter. vita*, c. I.

(2) Estrabón, V, 1, 12 (218). Plinio, *H. N.*, XXXIII, 4, 78, *C. I. L.*, V. 715.

otro á Juno, rodeándolos de un gran pórtico, llamó á arquitectos y escultores de Grecia, entre ellos á Polícleto y Timárquidas, hermanos, según se dice, y que fueron los primeros en revelar á Roma la pura escultura ática (1). Pero no se resignaron á ver sucumbir la mejor parte de la antigua sociedad agrícola y aristocrática, la disciplina militar, el celo cívico, la moderación de las pasiones, la concordia de las clases. En efecto, ¿qué le hubiera ocurrido á Roma si los campos continuaban entrampándose y despoblándose; si todos los ciudadanos romanos, campesinos antaño, se hacían mercaderes, contratistas, artesanos y mendigos; si el lujo, la molicie, la corrupción de la nobleza aumentaban? Ciertamente que la pérfida y hábil política de Roma había acelerado hasta tal punto la política de los grandes Estados orientales, que nada parecía tener que temer ya de su parte: desde el reino de Pérgamo hasta Egipto, habían caído todos, tan debilitados por las intrigas, tan envilecidos por las violencias del Senado y de los embajadores romanos, que se estaba en vísperas de ver uno de los fenómenos más curiosos de la historia universal, el suicidio de una de las más poderosas monarquías orientales. Atalo, rey de Pérgamo, iba á dejar muy pronto, apenas muriese, heredero de su reino y de sus súbditos al pueblo romano: singular episodio de la historia antigua, preparado indudablemente por largas intrigas; episodio sobre el que estamos mal informados, por desgracia, pero que fué uno

---

(1) Cf. sobre el texto de Plinio, *H. N.*, XXXIV, 8, 52, las discusiones de Brunn, *G. G. K.*, I, pág. 535 y sig.; Overbeck, *G. G. P.*, II, pág. 428 y sig.. *B. C. H.*, V, pág. 390 y sig.

de los más grandes de la diplomacia de Roma. Sin remover una legión, aprovechándose exclusivamente de su superioridad y prestigio para activar la disolución ya comenzada en el antiguo Estado, Roma puso así la mano en una de las más ricas y fértiles regiones del mundo. Sin embargo, si la influencia romana se extendía tranquilamente en Asia y en toda la cuenca mediterránea, si Cartago y Corinto eran destruídas, los poblaciones bárbaras de España resistían, y la guerra continuaba, interminable, á pesar de las devastaciones y las matanzas organizadas por los generales romanos, empobreciendo el Tesoro y mermando el ejército. Bastaba esto para alarmar á los espíritus superiores. El instinto de conservación, que en todas las épocas opone tan gran resistencia en la historia, y quisiera evitarse los necesarios dolores del progreso, se espantaba, y de todas partes se elevaban los lamentos que los prudentes repiten tantas veces como la civilización cambia. Y muchas buenas cosas y muchas cosas malas sucumbían juntas por una ley superior, cuya razón suele escaparse á los contemporáneos. Éstos juzgan los acontecimientos según los primeros resultados: por instinto repugnan la destrucción de lo que está bien; temen siempre á las ruínas definitivas entre las vicisitudes de las civilizaciones, semejantes á los estíos hiperbóreos: un día extremadamente largo, un largo crepúsculo, la extinción de todas las cosas en la total obscuridad de una breve noche; luego, la nueva aurora que resucita al mundo. Pero, cuando habiendo vivido el día esplendente de una civilización, ve el hombre descender el lento crepúsculo, temiendo que la luz se extinga por siempre, siempre se vuelve con angustia hacia

lo pasado, hacia el sol del día que desaparece... Las gentes eximias de aquel tiempo pensaban que era preciso restaurar lo que había de bueno en la sociedad antigua; asociándole las excelentes adquisiciones de los tiempos nuevos; aliar lo pasado y lo presente; reconstituir la clase de los pequeños propietarios que suministraba los soldados (1), devolver á la antigua sencillez las costumbres de la aristocracia (2), recordar á los romanos su deber de engendrar una raza numerosa (3), Eterna ilusión y contradicción de los hombres en cada penosa etapa de la civilización, y que fué el tormento y la grandeza del personaje más célebre de este período. Publio Cornelio Escipión Emiliano, hijo de Paulo Emilio, adoptado por un hijo de Escipión el Africano, fué un hombre superior, un sabio distinguido, un gran general, un noble carácter, poco cuidadoso de las riquezas ó de los placeres, que no gastó en la crápula sus magníficas cualidades naturales. Amigo y discípulo predilecto de Polibio el gran pensador, que le había revelado todos los secretos de su profunda ciencia histórica, había comprendido que el imperialismo concluiría por destruir al imperio; que el orgullo, la concupiscencia, la sed de los placeres, el celibato, todas las pasiones de la era mercantil y de la política conquistadora, que era su secuela, destruirían el poder militar de Roma, el orden interior, el acuerdo de las

(1) Antes de Tiberio Graco habían propuesto Escipión Emiliano y Lelio, que se concediesen tierras á los soldados pobres. Plutarco, *Tib. Gr.*, 8.

(2) Cf. los discursos de Escipión Emiliano en Aulo Gelio, IV, 20.

(3) Cf. el discurso de Metelo el Macedónico: *De prole augendâ*, Suetonio, *Aug.*, 89; Aulo Gelio, I, 6.

clases, y desencadenarían en la metrópoli del imperio la anarquía demagógica, en que habían fenecido tantas repúblicas de Grecia. Y sin embargo, como era uno de los escasos hombres hábiles, fuertes, concienzudos de la nobleza degenerada, y el único gran general inteligente y enérgico de su generación, él fué quien tuvo que realizar todas las empresas más difíciles y crueles del feroz imperialismo de su tiempo, que los demás generales no podían llevar á buen término: la destrucción de Cartago, primero; luego la destrucción de Numancia en España, donde continuaba la guerra. Pero, ¿era posible oponerse á esta fatal marcha de las cosas? Mejor que cualquier otro oía á lo lejos el discípulo de Polibio el rumor de la cascada donde iba á precipitarse la corriente del tiempo, pero también presentía—y con espantosa lucidez—que era imposible remontar el río de la historia y su curso fatal (1). En esta misma contradicción se debatían todos los que abrigaban algún rencor contra su propio tiempo: los proletarios miserables, los propietarios acribillados de deudas; las antiguas familias nobles arruinadas, los conservadores á ultranza, descontentos del gran cambio ya sobrevenido, y los revolucionarios descontentos del cambio todavía imperfecto. Nadie podía prever las compensaciones futuras del mal presente; ni suponer que rodando al fondo de la misma miseria, las diversas poblaciones de Italia se confundirían unas en las ciudades de las otras, y todas en Roma, olvidando así la tradiciones y los idiomas locales en la común ambición de conquistar una fortuna y una patria más grandes; ni

(1) Cf. Meyer, *U. G. G.*, pág. 22.

que el espíritu romano se despojaría de la ignorancia obstinada, del estrecho empirismo, de las groseras supersticiones de los tiempos antiguos, y adquiriría en la escuela de los griegos el espíritu científico. Sin esta educación científica, el mundo no hubiese visto aparecer en el siguiente siglo á los arquitectos ni á los obreros que iban á erigir el maravilloso edificio del imperio; pero los contemporáneos de Escipión Emiliano sólo veían minarse la antigua sociedad, desorganizarse el ejército, extenderse la miseria y caer sobre Roma como una nube amenazadora, el horror más grande de la historia: la guerra civil entre ricos y pobres.

## III

### Formación de la sociedad italiana.

La señal de las primeras escaramuzas en esta guerra terrible, que debía durar un siglo, la dieron involuntariamente Tiberio y Cayo Graco, hijos de Tiberio Sempronio Graco, sobrinos de Escipión el Africano, cuñados de Escipión Emiliano, los postreros de esta gran familia, que después de ellos había de desaparecer de la historia.

En la casa paterna, donde fué educado por filósofos griegos de mérito, el joven Tiberio debió de oir frecuentemente á los hombres más conspícuos de la república compadecerse de los males de Roma y de su decadencia militar; discutir sobre la necesidad de una reforma que evitase la total destrucción de la sociedad antigua, sobre todo de la antigua clase de los campesinos que suministraba los soldados, renovando la protección pública de los pobres, que tan bien había ejercido el Estado romano en mejores tiempos. El principio universal y tenaz de que los males de una época sólo pueden curarse con expedientes legislativos, debía de estar mucho más difundido en Roma, porque en lo pasado, el Senado siempre remedió paternalmente los males de

la miseria distribuyendo tierras, aboliendo las deudas, fundando colonias (1). Tiberio Graco, imbuído ya de estas ideas en la casa paterna, quedó profundamente impresionado, primero por la guerra de España, en la que había tomado parte, y que costosa, vergonzosa y con veinte años de duración, amenazaba arruinar la hacienda, antaño tan floreciente (2); en seguida por el gran alzamiento de esclavos que estalló en Sicilia poco antes, y que Roma apenas podía reprimir. Espantado sobre todo por la rápida descomposición del ejército, joven, lleno de proyectos ardientes y generosos, pero desprovisto todavía de una gran experiencia de la vida, se decidió á recomenzar vigorosamente la antigua política agraria de las asignaciones para curar los males de Roma y rehacer el ejército. Su idea era sencillísima. Los vastos terrenos públicos de Italia, que los ricos propietarios habían arrendado ó usurpado, podían ser legalmente recobrados cada año, si el Estado se decidía á ejercer su derecho: si distribuía esas tierras en pequeños lotes repartiéndolos entre muchos cultivadores, enviando, singularmente á la Italia meridional, una parte de los desgraciados de Roma y del Lacio, el problema quedaría resuelto. Resurgirían las ciudades de Italia, que periclitaban, y en torno, los campos se repoblarían con esos pequeños propietarios (3) que devolverían á Roma las invencibles legiones de otro tiempo. Esta idea tenía numerosos partidarios (4) y Tiberio Graco, electo tribuno del pueblo el año 133, se pro-

(1) Duruy, *H. R.*, II, 393.
(2) Nitzsch, *G. V.*, 294.
(3) Sículo Flaco, *De cond. agr.*, 136, 7.
(4) Lange, *R. A.*, 3 y 7.-Plutarco, *Tib. Gr.*, 9. cf. *C. I. L.*, I, 551.

puso ponerla en ejecución por una ley agraria que había preparado sirviéndose de los consejos de dos sabios griegos, Blosio de Cumas y Diófano de Mitilene (1). En suma, para que los pobres se aprovechasen del *ager publicus* como en otro tiempo, propuso en su ley que ningún ciudadano romano pudiese poseer más de quinientas fanegas de tierras públicas, añadiéndoles doscientas cincuenta por cada hijo, hasta obtener otras quinientas más (2). Se despojaba á los latinos y á los italianos de las tierras públicas que no se les habían concedido regularmente, lo mismo si las habían comprado que si las ocuparon por sí mismos (3); los ciudadanos, ricos propietarios casi todos, recibirían una compensación en metálico por las mejoras hechas (4), mientras que los latinos y los aliados, entre los cuales predominaban los pequeños y los medianos propietarios, podían participar, en calidad de resarcimiento, en la nueva distribución de las tierras (5) al mismo tiempo que

(1) Plutarco, *Tib. Gr.*, 8.

(2) Plutarco, *C. I. L.*, I, 87.

(3) Esta cláusula no nos la ha transmitido ningún historiador, pero me parece necesaria suponerla para explicar lo que refiere Appiano, *B. C.*, I, 18, á saber: que los latinos y los italianos se quejaban de tener que presentar los documentos justificativos de las asignaciones y de las compras; que frecuentemente también las tierras que habían ocupado sin asignación se habían confundido con las tierras asignadas, hasta el punto de no poderlas distinguir.

(4) Appiano *B. C.*, I, 11.—Plutarco, *Tib. Graco*, 9.—Duruy, *H. R.*, II, 395, n. 2.

(5) Esta suposición también me parece necesaria para explicar otro pasaje de Appiano, *B. C.*, I, 18, en que se dice que los propietarios latinos é italianos se quejaban de que se les diese tierras incultas á cambio de sus tierras cultivadas, lo que demuestra que participaron en la nueva distribución. Si se admite que entre los

los ciudadanos romanos pobres; sin embargo, éstos pagarían todos los años una modesta suma al Estado y no podrían vender las tierras que se les asignase. Tres magistrados, escogidos anualmente por el pueblo en los comicios de las tribus, asignarían las tierras y en caso de controversia decidirían sobre las que eran públicas ó privadas (1). La ley fué acogida muy favorablemente por los campesinos y los pequeños propietarios (2). Parece que también fué bien acogida por la plebe urbana de los clientes, de los libertos, de los artesanos, que, como suele ocurrir con la gente desgraciada, se quejaban de la avaricia de los ricos y del abandono del gobierno como de la única causa de su propia miseria. Tampoco fué mal vista de algunos conservadores perspicaces (3), y es seguro que la consideraron favorablemente los senadores de modesta fortuna, que se encontraban á disgusto entre la opulencia de los tiempos nuevos, y se alegraban en secreto del daño que esta ley amenazaba causar á los riquísimos propietarios de inmensos rebaños. Éstos—que

---

latinos y los italianos eran más numerosos los pequeños propietarios que entre los ciudadanos romanos, todo se explica, y la claridad de la explicación refuerza á su vez la hipótesis. Tiberio Graco, que deseaba reconstituir la pequeña propiedad, no podía querer la ruína de los pequeños propietarios italianos y latinos, que suministraban tantos buenos soldados.

(1) Appiano, *B. C.*, I, 9.—Tito Livio, *P.*, 58. Según Tito Livio, la facultad de decidir si las tierras serían privadas ó públicas, se les asignó tras una nueva ley. Cf. Lange *R. A.*, III. 13.—Landucci, *Historia del derecho romano,* Padua, 1895, I, 102, la refiere al año 129, esto es, tras la muerte de Tiberio.

(2) Appiano, *B. C.*, I, 14.

(3) Neumann, *G. R. V.*, 166.

debían ser escasos en el Senado—no podían confiar que fracasase la ley en los comicios é intentaron una hábil estratagema: excitaron á un colega de Tiberio para que interpusiese su veto, oponiendo así á los designios del legislador popular la sacrosanta autoridad de los tribunos, que el pueblo había respetado siempre religiosamente. Pero la creciente predisposición á la violencia, provocada con este artificio, estalló por primera vez contra la misma inviolabilidad tribunicia. Los espíritus se irritaron: el impetuoso Tiberio, luego de haber intentado vanamente vencer la obstinación de su colega, propuso al pueblo destituirle. Era éste un procedimiento nuevo y revolucionario. Exasperado el pueblo, votó esta destitución, y depuesto el tribuno, fué aprobada la ley. Las pasiones todavía se inflamaron más: la oligarquía de los ricos concesionarios de tierras públicas comenzó á acusar á Tiberio de haber atentado contra la persona inviolable de un tribuno; Tiberio, que se soliviantaba con la oposición de los nobles, empezó resueltamente á excitar al pueblo con las más radicales teorías democráticas, y afirmó en grandes discursos que la voluntad del pueblo era la suprema autoridad del Estado (1). Luego, cuando se supo que Atalo, rey de Pérgamo, había muerto dejando al pueblo romano heredero de su reino, hizo decretar que su Tesoro serviría para proveer de herramientas á los nuevos colonos, demasiado pobres para no poderlas comprar, y propuso que fuese el pueblo y no el Senado quien administrase la nueva provincia (2). Sus enemigos le acu-

(1) Plutarco, *Tib. Gr.*, 15.—Valerio Máximo, III, 2. 17.
(2) Plut., *Tib. Gr.*, 14.

saron ahora de quererse convertir en tirano de Roma, y solaparon hábilmente con una oposición política su repugnancia por la ley agraria. Tiberio procuró entonces que le reeligiesen tribuno del pueblo para preservarse de una acusación capital. Parece que con este propósito anunció otras leyes populares (1); pero los odios se envenenaron, y ambos partidos llegaron á las elecciones con gran desconfianza mutua y sordas predisposiciones para la violencia. Créese que un pequeño tumulto suscitado durante los comicios la hizo estallar. No habiendo podido obtener que el cónsul proclamase el estado de sitio, cierto número de senadores se apostaron armados entre la muchedumbre, y mataron á Tiberio y á muchos amigos suyos (2). Esta violencia ilegal dispersó el partido numerosísimo de Tiberio; amedrentó á los conservadores perspicaces y deseosos de reformas, disgustados ya por la agitación democrática de Tiberio, y humilló la fiereza del pueblo. Pero Roma, atónita de estupor, vió tras varios siglos de orden y de legalidad, no sólo impune, sino admirada la violencia de la primer facción que se hizo justicia por su mano. Hasta el mismo Escipión Emiliano, que tomó á Numancia, aprobó la muerte de su archidemocrático cuñado.

Sin embargo, los tres comisarios, uno de los cuales era Cayo, hermano menor de Tiberio, se pusieron en marcha, fueron á la Galia cispadana y á la Italia meridional é intentaron reconstituir en los campos la antigua y fuerte Italia que había vencido Aníbal. Midieron las

---

(1) Plutarco, *Tib.. Gr..* 16.

(2) Cf. sobre esta catástrofe el minucioso análisis que de las fuentes históricas, ha hecho Meyer, *U. G. G.,* 24 y sig.

tierras públicas y las distribuyeron (1). Pero la empresa era ardua, y no podía consumarse sin realizar muchas injusticias, porque el antiguo *ager publicus* era difícil de reconocer tras tantos años. Muchas personas simulaban una venta de tierras cuando poseían más de la medida legal (2); otras habían cultivado con grandes gastos las tierras usurpadas; los documentos de muchas ventas y cesiones ya no se encontraban (3). Los medianos propietarios, todavía numerosos entre los latinos y aliados, sufrían particularmente en estas búsquedas y comprobaciones, y tanto más cruelmente, porque, como dice Plinio, Italia empezaba por estos años á comprender su interés (4). Muchos propietarios medio arruinados se ingeniaron en buscar cultivos más lucrativos, y, no pudiendo vivir ya cultivando como hasta entonces la viña y el olivo para satisfacer sus propias necesida-

(1) Bernabei en *Notizie degli scavi*, Marzo 1897, *C. I. L.*, I, 552 y 556. La inscripción más reciente, *C. I. L.*, I, 583, se refiere á la obra de los tribunos en la Galia cispadana.

(2) Appiano, *B. C.*, I, 18.

(3) Appiano, *B. C.*, I, 18.—Cf. el excelente trabajo de Callegari, *L. S. C.*, 35.

(4) Coloco entre el 130 y el 120 antes de Cristo el comienzo de esta transformación agraria de Italia, sustentándome en el importantísimo pasaje de Plinio, *H. N.*, XIV, 14, 94. Dice Plinio que en el año 121, y por la gran abundancia del vino, se vió por primera vez en Roma el efecto de esta transformación en el cultivo. El cambio, pues, debió de empezar una decena de años antes, si se considera el lento crecimiento de la viña. Plinio no habla de los olivares; pero como el olivo, según veremos, fué con la viña el cultivo más próspero de la nueva agricultura, y como en Catón se ve ya decaer el cultivo de los granos y prosperar el de las olivas (Max Weber, *R. A. G.*, 223), no es arbitrario suponer que los progresos de ambos cultivos fueran contemporáneos.

des, y el grano para la venta, pensaron, al contrario, en cultivar el grano para su uso personal y el aceite y el vino para la venta. El aceite y el vino valían más, y podían ser más fácilmente transportados y vendidos á lo lejos. Las grandes crisis económicas de la historia no las resuelven los legisladores geniales, sino los pueblos mismos, que trabajando aumentan la riqueza. Por desgracia, precisamente cuando iban á conformarse con esta ley, muchos propietarios italianos, perturbados en su obra por un legislador demasiado celoso, vieron que les ofrecían á cambio de una hermosa viña un terreno pantanoso. Por eso los latinos y los aliados recurrieron á Escipión Emiliano, bien predispuesto en su favor por haberlos conocido en las guerras, y Escipión propuso al Senado, y también logró aprobar por el pueblo, una ley estableciendo que los cónsules, en vez de los triunviros, juzgarían en lo sucesivo sobre las tierras públicas ó privadas (1); de suerte que los triunviros ya no podían buscar tierras que distribuir, y los cónsules, opuestos casi siempre al partido popular, dejaban dormir los procesos, quedando en suspenso la ejecución de la ley (2). Sólo en el año 125, M. Fulvio Flaco, miembro de la comisión agraria y amigo de Tiberio, intentó, al ser electo cónsul, patrocinar la reforma, y propuso á los latinos y aliados de concederles el derecho de ciudadanos (3) para compensarles de las pérdidas que pudiera causarles la revisión del *ager publicus*. Pero no pudo triunfar.

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 22.
(2) Neumann, *G. R. V.*, 215, 216.
(3) Lange, *R. A.*, III, 26. –Meyer, *U. G. G.*, 17.

La empresa fracasada de Tiberio la recomenzó diez años después su hermano Cayo, hombre verdaderamente superior por la fuerza y la grandeza de su espíritu. Cayo, que tenía veintiún años cuando Tiberio fué asesinado, dió durante los diez años siguientes un espléndido ejemplo de actividad y de virtudes privadas y cívicas á su enervada generación. Fué miembro de la comisión agraria, y diversas veces tomó parte en las luchas políticas que siguieron á la muerte de su hermano, procurando defender su memoria y su obra. Asistió á muchas campañas, siendo cuestor en Cerdeña, pero sin observar el ejemplo de los jóvenes elegantes de las grandes familias romanas: al contrario, vivió como los soldados y veló por su bienestar, gastando su patrimonio en vez de saquear el país y conservándose casto (1). El oficio militar no pudo distraerle de los estudios que tanto ambicionaba su espíritu: hasta llegó á perfeccionar la elocuencia que Cicerón admiró (2), mientras que el recuerdo de los sucesos ocurridos luego de muerto Tiberio, y las largas meditaciones le hicieron recoger y madurar los proyectos interrumpidos de su hermano. Como Tiberio, Cayo también estaba persuadido de la necesidad de salvar una parte cuando menos de la antigua sociedad; pero este designio de una reforma restauradora y conservadora, comenzaba por la fuerza de las cosas y como—siempre ocurre con esos proyectos en las épocas críticas—á transformarse en su espíritu en una acción revolucionaria que, en vez de fortificar lo que había de bueno en lo pasado, hubiese

(1) Aulo Gelio, XV, 12.

(2) Cicerón, *Brut.*, 33, 125.

apresurado su destrucción. La suerte de su hermano y de su reforma había demostrado que en vano se intentaba remediar los males de Roma sin haber destruído antes, ó al menos humillado, la poderosa facción de los grandes concesionarios y usurpadores del dominio público; que el plan de reconstituir una clase de propietarios con vagabundos de Roma, era simplicísimo y poco eficaz, en verdad. El mismo Cayo pudo comprobar, en calidad de comisario, lo difícil de la empresa, lo llena de injusticias y de males que estaba la investigación del *ager publicus*. Además, y aun admitiendo que los nuevos colonos cultivasen celosamente las tierras distribuídas, lo que no era muy seguro (1) no resultaba fácil resucitar entre los cuatrocientos mil ciudadanos romanos que gobernaban el imperio (el censo de 125 había dado 394.375) las mejores cualidades del espíritu antiguo. Entretanto, el pueblo romano era una pequeña oligarquía de propietarios, de banqueros, de contratistas, de mercaderes, de artesanos, de aventureros y de andrajosos, ávidos de placeres y de excitaciones, de súbitas ganancias, orgullosos, turbulentos, corrompidos por la vida de la ciudad; y esta oligarquía—es inútil forjarse ilusiones — pondría siempre su propio provecho y su placer sobre cualquier reforma, aun

(1) No es posible saber el efecto de las concesiones hechas por la ley de Tiberio. Según Tito Livio, *Per.*, 59 y 60, el número de ciudadanos romanos, que el año 130 era de 318.823, se elevó á 394.726 en el 124; aumento que Beloch, *I. B.*, 82, atribuye al reparto de los Gracos. Pero Beloch, en el *B. A. W.*, 351, cree que la segunda cifra es errónea, y debe de leerse 294.726, y en este caso habría una disminución.—Cf. I. Blasel, *Die Motive der Gesetzgebung des C. Sempronius Gracchus*. Trieste, 1878.—Lange, *R. A.*, III, 27.

la más saludable. Sin duda que muchísima gente, y sobre todo el bajo pueblo, se quejarían en esta oligarquía de la condición presente, pero solamente por no poder satisfacer sus deseos; y si, para dar curso á su descontento y á su rabia contra los ricos aprobaban una reforma, lo cierto es que no estaban dispuestos á recomenzar una vida más laboriosa, más honrada y más sencilla para salvar al Estado. Y nuevas ideas se incubaban en el espíritu de Cayo durante las largas campañas, lejos de Roma.

Al volver de la última expedición á Cerdeña, cuando el barco que le conducía hubo remontado el Tíber y echado el ancla en Roma, encontró una gran muchedumbre que le recibía con aplausos (1). Poco á poco cuando el terror producido por el asesinato de Tiberio se hubo disipado, el bajo pueblo de Roma empezó á desear un protector y un vengador; y este hermano de la víctima, conocido por sus virtudes y ya perseguido por el recelo de los grandes, pareció el hombre esperado. Así es que llegó el día en que, arrastrado por la memoria de su hermano, por los acontecimientos, por la espera de la plebe, por la malevolencia de sus enemigos, por su genio, Cayo reveló el plan de una reforma universal, en que entraban las ideas de su hermano, pero mejor maduradas, y también las suyas, todas originales y atrevidas, algunas hasta peligrosas. Electo tribuno del pueblo por el año 123 en unos comicios á que concurrió grandísimo número de electores del campo (2), intentó, ante todo, arrebatar á la facción

(1) Diodoro de Sicilia, XXXIV, fr. 24.
(2) Plutarco, *C. Graco*, 3.

de los grandes concesionarios de las tierras públicas, el apoyo que les prestaban otras clases (1). Los capitalistas y los senadores se confabularon fácilmente para saquear al Estado; pero como los ricos caballeros por orgullo, por ambición de un poder todavía mayor, por avaricia, aguantaban antes de mala gana el poder absoluto que ejercían en el Estado, en los tribunales, en el ejército tantos nobles cuyas deudas ú orgías pagaban ellos mismos, Cayo, recogiendo una de las ideas de Tiberio, propuso una *lex judiciaria* por la cual las comisiones permanentes *(questiones perpetuæ)* que entendían en las acusaciones contra los gobernadores y demás crímenes políticos, ya no se compondrían de senadores, sino de caballeros, y quizá se las revestiría de más amplia jurisdicción (2). Por la misma época, uno de sus colegas, Manio Acilio Glabrión, propuso una gran ley, la *lex Acilia repetundarum*, contra las concusiones de los gobernadores. La judiciaria era preciosa para los ricos financieros, que podrían juzgar en adelante hasta

---

(1) El orden en que fueron presentadas las leyes durante los dos tribunados de Cayo, y sobre todo su distribución, fueron objeto de grandes discusiones por Plutarco, *C. Graco*, 4-6; Appiano, *B. C.*, I. 21-23; Tito Livio, *Per.*, 60. Veleyo, II, 6, refiere las cosas muy distintamente. Cf. Callegari, *L. S. C.*, 53 y sig. Por consecuencia, lo mejor es inferir, como lo ha hecho Callegari, del espíritu de las leyes el orden de toda la legislación, porque en el sistema tan lógico de la legislación de Cayo, las leyes que sirvieron de preparación precedieron naturalmente á las que eran el objeto final.

(2) Cf. Tito Livio, Ep., 60; Appiano, *B. C.*, I, 22; Floro III, 13; Tácito, *Anales*, XII, 60; Diodoro de Sicilia, XXXIV, fr., 25; Plutarco. *C. Graco*, 5. Sobre los textos discordantes de estos autores y sobre las posibles conjeturas para concertarlos, véase Callegari, *L. S. C.*, 104 y sig.

á los mismos senadores; pero Cayo aún hizo más en su favor logrando aprobar una ley que reorganizaba definitivamente la nueva provincia de Asia, el reino de Pérgamo, que Roma heredó diez años antes, y que, una vez reprimida la insurrección nacional, se convertía para lo sucesivo en una segura posesión de Roma. Al contrario de lo que su padre hizo en España, Cayo propuso instituir en la provincia de Asia el impuesto romano del diezmo sobre todos los productos, el impuesto de la *scriptura* ó arriendo de los terrenos públicos, el impuesto de las *portoria* ó aduanas; pero añadió que la percepción de estos impuestos se arrendaría, no á los capitalistas de la región, como se hacía en Italia, sino en Roma y á los capitalistas romanos, bajo la inspección de los censores. El propósito de Cayo era aprovecharse de las grandes sumas que el Estado obtendría de estos arrendamientos y de un aumento en los derechos de aduanas sobre los artículos de lujo importados de Oriente (1) para granjearse el favor del bajo pueblo, venciendo por siempre esa semimiseria que reinaba en Roma aun durante los años de abundancia; en la *lex frumentaria* propuso que el abastecimiento se transformase en un servicio público y que el Estado surtiese á Roma de trigo, vendiéndolo al precio económico de seis ases y un tercio el celemín (2). Quizá pensaba también que estas grandes compras públicas de trigo en toda Italia debían ser asunto de los propietarios, y que, decretando en Roma la construc-

(1) Veleyo, II, 6.

(2) Appiano, *B. C.*, I, 21; Tito Livio, *Per.*, 60; Plutarco, *C. Gr.*, 5. (Sin embargo, según él, sólo los pobres se habrían aprovechado de este favor).

ción de espaciosos graneros, se daría trabajo á los contratistas y obreros (1). Luego, por agradar á los ciudadanos y á los pobres, propuso restablecer las leyes de Tiberio, y conceder á los triunviros, por una *lex agraria*, el poder de decidir si un terreno era de propiedad pública ó privada (2). Recogiendo sin duda una idea de su hermano, añadió una *lex militaris*, que fijaba en diecisiete años la edad mínima para ser alistado, y según la cual, el soldado no se vestiría á expensas propias, sino por el Tesoro público (3). En fin, propuso en una *lex viaria* un gran proyecto de grandes caminos por diferentes partes de Italia y especialmente por la Italia meridional, para dar trabajo á los contratistas y obreros, á la vez que para favorecer la venta de los productos agrícolas.

Proponiendo así á los comicios tantas cosas, de las cuales unas agradaban á los ricos financieros, otras á los hacendados, á los ciudadanos pobres, ó á los propietarios, Cayo pudo lograr fácilmente que se aprobasen sus proyectos (4) é inaugurar esa política de los intereses mercantiles que el partido democrático debía de continuar durante todo un siglo con creciente energía. Sin embargo, por una singular ilusión, Cayo creía poder emplear esta política para llegar á un resultado muy diferente: el retorno, cuando menos parcial, de la

(1) Appiano, *B. C.*, I, 23.

(2) Esto es lo que puede inferirse de un pasaje de Tito Livio, *Per.*, 60, donde se dice que la *lex agraria* de Cayo era la misma que la de Tiberio. Cf. Neumann, *G. R. V.*, 236; Callegari, *L. S. C.*, 80 y sig.

(3) Plutarco, *C. Gr.*, 5.

(4) Diodoro de Sicilia, XXXIV, fr. 25.

sociedad romana á su forma y sencillez primitivas. Reelecto tribuno por gran mayoría al siguiente año, llegó á hacer proposiciones más atrevidas. De todas partes acudían á Roma numerosísimos artesanos, mercaderes, artistas, sabios, aventureros; de esta afluencia resultaban inconvenientes sin número: el abastecimiento, singularmente, era difícil; el pan, los alquileres caros, y la muchedumbre miserable; mientras que en otras regiones de Italia se despoblaban muchos campos y ciudades. La *lex frumentaria* no era un remedio exento de peligro: tan grande resultaba con ella el gasto del Tesoro público, agotado ya en la guerra de España. Estando Roma demasiado poblada, era preciso comprometer cierto número de financieros y mercaderes para que se estableciesen en otras ciudades, adonde les hubiese seguido parte del bajo pueblo, abandonando así la metrópoli. Cayo pensó en tres puntos de la costa mediterránea: Squilache, Tarento y Cartago. En Squilache había ya una aduana para las importaciones de Asia; Tarento había sido célebre durante mucho tiempo por su comercio y su riqueza. ¿Los mercaderes que de Roma hacían el comercio con Grecia, Macedonia y Oriente, no hubiesen podido residir en Tarento y en Squilache más cómodamente que en Roma? Tras la destrucción de Cartago, Roma había absorbido su comercio: los comerciantes que tenían su mayor tráfico en África habrían tenido también interés en residir allí. En puridad, gran número se habían establecido ya en Cirta. ¿No podría erigirse sobre las ruínas de la Cartago púnica otra Cartago romana á la que podía darse el nombre de ciudad de Juno? Cayo propuso que se fundase en Squilache, en Tarento, en Cartago, tres colo-

nias formadas, no ya de indigentes como antaño, sino de personas que gozasen de bienestar (1), mercaderes ó capitalistas, á los que podía concederse vastos territorios para inducirles á salir de Roma.

También estas leyes fueron aprobadas, aunque no sin dificultad, según parece, pues no podía reducirse la población de Roma sin lesionar muchos intereses. Pero Cayo, cada vez más apasionado con sus proyectos, llegó á revelar la idea suprema que durante mucho tiempo había meditado en silencio: los derechos de ciudadano romano se concederían á todos los italianos, como había ya propuesto M. Fulvio Flaco (2). Gracias á esta ley deseaba que participasen más directamente en los beneficios y responsabilidades del imperio todas las poblaciones itálicas, más numerosas y menos corrompidas; se sustraería fuerzas de ese modo á la pequeña oligarquía de Roma, que envilecida y disminuída, parecía una débil columna arruinada por los años sobre la que imprudentes arquitectos hacían gravitar un inmenso edificio que se agrandaba constantemente. Este era el vasto designio de Graco: Roma sería la cabeza de una viviente nación itálica; el imperio ya no se sustentaría en una oligarquía municipal y de mercaderes corrompidos, sino en las clases rurales; se reedificarían las ciudades destruídas y arruinadas que habían sido en

(1) Este punto capitalísimo, que esclarece todo el pensamiento de Cayo, y que nos muestra lo que él esperaba de las colonias, nos lo refiere Plutarco. *C. Gr.*, 9. Callegari, *L. S. C.*, 99, reconoce toda su importancia.

(2) Veleyo, II, 6; Appiano, *B. C.*, I, 23; Plutarco, *C. Gr.*, 5; Cicerón, *Brut*, 26, 99. Los detalles de la proposición son mal conocidos.

otro tiempo hogares de civilización y de comercio; se haría en los diferentes países un mejor reparto de la población y de la riqueza, que afluyendo ahora á Roma amenazaban, por decirlo así, de congestión á este cerebro del imperio. Era, pues, la obra histórica de Roma la que Cayo había entrevisto: pero creyó poderla realizar sólo, sustituyéndose á seis generaciones que aún tenían que trabajar en esta inmensa labor.

En realidad, ideas tan magníficas aún eran prematuras. El proyecto de conceder los derechos de ciudadano romamo á los italianos no gustó á nadie, ni á la nobleza ni al pueblo: temía éste que aumentando el número de ciudadanos (1) disminuiría el beneficio de las guerras y de las elecciones, así como los juegos y diversiones públicas. La facción de los grandes propietarios aprovechó la ocasión, y con hábiles intrigas cambió en odio la popularidad de que había gozado Cayo. Algunos autores dicen que en las elecciones del año 121 ni siquiera fué reelecto; según otros, tuvo una mayoría tan escasa, que fué fácil declarar que no había triunfado con sólo falsear el escrutinio. Cayo volvió á la vida privada después de su segundo tribunado, permaneciendo alejado hasta el día en que sus enemigos propusieron suprimir la colonia de Cartago: entonces quiso hablar en los comicios. También en esta ocasión estaban excitados los espíritus de una y otra parte: hubo escenas violentas; los enemigos de Cayo corrieron al Senado para demandar que se decretase el estado de sitio, y alarmaron á los senadores discretos y moderados. Decretado súbitamente el estado de sitio, el cón-

(1) Mayer, *Orat. rom.*, frag. (Tubinga, 1842), 201.

sul Lucio Opimio hizo acuchillar á Cayo y á sus partidarios.

Si la suerte del reformador fué trágica, extraña fué la suerte de su reforma. Debía de ser un remedio y se convirtió en un veneno; debía de conservar la parte mejor de la antigua sociedad, y, al contrario, aceleró su descomposición. El lujo, el odio al trabajo, la orgía, la crápula, la embriaguez, habían ya aumentado tras la destrucción de Cartago y de Corinto; pero mucho peor fué cuando Roma tomó posesión de la herencia del rey de Pérgamo. El mismo año en que murió Cayo Graco, las viñas plantadas diez años antes dieron una abundante cosecha, parte de la cual se transportó á Roma, abriéndose tabernas en todas las calles (1). Nobles, ricos, grandes y pequeños propietarios, todos compraron esclavos, cuyo comercio aumentó considerablemente (2). El mobiliario del rey de Pérgamo, trasladado á Roma y vendido en pública almoneda, se lo disputó una muchedumbre de apasionados *amateurs*, y disperso por las casas ricas de Roma é Italia, difundió el gusto de los muebles suntuosos, de los cuadros, de las estatuas, de las vajillas de oro y de plata (3). Con las necesidades aumentaron las deudas entre la aristocracia romana é itálica. Es lo que siempre ocurre cuando una plutocracia de advenedizos surge ante la aristocracia histórica y quiere seguir con su fortuna los pasos de las antiguas familias nobles. Excepto un escaso número de familias que se enriquecieron con la hábil ava-

(1) Plinio, *H. N.*, XIV, 96.
(2) Este importante hecho nos lo refiere Estrabón, XIV, v. 2.
(3) Plinio, *H. N.*, XXXIII, XI, 148.

ricia de uno de sus miembros, como los Licinios Crasos, los Pompeyos, los Metelos (1), en las demás familias nobles aumentaron los jóvenes crapulosos, viciosos, orgullosos, algunas veces ávidos de ciencia y arte; pero siempre pródigos y derrochadores. Los caballeros, al contrario, se enriquecieron con los despojos del antiguo reino de Pérgamo. Con la ley sobre Asia, Cayo había creado un negocio nuevo y muy lucrativo para los capitalistas romanos. En Roma se fundaron numerosas sociedades para arrendar aquellos impuestos, y á ellas aportaron sus capitales hábiles financieros, inaugurando así la expansión financiera del imperialismo tras la expansión militar y mercantil. En todas las familias de la clase media (aún debían ser numerosas, por más de que la fecundidad disminuyese probablemente de generación en generación), muchos hijos disgustados de la pobreza campesina abandonaban la casa paterna é iban á la ciudad vecina ó á Roma para vivir de un oficio ó de un tráfico; se alistaban voluntariamente ó les sorprendía la recluta y recorrían el mundo en busca de fortuna. Las colonias de mercaderes italianos se hicieron más numerosas en el Mediterráneo, y por esta época se formó otra en Alejandría (2). Muchos italianos emigraron á Asia: á la sombra de las grandes compañías de publicanos se entregaron á la pequeña usura, y también se consagraron al comercio de esclavos y de productos asiáticos, que cada vez eran más solicitados en Roma. Delos se hizo floreciente y fué poblada de ricos mercaderes italianos, griegos, siriacos y judíos. Fre-

(1) Cf. Drumann, *G. R.*, II, 37 y sig.; IV, 70 y sig.; 318 y sig.
(2) Homolle, *B. C. H.*, VIII, 127.

cuentemente eran los mismos padres los que no queriendo para sus hijos su propia mediocridad les enviaban, á trueque de entramparse, á estudiar en la ciudad vecina, para que aprendiendo á hablar bien pudiesen ser abogados, conquistar nombre, atraerse la protección de los hombres ricos y poderosos que les ayudarían á ser electos magistrados (1). Así se perdía la clase media de los propietarios y campesinos, que había roturado gran parte de la península y vencido á Aníbal. En toda Italia las pequeñas propiedades se fundían en vastas posesiones territoriales entre las manos de algunos sujetos avaros que sustituían con esclavos á los trabajadores libres, los cuales se habían hecho perezosos, ambiciosos, pendencieros; y la población libre de los campos emigraba para conquistar fortuna en las ciudades de Italia ó en las provincias y también para buscar el poder en Roma, donde un pequeño número de privilegiados habían logrado hasta entonces ser pretores, cónsules, senadores de padres á hijos (2). Pero la fuerza de las tradiciones aristocráticas también disminuía, y en medio de esta aristocracia en disolución—que en la crápula perdía la fortuna, la energía, las hermosas virtudes de sus abuelos;—se vió tras la muerte de Cayo Graco aparecer los *self made men*. Tal era Marco Emilio Escauro. Hijo

---

(1) Conocemos dos casos de jóvenes pertenecientes á la clase media que se les envió así á estudiar: Sertorio (Plutarco, *Sert.* 2) y Emilio Escauro (Aurelio Víctor, *De vir. ill.*, LXXII, 1; Valerio Máximo, IV, IV, 11; Drumann, *G. R.*, I, 2, 18 y siguientes). No son estos dos casos aislados, sino dos casos típicos de un fenómeno frecuente.

(2) Véase en Drumann, *G. R.*, los cuadros genealógicos de los Metelos (II, 6); de los Domicios Enobarbos (III, 12); de los Julios (III, 113); de los Licinios Crasos (IV, 53); de los Octavios (IV, 218).

de un simple comerciante en carbón, pertenecía al orden ecuestre, y á fuerza de estudios, de adulación, de servicios prestados á la oligarquía corrompida, y al mismo tiempo afectando austeridad y virtud, supo llegar á los altos cargos en el momento de morir Cayo Graco, del que había sido violento adversario, y se propuso asaltar el consulado, que efectivamente obtuvo en el año 115 (1). Muy diferente de él era Cayo Mario, hombre de viva inteligencia, pero poco culto; de costumbres sencillas, pero ambicioso y muy enérgico. Obscuro caballero (2) de Arpino, parece haber sido primeramente un hacendado de escasa importancia; habiendo abandonado luego los negocios, ingresó en la carrera militar y en la política. Se distinguió en el sitio de Numancia, y su mérito militar le valió el ser electo tribuno del pueblo en el año 119: no tenía padres, ni clientela, ni fortuna; pero no dudó por eso en descontentar á la nobleza y á la plebe, afrontando con indiferencia y por decirlo así con desprecio, el odio de todos los partidos (3). Tales eran, con caracteres diferentes, los dos campeones más afortunados de la nueva burguesía itálica que, sacudiendo el yugo secular de la no-

(1) Véase Drumann, *G. R.*, II, 18.

(2) Madwig, *K. P. S.*, 525, ha demostrado que no hay por qué corregir en Veleyo, II, 11, *natus equestri loco* por *natus agresti loco* como lo hacen tantos editores inducidos en error por la tradición más tardía que hace de Mario un campesino. Según Diodoro de Sicilia XXXIV, 35, fr. 38, y según Plutarco, *Mario,* 3 y 13, Mario pertenecía á una familia del orden ecuestre. Madwing ha demostrado con diversos argumentos que esta tradición es mucho más verosímil que la que le hace nacer en la plebe pobre.

(3) Neumann, *G. R. V.*, 261.

bleza, se formaba en las antiguas clases medias, con la ambición de extender su poder sobre Italia y sobre el mundo. Los ciudadanos pasaban de una ciudad á otra y se mezclaban; los matrimonios se hacían frecuentes entre personas de distintas ciudades, así como las relaciones de amistad ó de negocios, y las asociaciones comerciales; el latín se difundía y convertía en lengua de todos; en toda Italia se contraían los mismos hábitos y también los mismos vicios; se estudiaba la misma filosofía griega, la misma retórica y la misma elocuencia latinas.

Sin embargo, los esfuerzos que hacía la nobleza en descomposición para no caer, y los que la nueva burguesía realizaba por elevarse, aceleraban la ruína de la antigua sociedad. En el desorden de esta descomposición y de esta recomposición social, todos los egoísmos personales de familia, de clientela, de partido y de clase se abatieron sobre Italia con terrible violencia. Se carecía de soldados y de dinero; la recluta se hacía cada vez más difícil; la hacienda del Estado, á pesar de las considerables rentas de Asia, quedó pronto malparada por los gastos que imponía el abastecimiento de trigo (1) y la provisión de los trajes militares decretada por Cayo Graco. La política exterior sufrió el contragolpe de esta decadencia militar, y en todas partes se hizo insegura, tímida, incoherente. Ya no se realizaron conquistas, á menos de que la necesidad lo impusiese; se dejó de vigilar atentamente los Estados independientes y vecinos. Señora de los antiguos Estados del rey de Pérgamo, Roma extendió muy luego su dominación al interior del Asia Menor, con un am-

(1) Cicerón, *De off.*, II, xxi, 72.

plio sistema de clientela. Sin dificultad impuso su protección á las repúblicas de Rodas, de Cícico, de Heráclea, y á la confederación de las repúblicas de Licia y de los Estados gálatas (1). Pero desdeñó el vasto reino del Ponto que, bañado por el mar Negro, se extendía más allá de esos Estados, y se había formado al principio del tercer siglo antes de Cristo, durante la descomposición del imperio de Alejandro, con poblaciones diferentes de lengua, de costumbres y de raza, bajo la dinastía de los Mitrídates, noble familia persa helenizada. Del año 125 al 121, para socorrer á su aliada Marsella ó para conservar las comunicaciones entre Italia y España amenazadas por los galos independientes, Roma declaró la guerra á los alvernios, cuyo rey Bituito había fundado una especie de imperio galo haciéndose reconocer como jefe supremo por buen número de poblaciones célticas que vivían entre los Alpes y el Rhin. Bituito fué vencido y hecho prisionero; el imperio alvernés quedó destruído; pero Roma se limitó á pactar una alianza con los principales pueblos galos, los ecuos entre ellos, y reducir á provincia romana la Galia narbonesa, es decir, la parte de Francia comprendida entre los Alpes y el Ródano. En 121, un Metelo conquistó las Baleares; pero se cesó pronto de guerrear contra las tribus bárbaras de las fronteras ó de los países ya conquistados. El botín de las guerras llegó á faltar en el mismo instante en que aumentaban las necesidades de la nobleza y de la clase media, y pronto fué Italia la presa de sus apetitos. El partido de los grandes propietarios se dió prisa en

(1) Reinach, *M. E.*, 85 y sig.

aprovecharse del poder recobrado tras la muerte de Cayo, y el año mismo de su asesinato hizo aprobar por el Senado una ley estableciendo que las tierras designadas por los triunviros podían ser vendidas; y dos años después, el 119, los comicios decidieron que las leyes agrarias de los Gracos quedasen abolidas, prescribiendo al mismo tiempo como compensación, que las cantidades producidas por el arriendo de los bienes públicos se distribuyesen entre el pueblo (1). Pero muy pronto se intentó algo más atrevido. Aterradas con la revisión de los arrendamientos ordenada por los Gracos, gran número de personas que habían comenzado á hacer gastos en las tierras públicas para cultivarlas, quisieron que se las tranquilizase; muchos propietarios, atormentados por sus deudas y por la creciente carestía de la vida, estaban ansiosos de encontrar una nueva fuente de rentas; en fin, mucha gente enviada á las colonias por los Gracos se cansaba de la vida ingenua de los campos y deseaba poder vender las tierras que les asignaron los triunviros. Una ley hábilmente elaborada el año 111 por el tribuno del pueblo Espurio Torio (2) dió satisfacción á todos. Por esa ley se declaraban propiedad privada, es decir, inscriptas en el censo, y podían venderse, transmitirse por donación ó por he-

---

(1) Appiano, *B. C.*, I, 27. Según Mommsen, esta ley que Appiano atribuye falsamente á Espurio Torio, es del 119. Véase *C. I. L.*, I, pág. 77.

(2) Neumann, *G. R. V.*, 264 y sig., y Karlowa, *R. R. G.*, I, 433 y sig., me parece que han demostrado, en contra de la opinión de Mommsen, que la ley de Espurio Torio es aquélla y no la segunda.— Ciccotti, *T. S.*, 194, en el que se podrán leer las hermosas consideraciones sobre las leyes agrarias de los Gracos, sigue á Mommsen.

rencia, las tierras públicas cuya propiedad hubiesen declarado legítima los triunviros, hasta 500 medidas por padre de familia y otras tantas por sus hijos (1). Lo mismo para las tierras públicas dadas en compensación de las que se habían embargado cuando la revisión (2); análogamente para las tierras que se habían distribuído de uno ú otro modo á consecuencia de las leyes de los Gracos (3), y, en fin, otro tanto para las tierras públicas ocupadas tras las leyes de los Gracos, hasta llegar á las treinta medidas, á condición de que se hubiesen cultivado (4). Además, en lo que concierne á estas tierras públicas, se abolió la jurisdicción de los triunviros, tan enojosa para los grandes propietarios, y se la confió á otros magistrados, cónsules, pretores, censores, que, por tradición, se les escogía casi siempre entre la nobleza. En fin, el beneficio de la ley, no sólo se extendía á los ciudadanos romanos, pero también á los latinos y aliados (5). Así pudo ser aprobada. Las tierras públicas convertidas en propiedad privada aumentaron inmediatamente de valor; los propietarios endeudados pudieron vender los campos, que antes sólo tuvieron en usufructo; los que habían empezado á in-

---

Esta ley, de que Appiano, *B. C.*, I, 27, da un breve resumen, ha llegado felizmente hasta nosotros en gran parte, gracias á una inscripción, que es uno de los documentos importantes de la historia social de Roma. El texto se ha publicado en la *C. I. L.*, págs. 79-86, en Brunn, *Fontes juris romani antiqui* (Tubinga, 1860), 16-35.

(1) *Lex Thoria*, I, 1. La mejor explicación del *pro vetere possessore* me parece la de Mommsen, *C. I. L.*, I, pág. 87.

(2) *Lex Thoria*, I, 9.

(3) *Idem*, I, 1.

(4) *Idem*, I, 3.

(5) *Idem*, I, 14.

vertir capitales en las tierras se tranquilizaron, y el tráfico sobre ellas recomenzó activamente. Sin embargo, el Estado, empobrecido ya, perdió así gran parte del vasto dominio que le había servido de gran socorro en las vicisitudes de los siglos pasados. La ley, pues, podía parecer á los hombres clarividentes—y lo era efectivamente en la intención de sus autores—un asalto dado al patrimonio público por las codicias privadas. Nadie podía prever las consecuencias, que serían considerables y bienhechoras. En efecto; esta ley destruyó los postreros vestigios del antiguo comunismo agrario; casi todo el suelo de Italia se convirtió en propiedad privada como secuela de una revolución económica análoga á la del siglo último en Europa, cuando se vendió á los particulares los bienes de mano muerta. Esto demuestra una vez más que la obra de los personajes que pertenecen á la historia debe juzgarse conforme á las intenciones y motivos mejor que por los resultados, pues frecuentemente, ni sus propios autores los habían previsto.

Pero si la aristocracia en disolución y la burguesía en formación dilapidaban juntas en Italia el dominio secular de Roma, la aristocracia dilapidaba fuera, con la impaciencia de los apetitos violentos, un patrimonio todavía más precioso, el prestigio de Roma en el mundo. Ninguna clase pierde tan completamente el sentido del bien y del mal como una aristocracia entrampada, llena de necesidades, envidiosa de la plutocracia de los millones recién adquiridos, ambiciosa de conservar el primer rango, el lujo, la facilidad de los goces que desaparecen con la pobreza. Roma había visto numerosos escándalos en su aristocracia: jueces venales, gobernadores exactores, senadores que habían hurtado tierras

públicas; Lucio Cornelio Sila, postrer descendiente de una familia nobilísima, pero arruinada, hombre inteligente y culto, que perdía el tiempo entre mimos, bufones, cantantes, bailarinas, y que había rehecho la fortuna de su familia heredando á una cortesana griega (1). Pero el respeto que se tributa á una aristocracia tan antigua, así como la admiración que se siente por un estado que ha sido poderoso durante siglos, persisten mucho tiempo entre los hombres luego que la decadencia ha comenzado, y por eso Roma aún se forjaba ilusiones sobre su nobleza, como quizás hoy mismo se ilusione un país cuya aristocracia propende á una ruína semejante, me refiero á Inglaterra. Roma ignoraba los progresos que en un espacio de veinte años había realizado en la nobleza contemporánea de los Gracos la fiebre malsana de las voluptuosidades, de los goces insaciables, de la venalidad, del agio, del cinismo. El escándalo de África, comenzado en el año 112, debía de revelar súbitamente á Roma todos esos horrores. Micipsa, rey de Numidia, al morir en el año 118 dejó como regente y tutor de sus dos hijos legítimos á Yugurta, su hijo bastardo, hombre astuto y ambicioso. Para reinar sólo, Yugurta no tardó en matar á uno de sus hermanos y dirigirse en son de guerra contra el otro, suscitando trastornos en los que hubo de intervenir el gobierno romano. Entonces se vió envejecer bruscamente á este Estado que había abatido á Aníbal y convertido en cenizas á Cartago, hasta el punto de no poder dar cuenta de un jefe de tribus bárbaras y nómadas, sólo porque éste compraba los comisarios envia-

(1) Plutarco, *Sila*, 1-2.

dos para espiar sus trabajos, á los senadores encargados de juzgarle, á los generales que habían de combatirle, de suerte que costó gran trabajo encontrar entre la nobleza un hombre, un Metelo, que verdaderamente le hiciese la guerra en lugar de estafarle el dinero. Este formidable escándalo de la aristocracia puso súbito fuego á todas las pasiones democráticas que gestaban sordamente desde treinta años antes en la clase media, en el bajo pueblo, entre los ricos financieros, y destruyó el respeto á la nobleza, ya atenuado por el espíritu inquieto de la época, por las ambiciones nuevas y por la difusión de la filosofía griega, singularmente del estoicismo que enseñaba que todos los hombres son iguales; el efecto se sintió en las elecciones de cónsules para el año 107. Durante este tiempo, Mario había sido pretor y propretor en España; se había enriquecido y emparentado con la familia patricia, pero algo obscura de los Julios, casándose con la hermana de un Cayo Julio César, noble, pero poco ilustre (1), y servía entonces como *legatus* en el ejército de Metelo, en África; pero no se sentía muy bien, porque los muchos nobles que desempeñaban los altos mandos no desperdiciaban ocasión de humillar á este obscuro caballero, á este antiguo granjero, á este burgués, como diríamos hoy, que había conquistado tanto renombre (2). Irritado por sus provocaciones, envalentonado por el estado del espíritu público en Italia, Mario solicitó del generalísimo que le permitiese ir á Roma á solicitar el consulado para el año 107. Metelo, que

(1) Pauly's, *R. E.* IV, 1557.
(2) Diodoro de Sicilia, *B. J.*, 73.

era hombre honrado, pero que también participaba en los prejuicios aristocráticos, procuró descorazonarle é impedirle partir; Mario se ofendió: cónsul y legado se indispusieron, y así se decidió la fortuna de Mario. Cuando en Roma se supo que Metelo se oponía á que un soldado de tanto mérito fuese cónsul, sin otra razón de que no era noble, Mario se convirtió en el ídolo de los artesanos, de los campesinos, de la clase media, de los financieros (1), y fué electo. Entonces quiso poseer, y lo obtuvo, el mando que se había confiado á Metelo; pero antes de partir para África, introdujo en su calidad de cónsul una gran innovación en la recluta de los soldados: alistó hasta los pobres que no estaban inscriptos en ninguna de las cinco clases de propietarios, y que, según la vieja constitución, no poseían el derecho de llevar las armas (2). Los mercaderes, los arrendatarios, los ricos propietarios que componían las cinco clases apenas tenían aptitud ni gusto para el servicio militar. Treinta años hacía que los espíritus agudos sentían la urgente necesidad de reconstituir sólidamente el ejército: con esta mira intentaron los Gracos realizar sus reformas. Mario no se descuidó en adoptar medidas radicales: empleó un procedimiento más atrevido, más rápido, más revolucionario. En vez de trabajar en penosas y vanas reformas para comunicar fuerzas á la clase media de los campos, que era el antiguo vivero de los soldados, sacó á sus reclutas de entre la plebe ínfima y pobre de las ciudades y de los cam-

(1) Salustio, *B. J.*, 73.

(2) Salustio, *B. J.*, 86; Aulo Gelio, XVI, x, 14. Valerio Máximo, II, III, 1.

pos, sin darse cuenta, probablemente, de todos los cambios que tal innovación implicaba en la organización militar y en la política de Roma (1).

Mario logró vencer á Yugurta con la ayuda de Boco, rey de Mauritania, y de su cuestor Sila, que en esta guerra dió pruebas de un vigor físico, de una energía, de una firmeza de juicio y de una habilidad diplomática que jamás se hubiesen supuesto en un joven tan disoluto. Yugurta fué conducido á Roma encadenado. Una parte de su reino se incorporó á la provincia de África; la otra se concedió á Boco, y la tercera á un hermano de Yugurta. Pero esta victoria costó siete años de negociaciones y de guerra: y esto era demasiado para un imperio tan grande, que tuvo que habérselas con un rey tan pequeño. Además, Italia estaba tan debilitada por la terrible descomposición social, que poco después pareció incapaz de superar dos peligros nuevos é imprevistos. En el reino del Ponto, que hasta entonces había permanecido casi ignorado de los romanos, había ocupado el trono en el año 111 un joven soberano ambicioso é inteligente, de nombre Mitrídates Eupator, que ayudado por Diofanto, hábil griego de Sinope, supo en pocos años captarse la admiracción de Oriente como héroe del helenismo en lucha contra los bárbaros. Salvó las colonias griegas del mar Negro de la dominación escita y conquistó á Crimea; envalentonado luego con este primer triunfo quiso someter á su poder toda la cuenca oriental del mar Negro, y

(1) Véanse sobre este cambio las consideraciones de E. Barone, *I Grandi capitani sino alla Rivoluzione francese*. Turín, 1898; *Annibale*, 32 y sig.

extender por el interior hasta el Éufrates el viejo reino del Ponto; también quiso entrar en relación con las poblaciones bárbaras de los sármatas y de los bastarnos que erraban entre el Danubio y el Dnieper, con las tribus galas que habían continuado en el valle del Danubio, con los tracios y los ilirios (1). Los reyes escitas arrojados de Crimea, acudieron á Roma en demanda de socorro, y en Roma empezaban ya á preocupar el joven rey (2). Pero una nueva y terrible calamidad cayó sobre Italia. En el año 105 el procónsul Quinto Servilio Cepión y el cónsul Cneyo Manlio Máximo, pertenecientes ambos á la aristocracia, fueron enviados para repeler una invasión de cimbrios y teutones, á los que había abierto la Galia la destrucción del imperio alvernés, y que luego de desvastar á este país, amenazaban á Italia. Pero los dos generales romanos se eran hostiles: no sabiendo dar tregua á sus disensiones intestinas, ni aun en presencia del enemigo, fueron vencidos por los bárbaros. Mitrídates, que hacía tiempo preparaba una alianza con el rey de Bitinia, invadió entonces —por la primavera del 104, según parece—la Paflagonia y expulsó á los soberanos que habían pedido socorro á Roma en calidad de clientes de la república. Mitrídates apeló entonces á los medios empleados por Yugurta y envió embajadores á Roma con la misión de corromper al Senado (3). Pero el disgusto que inspiraron en Roma los escándalos africanos, el triunfo del héroe por popular en la guerra contra Yugurta, la derro-

(1) Reinach, *M. E.*, 57 y sig.

(2) *Idem*, 95.

(3) Reinach, *M. E.*, 95 y 96.

ta de los generales aristócratas en la guerra címbrica, habían transportado todo el favor público al partido popular, que llenaba de acusaciones y amenazas á la nobleza histórica de Roma, y la había ya constreñido á aceptar, pasados tres años, la reelección de Mario para el consulado, que, según la opinión popular, había sabido vencer él sólo á los cimbrios. Los embajadores de Mitrídates, venidos esta vez para corromper á los grandes de Roma, fueron perseguidos por las acusaciones populares que suscitó un ardiente demagogo, Lucio Apuleyo Saturnino, tribuno del pueblo entonces (1). Para calmar al pueblo, el senado tuvo que enviar una misión á Oriente y encargar al pretor Antonio que vigilase la provincia de Cilicia; corrompido éste por el oro del Ponto, lejos de obligar á Mitrídates y Nicomedes á salir de Paflagonia, todavía les dejó ocupar á Galacia (2). Afortunadamente, y gracias al héroe popular, las cosas iban mejor en el Norte. Los cimbrios y teutones, que habían derrotado los dos cónsules, no invadieron inmediatamente á Italia, sino que se replegaron sobre Galia y España. Mario tuvo tiempo así de realizar sus reformas militares. Abolió el orden de los manípulos, y al mismo tiempo la distinción en las legiones entre los ciudadanos romanos y las cohortes de aliados. Organizó las legiones de la misma manera que los contingentes itálicos, por cohortes, que siendo más compactas, pesadas y uniformes que los manípulos, podían formarse con soldados de menos valor, como los que se reclutaban entra la hez de la población. Per-

(1) Niccolini, en *S. I. F. C.*, V, 476.
(2) Reinach, *M. E.*, 97.

feccionó las armas, el *pilum* y los bagajes. Instruyó activamente á la nueva milicia. Mientras preparaba así el resarcimiento, el partido popular iba en Roma de triunfo en triunfo. Desafiando el odio de la nobleza, lograba elegir á Mario de año en año para el consulado. También hacía aprobar castigos más severos contras los gobernadores corrompidos. Los colegios sacerdotales, que hasta entonces se habían renovado escogiendo en un escaso número de familias nobles, tuvieron que formarse por elección popular. Todos los ambiciosos halagaban á este partido; los ricos financieros le eran favorables; ni siquiera los conservadores moderados dejaban de considerar con benevolencia su programa de reformas sociales y políticas. Hasta estaba de moda (1) el ser partidarios de las leyes agrarias que se proponían siempre y que nunca entraban en vigor. Confiaban muchos que la salud de este desgraciado país procedería de ese partido, que había heredado las tradiciones de los Gracos. Para confirmar semejantes esperanzas, el héroe del partido destrozó por dos veces á los bárbaros en Aix, el año 102, y en los Campos Ráudicos el año siguiente. En fin, libró al imperio de esas hordas y fué saludado con el título de tercer fundador de Roma, después de Rómulo y Camilo.

---

(1) Neumann, *G. R. V.*, 394-412. Véase el discurso de Marco Filipo sobre la ley agraria, año 104, en Cicerón, *De off.*, II, XXI. 73. Véase también Busolt, *N. J. P. P.*, 141 y 321 y siguiente. Demostrando que los fragmentos de Diodoro sobre los Gracos, llenos de favor para las reformas agrarias de ambos hermanos y de aversión para las reformas políticas, se han entresacado, probablemente por mediación de Posidonio, de Rutilio Rufo, honrado conservador de nota que vivió en los comienzos del siglo primero.

## IV

### Mario y la gran insurrección proletaria de la antigüedad.

Justamente entonces, un siglo antes de Cristo, Italia parecía arrastrada con creciente rapidez hacia la catástrofe terrible, temida desde mucho antes. Sin duda que no todo era decadencia y ruína: aun entre tantas desgracias, la nación progresaba. La difusión de la filosofía griega, los progresos de la instrucción y de la riqueza, hacían más perceptible la severidad del derecho antiguo y de ciertas supersticiones bárbaras que infligían sufrimientos sin utilidad para nadie. Iba á decretarse la abolición de los sacrificios humanos, de los que todavía quedaban vestigios (1). El derecho progresaba gracias á los pretores que en sus edictos se inspiraban cada vez más en los principios de la equidad; gracias también á las leyes reformadoras, tales como la ley *Aebutia*, que, poco después de esta época, abolió el procedimiento rígido y pedantesco de las *legis actiones*, y estableció en su lugar un procedimiento más flexible y racional (2). Análogamente, la cultura literaria y ar-

(1) Se decretó el año 97 antes de Cristo. Véase Plinio, *H. N.*, XXX, I, 12.

(2) Bonfante, *D. R.*, 493.

tística realizaba considerables progresos. Los nobles y los ricos comenzaron á construir en Roma elegantes palacios, donde en lugar de los atravesaños del país, empleaban los más hermosos mármoles del extranjero, tales como los de Himeto (1); grandes señores se aficionaron á componer libros, historias, tratados, poesías en griego y en latín; en el foro se oían ya oradores como Antonio y Licinio Craso, que habían estudiado atentamente los modelos griegos (2); el conocimiento y el gusto de las artes de Grecia y de Asia se difundía cada vez más; los escultores y los pintores griegos, entre los cuales figuraba una mujer, Iaia de Cícico (3); trabajaban formando muchedumbre para los ricos de Roma. Pero al mismo tiempo aumentaba el desorden económico, moral y político. La crápula arruinaba á casi toda la nobleza histórica de Roma, obligándola á vivir de artificios, de deudas, de concusiones, de rapiñas (4); á buscar las amistades y los casamientos entre los obscuros, pero riquísimos hacendados y financieros. Muchos agricultores leían los escritos de los agrónomos griegos ó el manual de agricultura compuesto por el cartaginés Magón, traducido por orden del Senado. Tomaban prestado un modesto capital, plantaban olivares y viñedos, se ingeniaban en cultivar mejor; pero la inexperiencia, la falta de caminos, la imperfecta organización del comercio, las fuertes usuras impedían el triunfo de estos ensayos, y frecuentemente

---

(1) Plinio, *H. N.*, XXXVI, III, 7.

(2) Ciceron, *De orat.*, I, 4, 14.

(3) Brunn, *G. G. K.*, II, 304.

(4) Cicerón, *De off.*, II, 14, 50; Drumann, *G. R.*, IV, 6 y 120, ofrecen algunos ejemplos.

arruinaban á quienes los habían realizado (1). La ley de Espurio Torio que había convertido tan gran parte del dominio público en propiedad privada, determinó á los propietarios á hacer gastos, y tras un pasajero alivio, los empobreció definitivamente. Todos los días se inauguraban en Roma, en las ciudades latinas y en las ciudades aliadas, nuevas escuelas de retórica donde los estudiantes resultaban cada vez más numerosos, y donde se formaban una lengua y una elocuencia nacionales (2); el latín ganaba terreno como lengua escrita y hablada sobre el sabélico y el osco (3); pero muchos jóvenes abogados no encontraban protectores para triunfar ni clientes para defender. La emigración aumentaba en las provincias: muchos italianos se enriquecían en Delos consagrándose al comercio de esclavos, comprando y vendiendo á los hombres robados por los piratas en toda la costa del Mediterráneo; otros se enriquecían en Egipto y sobre todo en Asia. La explotación financiera del antiguo reino de Pérgamo daba grandes rendimientos, gracias á las leyes de Cayo Graco; los arrendatarios, romanos é italianos todos, sostenidos por los gobernadores, saqueaban la provincia y cometían toda suerte de fraudes y violencias; obligaban á los in-

(1) Varrón, *De re rust.*, I, 8, 1, dice que en su tiempo—esto es, en una época que, como veremos, las viñas resultaban una gran riqueza para Italia—muchas personas afirmaban que la viticultura no remuneraba en Italia. Esta opinión era, ciertamente, un recuerdo de las decepciones sufridas por los cultivadores que por primera vez se dedicaron á la viticultura en gran escala.

(2) Suetonio, *De clar. rh.*, 1 y 2; Cicerón, *Brut.*, 46, 160; Véase también Cicerón, *De or.*, I, 4.

(3) Budinnskzi, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache*, 22-26.

dígenas á contraer deudas para pagar los impuestos, les prestaban el dinero y al poco les embargaban los bienes; hasta se concertaban con los piratas para que se apoderasen dondequiera de los hombres y revenderlos en Italia. Forjábanse grandes fortunas; pero muchas también se pulverizaban; y tantas riquezas acumuladas por el fraude y la violencia al lado de tantas ruínas, aumentaban por todas partes la áspera irritación de los espíritus. Los *déclassés*, los desesperados, los mercaderes quebrados, los propietarios arruinados, cada vez aumentaban más en Italia al lado de un pequeño número de advenedizos millonarios. En todas partes desaparecía la pequeña propiedad: una oligarquía de capitalistas, compuesta de algunos nobles romanos, de los restos de las antiguas noblezas locales de Italia, de caballeros (1), de plebeyos (2), de libertos, acaparaban las tierras en Italia, saqueaba el Asia y amontonaba inmensas riquezas entre el odio universal.

Entretanto, la hacienda pública estaba arruinada y el ejército desorganizado; la flota que había vencido á Cartago se pudría en los puertos de Italia; Roma no conseguía dominar las sublevaciones de los esclavos que cada momento estallaban en Sicilia y en Campania; Mitrídates, siempre activo, se había aprovechado de la guerra címbrica para romper su alianza con el rey de Bitinia y apoderarse de Capadocia. En

---

(1) Cicerón, *Pro Cluent.*, 56, 153. Me parece verosímil que el Mecenas citado aquí por Cicerón sea el abuelo del famoso amigo de Augusto, que era caballero de nacimiento.

(2) Véase el caso de Cayo Octavio, financiero en Velletri, que fué abuelo de Augusto. Drumann, *G. R.*, IV, 229 y sig.

Italia se envenenaba la rivalidad entre los financieros y la nobleza histórica. Los caballeros, enorgullecidos de sus riquezas, de sus clientelas, del derecho de juzgar los procesos—pues se les entregaban las magistraturas para poderse consagrar los demás á los negocios,—se consideraban como los iguales ó los superiores de la nobleza histórica arruinada (1); y ellos, probablemente, contribuyeron no poco en los recientes triunfos del partido popular y en las reelecciones triunfales de Mario, que salvó á Italia. En desquite, una parte de la nobleza histórica disgustada del desorden universal, en el que el dinero desempeñaba el papel visible, agriada con su pobreza y con la insolencia de los advenedizos, echaba de menos su grandeza y su poder pasados. Quejábase de que viles ricachones fueran dueños de todo, hasta de la justicia; reclamaba leyes severas contra los abusos del capitalismo; guardaba rencor á los nobles que, como Cayo Julio César, se aliaban por la amistad y por el matrimonio á aquellos ricos caballeros sin antepasados (2), ó que renunciaban á su rango para hacerse hombres de negocios (3). El partido popular, fuer-

(1) Véase Cicerón, *Pro Cluen*, LVI, 153: *Pro Rab. Pos.*, VII, 16.

(2) Estas relaciones de la familia de César con los advenedizos financieros y políticos, que tienen importancia en la historia de César, están demostradas por el casamiento de la hermana de C. J. César, padre, con Mario; por el noviazgo del joven César con Cosucia, rica heredera, hija de un financiero (Suetonio, *César*, 1); por el casamiento de Acia, sobrina de César con Cayo Octavio, hijo de un rico financiero de Velletri (Druman, *G. R.*, IV, 229 y sig). Veremos que otras familias confirman esta suposición.

(3) Por ejemplo, el padre de Lucio Calpurnio Pisón, cónsul el 58; Cicerón, *in Pis.*, 36, 87.

te en el descontento general, hacía diez años que molestaba á la nobleza con acusaciones y leyes de persecución; pero hasta ese partido había decaído mucho de la grandeza que tuvo en tiempo de los Gracos; y persistía constantemente en repetir sus invectivas contra los nobles, en proponer leyes agrarias, pero sin intentar nunca seriamente en hacerlas prevalecer, lo que, por otra parte, hubiese sido inútil; pues no eran tierras que cultivar con sus brazos, sino rentas que no exigiesen trabajo, lo que deseaban los pobres (1). Dos hombres violentos é impudentes, Saturnino y Glaucia, dirigían entonces este partido. Por otra parte, á pesar de sus protestas y á pesar de los escándalos, los aventureros, los ambiciosos, las malas cabezas asaltaban las magistraturas, y arrojaban de todos los sitios á los hombres honrados, á quienes no quedaba otro consuelo que lamentarse de las miserias del tiempo. La justicia ya no era más que un instrumento de opresión en manos de los ricos y de los poderosos; la violencia, el fraude, la corrupción electoral se extendían por todas partes; el dinero se convertía en Roma, como antaño en Cartago, en único fin de la vida y suprema medida del valer personal. ¡Y qué locura la de tanta gente que abandonaba su posición modesta, pero segura, de agricultores para tentar la fortuna en negocios inciertos, ó que se arruinaban para dar una hermosa educación á sus hijos! Éstos, orgullosos de su saber, pronto pretendieron adquirir en pocos años poder y riqueza charlando en el foro. En las altas clases, sobre todo, era común opinión que la difusión de la cultura era un mal,

(1) Lange, *R. A.*, III, 72 y sig.

porque hacía rebeldes, *déclassés* (1) y calaveras. «El que estudia griego se convierte en un canalla» (2), decíase comúnmente. En efecto, la debilidad de la represión envalentonaba á los perdidos: los crímenes, los envenenamientos, los robos, los asesinatos, los dramas de familia cada vez eran más numerosos. La familia romana ya no realizaba las funciones disciplinarias y judiciales que la constitución le asignó en otro tiempo; los tribunales domésticos sólo eran un recuerdo del pasado; los padres de familia no sólo habían dejado ya de tratar severamente á sus mujeres é hijos, pero ni siquiera lograban hacerse respetar. Muchas faltas cometidas por las mujeres y los jóvenes quedaban así impunes, pues el legislador todavía no se ocupaba en ellos y la familia había dejado ya de ocuparse. Hasta los delitos previstos por la ley resultaban impunes casi siempre, si se habían consumado por ciudadanos romanos. El antiguo derecho penal, grosero y expeditivo, no conocía más penas corporales que los golpes ó la muerte—pues la prisión no era una pena y los acusados sólo ingresaban en ella para esperar su sentencia, la absolución ó la condena á los vergajazos ó al suplicio. Así, cuando se decidió que los ciudadanos romanos no podían ser flagelados ni condenados á muerte, sólo quedó el destierro como única pena para sus delitos, y el destie-

(1) Véase en Suetonio, *De cl. rh.*, 1, el edicto contra las escuelas de retórica latina en Roma, publicado por los censores Cneyo Domicio Enobarbo y Lucio Licinio Craso en el año 92, y que es expresión de las ideas más difundidas en esta época. Véase también en Cicerón, *De or.*, III, 24, las explicaciones que da Craso á propósito de este edicto.

(2) Cicerón, *De or.*, II, LXVI, 265.

rro como en otro tiempo, cuando Roma era una ciudad aislada entre ciudades enemigas, el destierro á Preneste ó á Nápoles! Además, en medio de las intrigas y corrupciones, era facilísimo á los culpables obtener la absolución y eludir este dulce castigo. En suma, los ciudadanos romanos ya no estaban sometidos á ninguna ley penal, lo cual nos explica por qué se deseaba cada vez más obtener el título de ciudadano romano. Era ésta una aspiración revolucionaria que aumentaba en la clase media de Italia, con gran espanto de los conservadores, cuando las distinciones entre ciudadanos romanos, latinos, aliados y súbditos perdían su razón de ser á consecuencia de la unificación económica y moral del país, y la antigua organización política de Italia se convertía en el armazón apolillado y podrido de un Estado próximo á caer en ruínas. Acribillada de deudas, creyendo curar todos los males con el derecho de ciudad, abandonada por las noblezas locales que durante tantos siglos la habían protegido y estaban ya á punto de desaparecer, la clase media de toda Italia estaba minada por un espíritu de creciente odio contra Roma y su oligarquía política. La confusión de ideas que nacía con esta lucha desordenada de tantos intereses y ambiciones aún se aumentaba con las innumerables doctrinas contradictorias de los filósofos griegos, á quienes recurrían muchos para orientarse, por más de que cada persona culta tenía su manera particular de juzgar el mal presente; y las teorías lanzaban una bruma sobre la escasa claridad que aún quedaba en las ideas. Discutíase sin fin sobre las desgracias de Roma, pero nadie obraba; todos los espíritus se enervaban en una inercia enfermiza, que muchos intentaban sacudir

deplorando desesperadamente el hermoso tiempo pasado é invocando ingenuamente un genio salvador. Un hombre, Cayo Graco—justamente se hacía recaer toda la culpa sobre el político más grande de Roma—había sido la causa de todas las miserias presentes, según los hombres ilustrados: él había arruinado al Estado con las leyes sobre los trigos; él había hecho omnipotente á la plutocracia con la ley judicial; él había desencadenado la demagogia, desorganizado el ejército, y entregado las provincias á la rapacidad de los financieros (1). Necesitábase otro hombre para salvar á Italia.

Mario, exaltado por sus grandes éxitos militares, se forjó la ilusión de que podría ser su salvador y aspiró al sexto consulado. Orgulloso é imperioso, no se había clasificado hasta entonces en ningún partido, ni había tenido necesidad, pues mientras duró la guerra címbrica aceptó sin buscarlos los sufragios del partido popular (2). Pero, terminada la guerra, la situación había cambiado; la prisa y la espontaneidad de tantos ciudadanos que tenían miedo de los cimbrios, había desaparecido, y para obtener ahora su consulado, Mario tuvo que solicitar el apoyo de un partido. Y no dudó en escoger. El partido conservador no le perdonaba el haber sido durante cuatro años héroe popular. El partido de los moderados no significaba entonces nada, como sucede en todas las grandes crisis históricas. Quedaba, pues, el partido democrático, único que podía acogerle.

---

(1) Véase Diodoro de Sicilia, XXXIV, fr. 25.

(2) Niccolini, *S. I. F. C.*, V, 461, ha demostrado que Plutarco, *Mario*, 14, se ha engañado al decir lo contrario de los enemigos de Mario.

Mario, Saturnino y Glaucia, se aliaron; Mario fué electo cónsul, Saturnino tribuno del pueblo, Glaucia pretor, y juntos inauguraron el partido popular del año 100, en que el vencedor de los cimbrios casi se convirtió en instrumento de los dos demagogos (1). Saturnino propuso una ley agraria que, según parece, asignaba á los romanos é italianos pobres las tierras de la Galia transpadana devastada por los cimbrios; otra ley sobre los trigos disminuyendo el precio del vendido por el Estado á Roma; otra ley colonial, que inspirándose en una idea de Cayo Graco, creaba con los veteranos de Mario colonias en Grecia, en Macedonia, en Sicilia, en África (2). Estos proyectos no estaban exentos de cordura, pero no pudieron discutirse pacíficamente á causa de la larga exasperación de los espíritus. Los conservadores y el partido popular acudieron muy pronto á la violencia; Saturnino y Glaucia se aprovecharon de ella para aprobar sus leyes llamando á Roma algunas partidas de campesinos armados. Bien pronto, en las elecciones para el consulado del 99, Saturnino dió la señal del franco motín haciendo matar, según se dice, á Cayo Memmio, hombre de bien y muy estimado, que se presentaba contra Glaucia. Esto era ya demasiado. El públicó se horrorizó, señaladamente los ricos capitalistas (3), que hasta entonces habían ayudado al par-

(1) Appiano, *B. C.*, I, 28, 33, y Plutarco, *Mario*, 28, 30, refieren de una manera muy diferente los acontecimientos de este año. Véase en el sutil análisis de Niccolini, *S. I. F. C.*, V, 458, las razones por qué conviene atenerse á Appiano.

(2) Lange. *R. A.*, III, 77, 79: Niccolini, *S. I. F. C.*, V. 477 y sig.: Neumann, *G. R.*, V, 420 y sig.

(3) Plutarco, *Mario*, 30; Cicerón, *Pro. Rab. perd.*, 9, 27.

tido popular. El Senado decretó el estado de sitio, y los hombres más conspicuos tomaron las armas. Mario tuvo que ponerse al frente de los senadores y caballeros para reprimir el motín de sus amigos; pero obró con tanta indecisión y debilidad, que el partido conservador le creyó cómplice en el fondo de los rebeldes, mientras que los demócratas radicales le tuvieron por un traidor; pues fué quien en último resultado puso término al motín é hizo matar á Saturnino y Glaucia (1).

Este mismo año tan turbulento en que Mario era cónsul, su cuñado Cayo Julio César tuvo en su mujer Aurelia un hijo que recibió el nombre de su padre (2).

El miedo á la revolución enajenó al partido popular mucho gente amedrentada, sobre todo á los ricos financieros; Mario, sospechoso á todos un año después de su triunfo címbrico, partió para un largo viaje á Oriente; el partido conservador volvió al poder, é intentó captarse el favor público fortificando la política exterior. Cuerdamente hizo que el Senado rehusase la Cirenaica que Ptolomeo Apión había legado al pueblo romano cuando murió el año 96; pues en medio de tantas dificúltades, con la hacienda y el ejército desorganizados, no quería encargarse de la pacificación de un país semibárbaro y lleno de desórdenes; pero deseó restablecer definitivamente la autoridad de Roma en Oriente, y en el 95 ordenó á Nicomedes—esta vez seriamen-

(1) Niccolini, *S. I. F. C.*, V, 485.

(2) Adopto como fecha del nacimiento de César el año 100 antes de Cristo, que es el asignado por la tradicción. Existen buenas razones para referir ese nacimiento al año 102; pero una rectificación de esta fecha en nada cambia la historia del hombre ni de la época.

te—que restituyese lo que había tomado. Galacia fué devuelta á los tetrarcas; Paflagonia, declarada libre; Capadocia, puesta bajo el gobierno de Ariobarzanes, persa noble al que se nombró rey (1); y cuando dos años después Mitrídates signó una alianza con Tigranes, rey de Armenia, é invadió la Capadocia arrojando á Ariobarzanes, el partido aristocrático obró de nuevo con energía, y envió al propretor Lucio Cornelio Sila con un pequeño ejército para restablecer en el trono á Ariobarzanes (2). Pero estos triunfos de la política exterior no eran suficientes para tranquilizar á Italia, donde la miseria aumentaba. El deseo de obtener el derecho de ciudad atormentaba cada vez más á los italianos por odio á la pequeña oligarquía romana. El partido popular se esforzaba en reconquistar el poder; Mario, vuelto de Oriente, no se resignaba á ser en vida más que un personaje histórico; se envenenaba el odio entre la nobleza histórica y los financieros, que por miedo á la revolución de Saturnino se hicieron conciliadores durante algún tiempo. En el año 93, un pequeño acontecimiento, el proceso de Publio Rutilio Rufo, determinó el estallido, provocando la espantosa crisis, tanto tiempo temida. Noble y conservador, sin tacha ni miedo, honrado, enemigo de los demagogos y de los capitalistas, admirador intransigente de lo pasado, Rufo, mientras gobernó á Asia como *legatus pro prætore* reprimió con energía los abusos de los financieros italianos. Para vengarse éstos acusáronle de concusión por un miserable, cuando regresó á Roma, y le hicieron condenar por sus

(1) Reinach, *M. E.*, 100 y 101.
(2) Reinach, *M. E.*, 100 y 101

amigos que formaban el tribunal. Rufo se encaminó al destierro; pero la mayor parte de la nobleza, exasperada en Roma por esta monstruosa injusticia que echaba al suelo los últimos restos del orden moral, comprendió que era necesario obrar y luchar; y un noble de gran ambición y audacia, Livio Druso, electo tribuno para el año 91, pensó en reanudar contra los financieros la política de Cayo Graco contra los propietarios terratenientes. Procuró establecer una alianza entre parte de nobleza y el partido popular proponiendo varias leyes que debían granjearle el favor del pueblo, y entre las cuales figuraban dos leyes capitales: una que despojaba á los caballeros del poder judicial, y otra que concedía el derecho de ciudad á los italianos. La idea de la emancipación de Italia había realizado grandes progresos; pero aún tenía muchos enemigos. Entre los nobles había muchos que le eran favorables por considerar la reforma necesaria y justa, á pesar de sus peligros (1). Pero los había numerosos que á ella se oponían por amor á la tradición, temiendo que el espíritu demagógico progresase con este aumento en el número de electores pobres á ignorantes (2). Al contrario, los financieros y los italianos riquísimos eran adversarios encarnizados: seguramente temían que la reforma política fuese seguida de una revolución social; y que los italianos, entre los cuales el mayor número eran pobres y estaban entrampados, hiciesen votar leyes agrarias y la abolición de las deudas luego de conquis-

(1) Por ejemplo, Sexto Pompeyo, tío del célebre Pompeyo. Drumann, *G. R.*, IV, 317.

(2) Lange, *R. A.*, III, 88.

tar el poder (1). De ahí resultó una terrible agitación que dividió á la nobleza. Los odios que se habían acumulado durante mucho tiempo, se inflamaron en todas partes, y cierta mañana Livio fué apuñalado en su casa por un desconocido. Entre el tumulto causado por este asesinato en el partido de Livio, los caballeros lograron que se aprobase apresuradamente una ley que instituía un tribunal extraordinario para juzgar á los sospechosos de favorecer á los italianos; á su sombra persiguieron y desterraron á todos sus adversarios de la nobleza y del partido popular (2).

Pero el odio acumulado durante mucho tiempo contra Roma y su oligarquía política, estalló entonces por todas partes. La Italia meridional, es decir, las regiones que más habían sufrido con la crisis económica y moral, y donde los puntales del antiguo orden de cosas estaban más carcomidos, cansadas ya de esperar tanto tiempo tomaron las armas por la causa común de los italianos contra Roma, contra las ciudades aliadas y las colonias latinas de la Italia central y septentrional que le permanecían fieles casi todas (3). Roma se aterrorizó: las querellas de los partidos se apaciguaron un instante; se llamó á Italia las legiones diseminadas en el imperio y los contingentes marítimos que estaban en Heráclea, Clazomenes y Mileto (4); se armó á los

(1) Esto resulta de lo que dice Appiano, *B. C.*, I, 37.

(2) Neumann, *G. R. V.*, 450 y sig. Sin embargo, los historiadores difieren en sus juicios sobre Livio Druso. Unos lo consideran como hombre de mérito, otros como un ambicioso con poca seriedad.

(3) Appiano, *B. C.*, I, 39; Cantalupi, *M. S.*, 4 y sig.

(4) Memnon, 29, *C. I. L.*, I, 203.

hombres libres y á los esclavos. El mismo Mario, para conservar su crédito, tuvo que solicitar un mando. Comenzó una guerra terrible, durante la cual los generales romanos arrasaron sin piedad á Italia, incendiando las granjas, saqueando las ciudades, capturando á los hombres, mujeres y niños para venderlos ó para enviarlos como esclavos á las ergástulas de sus propios dominios (1). En esta guerra hizo sus primeras armas un joven cultísimo nacido en el año 106, perteneciente á una holgada familia de Arpino y que se llamaba Marco Tulio Cicerón (2). Sin embargo, esta guerra de exterminio, en el corazón mismo de Italia, produjo un efecto saludable: hizo prevalecer en la nobleza el partido opuesto á los financieros y favorable al derecho de ciudad itálica. Pronto se advirtió que era preciso dominar la agitación por medio de concesiones y no por el hierro. El Cónsul Lucio Julio César pudo lograr que se aprobase el año 90 una ley estableciendo que el derecho de ciudad se extendería á las ciudades que habían permanecido fieles á Roma; poco tiempo después, hacia fines del mismo año ó comienzos del siguiente, dos tribunos del pueblo propusieron la ley Plaucia-Papiria, según la cual, todo ciudadano de las ciudades aliadas domiciliado en Italia, podía adquirir el derecho de ciudad á condición de hacer esa declaración ante el pretor de Roma. La reacción se acentuó pronto: en el año 89, una *lex Plautia* quitó los tribunales á los caballeros y decidió que los jueces serían electos por las tribus de cada

(1) Véase Cicerón, *Pro. Cluent.*, VII, 21; y el caso de Ventidio Baso, *Aulo Gelio,* XV, 4.

(2) Cicerón, *Fil.,* XII, XI, 27.

categoría (1). Quizás fué en el mismo año cuando el cónsul Cneyo Pompeyo Estrabón propuso que se concediese á las ciudades de la Galia cisalpina los mismos derechos que á las colonias latinas, para sustraerlas á la obligación del alistamiento militar y para compensar las pérdidas sufridas por el reclutamiento á consecuencia de la rebelión de los aliados (2). Tantas concesiones contribuyeron más que las operaciones militares para terminar la guerra, y al poco, sólo empuñaban las armas los samnitas y los lucanios.

Apenas empezaba Italia á reponerse del miedo cuando sintió otro aún más terrible. Mitrídates fué sorprendido por la guerra social cuando más ocupado estaba en preparar una gran guerra para expulsar á Roma de Asia. ¡Era un designio audaz: pero el momento parecía tan propicio! La admiración que durante los cincuenta años subsiguientes á Zama se sintió por Roma entre el mundo griego, se trocó en odio desde la destrucción de Cartago y de Corinto (3); Asia estaba agotada por la explotación de los capitalistas romanos; el poder de Roma declinaba en todas partes. Mitrídates, al contrario, podía reclutar un gran ejército en su país y entre los bárbaros; hacía construir una flota poderosa en las orillas del mar Negro y tenía en Crimea el granero de la guerra, necesario para abastecer á grandes ejércitos en campaña, sin que en el Ponto se padeciese hambre. Sin embargo, cuando estalló la guerra social aún

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 113.

(2) Asconio, *in Pison.*, pág. 3 (Or.) Cantalupi, *M. S.* 40, da esta ley como del año 87; pero me parece más verosímil darle como fecha el año del consulado de Estrabón.

(3) Polibio, XXXVII, 1.

no estaba presto, y mientras tanto, ayudó á un hermano menor del rey de Bitinia para apoderarse del reino de éste, y de acuerdo con Tigranes reconquistó á Capadocia, colocando á su hijo en el trono. Confiaba en que Roma no intervendría. Pero el partido aristocrático, que deseaba mostrar energía en la política exterior, envió de Roma el año 90 á Manio Aquilio al frente de una embajada para restablecer á los dos reyes en sus Estados con ayuda del pequeño ejército del procónsul Lucio Casio. Casio y Aquilio realizaron fácilmente su misión (1); pero Aquilio, general tan avaro como valeroso, no fué á Oriente para contentarse con el dinero que le prometió Nicomedes: deseó una gran guerra contra Mitrídates y excitó á Nicomedes y Ariobarzanes para que realizasen incursiones en el Ponto. Ambos reyes dudaron; pero Nicomedes debía á los banqueros romanos de Efeso grandes cantidades de dinero que le habian emprestado durante su destierro para preparar su regreso á Roma y á Asia. Aquilio influyó para que le reclamasen el pago, con tanto éxito, que Nicomedes adoptó el partido de pagar con el botín de una incursión en el Ponto (2). Á pesar de esto, y con propósito de ganar tiempo y á la vez de colocar toda la sinrazón del lado de su adversario, Mitrídates solicitó de Aquilio una modesta y equitativa indemnización, que fué rehusada. Juzgándose dispuesto hacia fines del año 89, ordenó á su hijo que invadiese á Capadocia y pidió con energía una reparacion á Aquilio. Manio respondió á Mitrídates con la intimación de someterse incondicio-

(1) Appiano, *Mit.*, 11; Tito Livio, *P.*, 74.
(2) Appiano, *Mit.*, 11.

nalmente, y se declaró la guerra (1). Pero al comenzar en la primavera del 88, Mitrídates tenía una flota de 400 navíos bien equipados, y uno de esos ejércitos desmesurados que la estrategia de Oriente creía formidable por su número, así como la estrategia moderna reputa por la misma razón invencibles á los ejércitos de que Europa está cubierta. Dícese que constaba de 300.000 hombres, mercenarios griegos, caballeros armenios, infantes capadocios, paflagonios, gálatas, escitas, sármatas, tracios, bastarnos y celtas (2). Al contrario, Manio Aquilio sólo había podido reunir durante el invierno una débil flota bitinio-asiática, y un ejército que apenas llegaba á 200.000 hombres, incluso el ejército del rey de Bitinia, compuesto de jóvenes reclutas asiáticos, intercalados entre débiles contingentes romanos. Los cuatro cuerpos de que constaba el ejército romano quedaron deshechos ó se deshicieron en algunas semanas; la flota romana se rindió á la flota del Ponto; el rey de Bitinia huyó á Italia; los generales romanos quedaron prisioneros, y Mitrídates invadió el Asia (3).

La repercusión de esta derrota fué terrible en Italia. La guerra social ya había arruinado á muchas personas y causado importantes pérdidas los ricos ciudadanos que tenían propiedades en la Italia meridional. La invasión de Asia hacía ahora estériles los inmensos capitales colocados en esta provincia por los financieros. Y estalló la crisis económica y los desórdenes

---

(1) Reinach, *M. E.*, 119.

(2) Reinach, *M. E.*, 122, n. 1. Estas cifras de los ejércitos dadas por los escritores de la antigüedad, son seguramente exageradas.

(3) *Idem.* 123-128.

terribles: los publicanos ya no podían pagar; la miseria creciente, los demás impuestos que apenas rendían, dejaban exhaustas las cajas del Estado; asustados los capitalistas ocultaban su dinero, ya no querían prestar y se esforzaban, por el contrario, en recobrar sus créditos; la moneda escaseaba en Roma y la que circulaba solía ser falsa; un pretor que quiso refrenar la crueldad de los acreedores fué asesinado cierta mañana por un grupo de capitalistas mientras ofrecía un sacrificio; Roma estaba llena de tumultos, de asesinatos, de robos, de riñas entre los antiguos y los nuevos ciudadanos. Éstos aún se mostraban más exasperados que aquéllos, porque el Senado, en lugar de inscribirlos en seguida en las treinta y cinco tribus contemporizaba y estudiaba diferentes proyectos de la ley que hubiesen inutilizado su nuevo derecho. Tan pronto se trataba de inscribirlos en diez nuevas tribus como en ocho de las treinta y cinco antiguas (1). Pronto llegaron de Oriente noticias aún más terribles. Ya no se trataba alli abajo de una guerra contra otro Estado, sino de una verdadera revolución contra la plutocracia romana. No sólo había querido ser Mitrídates el héroe del helenismo, pero también el exterminador de la plutocracia cosmopolita á los ojos de los artesanos, de los campesinos, de la clase media, de los mercaderes y de los propietarios de Asia, oprimidos por los banqueros romanos, y los usureros indígenas, judíos y egipcios. Á

(1) Por esta sutil hipótesis me parece que Cantalupi, *M. S.*, 5 y siguientes, concilia la divergencia que existe entre Appiano, *B. C.*, I, 49 y Veleyo, II, 20. Véase sobre esta crisis económica y política á Neumann, *G. R. V.*, 504 y sig.

todos los gobernadores de las provincias conquistadas envió la orden secreta de preparar para el día trigésimo posterior á la fecha de la carta, la matanza general de italianos; hábilmente se excitó á la plebe ya exasperada por la condena de su buen protector Rutilio Rufo, prometiendo la libertad ó la remisión de las deudas á los esclavos y deudores que hubiesen matado á sus acreedores. Y en el día prefijado, 100.000 italianos, hombres, mujeres, niños, fueron acometidos, degollados, ahogados, quemados vivos por el pueblo furioso en todas las grandes y pequeñas ciudades de Asia: sus esclavos quedaron libres; sus bienes, distribuídos entre las ciudades y el fisco real, así como los de otros capitalistas no italianos, y los depósitos de los banqueros judíos en la isla de Coos (1). Entretanto, el espíritu de insurrección se extendía por contagio en Grecia, y el pueblo de Atenas, excitado por los filósofos y los profesores, se alzaba en armas, muy pronto auxiliado por Mitrídates que envió á Grecia su general Arquelao con una flota y un ejército para someter á las ciudades que aún no se hubiesen rebelado contra Roma, y para conquistar á Delos y devastarla (2). Y comenzó una gran guerra por la dominación del mundo helénico entre el monarca asiático ayudado de una plebe revolucionaria, y la plutocracia itálica ayudada de una aristocracia en disolución y una democracia en formación, mientras que la clase intelectual, los letrados y los filósofos de profesión, tan numerosos en Oriente se inclinaron,

---

(1) Appiano, *Mit.*, 22, 23; Plutarco, *Sila*, 24; Memnon, 31; Josefo, *A. J.*, XIV, VII, 2; Valerio Máximo, IX, II, 3.

(2) Reinach, *M. E.*, 133, 134.

como en todas las luchas sociales ocurre, unos de este lado, otros de aquél, cada cual según sus simpatías, sus intereses y sus relaciones.

El Senado se apresuró en avisar: ordenó reclutamientos; encargó á Sila, que el año 88 era cónsul, la dirección de la guerra, y como el Tesoro estaba agotado, vendió toda la manomuerta romana, todos los bienes que los templos poseían en Roma (1). Pero los espíritus se hallaban tan turbados en Italia, que en este momento terrible, cuando el imperio estaba amenazado, los partidos se entregaron á los proyectos más insensatos y á las más criminales combinaciones para satisfacer sus odios y ambiciones. Los samnitas y los lucanios, todavía bajo las armas, enviaron embajadores á Mitrídates para proponerle su alianza. Gran número de italianos arruinados, empujados por el odio que les inspiraba el partido conservador, procurando siempre eludir la concesión del derecho de ciudad, y por la necesidad de ganarse la vida de una ú otra manera, huían á Asia y se alistaban en el ejército de Mitrídates (2). Una parte de los caballeros, irritados en Roma por haber perdido el poder judicial, preparaban para reconquistarlo una revolución de acuerdo con Mario, que, furioso del olvido en que le tenía la muchedumbre, débil el espíritu por haberse aficionado á la embriaguez, soñaba en quitar á Sila el mando de la guerra contra Mitrídates, apoderarse de los inmensos tesoros del rey del Ponto y resucitar los grandes días del triunfo címbrico (3).

(1) Appiano, *Mit.*, 22. Orosio, V, 18, 27.
(2) Frontón, *Strat.*, I, III, 17.
(3) Plutarco, *Sila*, 8.

En fin, encontraron su instrumento en Publio Sulpicio Rufo — noble que se hizo ardiente demagogo por sus deudas, según parece, y sus rencillas personales, — que era entonces tribuno del pueblo. Con el pretexto de dar satisfacción á los nuevos ciudadanos, Rufo propuso una ley, conforme á la cual los italianos se distribuirían entre las treinta y cinco tribus, y logró aprobarla con la ayuda de algunas partidas de bandoleros, que aterrorizaron á los electores y ejercieron violencia en los cónsules. Éstos fueron obligados á salir de Roma: Sila fué á incorporarse al ejército que estaba á punto de formar en Nola. Pero Mario, dueño de Roma con Rufo, hizo aprobar una ley que le confería el mando de la guerra de Oriente, y envió inmediatamente á Sila la orden de que le entregase las legiones.

# V

## Sila y la reacción conservadora en Roma.

Si las clases ricas suelen ser tan frecuentemente batidas por los partidos democráticos, es porque en la lucha no saben escoger casi nunca á sus jefes. El espíritu de celo, de orgullo y de mutuo desprecio que los divide les induce á obrar ordinariamente contra su propio interés, aun cuando el peligro sea más apremiante. Así, mientras que la revolución era señora de Roma con Mario, sólo por casualidad encontraron los conservadores un campeón en Sila. Sila había sido hasta entonces uno de esos hombres superiores, pero solitarios, que suele encontrarse en la nobleza cuando un régimen aristocrático se descompone: demasiado inteligente y culto para conservar los viejos prejuicios de su clase y no comprender la fatal necesidad de su decadencia; demasiado orgulloso y serio para buscar los honores al precio de bajezas é imbecilidades de las que depende casi siempre el éxito político en una democracia; demasiado enérgico, demasiado codicioso de las riquezas para permanecer ocioso; demasiado escéptico y sensual; demasiado indiferente á lo que se llama el bien y el mal; demasiado ávido de los goces sensuales é inte-

lectuales para sacrificar jamás su interés ó su placer á cualquier causa ó principio ideal. Hasta entonces se había consagrado á la guerra mejor que á la política, prefiriendo combatir contra los cimbrios ó contra la revolución de los itálicos, que servir en Roma á uno ú otro de ambos partidos; y aun estando más cerca por su origen y relaciones del partido conservador que del popular, sólo se significó en las luchas políticas lo estrictamente necesario para obtener las magistraturas y los mandos. Por eso su carrera había sido lenta: más de cincuenta años tenía cuando llegó al consulado, en el año á que hacemos referencia. Posible es que durante mucho tiempo hubiese dejado que siguiesen acuchillándose á su sabor los conservadores y el partido popular, despreciando por igual á aquéllos y á éste, si la revolución no se hubiese vuelto contra él para quitarle el mando de la guerra contra Mitrídates. Aunque sin preocuparse de los intereses del partido conservador, de ningún modo quiso ceder á Mario esta guerra, en la que confiaba obtener grandes riquezas y conquistar resonante gloria. Respondió, pues, á la conminación de Mario con un golpe de audacia, que fué la primera revelación de su genio terrible: se aseguró con promesas la fidelidad del ejército, marchó sobre Roma y se apoderó de la ciudad. Mario, sorprendido sin tropas por un ataque tan imprevisto, se vió obligado á huir. Sila quedó dueño de Roma; pero como sólo deseaba conservar su mando y no tenía propósito de hacer una contrarevolución en beneficio de los conservadores, procedió moderadamente; sólo persiguió á doce jefes de la revolución, hizo anular las leyes anticonstitucionales de Sulpicio, y dejó que se celebrasen con libertad las elec-

ciones para el siguiente año. Un conservador, Cneyo Octavio, fué electo con Lucio Cornelio Cinna, que pasaba por demócrata. Sila se limitó á hacerles jurar que respetarían las leyes.

Luego, á principios del año 87, se apresuró en marcharse á Brindisi para embarcar con cinco legiones, algunas cohortes incompletas y una poca caballería: sobre unos treinta mil hombres en total. Nunca tan pequeño ejército tuvo tan gran obra que realizar. En efecto, Mitrídates se aprestaba á defender enérgicamente sus conquistas, aprovechándose de la aplastante superioridad de sus fuerzas. Arquelao y Aristión, que se encontraban ya en Grecia al frente de sus considerables ejércitos, retiraron todas sus tropas á Atenas y al Pireo, para que allí les sitiasen; en Asia se organizaría un nuevo ejército y se le enviaría á Grecia para aplastar al pequeño ejército romano, agotado ya por el largo sitio de Atenas. Este plan era excelente, pues apenas desembarcado en Epiro con sus treinta mil hombres, Sila tuvo que descender del Norte, perseguir al enemigo que se retiraba hasta la célebre ciudad Ática, comenzar con escasas fuerzas un largo y penoso asedio, mientras que la flota póntica iba á interceptar las comunicaciones con Italia y hacer difícil el aprovisionamiento. Pero esta situación, que ya era grave, resultó terrible cuando el partido popular se apoderó nuevamente en Italia del gobierno. Tras la marcha de Sila, el cónsul Cinna suscitó otra vez el problema de los nuevos ciudadanos que pretendían ser inscriptos en las treinta y cinco tribus; el otro cónsul se oponía, y ambos armaron á sus partidarios y se batieron en las calles de Roma: Cinna quedó al fin depuesto y proscripto; pero

fué en seguida á tremolar la bandera de la revolución por las ciudades de Italia, reunió hombres, obtuvo dinero, invitó á los samnitas que aún estaban bajo las armas á no entregarlas. En medio de estos preparativos, Mario volvió de África con un pequeño ejército de númidas y empezó á armar los hombres libres y los esclavos en Etruria. El Senado intentó prevenir una nueva guerra social concediendo el derecho de ciudad á todos los italianos que no se hubiesen beneficiado de las leyes Julia y Plaucia Papiria, á excepción de los samnitas y lucanios, aun todavía en rebelión. Pero la casualidad no dió en esta ocasión un nuevo Sila á los conservadores; Mario se apoderó de Roma, vengándose de su rival y de la nobleza que nunca quiso admirarle. Las cabezas de muchos nobles se trasladaron á su casa ó fueron á adornar los rostros; Sila fué declarado enemigo de la patria y destituído; su casa de Roma quedó arrasada, sus *villas* devastadas, sus bienes confiscados.

Por lo tanto, el pequeño ejército que debía de reconquistar el gran imperio de Oriente quedaba abandonado, hasta amenazado por Roma, cuando ya estaba diezmado por las fatigas, las enfermedades, los combates y empezaba á sufrir hambre. Si el ejército póntico llegaba en socorro antes de que la ciudad capitulase, Sila y sus legiones estaban perdidos, sin poder retroceder. Pero en esta terrible situación, el escéptico orgulloso, el sibarita refinado, que había comenzado en la vida restaurando su fortuna con la herencia de una rica cortesana griega, se irguió súbitamente como el gigante de esta terrible disolución social, que había roto todos los lazos morales entre los hombres; gigante espantoso y admirable á la vez, que en este inmenso des-

orden erigía su propia salud en ley suprema por un sobrehumano esfuerzo de energía sin escrúpulos. Para salvarse y para salvar á su ejército, rompió cuanto se opuso á su marcha, hasta las cosas que más veneraban los hombres. Para construir las máquinas de guerra taló los bosques del Liceo y los plátanos seculares de la Academia, á cuya sombra había filosofado Platón. Para pagar y mantener á sus soldados, estableció en el Peloponeso una fábrica de moneda; sometió á Grecia á terribles requisas; saqueó todos los templos, aun los más venerados; convirtió en monedas de oro y de plata los trípodes, los vasos, las alhajas, los objetos artísticos ofrecidos á los dioses por tantas generaciones piadosas. Para disputar á sus enemigos el imperio del mar, persuadió á uno de sus jóvenes jefes, Lucio Licinio Lúculo, que intentase deslizarse con seis navíos al través de la flota póntica que bloqueaba á Grecia, y de ir á reclutar navíos en todo el Mediterráneo. Para tener alerta á sus soldados y que el ánimo no les decayese, tomó parte en todas sus fatigas, acudió á todas las refriegas, condujo personalmente las columnas de ataque, y sobre todo, distribuyó oro abundante entre sus tropas. Si Mario había comprendido que en esta época mercantil de Roma sólo podía reclutar sus legiones entre la hez miserable de la población itálica, Sila fué el primero en comprender que las nuevas legiones debían de considerarse y tratarse como verdaderas milicias mercenarias, retenidas durante muchos años bajo las armas, sometidas á una severa disciplina, pero espléndidamente pagadas.

Entretanto, Atenas resistía con encarnizamiento los ataques de Sila durante todo el año 87. Arquelao era

un general excelente, y si la suerte de la guerra sólo hubiese dependido de él, quizás á Sila le tocase sucumbir. Pero el ejército de socorro que venía de Asia en el otoño del 87, no llegó. Entorpecido por su misma masa, detenido frecuentemente por la dificultad de los aprovisionamientos, y mal mandado, caminaba lentamente, de modo que el gobernador de Macedonia, Cayo Sencio Saturnino, pudo obstruirle el camino con escasas fuerzas y conseguir que le sorprendiese la mala estación en Macedonia, donde se vió obligado á invernar en espera de la primavera del 86. Sila pudo aprovecharse así de los meses de invierno. Pero eludido este peligro, otro más grande surgió en Italia. Al comienzo del año 86 murió Mario; pero su muerte no terminó de ningún modo esta lucha tan peligrosa por el mando de la guerra contra Mitrídates, que desde dos años antes, amenazaba complicar con una guerra civil la crisis tremenda en que Roma se debatía. Múltiples causas determinaban al partido democrático á no dejar el cuidado de esta guerra á un hombre como Sila, que no era un conservador á ultranza, pero tampoco un amigo declarado del partido popular. Muchos hombres eminentes del partido ambicionaban mandos en esta guerra, y la necesidad de realzar el prestigio del nuevo gobierno con éxitos militares se imponía al partido de los Gracos y de Mario. Atribuíase ya el mérito de haber salvado á Italia rechazando á los cimbrios y teutones; también quería poder reivindicar el honor de conquistar el Asia. Aceptó íntegramente el legado de rencores que le dejó Mario, y trató á Sila como enemigo, encargando al cónsul nombrado para sustituir á Mario, Lucio Valerio Flaco, que fuese al frente de 12.000 hombres á relevar de su man-

do al general proscripto. Era Flaco un ardiente demócrata, que hizo aprobar al mismo tiempo una ley liberando á los deudores de las tres cuartas partes de sus deudas. Si Flaco llegaba antes de capitular Atenas, Sila quedaría preso entre las legiones romanas y los ejércitos de Mitrídates... Pero los preparativos de Flaco exigieron mucho tiempo, y todavía estaba el cónsul en Italia, cuando Sila, el 1.° de Marzo del año 86, logró apoderarse en un asalto desesperado, primero de Atenas, en seguida del Pireo. Sin embargo, aunque este éxito envalentonase á los soldados, no tenía una importancia decisiva para Sila, pues falto de flota, el general romano no pudo aniquilar al ejército de Arquelao, que se retiró desde luego á la península de Muniquia, y se salvó tranquilamente por mar con todos sus soldados, yendo á reunirse en las Termópilas con el ejército invasor. Tras la toma de Atenas, Sila seguía teniendo como antes tres ejércitos que combatir: el de Arquelao y el ejército de socorro, ahora reunidos, y las legiones de Flaco que habían desembarcado en el Epiro. Sila comprendió que era necesario batir á los ejércitos pónticos antes de que llegase el cónsul popular; y, aunque el adversario tuviese la ventaja del número, se dirigió con todas sus fuerzas al encuentro de Arquelao, y le deshizo en una gran batalla librada en Queronea, Beocia.

Esta victoria, primera de los ejércitos romanos sobre Mitrídates, produjo inmensa sensación en todo el imperio y tuvo consecuencias mucho más importantes que la toma de Atenas, modificando profundamente la situación en favor de Roma y de Sila. Desde hacía algún tiempo, las clases ricas de Asia, alarmadas por las matanzas del 88 y por la política revolucionaria de Mitrí-

dates, habían empezado á intrigar por Roma y contra la dominación póntica, aprovechándose del descontento ocasionado en el pueblo por las continuas levas del rey. Á fines del año 87, Efeso se había rebelado ya en favor de Roma. La batalla de Queronea vino, tras esta rebelión, á fortificar en todas partes el partido romanófilo y á quebrantar la fidelidad, ya vacilante, de las ciudades asiáticas, lo cual obligó á Mitrídates á realzar su prestigio y reforzar su fortuna mediante algún golpe de audacia mayor que los anteriores. En efecto, se declaró abiertamente en Asia rey de la revolución social, aboliendo las deudas y concediendo la libertad á las ciudades adictas, y se dispuso á enviar un nuevo ejército para invadir la Beocia y reconquistar á Grecia, bajo la orden de Dorilao. Pero la consecuencia más importante de la victoria de Queronea, fué el hacer posible algo que parecía tan difícil como necesario: la paz entre Sila y el partido democrático. Flaco, que parece haber sido un hombre razonable, comprendió apenas desembarcado en Epiro, que encender una guerra civil cuando Mitrídates se disponía á lanzar un nuevo ejército sobre Grecia, que disputarse el honor de ser el único adversario cuando sus fuerzas reunidas apenas serían suficientes para vencerle, era pura locura. Sila, por su parte, que no estaba cegado por el éxito ó por el odio político, comprendía que era demasiado audaz luchar simultáneamente contra el rey del Ponto y el ejército del partido democrático. Desgraciadamente, Flaco no se atrevió á reunir los dos ejércitos á causa de la proscripción, y Sila tuvo que contentarse con un arreglo secreto que, sin hacer público el acuerdo, hacía que cooperasen ambos ejércitos en la guerra contra Mitrídates: Flaco, que como cónsul, po-

día obtener que los bizantinos les prestasen su flota, llevaría la guerra á Asia; Silá permanecería en Grecia para esperar á Dorilao, que se acercaba luego de haber embarcado en Eubea 10.000 hombres salvados por Arquelao tras la batalla de Queronea. Aquel buen acuerdo produjo excelentes efectos para Roma, cuyos ejércitos obtuvieron dos triunfos considerables antes de terminar el año 86: Sila atacó y aniquiló al ejército de Dorilao en Orcomeno; luego se retiró á Tesalia para invernar; Flaco invadió á Macedonia, rechazó hasta Asia los últimos restos del ejército póntico y cruzó el Bósforo en la flota de Bizancio. Todos los planes de Mitrídates habían fracasado; á fines del 86 no había logrado resarcirse de Queronea, y en cambio había perdido todas sus conquistas en Europa.

El ejército del procónsul proscripto y el del cónsul legal habían cooperado á este feliz resultado: el mérito de Sila aún era mucho mayor que el de Flaco. Si el partido democrático hubiese estado dispuesto á seguir en Italia la prudente política de Flaco, á revocar la proscripción de Sila y á aceptar sus servicios mediante razonables condiciones, pronto hubiese tocado á su fin la espantosa crisis en que el imperio había parecido abismarse. Pero la situación política de Italia hacía imposible este felicísimo resultado. La revolución había destruído casi completamente la oposición conservadora; gran número de nobles y de ricos fueron muertos; los demás se salvaron al lado de Sila ó en las provincias remotas; el miedo paralizaba á los que se quedaron en Roma; cuanto á los caballeros, la burguesía de financieros y mercaderes, dudaba entre el miedo de una revolución conservadora que anularía sus privilegios y

el miedo de una revolución social, en la que podía servir de principio la reducción de las deudas, aprobada el año 86. El partido democrático, fuertemente sostenido por la clase media, sentíase seguro del poder para entrar en conciertos con Sila, del que desconfiaba por su nacimiento, por sus relaciones, por su pasado, por la amistosa acogida que había dispensado á tantos conservadores proscriptos ó emigrados. La política de Flaco agradó tan poco á los demócratas, que durante el invierno del 86 al 85 Fimbria, uno de sus legados, que era del partido popular, habiendo sospechado las secretas inclinaciones del general por Sila, logró amotinar á los soldados, hacerle matar y que le proclamasen comandante en jefe, destruyendo con esta pequeña revolución militar toda esperanza de acuerdo. De nuevo se encontraba Sila en una situación crítica. No podía dejar que Fimbria terminase la conquista de Asia, pues tras un éxito tan grande, no era de suponer que el partido democrático, tan poco inclinado á la paz, renunciase á deshacerse de él y de su ejército mediante una guerra. Por otra parte, era peligrosísimo atacar á Fimbria, pues Mitrídates, cuyo poder declinaba rápidamente tras las dos derrotas de Queronea y Orcomeno, hubiese recobrado coraje si ante sus ojos estallaba una guerra civil. Entonces fué cuando este gigante del egoísmo, que de su propia salud había hecho la ley suprema de la vida, adoptó una resolución extremadamente grave y audaz, y que había de decidir en toda su futura carrera y ejercer terrible influencia sobre la historia de Roma durante veinte años. No pudiendo luchar simultáneamente contra Fimbria y Mitrídates, no pudiendo pactar con Fimbria, resolvió proponer á Mi-

trídates suscribir la paz en razonables condiciones. El momento era propicio, pues la larga guerra y las últimas derrotas habían agotado los recursos militares y financieros del Rey del Ponto, Grecia estaba perdida y casi toda Asia en revolución. Ofreciéndole tierras y dinero, haciéndole promesas, Sila corrompió á Arquelao, le indujo á entregarle inmediatamente su flota y le persuadió á proponer en su nombre á Mitrídates las condiciones de paz: se volvería al *statu quo* del año 89; Mitrídates conservaría todo su antiguo reino del Ponto; recibiría el título de amigo y aliado del pueblo romano; pagaría á Sila dos mil talentos y le entregaría cierto número de navíos de guerra; para hacer su retirada más fácil y menos vergonzosa, Sila hasta se comprometía á conceder una amnistía á las ciudades rebeldes de Asia.

Considerada desde el punto de vista de las tradiciones políticas y militares de Roma, esta paz resultaba casi un crimen de alta traición. ¡Este rey, que había degollado á 100.000 italianos y devastado la más hermosa provincia del imperio, conservaba su reino, recibía el título de amigo y aliado, no se le castigaba más que con una pequeña contribución! Pero la situación creada en Italia por medio siglo de luchas políticas y sociales era tan espantosa, que Sila acabó por verse obligado á buscar su salud y la de sus legiones en esta especie de alianza con el verdugo de los italianos. Arquelao se rindió á Sila; vió á Mitrídates; se ingenió en persuadirle... Comprendiendo Mitrídates las razones porque Sila le proponía condiciones tan favorables, intentó al principio obtenerlas mejores, amenazando de pactar una alianza con Fimbria. Pero Fimbria, que debía de justificar su rebelión

con grandes éxitos, entró en campaña al llegar la primavera del año 85, invadió el Asia, obtuvo brillantes triunfos sobre el ejército de Mitrídates y se apoderó de Pérgamo. Durante este tiempo, Lúculo, que pudo al fin reunir una flota, apareció en las costas de Asia, excitando á las ciudades al alzamiento. Viendo Mitrídates que su ejército se desorganizaba y que Asia se le iba, se persuadió de que le sería más fácil entenderse con Sila que con Fimbria. En Dárdanos celebró una entrevista con el general romano, aceptó el tratado de paz, embarcó los restos de su ejército y volvió á su reino. Libre de Mitrídates con este acuerdo, Sila se internó en Lidia en busca de Fimbria y, aprovechándose del odio que su crimen y su rapacidad habían captado al antiguo *legatus* de Flaco, hizo promesas á su ejército, que al acercársele se desbandó para incorporarse al vencedor de Queronea y Orcomeno. Fimbria no tuvo más remedio que suicidarse. Sila quedó entonces único señor de Asia, al frente de una flota numerosa y de un ejército considerable, con el Tesoro henchido gracias á la indemnización de Mitrídates

En puridad, esto era justo; pues Sila había realmente destruído el poder de Mitrídates y arrancado al rey del Ponto sus conquistas con las victorias de Queronea y Orcomeno. Sin estas batallas, Fimbria no hubiese podido apoderarse de Pérgamo, ni siquiera entrar en Asia. Sin embargo, había una mancha en está gloria, un motivo de debilidad en este poder: el tratado de Dárdanos, ese perdón concedido al nuevo Aníbal de Oriente, que ningún partido, ni aun los que de él más esperaban beneficiarse, hubiese reconocido la necesidad mientras que Sila no fuese dueño absoluto de la situación. Tan bien

lo comprendió Sila que, durante los años 85 y 84, sólo se preocupó con dos cosas: hacerse afectas las legiones y reconciliarse con el partido democrático; concertar un acuerdo amistoso que le permitiese volver tranquilamente á Italia para gozar en ella de las inmensas riquezas acumuladas durante la guerra. Con la condición de que se aprobase todo lo que había hecho en Oriente, de que no se insistiese sobre el tratado de Dárdanos, hubiese abandonado á su suerte al partido conservador y á la nobleza que nada habían hecho por él en el momento del peligro. Pero la universal desconfianza que tan profundamente turba los espíritus durante las crisis revolucionarias, y que de tan terrible manera complica las luchas encarnizadas de los partidos, hizo imposible todo acuerdo. Muchos nobles se habían refugiado al lado de Sila y le excitaban á destruir el gobierno democrático; en todo el imperio habían recobrado valor los restos del partido conservador, tras el gran triunfo de Sila, en el que esperaban encontrar su campeón, el hombre que repetiría contra el partido popular el audaz golpe de Estado dado contra la revolución de Sulpicio el año 87. Las intrigas, las conspiraciones empezaron; algunos jóvenes pertenecientes á las clases ricas comenzaron á agitarse. Sila era un hombre demasiado inteligente para favorecer ciegamente los rencores de este partido, que por su debilidad había merecido sus desgracias; pero la agitación dañó por igual á Sila y á sus gestiones. El gobierno popular, que recelaba de él por su pasado, se alarmó; la clase media le tuvo por sospechoso de querer arrebatar á los itálicos el derecho de ciudad; el partido democrático se encarnizó resarciéndose del partido conservador, que pretendía atribuirse el

mérito de la conquista asiática, rechazando el tratado de Dárdanos. No; ¡jamás reconocería un tratado tan vergonzoso; no permitiría que Roma aceptase humillación tan terrible: ¡la victoria contra Mitrídates, de que se vanagloriaban los conservadores, era una traición abominable! Si la situación moral y política de Italia hacía difícil un acuerdo entre Sila y el partido democrático, la lucha de los intereses aún la hacía más imposible. Los caballeros, esta rica burguesía entre la que se reclutaba la flor de los usureros de Asia, había concluído por ser tan poderosa con el gobierno democrático, como lo había sido con los gobiernos precedentes, excepción hecha de algunos momentos en que el odio general contra los traficantes del dinero sacudía convulsamente á todo el Estado y se imponía á todos los partidos. Pero la plutocracia itálica no tardó en intrigar contra Sila, aunque hubiese reconquistado á Asia, porque éste se vió obligado por la fuerza de las cosas á lesionar un poco sus intereses. Como la invasión de Mitrídates había aportado el triunfo de una revolución social y la abolición de las deudas, era natural que al restablecimiento de la autoridad romana sucediese una reacción de las clases ricas. Pero Sila procuró moderar esta reacción: confirmó en su valor jurídico los tratados convenidos entre particulares, y restableció el antiguo orden legal de las deudas y de los créditos; pero abolió el diezmo sobre las tierras decretado por Cayo Graco, y decidió que los impuestos se percibirían por la provincia misma.

Asia se había empobrecido con la explotación financiera, la revolución y la guerra, y Sila, que, como todos los nobles arruinados, detestaba á los manipuladores del dinero, quiso ayudar á la provincia, libertándola de sus

más terribles explotadores, mediante el pago de la indemnización de guerra que le había impuesto, una contribución extraordinaria de 20.000 talentos y los tributos atrasados de cinco años. Pero procuró el medio de conservar la fidelidad de las legiones con enormes presentes; se enajenó á los ricos financieros italianos, muchos de los cuales habían sido arrendatarios del diezmo asiático y esperaban volverlo á ser una vez la revolución vencida. Las largas negociaciones nada lograron, por más de que Sila, siempre prudente, dejase pasar todo el año 84, y por fin, á principios del año 83, dejó en Asia á las dos legiones de Fimbria, y tuvo que desandar el camino para declarar la guerra al partido democrático que se obstinaba en cerrarle las puertas de Italia. Sila se llevó á Italia un tesoro más precioso que el oro de Mitrídates y que los despojos de los templos griegos: los libros de Aristóteles, que había hurtado en la biblioteca de Apelicón, en Atenas.

Imposible sería exponer en este breve resumen la historia circunstanciada de esta guerra civil. Bastará con hacer observar que el hecho esencial fué éste: Sila, que hasta entonces no había representado ningún partido, terminó por convertirse, á pesar suyo, en el campeón de los conservadores á ultranza. Á su llegada, los restos del partido conservador se agitaron en todas partes, se dirigieron á él como al salvador esperado mucho tiempo, procuraron inducirle á que defendiese sus intereses. Algunos jóvenes también tuvieron el valor de obrar: Cneo Pompeyo, hijo del cónsul del año 89, perteneciente á una noble y riquísima familia, que reclutó un pequeño ejército en el Piceno; Marco Licinio Craso, otro joven de insigne familia, á quien la

revolución había matado un hermano, y Metelo Pío, hijo del Numídico, que hicieron lo mismo que Pompeyo. No obstante, Sila estaba dispuesto á no dejarse arrastrar por este partido: se esforzó en tranquilizar á los itálicos declarando que no contrarrestaría la gran medida de la emancipación de Italia; hasta consintió en tratar con el partido popular, é indicó al Senado como conciliador. Todo en vano. Los jefes del partido popular, que á excepción de Sertorio, no parecen haber sido hombres superiores, desconfiaban excesivamente de él, y esperaban poder dar cuenta de este pequeño ejército con ayuda de Italia, é hicieron imposible todo acuerdo sirviéndose de una política sin franqueza ni unión. Sila tuvo que decidirse á aceptar los ofrecimientos del partido conservador: confirió mandos importantes á Cneo Pompeyo, á Marco Craso, á Metelo y comenzó la guerra como campeón de los proscriptos y de la contrarrevolución. Obrando con su habitual audacia, logró en poco tiempo domar por el oro y por el hierro el inmenso desorden de esta sociedad, donde la revolución sobrevenida tras una larga disolución social había roto todos los lazos morales entre los hombres. Derramando oro, destacó del partido democrático gran número de legiones y de hombres; descorazonó á los que resistían la corrupción con las brillantes victorias que obtenía sobre todos los jefes del ejército democrático, matando á unos después de otros. Uno sólo, Sertorio, pudo huir á España. Así es como Sila derribó al gobierno democrático y quedó árbitro de Italia al frente de su ejército, sobre las ruínas del partido popular y junto al Senado impotente.

Y entonces fué cuando este sibarita orgulloso, frío,

insensible, exasperado por la lucha terrible en que corrió riesgo de perecer, despreció á todo el género humano y se trocó en verdugo. No se dejó engañar por los homenajes de que fué objeto tras la victoria; comprendió que esos mismos conservadores, á quienes sus victorias habían sido tan útiles, y á los que despreciaba tanto como á sus enemigos, le reprocharían el tratado de Dárdanos, la muerte de Fimbria, la guerra civil, y que le entregarían al partido democrático si no restablecía el orden, de tal suerte, que nadie osase ya discutir lo que había hecho en Italia y en Oriente. Deseó que se le otorgase la dictadura y el derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos durante un tiempo indefinido, y, además, plenos poderes para reformar la constitución. Fácilmente obtuvo del Senado, privado en adelante de autoridad, la aprobación de la *lex Valeria*, que le hacía dictador; y, así armado, hizo perecer á gran número—dícese que cinco mil—de los que en la generación precedente habían favorecido el movimiento democrático; persiguió á sus familias, las arruinó con las confiscaciones, disolvió los matrimonios contraídos entre sus parientes supervivientes y las familias de influjo; decretó que los hijos de los proscriptos jamás ejercerían ninguna magistratura, y castigó á ciudades enteras, infligiéndoles multas, demoliendo las fortificaciones, confiscándoles parte del territorio público y privado para distribuirla en seguida entre sus soldados que se establecieron en colonias como sobre un territorio enemigo. En estas persecuciones no tuvo escrúpulos, ni dudas, ni gracia, ni consideración para nadie. Sus enemigos le habían odiado y perseguido demasiado: Sila tenía prisa de volver á sus ocios y voluptuo-

sidades, y deseaba concluir pronto. Dos mil setecientos caballeros y unos cien senadores fueron condenados á muerte; todos los que de alguna manera habían ofendido al partido conservador, á sus prejuicios, á sus intereses, corrieron el riesgo de expiar su culpa con la pena capital. Desgraciadamente, en un país asolado ya por el desorden de una descomposición social que duraba treinta años, esta reacción política degeneró pronto en un saqueo espantoso: alrededor de Sila se formó presto una partida heterogénea de aventureros, que en la locura contagiosa del saqueo, perdió el escrúpulo, el pudor, todo sentimiento del honor. En ella figuraban esclavos, hombres libres, plebeyos, nobles arruinados, como Lucio Domicio Enobarbo, y nobles ya enriquecidos, como Marco Craso, que robaron juntos inmensas riquezas comprando por nada ó á vil precio los bienes de los proscriptos. Sila no podía hacer nada para contener el flujo que había desencadenado, y además, aunque lo hubiera podido, no lo hubiese querido. Frío é inexorable tras la victoria como en el peligro, parecía vengarse—en su grandeza sobre todo—despreciando simultáneamente á los conservadores y al partido popular, á los ricos y á los pobres, á los romanos y á los itálicos, á los nobles, á los financieros, á los plebeyos, pues todos igualmente temblaban de miedo ante él. Recibía con indiferencia en su espléndida mansión los homenajes de los más insignes hombres de Roma, que, con el odio en el corazón, venían á saludar humildemente al árbitro de la vida y de la muerte; con indiferencia contemplaba todo lo que había de noble, de ilustre y de elegante en Roma: los jóvenes y los viejos representantes de las grandes familias, las más hermosas damas de la

aristocracia se disputaban las invitaciones para sus banquetes suntuosos, donde brillaba como un rey entre sus cantantes favoritos, ocupado sólo en comer y beber, sin preocuparse siquiera en conocer el nombre de sus innumerables invitados (1); con indiferencia dejaba que toda una muchedumbre de ambiciosos, de avaros, de calaveras, se disputasen el paso en su *atrium* para obtener fácilmente de su despreocupación las tierras, las casas, los esclavos de los condenados, el perdón de los proscriptos de escasa importancia, la condena de los inocentes que se habían captado odios por razones privadas ó por sus riquezas. Los parentescos, las amistades, las acciones más ingenuas realizadas durante la revolución, podían convertirse en un peligro y en un crimen capital, gracias á la cobardía, al rencor y á la codicia de los denunciantes. Mucha gente quedó arruinada; mucha se refugió entre los bárbaros, en España, en Mauritania, cerca de Mitrídates. Los que no lograban obtener la protección de algún poderoso amigo de Sila vivieron en constante angustia. El hijo de aquél Cayo Julio César, con cuya hermana se casó Mario, y que murió en Pisa de apoplejía algunos años antes, corrió entonces gran peligro. Este joven, que á la falta de ser sobrino de Mario, añadió la de haberse casado con la hija de Cinna, recibió de Sila la orden de repudiar á la bella Cornelia; pero como era muy apasionado y amaba mucho á su joven esposa, hasta el punto de rechazar á una rica heredera, Cossutia, no quiso someterse. Prefirió ver confiscada la dote de su mujer y la herencia de su padre, huir de Roma, hasta correr el riesgo de ser pros-

(1) Plutarco. *Cat. de U.*, 3; *Sila*, 34-36.

cripto. Pasado algún tiempo, Sila le perdonó por intercesión de ciertos parientes (1).

Pero una vez destruído el partido popular, era necesario impedir que renaciese. Para conseguirlo intentó Sila—convertido en campeón de los conservadores—una gran reforma de la constitución, aplicando el programa de Rutilio Rufo y las ideas favoritas de los aristócratas que, igualmente opuestos al partido popular y á la clase capitalista, creían posible y útil una restauración de las antiguas instituciones aristocráticas de la época agrícola. Los conservadores á ultranza, que tampoco habían luchado por la conquista del poder, vieron súbitamente realizado casi todo su programa. Sila abolió las distribuciones públicas de trigo en Roma; suprimió la censura, elevó á ocho el número de los pretores y á veinte el de los cuestores. Arrebató á los comicios el derecho de discutir las leyes sin autorización del Senado. Otorgó á los comicios de las centurias los derechos que tenían los comicios de las tribus. Prohibió á los tribunos del pueblo que propusiesen leyes ni que aspirasen á las magistraturas superiores, y sólo les dejó el derecho de asistencia. Decretó que no podría

(1) Suetonio, *César*, 1; Plutarco, *César*, 1. No creo que pueda atribuirse razón política á este primer acto de César, que era entonces muy joven y desconocido. Fué una hermosa imprudencia juvenil que cometió por amor ó por orgullo, y eso es todo. Suetonio y Plutarco no están de acuerdo sobre este episodio: pero el relato de Suetonio me parece más verosímil, excepto lo referente á la dignidad de *Flamen Dialis:* ambos se engañan sobre este punto, y la verdadera explicación nos la da Veleyo Patérculo, II, 43. La frase atribuído á Sila por Plutarco y Suetonio, de que en César se ocultaban varios Marios, es indudablemente una fábula.

llegarse á la magistraturas más que por el orden legal y que sólo se admitirían las reelecciones al cabo de diez años. Intentó contener el aumento de los crímenes estableciendo un sistema de penas más severas para los delitos de violencia y fraude. Emancipó á diez mil esclavos y los hizo ciudadanos, escogiéndolos entre los más jóvenes y fuertes de los que habían pertenecido á los proscriptos. Entregó á los senadores el poder judicial é hizo ingresar en el Senado á trescientos caballeros (1). En suma, procuró destruir simultáneamente el poder de la clase media y el de los caballeros restableciendo con poca diferencia la constitución aristocrática que estaba vigente en tiempos de la guerra púnica, cuando la sociedad italiana, rural, aristocrática y guerrera, era una perfecta estratificación de clases, teniendo en lo alto una nobleza poco ilustrada, pero disciplinada y poderosa; más abajo la clase media rural, sumisa, paciente, de necesidades satisfechas, contenta de su suerte; y más abajo aún, los esclavos, poco numerosos y dóciles, tratados con dureza, pero sin crueldad. Pero restauró esta constitución justamente cuando esas diferentes capas se habían debilitado, roto, replegado unas sobre otras, á consecuencia del movimiento de depresión de la nobleza, de emersión de la burguesía y del violento terremoto de la revolución; en el momento mismo en que se excitaba á los esclavos para que traicionasen á sus amos proscriptos, y en que las partidas

---

(1) Lange, *R. A.*, III, 144 y sig. Cantalupi, *M. S.*, 110, y sig. Á propósito de las controversias referentes á la reforma que Sila hizo en el poder tribunicio, véase Sunden, *De tribunitia potestate a L. Sulla imminuta quæstiones;* Upsal, 1897.

de los amigos del dictador, compuestas de esclavos, libertos, hombres de la clase media y nobles devastaban y ensangrentaban á Italia sin respetar ninguna ley. No era esto una restauración aristocrática: tratábase en Asia, como en Italia, como en todo el imperio, del triunfo orgiástico y sanguinario de una oligarquía de asesinos, de esclavos, de nobles viciosos, de aventureros sin escrúpulos, de usureros rapaces, de soldados mercenarios, sobre un vasto imperio de millones de oprimidos que, en un acceso de furor, intentaron vanamente rebelarse. El impasible Sila contemplaba con indiferencia desde su casa llena de mimos, de cantantes y bailarinas, y dispuesta todas las noches para celebrar suntuosos banquetes, este triunfo, que no había buscado, pero del que era, sin embargo, primer autor. Cuando se creyó seguro como hombre privado en el imperio que había gobernado como dictador, abdicó la dictadura para entregarse totalmente á los placeres y á la crápula, que acabaron por extenuarle. Y no tardó en morir en los comienzos del año 78.

Sila—injusto sería negarlo—fué un dictador sin ambiciones, un republicano sincero, que se apresuró en abandonar el poder apenas le fué posible hacerlo sin perderse ni perder á sus amigos. Pero las circunstancias y también ciertos defectos, le obligaron á desempeñar en la historia un papel menos espléndido del que hubiera podido esperarse de tanta inteligencia y energía. No poseía grandes pasiones, ni ideas sublimes, ni ese grano de divina locura y ese poder de exaltación por el cual se revela á los grandes espíritus el instinto confuso é informe del porvenir. Frío, indiferente á todo lo que no fuese sus placeres, permaneció impasible, mientras no

le obligaron á adoptar un partido para defenderse, en medio de la terrible lucha de clases empeñada á su alrededor: cuando al fin tuvo que tomar las armas y luchar, fué sencillamente el autor de una gigantesca combinación policíaca, que meditó con gran clarividencia y ejecutó con energía. Esta operación policíaca quizás era necesaria entonces para salvar al imperio y á la civilización antigua de la destrucción conque la amenazaba el alzamiento desesperado de tantos oprimidos como había en Italia y en Asia; pero su valor histórico no superaba en cambio el de cualquier operación de policía. El orden, aun en el Estado mejor organizado, sólo es una ficción de justicia y de sabiduría; una ficción que puede compararse al campo, que necesita periódicamente ser hendido y removido por el arado para que la fuerza generadora se renueve. La terrible crisis de Italia era semejante al surco de un arado que, penetrando en las entrañas de la vieja sociedad, movía y removía los terrones, sacaba á luz los que estaban ocultos, reducía á polvo los que se habían endurecido al sol durante largos meses, abría nuevos poros para las aguas del cielo, y despertaba, para preparar una nueva cosecha, las energías generadoras de la vida. Mario, no obstante las ambiciones criminales de su vejez, contribuyó á esta renovación vital, trazando las grandes líneas de la nueva organización militar de Roma, y procurando resolver la cuestión de la emancipación de Italia. Al contrario, Sila nada hizo. Su obra aún fué más contradictoria que la de los Gracos. Luego de haberse apoderado del poder sirviéndose de la gran fuerza nueva de la época mercantil—la corrupción,—prodigando el dinero á sus amigos y á sus enemigos, quiso servirse de ella para restaurar

las instituciones políticas de la época agrícola. Por eso el edificio de sus leyes quedó muy pronto destruído, como una choza de cañas levantada en la playa que un embate del mistral se lleva. De él sólo quedó el terror causado por un nuevo personaje en la historia de Roma, que los contemporáneos consideraron como creado por Sila, y que sólo era la última aparición necesaria en todas las democracias antiguas: el jefe de una soldadesca omnipotente por el oro y por el hierro.

Así terminaron estos tiempos tempestuosos que habían comenzado con el asesinato de los Gracos. Entre tantas ruínas, se produjo un acontecimiento capital, la Italia osca, sabélica, umbría, latina, etrusca, griega, gala, se había sumergido en lo pasado. En lugar de una multitud de pequeñas repúblicas federales, había al presente una nación italiana; había una agricultura, un comercio, costumbres, un ejército, una cultura, un espíritu italianos, comunes en adelante á una clase media formada por todas las poblaciones de Italia, que la ambición de acrecentar su poder y su riqueza por el estudio, el tráfico y las armas había mezclado y fundido.

# VI

## Los comienzos de Julio César.

Cuando Sila le hubo perdonado, Cayo Julio César—cuya peligrosa aventura hemos ya referido—como todos los jóvenes de las familias ricas que han hecho una gran locura, se decidió á viajar, y partió en compañía del propretor Marco Minucio Termo, al sitio de Mitilene, última ciudad rebelde de Asia que aún no se había rendido. De Mitilene hizo un viaje á Bitinia, enviado por Termo con una misión diplomática cerca del viejo rey de Bitinia para pedirle navíos necesarios al sitio. ¿Es cierto, como después afirmaron sus enemigos, que en el palacio de Nicomedes, lejos de Roma y de los suyos, el joven se extravió en las habitaciones más secretas é infames de esta corte llena de vicios? (1). El caso no sería en sí imposible; pero las acusaciones de los adversarios jamás han servido de documentos serios, sobre todo, tratándose de acusaciones de este linaje. En cambio, es cierto que hizo diversos viajes á la corte de Ni-

(1) Suetonio, *César*, 2 y 49; Dionisio, 43, 20. La exposición de esta primera fase en la vida de César, muy clara en Suetonio, es, al contrario, confusa y embrollada en Plutarco, *César*, 1, 4.

comedes (1), hasta que en el año 78, cuando el procónsul de Cilicia, Publio Servilio emprendió una guerra contra los piratas de Licia y de Panfilia, fué á su lado para acompañarle en esta guerra. Pero poco después, cuando supo que Sila había muerto, volvió á Roma.

Al regresar encontró el ambiente de Roma emponzoñado de esa desconfianza formada de odio y de miedo que difunden á su alrededor las oligarquías que tienen poca cohesión y no están seguras de su poder. Á pesar del terrible esfuerzo realizado por Sila, la constitución aristocrática restablecida por él era poco sólida, pues lesionaba demasiados intereses y no respondía de ningún modo á las necesidades de esta época. Para que esta constitución aristocrática pudiese funcionar bien, hubiese sido necesaria una nobleza poderosa, tal como la que tuvo Roma durante las guerras púnicas. Sin duda lo que de la antigua nobleza romana quedaba—sobre todo las familias y los hombres más respetables, como Quinto Lutacio Cátulo—sostenían con todas sus fuerzas la nueva constitución que había aplicado las ideas reaccionarias que profesaba casi toda la nobleza. Creíase que las transformaciones democráticas del Estado realizadas en los últimos cincuenta años habían quedado anuladas para siempre; que la antigua constitución aristocrática, fuente única de la grandeza de Roma, se había restablecido definitivamente. Pero algunas familias nobles no forman una nobleza, y los aristócratas respetables sólo formaban una pequeña minoría en el partido dominante: á su lado estaban los amigos y los verdugos de Sila, enriquecidos por la con-

(1) Suetonio, *César*, 2.

fiscación de los bienes pertenecientes á los proscriptos, los tránsfugas del partido de Mario, los conservadores moderados, convertidos tras la revolución en reaccionarios intransigentes. No se trataba de una clase social, sino de una partida de aventureros, en que abundaban los perdidos, y esta partida no podía aspirar al respeto, que es la esencia misma de un gobierno aristocrático. ¿Á falta del respeto podría imponer al menos á Italia el odio del partido vencido? Este bando procuraba excluir de las magistraturas, del Senado, del gobierno de las provincias, á todos los que no admiraban de buen grado á Sila y á los jefes del partido conservador como los únicos grandes hombres revelados en la generación precedente, y destestaban al partido democrático, á sus hombres, y sobre todo á Mario, las ideas y las causas que había defendido. Sin embargo, á pesar de sus faltas el partido democrático había prestado grandes servicios á Italia; si los poderosos afectaban considerar á Mario como un bandolero y criminal, si habían derribado sus trofeos, no era por eso menos cierto que había rechazado la terrible invasión de los cimbrios, mientras que Sila había concertado el tratado de Dárdanos. El bando conservador no podía, pues, imponer el odio del partido democrático y de sus jefes sin ofender el sentimiento nacional de Italia. Muy débil desde el punto de vista moral, este gobierno acampaba en medio de Italia como un pequeño ejército en país de conquista, rodeado por todos lados de bandos de enemigos implacables. La reacción de Sila había arruinado, humillado, ofendido á demasiadas personas; había sembrado demasiados rencores en toda Italia. Los hijos de los proscriptos, privados de sus padres, de sus bienes,

de sus derechos políticos; las ciudades, á las que se les había quitado el territorio y el derecho de ciudad; los caballeros, que habían perdido el poder judicial y casi toda su antigua influencia política; la clase media de Italia que temía perder el derecho de ciudad, tan penosamente conquistado, formaban tal ejército de descontentos ávidos de venganza que hasta un gobierno más fuerte se hubiese espantado. Sin duda todos estos enemigos se encontraban actualmente desorganizados y dispersos por el terror de las persecuciones ¿pero qué ocurriría el día en que se reuniesen bajo un jefe? Sólo había un medio para dar prestigio y fuerza al gobierno: realizar una audaz política extranjera, obtener grandes éxitos militares y diplomáticos. Por ejemplo, el gobierno conservador hubiese logrado que se olvidasen muchas de sus sinrazones vengando la vergüenza del tratado de Dárdanos. Pero esta bandería formada á toda prisa, en medio de una crisis terrible, de tantas personas distintas que se despreciaban mutuamente; bandería desconfiada, insegura; dividida por tantas rivalidades personales; paralizada por el terror del terremoto de que había salido, no poseía ninguna energía. El Senado, que era su órgano más potente, no hacía nada; procuraba evitar cualquier ocasión de guerra temiendo las consecuencias de una derrota, y no queriendo comprometer en remotas expediciones una parte demasiado considerable de las fuerzas que creía necesitar en el interior para defender la constitución de Sila. En el año 81 se vió una cosa extraordinaria: el rey de Egipto, Alejandro II, había imitado el ejemplo del rey Pérgamo y dejado en herencia al Senado su reino de Egipto, el más rico del mundo antiguo; pero el Senado había re-

chazado, contentándose con tomar el dinero del rey depuesto en Tiro. Sin duda resistía á las solicitaciones de Mitrídates, el cual deseaba que el tratado de Dárdanos fuese reconocido por el Senado, no osando, ni aún entonces, compartir con Sila la responsabilidad de este acto tan grave; pero no parecía advertir que con esta resistencia haría inevitable una guerra y nada hacía para estar apercibido.

Muerto Sila, no es extraño que los restos del partido democrático se conmoviesen en seguida. Pero algo más grave ocurrió mientras César estuvo en Oriente, y que demuestra cuán débil era el gobierno fundado por Sila: los *populares*, apenas iniciada su agitación, adoptaron por jefe á uno de los cónsules del año 78, Marco Emilio Lépido. Lépido era noble y rico; poseía el palacio más suntuoso que hasta entonces hubo en Roma (1); fué conservador hasta entonces y amigo de Sila; hasta se enriqueció comprando los bienes de los proscriptos (2). Pero irritado de que Sila hubiese procurado impedir su elección para el consulado, ambicioso, ligero y violento, se improvisó, apenas muerto Sila (3), jefe del partido popular proponiendo restablecer la distribución del trigo (4),

---

(1) Plinio, *H. N.*, XXXVI, xv, 109.

(2) Mommsen, *R. G.*, III, 18.

(3) Peter, *G. R.*, II, 138; Ihne, *R. G.*, VI, 8; Mommsen, *R. G.*, III, 18; Drumann, *G. R.*, IV, 339, sustentándose en el discurso de Lépido, Salustio, *Hist.*, I, fr. 55 (Mourenbrecher) creen que empezó á hacer oposición en vida de Sila. Con Nitszsh, *G. R. V.*, II, 176 y Franke, *J. P. P.*, 1893, I, 49, encuentro más verosímil que el movimiento sólo comenzó luego de morir Sila.

(4) Gran. Licinio, 43, edic. Bonn

llamar á los desterrados (1), restituirles los derechos electorales (2) y las tierras á las ciudades que de ellas habían sido despojadas (3). El éxito de la agitación había sido extraordinario; la debilidad del gobierno se manifestó en seguida: aunque Lépido estuviese casi solo, el Senado —del que muchos miembros habían cometido tantas rapiñas y crímenes durante la reacción, y que no tenía en Roma ningún ejército del que pudiera disponer seguramente — se alarmó, cedió en parte, se mostró favorable á las distribuciones de trigo y al regreso de los desterrados, para oponerse, en cambio, más tenazmente á las demás proposiciones, sobre todo á la restitución de las tierras (4). Pero la agitación de Lépido hizo fermentar el espíritu de revuelta en toda Italia. En Etruria, alrededor de Fiésole, muchos propietarios despojados por Sila acudieron para arrojar á mano armada á los nuevos poseedores de sus antiguos dominios (5). En Roma, los conservadores intransigentes que tenían de jefe al otro cónsul, Quinto Lutacio Cátulo (6) habían acusado á Lépido de fomentar esta agitación y propuesto enérgicas medidas; pero el Senado no osó aprobarlas (7), y encontró más sencillo ale-

(1) Gran. Licinio, 43; Floro, II, 11: Salustio, *Hist.*, fr. 77, 6, edic. Maurenbrecher, Leipzig, 1893.

(2) Verosímil suposición de Drumann, *G. R.*, IV, 42.

(3) Gran. Licinio, 45; Appiano, *B. C.*, I, 107.

(4) Franke, *I. P. P.*, 1893, I, 54-55.

(5) Gran. Licinio, 45.

(6) Plutarco, *Pomp.*, 16.

(7) Plutarco, *Pomp.*, 16. Me parece que á esto hace alusión el pasaje de Salustio, *Hist.* I, fr. 77, 6 y sig. y no á un ataque de Roma que Lépido hubiese realmente intentado.

jar de Roma á Lépido, apresurando con diferentes pretextos—y de manera que tuviera lugar antes de la elección de sus sucesores—la marcha de ambos cónsules para las provincias que, según parece, se les habían asignado previamente, la Galia narbonesa á Lépido, Italia á Cátulo (1). Hasta se les dió dinero abundante para la administración de las provincias y se les hizo jurar que no combatirían entre sí.

Julio César, vuelto á Roma en medio de esta efervescencia, debió de encontrar rostros sombríos, fría acogida y celosa desconfianza en la bandería que ocupaba el poder, pues no había olvidado su parentesco ni su protesta contra Sila. Este regreso imprevisto, cuando parecía comenzar una revolución, hasta debió parecer muy sospechoso. En cambio, fué acogido con alegria por el partido de Mario, que ya preparaba una pequeña insurrección. Lépido había tomado dinero del Senado y había partido; pero al llegar á Etruria se detuvo para alistar abiertamente á los miserables de este país y de otras partes de Italia, mientras que otro noble comprometido en la revolución y perdonado por Sila, gracias á sus relaciones de familia, Marco Junio Bruto, de acuerdo ciertamente con Lépido, reclutaba un ejército entre los desesperados del valle del Po (2). En

(1) Paréceme que Salustio, *Hist.*, I, fr. 66, hace alusión á la marcha de los cónsules para las provincias, y no (Mommsen, *R. G.*, III, 26) á una expedición común en Etruria para reprimir los desórdenes: esto hubiese sido demasiado poco para dos cónsules. El pasaje referente á este punto en Gran. Licinio, 45, está muy mutilado y es harto inseguro para que pueda servir de documento. Por lo demás, toda esta historia es obscurísima. Franke, *I. P. P.*, 1893, I, pág. 57.

(2) Franke, *I. P. P.*, 1893, I, pág. 56.

Roma, donde mucha gente estaba al tanto del proyecto y se disponía á unirse á los dos jefes de la revolución, el cuñado de César, Cinna, intentó decidirle para que le acompañase (1), pero César rehusó. Con los años y la experiencia, el temperamento aventurero é impetuoso del joven que había arriesgado su cabeza por el amor de su dama se moderó, y uno de los instintos esenciales de su temperamento, la prudencia, comenzó á adquirir fuerza.

Pero, no habiendo estallado la guerra, el Senado tuvo que enviar á dos hombres seguros contra Lépido y Bruto. Uno era el cónsul Cátulo, naturalmente; y el otro tenía que haber sido un magistrado en ejercicio. Pero en el partido de Sila había un joven ambicioso, impaciente, intrigante: era Cneo Pompeyo. Nació el año 106, de una grande y rica familia; ya hemos visto que se distinguió muy joven al frente de un ejército en las guerras que Sila hizo contra el partido popular, al retornar á Italia; en seguida se casó con una sobrina del dictador. Para seguir desempeñando un papel extraordinario en el gobierno conservador, tuvo el antojo de solicitar el mando de esta guerra, aunque en el presente año fuese un hombre privado, sin ninguna magistratura. Tratándose de un admirador de Sila, del reformador que había impuesto la estricta observancia de las antiguas reglas para la sucesión de las magistraturas, la pretensión era inaudita, y demuestra bien á las claras que ni los amigos del dictador tomaban en serio su constitución más que en los puntos que pudiera favorecerles. Pero el Senado, que temblaba siempre y desconfiaba de todos, no supo resistir las intrigas del joven que, á juz-

(1) Suetonio, *César*, 3.

gar por su pasado, le prometía ser un instrumento fiel; y olvidando que tenía el deber de ser guardián severo de la constitución de Sila, le entregó un ejército para combatir á Bruto. Así comenzó la guerra. Mientras tanto Lépido intentaba tomar á Roma, defendida por Cátulo y por Apio Claudio, nombrado *interrex*, y á quien el Senado terminó por conceder plenos poderes (1). Bruto, al Norte, vencido y encerrado en Módena por Pompeyo, se rindió á condición de que se le respetase la vida; pero fué deslealmente condenado á muerte por el vencedor (2), y murió dejando en Roma una linda viuda, de nombre Servilia, y un niño que contaba poco más de un año (3), y que ostentaba su nombre. Á consecuencia de la derrota de Bruto, y quizás también á causa de las pérdidas que había sufrido en los asaltos de Roma, Lépido tuvo que retirarse al Norte; pero, derrotado en Cosa, Etruria, se embarcó con los restos del ejército para Cerdeña, donde combatió con poco éxito al gobernador Cayo Valerio Triario (4), hasta que murió, matado por las fatigas, y, según se dice, por el sentimiento de haber descubierto la infidelidad de su esposa. Los restos de su ejército los transportó á España, para Sertorio, un oficial llamado Perpenna.

---

(1) Creo con Franke, *I. P. P.*, 1893, I, pág. 63, n. 4, que Floro, III, 23, se engaña al decir que Roma fué defendida por Pompeyo y Cátulo. Pompeyo estaba entonces en el valle del Po en trance de combatir á Bruto, como refiere Plutarco, *Pompeyo*, 16.

(2) Plutarco, *Pomp.*, 16; Orosio, V, 22; Tito Livio, *P.*, 90.

(3) Las consideraciones de *Bynum, L. M. I. B.*, 6 y sig., me persuaden de que Bruto nació el 79 ó el 78 antes de Cristo, y no el 85, como generalmente se admite.

(4) Asc. in Scaur., pág. 19 (Orel.); *P. C. H.*, 11, pág. 265, n. 27.

César fué bastante afortunado y discreto para no tomar parte en estas cuestiones que tan mal remataron. Pero como era ambicioso, le faltaba tiempo para que hablasen de él. Había nacido en una familia muy antigua, pero decaída y abastardada, en la que remontando seis generaciones nadie había alcanzado una magistratura superior á la pretura; que había emparentado con advenedizos como Mario y había buscado alianzas en la burguesía capitalista, eludiendo la ruína, pero sin lograr por eso enriquecerse (1). Si César podía figurar y vivir espléndidamente, debíalo á la prudencia de su madre Aurelia, noble modelo de la antigua matrona romana (2). Era necesario, pues, que se pusiese en evidencia, y sintiéndose más atrevido para los ejercicios de elocuencia que para los movimientos revolucionarios, acusó el año 77 á dos poderosos personajes de la bandería de Sila, primero á Cornelio Dolabela, amigo del dictador y antiguo gobernador de Macedonia; luego á otro general de Sila, Cayo Antonio Ibrida, á propósito de los daños causados en Grecia durante la guerra. Estas acusaciones tenían un objetivo político. Luego de haber reducido á silencio á los tribunos del pueblo, cuyo derecho absoluto equivalía en la democracia romana á lo que la libertad de la prensa en los regímenes actuales; luego de haber destruído el partido popular, aterrorizando á la clase media, al pueblo y á los caballeros que habían formado su nervio, el gobierno conservador pudo

---

(1) Á falta de documentos precisos, me parece esta una justa conclusión deducida por Drumann, *G. R.*, III, 733, de la historia de los primeros años de César.

(2) Véase Drumann, *G. R.*, III, 128.

abusar fácilmente del poder, de suerte que la reacción conservadora, no obstante las reformas de Sila, aumentó la corrupción política. En Roma, los cuestores, jóvenes frívolos en su mayoría, fastidiados muy pronto de las cifras y de los asuntos financieros, dejaron hacer á los empleados del Tesoro, que abusaron de su confianza, admitiendo falsos créditos, descuidando que pagasen los deudores de la república, derrochando de todas suertes el dinero público (1). Algunos hombres violentos, avaros, sin escrúpulos, que se habían deshonrado frecuentemente en las represiones de Sila, como Cayo Verres, Cneo Dolabela, Publio Cétego, fácilmente lograban que les eligiesen para las magistraturas y gozaban de gran autoridad en el Senado entre los nobles, numerosos á indolentes. En la Galia narbonesa los financieros corrompían á los gobernadores, quienes por el fraude y la violencia usurpaban las tierras de los pueblos libres de la frontera, y les arrendaban estas tierras á vil precio (2). En todas las provincias cometían los gobernadores crueldades y rapiñas que jamás se castigaban. En Roma no existía ninguna garantía para la justicia; los tribunales senatoriales reconstituídos por Sila, todavía funcionaban peor que los de los caballeros; pues era facilísimo á cualquier hombre rico y poderoso obtener la absolución empleando la intriga y el dinero (3). El público se mostraba descontento de este desorden; y César esperaba vulnerar al gobierno y su crédito acusando á personajes tan poderosos.

---

(1) Plutarco, *Catón de Utica*, 17-18.

(2) Véase todo el discurso de Cicerón, *Pro Fonteio*.

(3) Cicerón, *in Verr.*, *A.*, I., 13, 37-40; 15, 43-45.

Pero la impaciencia de César le indujo á mostrarse en un momento poco propicio. En efecto, apenas calmado el terror que había inspirado Lépido, un miedo mayor se apoderó de los espíritus. Sertorio, el pequeño propietario de Norcia enviado por su madre á estudiar para que fuese abogado, y que se había trocado en hombre de guerra, recomenzaba inopinadamente en Italia la defensa de una causa que todos creían perdida. Había conquistado casi toda la península, construído un arsenal, organizado un ejército, creado una escuela para que en ella recibiesen educación latina los hijos de la nobleza española. Había acogido á los fugitivos del partido de Mario; había escogido entre ellos un Senado y había infligido varias derrotas á Metelo Pío. En el otro ángulo del mundo Mitrídates, alarmado por la resistencia del Senado, que no quería suscribir el tratado de Dárdanos, se disponía con extraordinario ardor á una nueva guerra. Suministraba dinero, y se entendía cautamente con los piratas, cuyo número y audacia habían aumentado en el Mediterráneo durante el desorden de la revolución; acumulaba provisiones; fabricaba armas, y convencido por la experiencia personal de que un ejército pequeño, pero apto, valía más que los ejércitos orientales, cuyo número era más entorpecedor que útil, procuró organizar un ejército más pequeño, á la romana (1), con ayuda de numerosos italianos que habían pasado á su servicio. Muchos se inquietaron en Roma viendo que el tiempo se volvía tempestuoso, exactamente como en el 89: guerra civil en el país, Mitrídates tomando las armas, los piratas cada vez más nume-

---

(1) Reinach, *M. E.*, 315 y sig.

rosos y audaces. Hasta se sospechaba una correspondencia y un secreto acuerdo al través de la mar, entre España y el Ponto (1). En medio de tales inquietudes, las acusaciones lanzadas contra poderosos personajes, aun si eran justas, recordaban demasiado los escándalos de que se habían servido los tribunos del pueblo para perturbar la república, y eran fácilmente denunciadas por los malvados como obra de la confabulación revolucionaria, espantando á las personas tímidas y prudentes que, regocijándose en secreto de ver perseguida á la poderosa canalla, no osaba sostener á los acusadores. En efecto, no obstante la elocuencia del audaz joven, los dos acusados fueron absueltos, y á consecuencia de sus procesos, César aún desagradó más á los grandes, que consideraban con malos ojos á este pedantesco y peligroso sobrino de Mario (2). Comprendió que había realizado una imprudencia, y que el momento aún era favorable para los jóvenes que habían servido á la causa de Sila, como Pompeyo. Éste había vuelto de la guerra contra Bruto todavía más orgulloso, más ambicioso, más seguro de sí mismo que cuando partió; había conservado bajo las armas á su ejército, en la vecindad de Roma, y de tal suerte había intrigado para que se le enviase á España en socorro de Metelo contra Sertorio, que el Senado, temiendo en su debilidad una sublevación del ejército, consintió en ello, por más de que Pompeyo aún no hubiese sido electo para ninguna magistratura (3). Descorazonado,

(1) Salustio, *Hist.*, II, XLVII, 6 y sig.
(2) Suetonio, *César*, 4.
(3) Plutarco, *Pompeyo*, 17.

César decidió volverse á Oriente, á Rodas esta vez, la ciudad de moda para los jóvenes ricos de Roma que deseaban perfeccionarse en la elocuencia. Pero muy pronto le ocurrió en su viaje una aventura desagradable: fué cogido por los piratas, que le guardaron á bordo como prisionero durante cincuenta días, hasta que regresaron sus confidentes, entre ellos su esclavo Epicrates, que había enviado á Asia en busca del dinero necesario para su rescate. Fué éste un desgraciado contratiempo que debió regocijar á mucha gente en Roma; pero el ambicioso joven procuró consolarse enviando á Roma cuando recobró la libertad un relato, probablemente muy exagerado, de su estancia entre los piratas. Según él, había vivido cuarenta días con ellos, como un príncipe rodeado de sus esclavos, unas veces jugando; otras recitándoles sus poemas; algunas amenazando con hacerles colgar si le concedían la libertad; y añadía que, apenas libre, había armado realmente un barco, les había dado caza y puesto á muchos en la cruz (1). Sea de ello lo que quiera, en Rodas se puso á estudiar tranquila y seriamente, mientras que á su alrededor, á despecho suyo y á despecho de todos, se renovaba el mundo, á medida que desaparecía la generación revolucionaria de Mario y de Sila y avanzaba la generación nueva de los que habían nacido por el año 100 antes de Cristo.

La tímida sabiduría de los hombres se había engañado otra vez. Las calamidades de estos años terribles no habían arruinado por siempre á Italia; pasado el terror de la revolución y de la reacción, se recomenzaba á vi-

(1) Plutarco, *César*, 2; Suetonio, *César*, 4.

vir, á obrar, á esperar; procuraba adaptarse á las nuevas condiciones creadas por los acontecimientos y á obtener la mayor cantidad posible de felicidad. Esta es la eterna ley de la vida de los pueblos, y múltiples causas permitían realizarla á Italia. Hasta las destrucciones y asolamientos de la guerra civil sirvieron en cierto sentido para restablecer en la sociedad italiana el equilibrio entre la riqueza y las necesidades. Seguramente que matanzas tan grandes como las de la guerra civil y la guerra de Oriente hubiesen arruinado á un pueblo pequeño, sumiso y tributario, pobre de capitales y de esclavos, viviendo de su propio trabajo, porque le hubiesen hecho perder una parte demasiado considerable de los hombres aptos para la guerra y para la producción. Pero esas matanzas fueron ventajosas para una nación como Italia, en que tanta gente luchaba para explotar en su provecho la supremacía política ya conquistada por los pueblos de la cuenca mediterránea, y para vivir á expensas del trabajo realizado por esclavos y súbditos. Estas guerras habían disminuído el número de los competidores á la explotación del imperio; la violencia de la lucha se dulcificaba; en muchas familias diezmadas por la revolución, los supervivientes se encontraron más ricos al sobrevenir la paz, á pesar de las pérdidas sufridas durante la revolución. Además, la revolución había decretado el año 86 la reducción de las tres cuartas partes en las deudas, es decir, había aligerado á muchos patrimonios de sus cargas más pesadas, compensando así para mucha gente, y en detrimento de un escaso número, los daños de las guerras civiles. Durante esta crisis, Italia había reorganizado su ejército, y si sólo había podido salvar su imperio al precio

del tratado de Dárdanos, también había podido obligar tras la victoria á que pagasen Asia y Grecia una parte de los gastos de su revolución. Sila había capturado en Asia y vendido á los italianos gran número de esclavos; había confiscado en Grecia muchas tierras pertenecientes á las ciudades y á los templos, y las había arrendado á capitalistas italianos; había ingresado en el Tesoro los restos del botín asiático, quince mil libras de oro y cien mil libras de plata que valdrían hoy unos veinte millones de francos y entonces mucho más. Si se pudiesen conocer las sumas que dió en Asia á sus soldados y que éstos aportaron á Italia, las sumas gastadas en Italia para corromper á los soldados del ejército democrático, las sumas que conservó para sí ó que dió á sus amigos, quizás se llegase á una suma final cuatro ó cinco veces superior. Pero un efecto aún más importante de sus victorias fué que, una vez salvado el imperio, la explotación financiera de las provincias, y de Asia singularmente, recomenzó más hermosa, de ningún modo contenida por los decretos de Sila que habían abolido el antiguo sistema de arriendo. Si los caballeros italianos ya no percibían el diezmo, no por eso las ciudades de Asia pudieron eximirse de pagar á Sila veinte mil talentos y los atrasos de cinco años, contribución aplastante para un país arruinado por una revolución y una guerra, que obligó á las ciudades y á los particulares á tomar enormes sumas á los únicos grandes capitalistas de la época, los capitalistas italianos. La situación de Grecia, naturalmente más pobre que Asia, aún era mucho más horrible. Llamados por las ciudades y por los particulares enviciados, reaparecieron poco á poco en Oriente para recoger los restos

del terrible naufragio, los capitalistas romanos, arrojados y perseguidos diez años antes con tanto furor: en Delos, tan maltratada por Mitrídates; en Patrás, en Argos, en Élida, en Laconia, en Tenos, en Mitilene, en Assos, en Lampsaco, en Bitinia misma, que aún era independiente. En todas partes prestaban dinero á las ciudades y á los particulares, apoderábanse de una parte del comercio local y de exportación y se sustituían á los mercaderes indígenas arruinados por las guerras. Un joven entre otros, un caballero que había heredado inmensa fortuna de su tío, uno de los más ricos publicanos de Roma, Tito Pomponio Ático, fué á Atenas poco después de las victorias de Sila para seguir allí sus estudios y eludir los peligros de la revolución; pero también había encontrado en la Grecia rencorosa y devastada un campo fructífero para el empleo de sus capitales: al mismo tiempo que el medio de acrecentar su saber por el estudio, aumentaba su fortuna con los préstamos. Naturalmente que, tras tantos ávidos aventureros como por ellas habían pasado, Grecia y Asia ya no eran una presa tan rica como antaño, en los tiempos de la anexión; pues la parte más considerable de las riquezas acumuladas bajo los Atálidas, ya la habían cogido y trasladado los financieros italianos, los magistrados de Roma, los generales de Mitrídates. No obstante, aún había—sobre todo en Asia—metales preciosos, objetos de arte, edificios, hábiles artesanos en todo género de trabajo, campesinos que labraban y explotaban esta parte tan fértil del antiguo mundo; y los capitalistas podían hipotecar en su provecho las cosechas futuras de la desgraciada provincia, apoderarse de las estatuas, de los cuadros, de las vajillas de oro, de las

casas, de los campos, de los edificios públicos, hasta de los hombres; reducían á la esclavitud á los campesinos que no pagaban sus deudas ó aceptaban en pago á los niños de los deudores. Muchos financieros también se dirigían á la Galia narbonesa, donde los tributos impuestos por el ejército que combatía en España contra Sertorio obligaba á los particulares y á las ciudades á entramparse. En fin, en Italia misma, si la revolución había destruído muchas riquezas, también había puesto en circulación otras que permanecían inútiles hacía siglos, como los tesoros depositados en los templos, y los bienes de monumentos vendidos por el Senado.

En suma, Italia había encontrado considerables compensaciones á las pérdidas sufridas por la guerra y la revolución. Cuanto á las confiscaciones y saqueos hechos durante la revolución democrática y durante la reacción, esta masa inmensa de bienes había cambiado de dueños, pero no se había destruído; y si los propietarios despojados tenían mil razones para quejarse, la nación entera no pudo recibir en este trastorno gran daño económico. Los bienes seguían existiendo; y los nuevos propietarios no estaban menos deseosos que los antiguos de explotarlos y gozar de ellos. Así se explica que á tan poca distancia de una revolución y de una reacción tan terribles, mientras que César estudiaba en Rodas, el lujo aumentase singularmente. Entre los esclavos capturados por Sila en Asia durante la guerra de Oriente, y vendidos á los mercaderes italianos (1); entre los que en seguida compraron en Asia los financieros ó robaron los piratas, había hábiles agricultores,

(1) Appiano, *Mitr.*, 61.

tintoreros, tejedores, perfumistas, cocineros, escultores, pintores, forjadores, cinceladores, músicos, ingenieros, arquitectos, escritores, gramáticos, hombres y mujeres de inteligencia sutil y espontánea, que aprendían fácilmente, si es que las ignoraban, todas las artes lícitas ó prohibidas. Estos esclavos fueron los primeros en difundir el lujo, apenas las familias se dispusieron á gozar tranquilamente de lo que habían adquirido ó salvado en la revolución, y enseñaron á los dueños del mundo á no malgastar las riquezas de las conquistas en un lujo bárbaro y en satisfacer groseros apetitos, sino en refinar las costumbres, en mejorar la agricultura, en estudiar, en gozar de las bellas artes, en hacer más elegante el vicio mismo. Mientras César estudiaba en Rodas, formábase en Roma una *high life* italiana, de la que formaban parte financieros cultísimos y ajenos á la política, como Tito Pomponio Ático; millonarios que, como Pompeyo y Craso, se consagraban á la política por ambición; jóvenes de antiguas familias nobles que habían rehecho su fortuna durante la revolución, como Lucio Domicio Enobarbo (1), y jóvenes de familias ricas ó de holgado pasar de los municipios, que, luego de haber recibido en sus familias una educación esmerada, iban á Roma en busca de la vida mundana ó á conquistar la gloria en la elocuencia, en las magistraturas y en la guerra, como Cicerón, Varrón, Cayo Octavio, hijo de un rico usurero de Velletri (2); abogados célebres como Hortensio, que ganaba enormes sumas por defender á los gobernadores acusados de concusión; sa-

(1) Cicerón, *in Verr.*, A., II, 1, 53, 139.

(2) Drumann, *G. R.*, IV, 229.

bios como Valerio Catón y Cornelio Nepote; cortesanas de los países de Oriente que habían conquistado gran renombre por su belleza; sabios de Grecia y de Asia acogidos en las grandes casas de Roma; damas emancipadas, que intervenían en la política, instruídas en griego y en filosofía. En esta *high life*, cada cual comunicaba á los otros su más fuerte pasión; los hombres estudiosos comunicaban la afición de la cultura á los financieros y á los políticos; los vividores hacían sentir el encanto de los placeres á los doctos y á los hombres de negocios; los financieros indicaban el espíritu, ya que no siempre la habilidad de la especulación, á los vividores, á los guerreros, á los hombres de Estado: y poco á poco todas las pasiones se atizaban en el mutuo contacto, la vida se hacía más dispendiosa y refinada. Cada cual tenía que poseer en adelante *villas* en el campo y en las estaciones balnearias, que comenzaban á estar en moda, como Baya (1). Era preciso tener muchos esclavos, cada uno de los cuales ejercía su oficio particular (2); no sólo lacayos y portadores de literas (3) y lámparas durante la noche (4), pero también músicos (5), secretarios (6), bibliotecarios, copistas (7), mé-

(1) Por eso Cornelio Nepote, *Atico*, XIV, 30, considera sorprendente que un hombre tan rico como Ático no haya poseído *nullam suburbanam aut marítimam sumptuosam villam*. Véase también Varrón, *R. R.*, I, XIII, 6.

(2) Cicerón, *in Pis.*, 27, 67.

(3) Cátulo, X, 16 y sig.

(4) Valerio Máximo, VI, VIII, 1; Suetonio, *Aug.*, 29.

(5) Cicerón, *in Verr.*, A, II, 5, 25, 64.

(6) Suetonio, *César*, 74.

(7) Cornelio Nepote, *Atico*, XIII, 3; Cicerón, *Ad fam.*, XIII, LXXVII, 3; Marquardt, *V. P. R.*, I, 177.

dicos (1). Era necesario servirse de objetos fabricados todos en la casa por los esclavos (2), á excepción de las cosas raras y de gran lujo, que se hacían venir de remotos países. Era preciso poseer obras de arte griego, mesas de Delfos, vasos de Corinto, tazas, candelabros, jarros esculpidos, estatuas, pinturas, bronces. Muchos ricos financieros y senadores abandonaban las casas sencillas y estrechas donde habían nacido, y mandaban construir palacios aun más amplios y suntuosos que el de Lépido, llenos de imitaciones greco-asiáticas, con salas de recepción y de conversación, una biblioteca, una palestra, una sala de baño, ornamentos de estuco y pinturas murales (3). Se difundió el uso de corresponder por cartas, y consecuentemente la necesidad de escribir á los amigos, la impaciencia de obtener contestación y de saber lo que ocurría en Roma y en el imperio, el uso de enviar contínuamente esclavos á las regiones más distantes del imperio. Se invitaba frecuentemente á comer ó á ir al campo; la hospitalidad generosa se hacía obligatoria; era preciso viajar, no ya con un pequeño cortejo, sino con numerosos esclavos (4). Aumentó el lujo de los funerales; se propagó la moda de las monumentales tumbas familiares, erigidas para atraer la admiración del público en los grandes caminos de Italia (5); el vestido se hizo más variado

(1) Suetonio, *César*, 4; Séneca, *De ben.*, III, 24.

(2) Cicerón, *in Pis.*, 27, 67.

(3) Schiller-Voigt, 394; Plinio, *H. N.*, XXXVI, xv, 110; Friedlaender, *S. G. R.*, III, 88.

(4) Suetonio, *César*, 4; Plutarco, *Cat. de U.*, 12.

(5) Schiller-Voigt, 396.

y suntuoso; aumentó el lujo de la argentería, así como la variedad y el precio de los géneros (1). Para los ricos de Roma é Italia se formó un código convencional de la elegancia, de la que las clases ricas son tanto más esclavas á medida que la civilización progresa, hasta perder el sentido de lo serio y de la realidad en la vida; código que los jóvenes observaban, propagaban, imponían á los demás con un celo, calor y violencia, que chocaban siempre á los viejos, apegados á la ruda sencillez de las costumbres antiguas. Sin embargo, aún había entre los que protestaban un joven de familia noble y rica, descendiente de Catón el Censor, Marco Porcio Catón, que protestaba á su manera contra la tiranía de la elegancia, á que deseaba someterle la juventud dorada de Roma, y salía de tiempo en tiempo sin calzado ni túnica, para habituarse—según decía—á no enrojecer más que de las cosas vergonzosas por sí mismas, y no por convención (2).

Las necesidades del espíritu también aumentaban, y entre las altas clases de Italia se difundía esa sed ardiente de saber que es el signo de las grandes épocas históricas. Un joven de familia distinguida ya no podía excusarse de pasar en Grecia ó en Oriente algunos años para seguir los cursos de los retóricos ó de los filósofos célebres, como estaba haciendo César. Todos aprendían á pronunciar discursos, á escribir en verso y prosa; todos querían poseer una cultura variada, enciclopédica, y leer libros sobre todas las materias: retórica, estética, historia, geografía, agronomía, estrategia,

---

(1) Schiller-Voigt, 405.
(2) Plutarco, *Cat. U.*, 6.

táctica, poliorcética, filosofía, medicina. La enciclopedia de Aristóteles, llevada á Italia por Sila, tuvo nuevamente gran boga (1). Esta enciclopedia había sido poco difundida por los especialistas, que, durante los dos siglos precedentes, habían estudiado en la discreta soledad de los vastos museos sostenidos por los reyes de Oriente las ciencias especiales: astronomía, matemáticas, historia literaria. De nuevo fué admirada entonces, pues las clases altas de Italia tenían que administrar un extenso imperio, y muchos hombres debían de ser tan pronto guerreros como estadistas, oradores, jueces, financieros, organizadores de fiestas y de trabajos públicos, almirantes, agricultores, embajadores, y tenían necesidad de poseer, no tal ó cual ciencia especial, sino una vasta cultura general que les sirviese para comprender pronto cualquier asunto. Aristóteles, el filósofo de los imperios en formación, el maestro de Alejandro y luego de los árabes, ofreció á los fundadores del imperio italiano una vasta enciclopedia, bien ordenada, escrita con sencillez y claridad, rica en hechos y en esas ideas generales que, aunque imperfectas, son tan necesarias al que ha de aventurarse en lo desconocido de un inmenso porvenir, porque prestan una dirección en la confusión de las cosas contingentes é impiden cambiar de rumbo á cada pasajera contradicción de los sucesos.

Este aumento del lujo y de las necesidades propagaba también el espíritu de especulación en las altas cla-

---

(1) Varrón, *De re rust.*, II, V, 13, dice que leer á Aristóteles era una expresión casi proverbial, que significaba ser sabio en ciencia griega. Véase Cicerón, *De Or.*, II, XXXVI, 152; III. XLVII, 182; Porzio, in *R. S. A.*, 1889, pág. 227.

ses sociales. Sila pudo restablecer las antiguas instituciones romanas, pero el espíritu de la época aristocrática se perdía rápidamente en la nueva generación. Hasta entre la nobleza histórica desaparecía la antigua repugnancia por las especulaciones y negocios. Los grandes financieros y los grandes propietarios, las antiguas familias aristocráticas y los advenedizos millonarios comenzaban á mezclarse y á formar una clase única de hombres de negocios y acumuladores de dinero, en la que había de debilitarse el antiguo antagonismo entre los caballeros y el Senado, entre la burguesía capitalista y la nobleza militar y política... Al mismo tiempo comenzaba una profunda transformación en la economía de Italia. Durante el medio siglo anterior, los capitales italianos se habían dirigido con preferencia al extranjero, sobre todo á Asia, para explotar las provincias recientemente conquistadas, mientras que muy escasos capitales se emplearon en Italia y en la agricultura. En general, si los propietarios poco ricos habían procurado realizar mejoras agrícolas, los grandes propietarios, los que habían acaparado las tierras de los pequeños propietarios arruinados, más celosos en aumentar sus dominios que de estimular los progresos de la agricultura, se limitaron á formar *latifundia*, cultivados por esclavos ó á transformar los antiguos propietarios en *coloni*, que seguían observando los sistemas anticuados de cultivo. Pero desde que las provincias, y sobre todo Asia, demasiado explotadas y arruinadas por las guerras, comenzaron á dar rentas menos espléndidas, los capitales se aplicaron á la tierra.

Entonces fué cuando comenzó en Italia la fiebre de las mejoras agrícolas que debía realizar en un siglo la

admirable transformación del cultivo, apenas comenzada cincuenta años antes (1). Todos los grandes ó medianos propietarios compraron esclavos, pero pusieron en escogerlos un cuidado desconocido de los antiguos; se esforzaron en tener entre los rudos esclavos propios para las fatigas más duras, y encerrados en las sombrías ergástulas, obreros y cultivadores más inteligentes, mejor tratados y capaces de perfeccionar los cultivos y de aumentar las rentas (2).

Rodas era entonces el mercado mundial del vino (3); Grecia, las islas del mar Egeo, Asia Menor, eran la Borgoña y la Champaña del mundo antiguo, los países que exportaban el divino brebaje dionisíaco á las regiones donde la uva no maduraba ó á donde los ricos desdeñaban el vino grosero del país. En las bandas de esclavos orientales que Sila había vendido en Italia, que los piratas, los publicanos y los mercaderes italianos robaban ó compraban en Asia para expedirlos á Italia, encontrábanse muchos agricultores que conocían á fondo el cultivo de la viña y del olivo, los cuidados que exige el vino y el aceite. Los financieros enriquecidos con el arriendo de las gabelas, con los suministros militares y la usura en Asia, los propietarios provistos de capitales, los nobles de antiguo linaje, comprendieron que podía arrebatarse á Asia y Grecia su superioridad vinícola, tanto más, porque el consumo del vino y del aceite aumentaba en Italia. Compraron, pues, esclavos orientales; hiciéronles plantar en gran escala vides y olivares

(1) Nissen, *I. L.*, 458.
(2) Véase Varrón, *R. R.*, I, XVII, 4 y 5; II, X, 4.
(3) Nissen, *I. L.*, 452.

en regiones favorables (1), escogiendo los parajes vecinos de la mar ó de los caminos, por ejemplo, en las llanuras de la Romaña, en los alrededores de Fayenza (2) y en Sicilia (3). Las granjas se edificaron con más cuidado, de modo que los esclavos se encontrasen en ellas mejor para habitar y para trabajar (4). Los rebaños errantes habían sido el negocio preferido de la nobleza romana en el siglo precedente; pero sólo eran un motivo de indiferencia aristocrática en la hermosa época del *ager publicus;* al contrario, á medida que el suelo se encarecía y que la vida se hacía más dispendiosa en Italia, la necesidad enseñaba á perfeccionar la reproducción del ganado, á escoger como jefes de pastores á esclavos de cierta inteligencia é instrucción, á procurarse buenas razas de animales, cruces, alimentos, higiene (5). Numerosos propietarios se dedicaron á la cría de ganados fuera de Italia en las regiones menos pobladas y más incultas: Así, Ático poseía vastos territorios é inmensos rebaños en el Epiro (6). También se ensayó en Italia la cría racional del caballo y el asno (7). Los gobernadores y los oficiales comenzaron á observar las plantas, los animales y los cuidados que se les daban en las

(1) Nissen, 439.

(2) Varrón, *R. R.*, I, II, 7.

(3) Franchina, *Las condiciones económicas de Sicilia en la época de Verres*, Palermo, 1897, I, 26.

(4) Varrón, *R. R.*, I, XI, 15.

(5) Véase todo el segundo libro de Varrón y, especialmente, II, II, 7 y sig.; II, III, 8 y sig.; II, VII, 16; II, X, 3; II, X, 10.

(6) Varrón, *R. R.*, II pref., 6; II, II, 20; Cornelio Nepote, *Atico*, XIV, 3.

(7) Idem., *R. R.*, II, VI, 1.

regiones por donde viajaban para realizar operaciones militares ó para atenciones de su administración; interrogaban á las gentes y adquirían conocimientos útiles (1). Grandísimo número de personas, aún entre los nobles, se entregaban á negocios financieros, y sirviéndose de representantes y de agentes de negocios, procuraban prestar dinero con interés elevado, sobre todo en Asia; colocaban capitales en casa de los banqueros de Roma y de Efeso para hacerlos fructificar; adquirían *parte* ó *particulæ*—hoy diríamos obligaciones ó acciones—en las sociedades de publicanos que arrendaban los dominios, las gabelas, los suministros del ejército (2). Otros explotaban los yacimientos de arcilla y fabricaban ladrillos ó construían en Roma casas de vecindad que alquilaban á la clase media ó al bajo pueblo que aumentaba todos los años. Se traficaba mucho con los esclavos orientales, hábiles en esas artes del lujo cuyos productos cada año se demandaban más, se compraban arquitectos, gramáticos, médicos, estucadores, para alquilarlos á quien los necesitase, ó se les hacía libertos á condición de que entregasen al antiguo patrón una parte de su ganancia profesional.

En suma, las altas clases de Italia comenzaban á extender como una tela, de Roma sobre el imperio, un vasto sistema de provechos múltiples; la mediana burguesía de las ciudades secundarias de Italia no dejaba de observar su ejemplo, como también la muchedumbre de los pequeños propietarios, de los colonos pobres, de los artesanos emigrados de Oriente, de los libertos

(1) Varrón, *R. R.*, II, pref., 6.
(2) Cicerón, *Pro lege Man.*, VII, 18; Valerio Máximo, VI, IX, 7.

de todos los países, de los desgraciados arruinados por la guerra civil. En Roma hasta las altas clases excitaban en el bajo pueblo la pasión de las diversiones y de la gula aumentando el esplendor de las fiestas que los candidatos y los magistrados daban al pueblo y la suntuosidad de los banquetes (1), donde el pueblo comenzaba á apreciar el buen vino, los mirlos, los pollos, los patos y hasta los pavos (2). En las pequeñas ciudades y en los campos de Italia, los soldados de Sila se habían convertido en vivos ejemplos de los vicios y del lujo aprendidos en Oriente: la embriaguez, la crápula, la fastuosa ostentación de los metales preciosos (3); y su ejemplo estimulaba las esperanzas, las ambiciones, los instintos aventureros, el espíritu mercantil de los jóvenes en las familias de los pequeños propietarios y colonos. Los más pobres se alistaban en el ejército confiando enriquecerse en las lejanas expediciones; otros que poseían un pequeño capital, realizaban algún tráfico (4), otros, en fin, se ingeniaban—con propósito de imitar al rico propietario vecino—en comprar algún esclavo, en no sembrar más que el grano necesario para mantenerse él y sus esclavos, y en plantar en el resto de su tierra viñas, olivares, árboles frutales, flores para que libasen las abejas, y poder obtener de la venta de estos productos de lujo un beneficio en dinero (5). El aumento en los gastos del pueblo aumentaba tam-

(1) Véase Cicerón, *De off.*, II, XVI, 57.

(2) Varrón, *R. R.*, III, VI, 6; III, V, 8; III, II, 16.

(3) Salustio, *Cat. C.*, 11, Cic., *in Cat.*, II, IX, 20.

(4) Por ejemplo, Ventidio Baso, Aulo Gelio, XV, 4.

(5) Por ejemplo, *Varrón, De re rust.*, III, XVI, 10, el padre de Virgilio Donato, pág. 54, 10.

bién los negocios lucrativos de los ricos capitalistas y de los nobles, algunos de los cuales intentaban un pequeño comercio por medio de los esclavos ó de los libertos, abriendo en sus palacios un establecimiento donde un encargado que solía ser esclavo ó liberto vendía los productos de sus propiedades. La prosperidad recaía así en los que habían sobrevivido á la terrible época de las guerras civiles. El espíritu mercantil aún se extendió más que en la generación precedente. El precio de las cosas, el valor de las tierras y del trabajo aumentaron. Italia atravesó una de esas épocas dichosas de rápido aumento en las riquezas, en que las ocasiones del lucro nacen de sí mismas y se multiplican con una rapidez progresiva. Á las catástrofes de la revolución sucedió un veloz renacimiento: el esfuerzo para conquistar la riqueza, el poder, el placer se hacía más universal é intenso; la burguesía italiana de los propietarios y de los mercaderes, de los hombres cultos y de los políticos ambiciosos que se estaba formando desde medio siglo antes, iba á enriquecerse, á instruirse, á disputar con más energía el gobierno del imperio á la antigua aristocracia romana (1).

(1) Gran número de hechos citados aquí para documentar el comienzo de este movimiento de las costumbres y de las fortunas pertenece á una época cada vez más reciente; pero he creído poderme servir de ellos porque me ha parecido verosímil que este cambio, realizado ya entre los años 50 y 40 antes de Cristo haya comenzado entre el 80 y 70, esto es, en una época en que la crisis revolucionaria se había ya superado y en que una nueva generación llegaba con fuerzas nuevas para continuar la obra de la precedente. En efecto, Varrón resume todos los progresos realizados por su generación, en su libro tan precioso sobre la agricultura, y al que tantas veces he recurrido.

# VII

## La conquista de Bitinia.

Á esta gran transformación social correspondía un profundo cambio en el espíritu público. La situación creada por la revolución y la reacción no podía durar mucho tiempo. Poco á poco, sin percatarse de ello, á medida que la vieja generación desaparecía, las clases y los partidos, que se habían combatido con tanta violencia, olvidaban sus rencores y se aproximaban en un común deseo de conciliación. En la clase media de Italia se calmaba aquel espíritu revolucionario y antirromano que había desencadenado la guerra social y obligado á tantos italianos á ingresar en las filas de Mitrídates. El espanto de la terrible reacción de Sila, primero; la paz, la acción del tiempo, la prosperidad renaciente en seguida, calmaron á esta clase desde tanto tiempo antes consagrada á Roma, llena de patriotismo itálico, de sabia prudencia. Á medida que plantaban olivares y viñas, que erigían casitas, ó compraban esclavos ó se alistaban en el ejército, los pequeños propietarios, los *coloni*, los mercaderes y los contratistas de toda Italia se hacían partidarios de la paz, patriotas y amigos del orden;

olvidaban los grandes servicios que la revolución había prestado á su causa; sentían odio y consideraban como traidores á los numerosos revolucionarios de la generación precedente, que las miserias y las persecuciones obligaron á pasar al servicio de Mitrídates, abandonaban á Sertorio, el postrer héroe superviviente del partido de Mario, el campeón indomable de la revolución itálica. Pompeyo, en efecto, se había hecho popularísimo en toda Italia, porque había logrado algunos éxitos, poco importantes por lo demás. Al mismo tiempo se atenuaba el espíritu reaccionario en las clases ricas y aun en la nobleza. La guerra social, la reducción de las deudas, las prescripciones se olvidaban; comenzábase á persuadir la gente de que los temores de una nueva generación eran exageradísimos; confirmábase, sobre todo, que la emancipación de Italia, esa reforma que tanto había horrorizado á los conservadores durante cincuenta años, se había realizado sin ninguna de las catástrofes temidas. Aunque el número de los electores hubiese aumentado y se elevase á cerca de 900.000, la pequeña oligarquía de los electores residentes en Roma que, al oponerse á la extensión del sufragio había desencadenado tan terrible crisis, se encontraba poco más ó menos igual que antes, dueña del Estado y del imperio. Como los comicios se celebraban todos los años en Roma, los electores que residían en las diferentes partes de Italia no podían realizar varias veces al año el largo viaje de Roma, y no hubiesen podido ejercer sus derechos sin una reforma que aboliese la antigua centralización de las funciones políticas en Roma. Pero el triunfo de la reacción y el terrorismo de Sila apaciguaron primeramente esta agitación, y otras preocupaciones hi-

cieron muy pronto indiferente para la mayoría el ejercicio de estos derechos, por cuya conquista tanta sangre se había derramado. El derecho de ciudad pareció antaño el remedio de todos los males, y los partidos habían agitado por turno esta cuestión para excitar á las masas; pero ahora que las ocasiones del lucro y de la fortuna se hacían más frecuentes, la clase media prefería emigrar, ocuparse en sus negocios y ganar dinero. ¿Á qué perder el tiempo en las luchas políticas, en las que era difícil á la mayoría de las personas perseguir un objetivo concreto, cuando cada cual podía trabajar en mejorar su propia suerte? Entre todos los privilegios de los ciudadanos romanos, el derecho de votar en los comicios era, precisamente, el que menos interesaba á la mayoría, dejando las magistraturas en poder de la pequeña oligarquía que residía en Roma, esto es, en poder de las clases ricas. La clase media, tan fuerte en las ciudades de Italia, no significaba casi nada en Roma; pues la mayoría de los electores estaba compuesta de ciudadanos pobres, libres ó libertos, que vivían al servicio de las clases ricas, encontrando ocupación en los trabajos públicos, haciendo de albañiles, tejedores, floristas, carreteros, picapedreros, poniéndose al servivicio de las clases ricas en calidad de clientes. Luego era fácil á las clases ricas, mientras estuviesen unidas, de dominar al populacho vicioso y de que votase por sus candidatos; de suerte que un hombre de familia rica ó noble, que tuviese relaciones entre la aristocracia y en el mundo de los caballeros, estaba seguro de triunfar en las elecciones, y sólo podía temer á la rivalidad de los hombres de su clase. Esta pequeña oligarquía de las familias nobles y ricas, de senadores y caballeros, que vi-

vía en Roma y tenían entre sí lazos de amistad y parentesco, era, pues, árbitra de las magistraturas, es decir, de la república y del imperio, que le entregaba la clase media, afecta á los negocios; y á medida que advertía que su poder no había disminuído con la revolución, muchos de sus miembros—sobre todo los jóvenes—osaban declarar que la constitución aristocrática restablecida por Sila ya no respondía á las necesidades de la época. La reacción había sobreexcitado en muchas antiguas familias el espíritu aristocrático y romano; de nuevo se veía á los nobles vivir entre sí, evitando lo más posible el contacto con las otras clases, aunque fuesen los caballeros, obrar y hablar como si todos los italianos sólo fueran todavía súbditos de Roma. Pero la necesidad de las cosas era más fuerte que esas extravagancias. Los hombres clarividentes comprendían que, apenas pasado el temor de la reacción, la nobleza no podría dominar á los electores de Roma sin la ayuda de los caballeros; y los caballeros, picados en lo vivo por esta resistencia del espíritu aristocrático, privados por Sila de múltiples privilegios, no se mostraban de ningún modo inclinados á sostener indefinidamente la nueva constitución. De este lado, se imponía la necesidad de alguna concesión. Además, si la clase media de Italia utilizaba poco su derecho de votar, con la guerra social había obtenido el derecho á no ser tratada como las naciones súbditas. Esta crisis terrible produjo sus efectos en todos los espíritus: los hombres razonables de todos los partidos reconocieron que no convenía desdeñar la opinión de Italia, que suministraba á la república casi todos sus soldados y oficiales inferiores, los centuriones. Ahora bien; la clase media de Italia no sentía

ya por la nobleza romana el respeto mezclado de temor que en otro tiempo; y si se asociaba á la ley y detestaba la revolución, todavía detestaba más el gobierno fundado por Sila.

Así, mientras que César estudiaba en Rodas, el descontento contra el partido que ocupaba el poder se difundía en toda Italia y se apoderaba de todas las clases. Este régimen de bandería así formado, este régimen de desorden y de corrupción, cuya infamia aumentaba con el horrible recuerdo de la reacción, cada día repugnaba á más gente, hasta á la nobleza, hasta á la bandería misma. Los abusos de los gobernadores, la corrupción de los tribunales senatoriales, las odiosas intrigas para las elecciones y las *legationes liberæ* (este era el nombre que se daba al privilegio concedido por el Senado á sus miembros para viajar gratis, aunque fuese para sus asuntos privados, para obtener gratis de las provincias alojamiento y medios de transporte para ellos y para sus acompañantes), excitaban descontento universal; los errores y la pereza de esta bandería, temblorosa de miedo y dividida por tantos odios, rivalidades, celos, acababan de exasperar á la opinión pública. Se descuidaban de una manera vergonzosa los más esenciales intereses públicos; se dejaba que Mitrídates preparase su resarcimiento, á los piratas que capturasen á los ciudadanos romanos, á Sertorio que triunfase fácilmente en España. Los senadores, que no habían podido impedir el envío de Pompeyo, pero que estaban celosos de tantos honores concedidos á un joven, hasta procuraban que fracasase en su empresa impidiendo que el Senado votase los fondos precisos. Pompeyo había tenido que adelantar él mismo el dine-

ro necesario para los soldados y para los preparativos (1); Italia, recobrando confianza en sí misma, exigía una política vigorosa, y el Senado dormitaba; ningún signo de vida dió por aquellos años á los enemigos de Roma, á no ser una pequeña expedición á Tracia del procónsul de Macedonia Apio Claudio, una guerra contra los dardanios de Cayo Escribonio Curión, que había llegado hasta el Danubio y una conquista de Salone, que terminó una pequeña guerra en Dalmacia. Á consecuencia de tanto escándalo, y á medida que se desvanecía el miedo de la reacción, el recuerdo de Sila se hacía más odioso; otra vez se empezaba á admirar entre todas las clases—aun entre la nobleza—á Mario, el vencedor de los cimbrios, que había reorganizado el ejército y que simbolizaba á la democracia victoriosa (2); cada vez disgustaban más las malversaciones, las iniquidades, las corrupciones de tantos miembros de la bandería dominante, sobre todo del favor y de la venalidad que reinaban en los tribunales senatoriales; se echaba de menos la antigua libertad de palabra; se olvidaban los yerros de los antiguos tribunos del pueblo, para no recordar más que sus acusaciones, temidas por los malvados que ocupaban el poder (3). Todos los años algún tribuno más audaz, como Lucio Sicinio el año 76, Quinto Opimio el 75, combatían la constitución de Sila, y sobre todo, excitaban el odio y el desprecio del pueblo contra los tribunales aristocráti-

(1) Plutarco, *Pomp.*, 20.

(2) Napoleón, III, *J. C.*, I, 282. Dión Casio, XXXVI, 32. (Discurso de Cátulo, y Cicerón, *in Verr.* A, II, III, 35, 81; *Pro Rab. perd.*, x, 29).

(3) Cicerón, *in Verr.*, A, I, xv, 44; *Id.*, *Pro Cluentio*, XXVIII, 77

cos (1). En el año 75, el cónsul Cayo Aurelio Cota, tío de César, hasta logró abolir la disposición de Sila, según la cual un tribuno del pueblo no podía ser electo para ningún cargo (2).

Pronto sobrevino un cambio en la política exterior é interior, mientras que César aún permanecía en Rodas. Hacia últimos del año 75 ó principios del 74 (3), murió el pequeño déspota de Bitinia, dejando su reino y sus súbditos como herencia á los romanos. Era la segunda herencia que en pocos años caía al Senado romano, pero una herencia más onerosa que la de Egipto, pues había de implicar una guerra con Mitrídates. El rey del Ponto no podía dejar que los romanos ocupasen á Bitinia sin perder todo su prestigio en Oriente. ¿Qué iba á hacer el tímido é inerte Senado romano, que pocos años antes había rechazado á Egipto? Parece, en efecto, que el Senado se inclinaba desde luego á rechazar también la herencia de Bitinia. Pero ahora se impuso la opinión pública. Bitinia, donde los financieros romanos ya habían empezado á realizar negocios (4) bajo el reinado de Nicomedes, poseía un vasto dominio en campos, estanques con pesca, minas (5) que, apenas anexionado el país, podían arrendarse á los capitalistas italianos, al mismo tiempo que las gabelas de las ricas ciudades griegas y de los puertos (6); la confianza renació; el patriotismo se caldeó; decíase en todas partes

(1) Lange. *R. A.*, III, 173.
(2) Drumann, *G. R.*, IV, 385.
(3) Véase el apéndice B.
(4) Suetonio, *César*, 49.
(5) Cicerón, *De leg. agr.*, II, XIX, 50; II, XV, 40.
(6) Cicerón, *De leg. agr.* XV, 40.

que era preciso vengar el tratado de Dárdanos, que era inevitable una guerra contra Mitrídates (1). Constreñido por la opinión pública, el Senado tuvo que anexionar á Bitinia, y declaró ilegítimo al hijo de Nicomedes. Pronto se formó en Roma una sociedad para arrendar los bienes de la corona de Bitinia (2), y á disputarse el mando de esta guerra que se preveía fructuosa y gloriosa.

Un hombre de ilustre familia y al mismo tiempo mal afamado, Lucio Licinio Lúculo, era cónsul este año. Sospechábase que su padre se había dejado corromper en el 102 por los esclavos sublevados en Sicilia; se acusaba á su madre, hermana de Metelo el Numídico, de haber arrastrado una vida muy disoluta; á su abuelo, que siendo cónsul, se había comprometido en un robo de estatuas; á su bisabulo, que siendo edil, fué acusado de prevaricación (3). Sin embargo, es posible que esas acusaciones hayan sido invenciones en parte, ó cuando menos exageraciones debidas á los odios terribles que se habían incubado durante la revolución. Sea lo quiera, es cierto que la familia era pobre, á pesar de su nobleza, y que Lucio, así como su hermano segundo, Marco, habían recibido una esmeradísima educación literaria, pero se crió en una casa modesta, con hábitos sencillos, entre grandes recuerdos del pasado: y había contraído el orgullo de casta y le habían inbuído los principios conservadores de la antigua noble-

(1) Plutarco, *Lúc.*, 5.

(2) Cicerón, *De leg. agr.*, II, XIX, 50. Probablemente la sociedad á que se hace alusión más tarde en Cicerón, *F.*, XIII, 9.

(3) Drumann, *G. R.*, IV, 119, 120.

za romana. Lucio había asistido durante su juventud á las terribles luchas que prepararon la revolución; y aunque fuese un apasionado helenista, se afilió en política—como el mejor partido que convenía á la nobleza pobre—al partido de Rutilio Rufo, que se oponía á todas las fuerzas sociales nuevas, á la demagogia y al capitalismo. Inteligente, activo, resuelto, había sido uno de los raros hombres de la nobleza que, como ya hemos visto, tomó parte en la guerra civil; se distinguió en la guerra de Oriente como oficial de Sila; combatió con energía la revolución; pero, aún siendo tan pobre como era, no tomó parte en el saqueo de las fortunas de los vencidos. Se caso con una mujer sin dote, pero de familia aristocratísima, Clodia, hija de Apio Claudio, que fué cónsul el año 79, y tras la guerra civil obtuvo la pretura en el 77 y en el 76 el gobierno de África, que desempeñó con honradez (1). En suma, era uno de los que representaban con sinceridad entre tantos aventureros y criminales lo único digno de respeto en el gobierno fundado por Sila, la pura tradición aristocrática de los tiempos antiguos, puesta en vigor con tan pocos resultados. Ambicioso, inteligente, honrado, pero orgulloso, apasionado, brusco en sus acciones, poco artificioso, poco ejercitado en el disimulo y la intriga, había desempeñado hasta entonces seriamente su papel de discípulo de Rutilio Rufo, se había opuesto vigorosamente á las tentativas hechas para subvertir la constitución de Sila, y al mismo tiempo trataba duramente y sin contemplaciones á la parte más corrompida de la bandería imperante, á la nobleza llena

(1) Drumann. *G. R.*, IV, 123-124.

de necesidades y de vicios, á los aventureros. Había tenido violentos altercados con Lucio Quintio, el tribuno del pueblo de este año y con uno de los hombres más infames y poderosos de la bandería, Publio Cétego, que, partidario primero y tránsfuga después del partido de Mario, se había enriquecido con las proscripciones y era de todos odiado en secreto, pero rodeado de homenajes y temido, como lo son siempre en tiempos de reacción conservadora los malvados poderosos (1). Es natural que con esta política se atrajese Lúculo el odio de todos los partidos. Desde que se trató en Roma de una guerra probable con Mitrídates, Lúculo juzgó que nadie tenía derecho preferente sobre él para dirigirla; pues había combatido ya bajo Sila contra Mitrídates, y conocía á fondo los negocios de Oriente: por desgracia, en el reparto de las provincias le había tocado ya la Galia cisalpina, y los concurrentes al mando no tardaron en ser numerosos. Además de su colega Cota, figuraba Marco Antonio, hijo del gran orador y pretor del año antecedente; quizás Pompeyo también, entonces en España, que, irritado de que el Senado no le diese el dinero necesario para continuar la guerra, amenazaba de caer sobre Roma con sus legiones (2). Lucio Octavio, que gobernaba la Cilicia había muerto entre tanto, y Lúculo pensó en cambiar la Galia por Cilicia, cuyo gobernador hubiese recibido seguramente la misión de invadir el Ponto atravesando la Capadocia (3). Todos, en efecto, suponían en Roma que se llevaría fácil-

(1) Plutarco, *Lúc.*, 5. Véase Drumann, *G. R.*
(2) Plutarco, *Pomp.*, 20.
(3) Idem. *Lúc.*, 6.

mente la guerra al territorio enemigo, y que se destruiría este reino. Pero este cambio de gobierno no era cosa fácil, pues Lúculo tenía muchos más enemigos que amigos en el mundo político. En Roma era grande la excitación: todos presentían que con esta guerra se saldría al fin de la antigua política medrosa y negativa; las ambiciones eran muchas. Lúculo comprendió que el momento era decisivo para su porvenir y quizás el de su partido; y la ambición fué esta vez más fuerte que su orgullo aristocrático. Con gran asombro de todos se puso á intrigar con un ardor y una sutileza de que nadie le hubiese creído capaz. En la sociedad italiana, las mujeres—como siempre ocurre—habían conservado más tiempo que los hombres las costumbres, las ideas y los sentimientos de antaño; aún había muchas en las familias nobles, como la madre de César, que vivían sencilla y honestamente, conservando hasta la pronunciación latina y primitiva que los hombres empleaban en las tabernas, en las callejas, en el foro, entre la turba de la hez cosmopolita que pululaba en Roma. Pero ya aparecían las corrupciones y las perversiones que en el mundo femenino ocasiona la civilización mercantil, rica, cultivada y voluptuosa: la venalidad de las mujeres de las clases altas que se hacen costear su lujo por hombres ricos; el influjo de las mujeres inteligentes y corrompidas sobre los hombres extragados por los placeres y mejor dispuestos para apreciar en la mujer el vicio encantador que la honradez enojosa; la caza de la dote y la tiranía ejercida por la mujer rica sobre su marido lleno de necesidades; el feminismo, esto es, la tendencia de las mujeres á vivir como los hombres, á estudiar, traficar, montar á caballo, jugar, politiquear.

Entre las mujeres que en aquella época representaban en Roma á «la mujer nueva» figuraba la amante de Cétego, una tal Precia, inteligente, corrompida, hábil, que gracias á sus ilustres amantes, y sobre todo á Cétego, gozaba de gran influencia. Lúculo condescendió hasta cortejarla al mismo tiempo que Antonio, y probablemente que los demás competidores al mando. Le envió presentes, parabienes, súplicas: Hizo también paces con Quintio y le pagó espléndidamente (1). Precia se dejó cautivar por las asiduidades de este hombre, orgulloso entre todos los aristócratas de Roma, y tanto hizo, que reconcilió á Cétego con él. Más pueden faldas...

Pero la casualidad ayudó también á la bella intrigante y á sus adoradores y protegidos. Hacía tiempo ya que Mitrídates se preparaba para un nuevo choque contra Roma. Había acumulado granos y dinero. Había continuado conservando buenas relaciones con los bárbaros de Tracia y las ciudades griegas del mar Negro occidental, tales como Apolonia, Odessa, Tomes, y, por intercesión de Lucio Fannio y de Lucio Magio, dos antiguos oficiales de Fimbria que se habían refugiado á su lado tras la muerte de su general, había concertado una alianza con Sertorio aceptando las condiciones siguientes: Asia seguiría siendo romana; Bitinia, Paflagonia, Capadocia, pertenecerían á Mitrídates; suministraría á Sertorio cuatro mil talentos y cuarenta navíos, y Sertorio le prestaría un general, Marco Mario (2). Pero la muerte y el testamento de Nicomedes obligaron al audaz soberano á apresurar las cosas y á aprovechar este

(1) Plutarco, *Lúc.*, 6.
(2) Plutarco, *Sert.*, 23-24.

momento favorable para precipitar lo inevitable. Inopinadamente, en la primavera del 74 (1), cuando aún se deliberaba tranquilamente en Roma sobre el mando de la guerra que había de hacerse allí abajo, Mitrídates puso en marcha á su ejército de ciento veinte mil hombres y de dieciséis mil caballeros (2); bajo las órdenes de Taxilo y de Hermócrates envió parte para que invadiesen á Bitinia, arrojando á los financieros y mercaderes italianos que se refugiaron en Calcedonia; al frente del otro ejército invadió á Asia, no ya en calidad de conquistador como antes, sino como aliado de Sertorio y á retaguardia de Marco Mario, que entraba en las ciudades con las insignias de procónsul para libertarlas en nombre de Sertorio y eximirlas de parte de sus deudas (3). En fin, para sublevar á las poblaciones envió pequeñas columnas volantes de caballería á las órdenes de Eumaco (4), de Fannio y Metrófano (5), en diferentes direcciones: al través de la gran Frigia, á Cilicia y al país de los isauros del monte Tauro que se había sometido recientemente (6). Así recomenzaba su antigua

---

(1) Para la cronología é historia de esta guerra véase el apéndice B.

(2) Reinach, *M. E.*, 322.

(3) Plutarco, *Sert.*, 24.

(4) Appiano, *Mitr.*, 75.

(5) Orosio, VI, II, 16.

(6) Debían de ser pequeñas columnas de caballería, y no un grueso ejército, como dice Reinach, de las milicias de Eumaco: *M. E.*, 328. Véase Orosio, VI, II, 16. Por otra parte, pequeñas columnas de caballería valían más que grandes ejércitos para la misión confiada á estos generales, consistente en sublevar las poblaciones, cruzando rápidamente vastas regiones defendidas por pequeñas guarniciones ó desguarnecidas de soldados.

política de desencadenar contra Roma la revolución democrática y proletaria. Si el éxito no fué tan grande como la primer vez, no obstante, fué considerable al comienzo. En Asia se rindieron á Marco Mario varias ciudades del mar de Mármara, Parios, Lampsaco, Príapos; en Bitinia se rindieron á Mitrídates todas las ciudades, espantadas por la invasión de los capitalistas romanos, excepto Calcedonia, que probablemente la conservaron sumisa los romanos que la habitaban; el temor de una nueva revolución proletaria se difundió por toda Asia, donde sólo quedaban ya dos antiguas legiones de Fimbria, bajo las órdenes de un simple propretor, mientras que las dos legiones de Cilicia estaban sin general por la muerte del procónsul. Las ciudades adictas se apercibían lo mejor posible para defenderse, y César, en quien la necesidad de que de él se hablase se hizo aún más viva desde que estalló esta gran guerra, interrumpió sus estudios en Rodas, corrió al continente y formó una pequeña milicia para contener la revolución de las ciudades de Caria (1). Era éste un acto importante, no en sí mismo, sino como presagio. Obrando así, César rompió absolutamente con Sertorio y los restos del partido de su tío; se declaró legalista, adversario de la política revolucionaria y antirromana, partidario de la nueva política, que deseaba, ante todo, aumentar el prestigio de Roma.

Esta inesperada invasión espantó tanto más á los romanos, porque recordaban la precedente, y alejó inmediatamente de Roma la incertidumbre y aversión

(1) Suetonio, *César*, 4.

por las medidas extraordinarias. Todos consideraron que el peligro era tan grande esta vez como la anterior; todos creyeron que, en tal peligro, no podía dejarse á Asia al cuidado de un propretor con dos legiones, y á Cilicia sin gobernador hasta el año siguiente: Lúculo, que ya se había probado en la guerra precedente, se estimó por todos como el hombre necesario. La hábil Precia pudo arreglarlo todo y contentar á todos. Pompeyo obtuvo fondos para continuar la guerra contra Sertorio; Antonio recibió el mando de la flota y de toda la costa, con la misión de combatir á los piratas y de conquistar á Creta, su principal fortaleza; Cota quedó encargado de defender á Bitinia y el mar de Mármara; Lúculo tuvo el proconsulado de Cilicia y la misión de expulsar á Mitrídates del Asia, con las dos legiones de Cilicia, las dos de Asia y una de bisoños reclutados en Italia (1). Era esta una obra maestra de la diplomacia de alcoba y una enorme falta militar, pues se distribuían las operaciones de guerra entre tres generales, sin dar á ninguno el mando supremo. Sea lo que quiera, ambos cónsules tuvieron que apresurar su marcha, partiendo probablemente hacia fines de la primavera ó comienzos del estío: habiendo reunido Cota una flota entre los aliados se dirigió á Calcedonia para ver si partiendo de esta ciudad que aún estaba en poder de los romanos, podría intentar la reconquista de Bitinia, mientras que Lúculo desembarcaba en Asia con la legión de conscritos. Al llegar encontró la situación menos mala de lo que en Italia se suponía, mejor quizás de lo que creía él

---

(1) Cicerón, *Pro Mur.*, XV, 33; Memnón, 37; Plutarco, *Lúculo*, 6.

mismo. Á pesar de sus rápidos comienzos, la revolución se había propagado con menos velocidad que la primera vez. Las clases ricas no se dejaron sorprender ahora; los recuerdos de la precedente revolución, que había fracasado tan miserablemente, estaban demasiado vivos en el pueblo. Ninguna gran ciudad se había sublevado. Las grandes ciudades marítimas, Cízico singularmente, hasta se mostraban decididas á combatir obstinadamente contra el monarca de la revolución social y aliado de los piratas. Así, los débiles progresos de la revolución retenían á Mitrídates en el Norte, y no osaba internarse mucho en la provincia. Fué, pues, fácil á Lúculo conseguir que llegasen las dos legiones de Cilicia, restablecer la disciplina en las antiguas legiones de Fimbria, aligerar un poco el descontento económico de las ciudades asiáticas y preparar la marcha contra el enemigo. Pero, mientras que él realizaba con admirable presteza los preparativos de la guerra, sobrevino un desastre en Calcedonia. Parece que cuando Mitrídates supo que Cota se dirigía con una flota á Calcedonia, abandonó el ejército de Asia y se incorporó al de Bitinia para dirigirlo al asalto de Calcedonia. Situada en el Bósforo, frente á Bizancio, una flota romana hubiese podido inquietar desde Calcedonia á los navíos del Ponto que transportaban del mar Negro al mar de Mármara el trigo para el ejército. Pero cuando Mitrídates llegó con su ejército junto á Calcedonia, fácilmente puede suponerse lo que ocurrió en la ciudad. Los ricos financieros que en ella se habían refugiado, y que estaban impacientes de volver á sus negocios rodearon á Cota, que parece haber sido un hombre de escasa capacidad; le excitaron á obrar con rapi-

dez é intentar un golpe de audacia para aniquilar á Mitrídates y salvar á Bitinia. Cota accedió; pero después de una batalla que terminó con una grave derrota por tierra y con la pérdida de toda la flota (1), tuvo que encerrarse en Calcedonia. Este revés al comienzo de la guerra era una desgracia; pero sirvió, al menos, para restablecer la unidad del mando. En efecto, Lúculo, que había avanzado hasta Sangario con treinta mil hombres y dos mil quinientos caballeros (2), se convirtió en árbitro y señor supremo de la guerra en el continente. La noticia del desastre no le desanimó. Sin escuchar á los que aconsejaban la inmediata invasión del Ponto, Lúculo siguió avanzando en busca del ejército póntico que operaba en Asia, al cual se había incorporado sin duda Mitrídates tras la victoria de Calcedonia; pero comprendiendo la decisiva importancia que tendría su encuentro, tras tantas derrotas, con el rey del Ponto, supo tener la prudencia de un gran general. Cuando se hubo aproximado á Mitrídates, procuró ante todo informarse exactamente sobre las fuerzas del enemigo, y al saber cuán superiores eran, decidió no arriesgarlo todo en una batalla. Se procuró todo el trigo que pudo, lo cargó en las mulas y caballos que seguían á las legiones para llevar los bagajes y tiendas, y se puso á seguir obstinadamente al enemigo, paso á paso, sin aceptar jamás la ba-

(1) Esto es lo único que, sobre poco más ó menos, puede decirse de la batalla de Calcedonia, sobre la cual sólo tenemos relatos incompletos y discordes: Appiano, *Mitr.*, 71; Plutarco, *Lúc.*, 8; Orosio, VI, II, 13. Véase Reinach, *M. E.*, 323.

(2) Cifras de Plutarco, *Lúc.*, 8. Appiano, *Mitr.*, 72, reduce los caballeros á seiscientos.

talla, encerrándose cada noche en su campamento, y procurando con súbitos ataques de caballería molestar al enemigo en sus abastecimientos (1). Mitrídates sólo en parte había logrado organizar un ejército á la romana; y, á pesar de los numerosos italianos que había tomado á su servicio y de las reformas introducidas, también esta vez tuvo que ponerse en campaña con un ejército numeroso y pesado, cuyo abastecimiento resultaba más precario, más difícil, más imperfecto á medida que se internaba en Asia y se alejaba de los puertos que el Ponto tenía en el mar Negro, donde los navíos llevaban el trigo de Crimea. El puerto de Lampsaco, era, sin duda, un auxiliar insuficiente, y los convoyes de trigo que se conducían por tierra iban tan lentos y llegaban tan irregularmente, que con frecuencia el ejército se quedaba sin trigo tres ó cuatro días (2). En poco tiempo, por el obstáculo que oponía al servicio de provisiones que ya era tan imperfecto, Lúculo pudo causar tantas molestias al enemigo, que Mitrídates se vió obligado á replegarse sobre su base de aprovisionamiento, los puertos del Ponto en el mar Negro. Sin embargo, abandonar la provincia de Asia y la esperanza de una gran insurrección asiática; limitarse á defenderse en su propio país, era tanto como declararse vencido á medias. No pudiéndose resignar á esta retirada, el orgulloso monarca aún quiso tentar la fortuna; concibió el proyecto de una audaz empresa: apoderarse de Cízico, el puerto más importante del mar de Mármara; reavivar de este modo en Asia á su partido y á la revolu-

(1) Plutarco, *Lúc.*, 8.
(2) Plutarco, *Lúc.*, 8; Appiano, *Mit.*, 72.

ción, que languidecía, y recomenzar con vigor en la misma provincia las operaciones militares contra Lúculo, sustentándose en este puerto vecino donde podría desembarcar el trigo expedido del Ponto. Una noche, pues, levantó silenciosamente el campamento, mientras que el ejército de Lúculo dormía, y con una marcha forzada llegó al alba á vista de Cízico, que deseaba tomar por sorpresa (1). Desgraciadamente, la sorpresa fracasó, y Mitrídates tuvo que poner sitio á la ciudad cercándola por tierra y por mar. Lúculo le siguió. Podía haber atacado en este momento al general romano; pero no quiso lanzar contra él una parte del ejército con que sitiaba á Cízico, y se dejó cercar á su vez con una vasta línea de fosos y trincheras, sin decidirse jamás á dar la batalla, esperando á la larga apoderarse de Cizico, y poder siempre, sitiador y sitiado, aprovisionarse por mar si los romanos le interceptaban los caminos de tierra. Y comenzó un doble sitio en que la fortuna de la guerra dependió de la resistencia de los habitantes de Cízico. Si la ciudad sucumbía, Mitrídates, dueño de una excelente base de operaciones, podría fácilmente arrojar á Lúculo fuera de Asia; si la ciudad resistía, Mitrídates tendría que encontrarse algún día en una situación terrible, entre los sitiados y Lúculo. Pero Lúculo pudo comunicar alientos á los habitantes de

(1) Estos sucesos están bien referidos en Plutarco (*Lúc.*, 8, 9). que ha seguido probablemente el relato de Salustio. Appiano, (*Mitr.*, 72, 73) es más confuso. La marcha sobre Cízico, por audaz que fuese, no merece las críticas que de ella hacen muchos historiadores modernos. Á menos de retirarse, Mitrídates no podía intentar otra cosa. Appiano, *Mitr.*, 73, y Cicerón *Pro Mur.*, XV, 33, también dan las mismas razones

Cízico, advirtiéndoles de su presencia; el sitio se prolongó; Mitrídates se obstinó y dejóse sorprender por el invierno. Las tempestades hicieron difíciles los aprovisionamientos; el pan y el forraje llegaron á faltar; los cadáveres de los hombres y de los animales insepultos hicieron insalubre el aire; las epidemias sobrevinieron (1). Sólo entre todos, el orgulloso monarca del Ponto—á quien los generales no osaban revelar el estado del ejército—no veía, no sabía nada, obstinándose en tomar á Cízico, cuando sus soldados estaban obligados á comer cadáveres (2). Sin embargo, también él acabó por abrir los ojos á la evidencia, y entonces intentó huir. Para engañar al enemigo dirigió hacia el Este, sobre Bitinia, la caballería y las bestias de carga, mientras que él se hacía á la mar y dirigía su ejército hacia el Oeste, sobre Lampsaco, donde pensaba reunírsele con la flota. En efecto, Lúculo se lanzó con el ejército al través de las llanuras cubiertas de nieve, en persecución de la caballería, que se retiraba lentamente; alcanzó el convoy al pasar el Rindaco; lo destrozó, hizo una horrible carnicería, se apoderó de quince mil prisioneros, nueve mil caballos, numerosas bestias de carga y recogió un inmenso botín. Luego comprendió que el grueso del ejército tenía que haber huído en otra dirección, y retrocedió rápidamente. La fortuna le ayudó; una inundación había detenido al ejército de Mitrídates á orillas del Edepo, donde pudo alcanzarlo y destruirlo. Los últimos restos llegaron á Lampsaco, donde Mitrídates pudo reco-

(1) Plutarco, *Lúc.*, 9, 10; Appiano, *Mitr.*, 73-75, Floro, III, 5; Eutropio, 6, 6.

(2) Plutarco, *Lúc.*, 11.

gerlos y embarcarlos (1). Bitinia estaba conquistada; Calcedonia quedó libre en los primeros meses del 73; la primera campaña terminó con una brillante victoria del pequeño ejército, bueno y ágil, sobre el ejército numeroso y entorpecedor á que Mitrídates quiso dar en vano la rapidez y la fuerza romanas. Sin embargo, la actitud de las poblaciones asiáticas, el fracaso de la nueva revolución intentada por Mitrídates, habían servido de gran socorro para Lúculo. Asia pertenecía ahora definitivamente á Roma.

---

(1) En realidad, Plutarco, *Lúc.*, 11, refiere estas dos retiradas como intentadas una después de otra, con cierto intervalo de tiempo, y consecuentemente, como dos designios sucesivos. Es lo mismo que dice Mommsen, *R. G.*, III, 59. En este caso, cuando Mitrídates hizo partir á su caballería, aún no pensaba en huir, en contra de lo que dice Plutarco; sino que sólo quería librar de estorbos su campamento, y fué más tarde cuando resolvió levantar el sitio, no como dice Plutarco, á consecuencia de la carnicería del Rindaco, sino porque la situación era insostenible en su campo. Sea de ello lo que quiera, la verdadera huída fué la que intentó al Oeste, hacia Lampsaco: esta es la única de que habla Appiano, *Mitr.*, 76.

# VIII

## Marco Licinio Craso.

Entretanto, en el año 73 antes de Cristo, César volvió á Roma. Ignoramos cómo terminó su empresa contra Mitrídates; pero lo más probable es que habiendo tomado las armas por el temor de una revolución imaginaria, licenciase en seguida á sus tropas, tras la llegada de Lúculo á Asia, y que adoptase la resolución de volver á Roma apenas supo que había sido electo pontífice en sustitución de su tío Cayo Aurelio Cota, que había muerto en la Galia. En Roma encontró la situación muy diferente de como se encontraba cuando volvió por primera vez de Oriente. Todo se transformaba en Italia, hasta el carácter del pueblo: el antiguo carácter romano, firme y paciente, sólo era una leyenda; la opinión pública se hacía nerviosa, excitable, violenta, caprichosa: sólo era constante en su aversión al gobierno fundado por Sila. Á las quejas, ya tan numerosas, contra la autoridad, añadíase ahora un motivo de descontento especial para el pueblo romano: la frecuencia de las hambres en la gran ciudad. La del año 75 había sido durísima. La población de Roma aumenta-

ba; el cultivo de la vid y de los olivares se había difundido, el del trigo cada vez se reducía más en Italia conforme á las necesidades estrictas de los cultivadores; el abastecimiento de la gran ciudad resultaba cada año más difícil. Las quejas elevadas al gobierno por su negligencia eran tan numerosas y tan vivas que los dos cónsules del presente año, Cayo Casio Longino y Marco Terencio Liciniano Varrón, hermano segundo de Lúculo, que había adoptado Marco Terencio Varrón, propusieron—aunque fueran conservadores—una ley para aumentar el tributo del trigo que debía suministrar Sicilia. Las ciudades que ya estaban sometidas á un tributo de la décima parte tendrían que suministrar otro tanto, que se les pagaría al precio de tres sestercios el celemín: las ciudades exentas de diezmo tendrían que enviar á Roma ochocientos mil celemines (unos setenta mil hectólitros) de trigo que se les pagaría á tres sestercios y medio el celemín (1). Así, pues, tanto en trigo suministrado gratuitamente como en trigo dado á ínfimo precio, Sicilia tenía que enviar cada año á Roma unos seiscientos mil hectólitros (2). ¿Se hubiese así calmado un poco á los habitantes de Roma, siempre descontentos? Al contrario, este mismo año iban á ser víctimas de un terror más grande. Una partida de esclavos que se habían fugado de un cuartel de gladiadores establecido en Capua, bajo el mando de un esclavo tracio llamado Espartaco, se convirtió pronto en un pequeño ejército verdadero, que derrotó y deshizo algunas legiones expedidas á toda prisa. Como recientemen-

(1) Cicerón, *in Verr.*, A. II, III, 70, 163.

(2) Cigcotti, *P. V.*, 63.

te se había hecho venir grandísimo número de esclavos y los amos aún no podían tenerlos en la obediencia, los más atrevidos, los más violentos, huían de todas partes y se incorporaban á Espartaco: Italia pareció amenazada de una insurrección general de esclavos. Además, si las victorias de Lúculo habían sido ocasión de gran alegría, Marco Antonio, al contrario, había fracasado miserablemente en su empresa contra Creta, y luego de haber saqueado algo á Sicilia fué batido por los piratas (1). La alegría, pues, se trocó en espanto cuando poco después Mitrídates, derrotado por tierra, recomenzaba rabiosamente la guerra por mar, aprovechándose de sus amistades y alianzas con las poblaciones y ciudades de Tracia (2). Mientras que los lugartenientes de Lúculo, Cayo Valerio Triario y Barba marchaban contra las ciudades de Bitinia que aún permanecían fieles al rey del Ponto, éste devastaba las costas del mar de Mármara, sitiaba á Perinto, amenazaba á Bizancio y enviaba parte de la flota, á las órdenes de Mario, al mar Egeo, para procurarse el concurso de los piratas de Creta y España. ¡Grande fué el espanto en Italia; se temió que la flota del Egeo pretendiese amenazar á Italia, y se alarmó de que no hubiese flota para su defensa (3); se protestó furiosamente contra el Senado y contra el gobierno que tan mal velaban por los negocios públicos! El Senado decidió con precipitación que el cónsul Marco Lúculo dirigiese al año siguiente, en calidad de procónsul, una gran expedición á Tracia para aniquilar á los

---

(1) Drumann, *G. R.*, I², 42.
(2) Bernhardt, *C. M. K.*, 23 y sig.
(3) Reinach, *M. E.*, 322 y sig.; Cicerón, *Pro mür.*, 15, 33.

aliados de Mitrídates (1); concedió á su hermano Lucio 3.000 talentos para construir una flota, como si una flota pudiera improvisarse en un día; prorrogó su mando durante un año; quizás le otorgó también el gobierno de Bitinia, poniendo á Cota bajo sus órdenes (2) y haciendo así por la fuerza lo que tenía que haber hecho por prudencia desde el principio: confiar á uno sólo la dirección suprema de la guerra, así por mar como por tierra.

Excitada por estos acontecimientos, la oposición al partido conservador y á la constitución de Sila se hizo general en todas las clases; el partido democrático renacía bajo nuevas formas, no ya como un partido revolucionario y compuesto de desesperados, sino como un partido que pretendía respetar la legalidad, y compuesto de lo que había de mejor en las clases media y alta. Por todas partes se reclamaba un gobierno más justo, más honrado, más enérgico, que no dejase al Estado en poder de los concusionarios, á Italia en poder de los esclavos sublevados, y hasta muchas casas nobles se convertían en *clubs* de oposición donde los jóvenes sostenían que era necesario restablecer la constitución democrática y volver á las reformas de los Gracos. Frecuentábase entre todas, la casa de Servilia, la joven, espiritual é inteligente viuda de aquel Marco Junio Bruto

(1) Bernhardt, *C. M. K.*, 25.

(2) Es difícil determinar el engrandecimiento sucesivo del poder de Lúculo, pero me parece verosímil que el gobierno de Bitinia se le otorgó tras la liberación de Cizico y de Calcedonia. Lo cierto es que la conquista definitiva de Bitinia se debe á Lúculo, y que á Cota, si no se le subordinó absolutamente á Lúculo, tampoco se le encargó más que de misiones secundarias, como el sitio de Heráclea.

muerto por Pompeyo en la revolución del 78, que había vuelto á casarse con un noble de ideas democráticas, Décimo Junio Silano, y que había abierto su casa á la juventud nueva de las altas clases (1). Esta vez César fué acogido espontáneamente, no sólo en casa de Servilia, pero también en otras muchas, donde se le había recibido con poca efusión á su primer retorno de Oriente; y muy pronto fué electo por el pueblo *tribunus militum*, coronel diríamos hoy, es decir, comandante de mil hombres durante la guerra. Al presente era un mérito en ser sobrino de Mario. Estimulado con semejante acogida, no tardó en ingresar en la carrera política, procurando hacerse popular. Pero esto no era cosa fácil (2), ni siquiera al sobrino de Mario. Entre los novecientos diez mil ciudadanos que poseían el derecho de votar, una parte eran pequeños mercaderes, artesanos, clientes y parásitos de los grandes personajes, funcionarios del Estado que desempeñaban humildes empleos reservados á los hombres libres, mendigos, personas inocupadas ó arruinadas, y toda esta gente vendía fácilmente su voto. El comercio de éstos hasta se había organizado paulatinamente por hombres que reclutaban la chusma electoral en *clubs* ó colegios; acaparaban los votos por medio de banquetes, de favores y de modestos subsidios; luego vendían *à forfait* los votos á los candidatos adoptando complicadas precauciones para asegurar la fiel ejecución de los contratos (3) Al contrario, los burgueses de Roma é Italia, los grandes

(1) Bynum, *L. M. I. B.*, 11.

(2) Phlégon, fr. 12 (la cifra se refiere al año 69 antes de Cristo).

(3) Cicerón, *In Verr.*, A. I, VIII, 21; *De petit. consul.*, V, 19.

terratenientes, los mercaderes, los propietarios, los ricos libertos, los hombres cultos que el bienestar, el poder mundial de Italia, la instrucción, el espíritu del tiempo hacía orgullosos y caprichosos, votaban, cuando tomaban parte en los comicios, de una manera ú otra, dejándose influir por las simpatías personales, por las atenciones debidas á los personajes poderosos, por esperanzas, admiraciones, odios, entusiasmos contagiosos ó pasajeros, por noticias verdaderas ó falsas puestas en circulación en el último momento. El viento caprichoso del favor popular soplaba de hora en hora en los comicios. Con frecuencia, y por mínimos incidentes, de la noche á la mañana quedaban invertidas las probabilidades: una imprevista audacia venía á subvertir lo que se había preparado con gran detenimiento; en el postrer instante las largas incertidumbres de la lucha electoral daban por una súbita conversión de los espíritus resultados que sorprendían á todos (1). Conquistar ascendiente sobre un cuerpo de electores tan heterogéneo y móvil, sin la ayuda de la bandería dominante, no era fácil cosa. César lo intentó, comenzando por esos trabajos forzados de la adulación, á que estaban condenados los hombres políticos de Roma. Era necesario levantarse al amanecer, recibir inmediatamente á todos los holgazanes y curiosos de Roma y de otras partes de Italia, que acudían sencillamente por ver al hombre célebre de Roma, ó con el objetivo más práctico de pedirle su concurso en un proceso, una ayuda de dinero, un préstamo, un arriendo público, una exención del servicio militar, una carta de recomendación para el gobernador de

(1) Cicerón, *Pro Mur.*, XVII, 35; XXVI, 53.

una provincia lejana. Era preciso bajar muy temprano al foro para informar, ver á los magistrados, á los senadores, á los ricos banqueros, para interceder en favor de tal ó cual; dejarse parar en la calle por el primer importuno, recordarle, con ayuda de la propia memoria ó la del esclavo nomenclátor, cuyo oficio era acordarse del nombre del mayor número posible de electores, y susurrarlo hábilmente á su señor para que el elector se forjase la ilusión de que le reconocía personalmente. Era preciso tener para todos una palabra amable, un cumplimiento, una promesa á punto; invitar todas las noches á gentes que con él comiesen; asistir á los casamientos, á los funerales, á todas las fiestas familiares del mayor número posible de ciudadanos; sostener en todas las elecciones á tal ó cual candidato; recoger y socorrer regularmente en el bajo pueblo de Roma á cierto número de clientes, prestos á servir de espías en el pueblo, de agentes en las elecciones, de *claqueurs* en los discursos del foro, de sicarios en una violenta pendencia.

Pero la hora de César todavía estaba lejana. Al presente, eran otros los que se agrandaban en la admiración del público: Pompeyo, que lentamente y con trabajo, es cierto, ganaba terreno en España sobre Sertorio; Lúculo que, estimulado por su triunfo en Cízico y lleno de ardor, había reunido apresuradamente una flota entre sus aliados, y perseguía á la flota póntica en el mar Egeo, atacando y destruyendo, una tras otra, á las diferentes escuadras, matando inexorablemente á todos los tránsfugas italianos que caían prisioneros y aun á Marco Mario. Entretanto, sus lugartenientes se esforzaban en someter las ciudades de Bitinia que aún estaban en armas y obtenían un gran botín de esclavos

y objetos diversos (1). Así, hacia mediados del año 73, Lúculo había sometido á su poder todas las ciudades de Bitinia, excepto Heráclea; había forzado á Mitrídates á volver por mar á su reino con los restos del ejército, dirigido el año precedente á la conquista de Bitinia. Fué entonces, durante el estío, cuando Lúculo convocó en Nicomedia un consejo de guerra. En este consejo casi todos sus generales estimaron que convenía dejar reposar á los soldados hasta la primavera siguiente. Pero el comandante en jefe no se sometió al dictamen de sus lugartenientes. Mientras que éstos consideraban las cosas desde un punto de vista estrictamente militar, Lúculo pasaba entonces por una crisis decisiva, que no sólo era una crisis personal de su carácter, pero también toda la gran crisis moral y política de su época, reflejada en el momento de resolverse, como la breve imagen de un gran objeto en el espejo, en un espíritu ardiente y profundo. Este hombre no iba á decidir en el consejo de guerra un problema estratégico; iba á resolver por un acto de audacia las contradicciones en que desde tanto tiempo antes oscilaba la política. Lúculo, que frisaba ya en los cincuenta, había sido hasta entonces el acabado modelo de la vieja nobleza romana, que, con sus cualidades tradicionales, hubiese podido dar seriedad y estabilidad á la restauración de Sila. Austero, sencillo, enemigo del lujo, del dinero, de las cosas extranjeras, excepto de la cultura, estaba orgulloso de su pobreza, desdeñaba la popularidad y las ambiciones vulgares. Desgraciadamente, este aristócrata era en Roma una rareza arqueológica, uno de los pos-

---

(1) Reinach, *M. E.*, 332 y sig.

treros campeones de una especie de hombres desaparecidos hacía mucho tiempo; y mientras que seguía profesando las antiguas costumbres romanas, Lúculo había visto la riqueza, el lujo, la avidez de los placeres, el deseo de la admiración difundirse á su alrededor; había visto á sus amigos enriquecidos con la proscripción ser más considerados que él, que persistía pobre, y Pompeyo, que había arriesgado tan poco en la guerra civil, erigirse tan pronto y tan alto por la fuerza de la popularidad. Hombre activo, inteligentísimo y noblemente ambicioso, hacía mucho tiempo que debía de preguntarse si continuando la representación de un papel tan anticuado no acabaría por sacrificarse á los ambiciosos sin escrúpulos; comprendía perfectamente que la política tímida é incierta de su partido la censuraba con justicia toda Italia; que el gobierno de Sila quedaría derribado si no se mostraba capaz de hacer algo. Las intrigas que había urdido para obtener el mando de la guerra fueron el primer signo visible de un cambio que nadie hasta entonces había sospechado, y del que Lúculo mismo quizás no tenía conciencia... La exaltación del triunfo precipitó entonces el cambio, y tras las victorias de Cízico y del mar Egeo, Lúculo se decidió á adoptar los métodos políticos de Pompeyo, que había hecho su fortuna sin observar jamás la legalidad, invadiendo inmediatamente el Ponto sin esperar las órdenes del Senado. Conocía demasiado á sus colegas de Roma para dudar que, si esperaba las instrucciones del Senado, al cabo de un tiempo harto largo hubiese recibido la orden de no hacer nada, de esperar, de volver á Roma. Al contrario, si comenzaba una gran expedición, durante la cual hubiese sido imprudente llamarle, con facili-

dad se le hubiesen prorrogado sus poderes, y si los jefes del partido popular amenazaban con hacer oposición, encontrábase al presente dispuesto á corromperlos con el oro de Oriente. La venganza del tratado de Dárdanos, el resarcimiento sobre Mitrídates, bien valían esta concesión á las corrompidas costumbres políticas de la época. Á consecuencia del consejo de guerra de Nicomedia, resolvió invadir inmediatamente el reino de Mitrídates, á pesar de oponerse casi todos sus generales. Cota iría durante este tiempo á poner sitio á Heráclea; Triario esperaría en el Helesponto con setenta navíos las escuadras pónticas que volviesen de España y de Creta, y él mismo marcharía con todo su ejército sobre los dos puertos de Amiso y Temiscira, con el propósito de asegurarse una base de abastecimientos para una larga campaña en las regiones montañosas del Ponto, en el triángulo formado por Cabira, Amasia y Eupatoria, donde Mitrídates se retiraba para preparar una nueva campaña y esperar el resultado de las demandas de socorros que había dirigido á su yerno Tigranes, rey de Armenia; á su hijo Macares, vicerrey de Crimea, y á los escitas (1).

Lúculo hizo sus preparativos con rapidez prodigiosa y, al cabo de poco tiempo, dirigió su ejército al través de Bitinia y de Galacia, y cruzó las fronteras del Ponto. El enemigo que durante tanto tiempo amenazaba, provocaba y atacaba á los romanos, tenía al fin que verse obligado á defenderse. Pero era esto algo mucho más considerable que una operación de guerra ordinaria, aún tratándose de guerra tan importante; pues con

(1) Appiano, *Mitr.*, 78.

esta invasión, Lúculo no sólo cambiaba la suerte de una guerra seria y larga, pero también toda la política exterior de Roma. Con esta invasión del Ponto se manifestaron por primera vez el imperialismo agresivo y la política de la iniciativa personal de los generales, que en diez años se convirtieron en las grandes fuerzas de la política de Roma reemplazando á la acción incierta, dubitativa y contradictoria del Senado. Siendo el primero en hacer por su propio riesgo el ensayo de esta nueva política, á la que muy pronto debieron su gloria Pompeyo y César, Lúculo iba á descubrir á Italia la nueva situación en que se encontraba; le hacía ver que era mucho más fuerte que los grandes Estados, tan poderosos y temibles en apariencia; la excitaba para que se arrojara sobre ellos, dominándolos y despojándolos. Entró con su ejército en el Ponto, que estaba sin defensa, y entregó este rico país, populoso y tanto tiempo pacífico, á sus soldados, que saquearon los rebaños, los víveres, los objetos preciosos é hicieron un inmenso acopio de esclavos, capturando todo lo que caía en sus manos, hombres y mujeres, ricos y pobres, campesinos y ciudadanos. Los que podían rescatarse entregando una cantidad suficiente, quedaban en libertad; los demás se vendían á los mercaderes que seguían al ejército. En el campamento romano sólo llegó á costar un esclavo cuatro dracmas, esto es, menos de cuatro francos (1). Pero el ejército aún no estaba satisfecho; quejábase de que con sus prisas, el general apenas dejase tiempo de recoger algo, y de que aceptase con frecuencia la rendición de ciudades y pueblos con la

---

(1) Appiano, *Mitr.*, 78; Plutarco, *Lúc.*, 14.

promesa de respetar la propiedad (1). Estas quejas resultaban inútiles: Lúculo, que era un general severísimo, apenas las tenía en cuenta. Rápidamente condujo las legiones hasta los mismos muros de Amiso y de Temiscira; pero la vigorosa resistencia de estas dos ciudades obligó al ejército romano á pasar el invierno en las trincheras.

En la primavera del 72 la guerra recomenzó vigorosa en el Ponto, en Tracia, en España contra Mitrídates y sus aliados. Habiendo tenido noticia Lúculo de que el ejército de Mitrídates iba á encontrarse dispuesto, y no queriendo ser atacado bajo los muros de las dos ciudades, resolvió audazmente marchar á su encuentro con una parte del ejército mientras que el resto continuaría el sitio á las órdenes de su general Lucio Licinio Murena. La dificultad de racionarse hacía la marcha y la campaña penosas y peligrosas; pero Lúculo fué ayudado por la traición de varios generales del Ponto que había corrompido, y logró infligir una derrota decisiva á Mitrídates, que había perdido el año precedente su mejor ejército en la invasión de Asia y de Bitinia, y que no había recibido ninguno de los socorros solicitados. Lúculo se apoderó del campamento y de los tesoros de Mitrídates; pero no del rey, que en el desorden de la derrota pudo fugarse luego de dar orden de que matasen á todas las mujeres de su harén (2). Durante este tiempo Marco, hermano de Lúculo, enviado como procónsul á Macedonia, realizaba la conquista definitiva de Tracia, rebasaba los Balkanes y lle-

(1) Plutarco, *Lúc.*, 14.

(2) Reinach, *M. E.*, 338, 342.

gaba al Danubio (1); amputaba las manos á tribus enteras para amedrentar á las otras (2), y no sólo saqueaba las poblaciones de los bárbaros, pero también las bellas é ilustres ciudades griegas de la costa (3), amigas de Mitrídates. Pompeyo, por su parte, lograba en España conducir la guerra á su término por medio de la traición, y sobre todo, gracias á Perpenna, que había asesinado á Sertorio, y comenzaba una guerra de devastación y exterminio contra las ciudades que habían adoptado el partido de Sertorio ó que habían acogido á sus partidarios (4). Al contrario, Espartaco en Italia, luego de haber derrotado á los dos cónsules de este año, recorría vencedor la península de uno á otro extremo, seguido de una nube de mercaderes que no tenían vergüenza de vender al enemigo de su clase el acero y demás materias necesarias para forjar las espadas y las otras armas (5). Las altas clases y la burguesía de buena posición temblaban por las viñas y olivares recién plantados que estas partidas podían destruir, por las granjas cuyas bodegas bien abastecidas vaciaban estos insurrectos, por la fidelidad de los esclavos importados á Italia hacía poco tiempo, que aún no estaban habituados á su nueva condición. ¿Qué hacía, entretanto, este Senado de concusionarios y de ladrones,

(1) Á las exageraciones de Floro, III, IV, 6, conviene oponer para conocer la verdadera extensión de estas expediciones, Eutropio, VI, 10; Appiano, III. 30; Orosio, VI, III, 4, Servio, en Virgilio, *En.*, VII, 605.

(2) Floro, III, IV, 7.

(3) Drumann, *G. R.*, 178; Eutropio, VI, 10.

(4) Drumann, *G. R.*, IV, 376.

(5) Appiano, *B. C.*, I, 117.

buenos sólo para saquear las provincias indefensas? En esta generación impresionable y nerviosa todo era contagioso, el valor como la cobardía; y los soldados enviados para combatir á Espartaco, los oficiales, los hombres políticos, todos estaban desmoralizados hasta el punto de que en las elecciones del 71, hubo falta de candidatos: tanto miedo inspiraba el pensamiento de tener que mandar un ejército contra el invencible jefe de esclavos (1). El Senado comprendió que este escándalo iba á colmar la medida de la indignación pública, que era necesario encontrar á cualquier precio un hombre enérgico y capaz de poner término á la guerra; y lo encontró en un pretor de este año, Marco Licinio Craso, descendiente de una gran familia, y al que ya hemos visto distinguirse durante la reacción entre los amigos de Sila. Niño mimado de la fortuna, había recibido de ella todos los dones: nacimiento ilustre, rico patrimonio, rápidas y fáciles ocasiones de ponerse en evidencia, educación espléndida; talento vivo, cultivado, curioso; audacia y paciencia. Habíase ya conquistado una hermosa reputación militar durante la guerra civil por haber ganado, interviniendo á tiempo, la batalla de Porta Collina, una de las más importantes que había librado Sila, y que Sila estuvo á tiempo de perder. Aunque ya fuese rico, luego aumentó su patrimonio comprando los bienes de los proscriptos. Por la parte que había tomado en las represiones de Sila y por sus riquezas había llegado á ser un personaje importante, hasta el punto de ser electo sin trabajo, siguiendo el orden legal, para todos los cargos, hasta el de pre-

(1) Appiano, *B. C.*, I, 118; Orosio, V, XXIV, 5.

tor; se consagró á los negocios y llegó á ser uno de los más poderosos capitalistas de Roma; abrió su casa á los sabios orientales; estudió filosofía y ejercitó sus felices disposiciones en la literatura y en la elocuencia. Rico, inteligente, célebre, influyentísimo, Craso debía de estar satisfecho... Pero una cosa le atormentaba, la gloria de Pompeyo que tenía casi su misma edad y había sido su compañero de armas en la guerra contra la revolución. Mientras que así le sonreía la fortuna, Craso llegó á creer fácilmente que valía como general tanto como Pompeyo y Lúculo; que en elocuencia iba á la par de César; que no tenía por qué ceder á nadie el primer puesto en punto á honores, poder y consideración pública. Desgraciadamente, su temperamento se adecuaba mejor al de un banquero listo y tenaz, que al de un gran ambicioso, atrevido, exaltado y pródigo, capaz de dominar y arrastrar á las muchedumbres. Era hombre de necesidades módicas, exento de vicios, de costumbres respetables (1), amante de su familia, y que en la vida como en todos los negocios que tomaba parte, desplegaba un espíritu de orden maravilloso, un celo minucioso y tenaz; aplicábase con prudencia y perseverancia á sacar partido de todas las ocasiones ventajosas, pequeñas ó grandes; prestaba dinero á mucha gente; defendía todas las causas que se le ofrecían, hasta las de hombres tan viles y abyectos que César no se atrevía á abogar por ellos; prodigaba sus amabilidades, sus saludos, sus cumplimientos á todo linaje de personas. Y, sin embargo, era mucho menos admirado y popular que Pompeyo, que parecía recibir los honores y

(1) Veleyo, II, 46; Drumann, *G. R.*, IV, 111.

los homenajes con orgullosa indolencia, sin dignarse—en apariencia, al menos—solicitarlos, y que había obtenido ya un triunfo y un cargo de procónsul, aun antes de haber ejercido ninguna magistratura. ¡Al contrario, él todavía no era más que pretor! Craso no poseía ninguna cualidad para agradar á las masas; y el hombre de negocios, minucioso y calculador, entorpecía demasiado en él al hombre político. Craso no odiaba de muerte á nadie, tampoco se asociaba por siempre á nadie; no era cruel por placer; pero tampoco sentía escrúpulos de honradez, de castidad ó de nobleza. Sin percatarse de ello, y hasta creyendo ser generoso, procuraba obtener provecho de todo lo que hacía, de todas las personas que se le allegaban. Gran señor por cálculo y no por instinto, hacía suceder espléndidas munificencias á pequeñas vergüenzas; por ejemplo, reclamando inexorablemente la restitución de cantidades prestadas con gusto si al cumplir el plazo juzgaba que no tenía necesidad de su obligado, y de este modo perdía casi todo el provecho de las generosidades y servicios que prestaba (1).

Sin embargo, si se considera el crédito de este ricachón y su reputación militar, concíbese fácilmente que fuese el escogido para dirigir la guerra contra Espartaco. Estimulado por la gloria que Pompeyo había adquirido gracias á sus victorias en España, y sabiendo que el vencedor de los esclavos sería popularísimo, Craso comenzó en seguida su obra con gran energía. Empezó por vencer la cobardía contagiosa de los soldados, renovando un ejemplo de severidad á que no se había apelado

(1) Plutarco, *Craso*, 6, 7.

hacía mucho tiempo: diezmando á las primeras cohortes que huyeron ante el enemigo (1). Pero, aunque pudo infligir algunas derrotas al enemigo, no logró aniquilarlo ni capturar al jefe, hasta el punto de que él mismo se sintió un instante desalentado (2)... La desesperación de las clases ricas iba en aumento: el Senado adoptó por fin la resolución de llamar á Pompeyo para encargarle de concluir con Espàrtaco (3). Para no dejarse arrebatar el honor de terminar la guerra, Craso redobló la celeridad, la energía y la audacia. Espartaco era hombre de genio y había realizado milagros; pero su ejército, reclutado un poco en todas partes, no podía resistir indefinidamente: las discordias, la indisciplina, las deserciones ayudaron á Craso, que pudo finalmente ganar una batalla en la que murió Espartaco (4). Cuando Pompeyo llegó de España sólo le quedaba por dispersar una partida de fugitivos que encontró en los Alpes (5). Seis mil esclavos cogidos vivos fueron crucificados á lo largo de la vía Apia (6) para amedrentar á sus compañeros de cautiverio. Como siempre, la nobleza no sentía piedad por los rebeldes, y la clase media, que comenzaba á poseer esclavos, y que en cualquiera otra ocasión

---

(1) Appiano, *B. C.*, I, 118; Plutarco, *Craso*, 10; Drumann, *G. R.*, IV, 79.

(2) Plutarco, *Craso*, 11.

(3) Así me parece que ha de entenderse á Appiano, *B. C.*, I, 119. Es probable que fuese el Senado y no el pueblo quien llamó á Pompeyo para terminar la guerra, pero que el Senado se vió obligado á ello por la opinión pública.

(4) Plutarco, *Craso*, 11; Appiano, *B. C.*, I, 120.

(5) Plutarco, *Pomp.*, 21; *Craso*, 11.

(6) Appiano, *B. C.*, I, 120; Orosio, V, XXIV, 7.

se hubiese sentido dispuesta á sentimientos humanos, también esta vez se hizo feroz.

Entretanto, Lúculo, que había pasado el invierno del 72-71 en Cabiro, en el palacio del rey fugitivo (1), empleó su pequeño ejército en la conquista definitiva del Ponto, tratando siempre á su ejército como instrumento inanimado, y no como cuerpo viviente y sensible. En un hombre tan violento, exagerado, apasionado como Lúculo, el cambio comenzado tras las victorias de los años 74-73, se realizó inmediatamente. Difícil hubiera sido reconocer al antiguo lugarteniente de Sila, pobre y altanero, en este general ambicioso, avaro é intrigante, que obtuvo el gobierno de Asia y había reunido todo el Oriente bajo su imperio; que pagaba en Roma á los jefes del partido popular; que, luego de cada batalla, de cada rendición de ciudad, de cada saqueo, remitía á Roma tantas mulas cargadas de oro, de plata, de obras de arte. Así se despertó la codicia, al contacto de las riquezas del mundo oriental, en el alma que había resistido á las terribles tentaciones del saqueo, aun en medio de las proscripciones. Mas, por una contradicción muy humana, persistía siendo, como general y entre sus soldados, el aristócrata intransigente de los antiguos tiempos sin admitir que las legiones apenas tuviesen otro derecho que el de obedecer, exigente y duro con todos hasta llegar á lo absurdo, especialmente cuando la impaciencia de su ambición agitaba su alma apasionada. Tras cada éxito, ideaba alguna empresa más grande; y

(1) Phlégon, fr. 12. Si se hace comenzar la guerra en el 74, resulta inútil la corrección al texto que propone Reinach, *M. E.*, 336, n. 2. Véase Bernhardt, *C. M. K.*, 21, n. 5.

el deseo de realizarla sin demora le arrojaba—á él tan propenso á las manías—en un estado de alucinación cegadora. Su poder absoluto, la gloria que le conquistaban sus triunfos, los grandes proyectos que meditaba, su ambición y su codicia, que eran tanto más violentos cuanto más recientes, hacían entonces desmesurado su orgullo, su impaciencia, su brutal franqueza y su egoísmo. Quejábanse los soldados de que jamás fuese á ellos como un compañero, yendo de tienda en tienda para hablarles amistosamente, cumplimentarlos, animarlos; sino que pasaba siempre de prisa, á caballo, con su séquito y sólo por razones del servicio, preocupado y taciturno, teniendo ojos y voz sólo para descubrir faltas, para castigar, para pedir tras un servicio otro más peligroso y duro, y si les concedía alguna recompensa tomada del botín, hacíalo con avaricia y como si tuviera miedo de agotarlo. Los oficiales, pertenecientes en su mayoría á ilustres familias, también se quejaban de que les reprochase continuamente su molicie, su lentitud, su incapacidad, sin respeto á su nombre y familia; que enviase con impaciencia orden sobre orden, cual si hubiesen sido de hierro y no de carne, ni que jamás hubiesen de sentir la fatiga: por mucho que lo deseasen jamás podían contentarlo (1). Sin embargo, Lúculo amaba á sus soldados y apreciaba á muchos de sus oficiales; pero en la presura conque pensaba y obraba, no se daba cuenta del inmenso beneficio que en determinados momentos le hubiese acarreado un elogio ó una amabilidad. Presa del demonio de la riqueza; enviando á Italia, á sus intendentes, car-

(1) Dión, fr. 330, 16 (Gros); Plutarco, *Lúc.*, 33.

gas inmensas de moneda acuñada, de obras de arte, de objetos preciosos, no advertía después de eso lo contradictorio que resultaba el querer refrenar la feroz codicia de sus tropas, como si todos los soldados no hubiesen tenido que cuidarse más que de su gloria. Así es que los soldados pensaron que Lúculo iba á apoderarse de las pequeñas fortalezas bien defendidas, situadas en las altas rocas, donde estaban depositados los tesoros de la corte, los metales preciosos, los muebles, las alhajas (1), y que para recompensarles de sus fatigas, les entregaría los cofres y los muebles del enemigo de Roma. Pero Lúculo estimaba con razón que era más atinado hacerse ante todo dueño del Ponto entero, apoderándose de las grandes ciudades griegas, Amasia, Amisa, Sinope; y como de costumbre, obrando como general de los antiguos tiempos, no se preocupó del deseo de sus soldados. Luego de haber conseguido por dinero la rendición de algunas fortalezas, condujo las legiones descontentas á la conquista de aquellas ciudades, que eran los últimos monumentos del poder civilizador de Grecia en las riberas del mar Negro. Su resistencia fué larga y obstinada, pues desde que el reino de Pérgamo fué tan mal administrado, todos los griegos de Asia odiaban y temían la dominación romana. Hacia fines del año 71, sólo Amisa había sucumbido (2). Fué para Lúculo una noche terrible aquélla en que sus soldados, tras haberse apoderado de la ciudad en un asalto imprevisto, se desparramaron por las calles provistos de antorchas, para asesinar y robar, y en la confu-

(1) Reinach, *M. E.*, 260.
(2) Reinach, *M. E.*, 349.

sión pegaron fuego á muchas casas. Lúculo era un espíritu generoso refinado por la cultura: era un guerrero admirador del helenismo. Cuando vió á Amisa presa de las llamas, á Amisa, hija admirable de Atenas, la Atenas del Ponto, se arrojó como un loco entre sus soldados, procurando devolver sus soldados á la razón y á la disciplina, deseando que extinguiesen el fuego y salvasen esta notable obra de la civilización que adoraba. Era pedir demasiado. Largo tiempo descontento de su general, el soldado perdió la paciencia. Cuando iba á resarcirse de sus largas fatigas, á su manera, brutalmente, lanzándose sobre una rica ciudad, este general aún encontraba el medio de aconsejarle una absurda moderación. Poco faltó para que Lúculo no fuese despedazado por una soldadesca furiosa. Tuvo que retirarse llorando, y dejar que la hosca soldadesca se arrojase sobre la linda hija de Atenas: símbolo terrible de esta época, en que, mientras las más altas facultades del espiritu se refinaban en el deseo y en el disfrute de las más nobles cosas que existen en el mundo, el instinto bestial también se desencadenaba en la lucha del hombre contra el hombre por la conquista de la riqueza y del poder. La vieja severidad militar, personificada en Lúculo, tuvo que ceder ante esta protesta de los soldados exaltados por la sed del saqueo. El general sólo pudo en lo sucesivo poner en libertad á los supervivientes y reedificar la ciudad (1).

---

(1) Plutarco, *Lúc.*, 19; Appiano, *Mitr.*, 83; Memnón, 45.

## IX

### El nuevo partido popular.

Mientras que Lúculo luchaba en Asia, el partido conservador seguía perdiendo terreno en Italia. Los éxitos de su general en Oriente no mejoraban de ninguna manera su situación, pues todos comprendían que aquellos triunfos se debían á la iniciativa personal de Lúculo y no á la política del Senado. En la nobleza misma los espíritus se inclinaban hacia las ideas de reforma democrática, y uno de los jóvenes más activos y célebres del partido conservador se disponía á abandonar su causa y á alistarse entre los adversarios de la constitución de Sila. En la segunda mitad del año 71, cuando volvió á Roma de la guerra de España, Pompeyo ya no era como al marchar el joven favorito de Sila, á quien todos predecían un brillante porvenir. Tras sus victorias sobre Sertorio —cuya importancia se había exagerado conquistándole tan gran popularidad en toda Italia—había llegado á ser á los treinta y seis años uno de los grandes personajes de la república que podía marchar á la par con los hombres más influyentes y respetados, aunque no hubiese desempeñado ningún cargo y ni siquiera fuese senador. Ningún hombre de la nueva generación, ni el mismo Craso, había tenido más

suerte que él. Sin embargo, Pompeyo comprendía que tantos privilegios le atraían demasiados odios; y tornaba de España resuelto á regularizar su situación, presentándose al fin candidato, como todos, á una magistratura. Desgraciadamente, tan difícil es en ocasiones salir de una situación excepcional como crearla; y Pompeyo, luego de haber mandado ejércitos como procónsul y de haber recibido el título de *imperator* no podía recomenzar su carrera por la cuestura y la edilidad, como prescribían las leyes. Desde luego puso su punto de mira en la más alta magistratura, y se presentó candidato al consulado para el año 70, ingresando mediante una irregularidad mayor que las otras, pues no reunía la edad ni ninguna de las demás condiciones requeridas para ser cónsul. El momento era bueno; pero las dificultades, numerosas, y los medios empleados hasta entonces para obtener tantos honores extraordinarios no hubiesen bastado. Pompeyo no podía dudar de que el partido conservador—donde tantos envidiaban su carrera excepcional y habían procurado hacerle fracasar en la guerra de España, escatimándole los medios de continuarla—se opondría con todas las fuerzas á su candidatura. Por otra parte, la situación de Pompeyo y la de su partido habían cambiado mucho durante los años que había combatido en España. Pompeyo había crecido tanto como amenguado el partido conservador: al presente era juntamente con Craso el hombre del día, el general más popular, mientras que todos se quejaban del partido conservador y de la constitución de Sila, protestando de que era necesario concluir con un gobierno tan débil, tan inepto, tan corrompido. Ambicioso, sin escrúpulos y sin principios, seguro de sí

mismo tras tantos éxitos, lleno de rencor contra su partido, Pompeyo comprendió que nada tenía que esperar de la reacción; no dudó un instante de que sería el hombre más popular de Italia y de que haría triunfar la oposición, si se colocaba al frente del partido democrático; se complació en vengarse así de sus antiguos amigos que habían procurado traicionarle durante la guerra. Hizo, pues, ofertas á los tribunos del pueblo, prometiéndoles que restablecería el poder tribunicio si resultaba electo cónsul. Naturalmente que estas ofertas fueron acogidas con entusiasmo por el partido popular, que carecía de jefes ilustres; se cayó en la cuenta de que un hombre tan preeminente por su nacimiento, por su pasado, por su posición social, por su popularidad, bien valía el sacrificio de algunos recuerdos terribles; se olvidó el papel que Pompeyo había desempeñado en la guerra civil y sus furores reaccionarios de antaño. En pocos días el amigo de Sila, el hombre que había matado á Junio Bruto y ahogado en sangre la revuelta de Lépido, se convirtió en el jefe admirado del partido popular y en su candidato para el consulado.

Sin embargo, es probable de que Pompeyo no hubiese deseado fácilmente ser electo cónsul, si para ello no hubiese tenido una razón bien peregrina. Craso, cuyo antiguo rencor se había exasperado con la intervención de Pompeyo en la guerra contra los esclavos (1), quiso también ser cónsul, cuando le informaron de la candidatura de Pompeyo. Pero la candidatura de Craso, aunque menos irregular que la del otro, tampoco era perfectamente regular, de suerte que ambos generales, aún

(1) Plutarco, *Pomp.*, 21; *Craso*, 11,

detestándose recíprocamente, comprendieron que les era necesario unirse: Pompeyo para vencer con la ayuda de Craso, que era tan influyente en el Senado, la oposición de los senadores; Craso, mucho menos popular que Pompeyo, para ser recomendado por éste al pueblo (1). Y así ocurrió. Los dos, con el pretexto de esperar el triunfo que se discernía á los generales victoriosos, conservaron á sus ejércitos bajo las armas, muy cerca de Roma; temeroso el Senado cedió y admitió las dos candidaturas: los comicios eligieron sin lucha cónsules para el año 70, á Craso y á Pompeyo. Éste rogó entonces á su amigo Marco Terencio Varrón que la redactase una Memoria sobre los deberes del cónsul, de que no tenía ninguna idea (2).

Las promesas de Pompeyo y la popularidad de que ya gozaba en la clase media infundían en el partido democrático la esperanza de que este consulado aportaría las reformas tanto tiempo esperadas. Pero durante los meses que circularon entre la elección y el fin de año (los cónsules tomaban posesión del cargo el 1.° de Enero) se nubiaron las esperanzas con la hostilidad persistente entre los dos cónsules, no obstante su coalición electoral. Craso no se decidía en seguir á su colega en la conversión y á ayudarle en sus proyectos de reforma. Probablemente temía que la gloria de estas reformas recayese íntegra en este colega tan celoso que había tomado la iniciativa de ellas, y él era demasiado conservador por nacimiento, por inclinación y por interés para no inquietarse sobre las consecuencias de una

(1) Plutarco, *Pomp.*, 22; *Craso*, 11.
(2) Aulo Gelio, XIV, 7.

reforma democrática. ¿Realizando estas reformas no se socavaría por su base toda la obra de Sila, su legitimidad moral, su valor legal? Además, Craso no sólo había sido uno de los más hábiles instrumentos de Sila, también había gastado sumas enormes en comprar bienes de proscriptos. No pudiéndose poner de acuerdo, ninguno de ambos cónsules licenciaba sus legiones: aun luego de instalarse en Roma, después de celebrarle una *ovatio*, Craso declaró que conservaría el ejército bajo sus órdenes tanto tiempo como Pompeyo; Pompeyo, en resarcimiento, acentuaba sus declaraciones favorables al partido democrático. Cuando el tribuno del pueblo, Marco Lulio Palicano—entre últimos de Noviembre y primeros de Diciembre—le condujo extramuros rodeado de un ejército con el que esperaba los honores del triunfo, pronunció un discurso muy atrevido ante una gran muchedumbre que deseaba oir su programa consular (1). Dijo que desde hacía mucho tiempo se vendían los sufragios al que más ofrecía en los tribunales; que era preciso poner término á los abusos intolerables de los jueces y de los gobernadores de las provincias, y dió á entender que deseaba restablecer en su integridad las prerrogativas de los tribunos. El éxito fué inmenso. Pero Craso aún dudaba, y este desdichado desacuerdo de ambos cónsules podía hacer fracasar todos los excelentes proyectos de Pompeyo. Algunos amigos se interpusieron entonces; se organizaron grandes manifestaciones populares para solicitar de Craso y Pompeyo que se reconciliasen, de suerte que, cuando el 1.° de Enero tomó Pompeyo posesión

(1) Cicerón, *In Verr.*, *A. I.*, 15; Asc., pág. 148 (Orel).

de su cargo, Craso fué vencido por el gran movimiento popular y se declaró presto á ayudar la política de su colega. La reconciliación se celebró públicamente en los primeros días del consulado, según parece. Los ejércitos quedaron inmediatamente licenciados (1), y en seguida, entre las grandes distribuciones de trigo hechas por Craso y las fiestas suntuosas preparadas por Pompeyo, comenzó éste el ataque contra la constitución de Sila, solicitando que se devolviese á los tribunos los poderes que les había arrebatado el dictador, especialmente el de proponer leyes sin autorización del Senado. Ahora bien, como aún era necesario que el Senado aprobase esta última proposición, comenzó una gran agitación popular para obtener mayoría. César, siempre al acecho de ocasiones que le pusieran en evidencia, se lanzó en la lucha, y pronunció grandes discursos en las asambleas populares (2); Craso puso hábilmente en juego todas las influencias de que disponía en el Senado.

Estimuladas por esta agitación y por la debilidad cada vez más patente del partido conservador, estallaron por todas partes los rencores y los odios mucho tiempo acumulados contra la bandería que había explotado la reacción de Sila. Los espíritus se caldearon, y mientras que los jefes se satisfacían con atacar las leyes, el pueblo quería una víctima. El azar se la en-

(1) En Appiano, *B. C.*, I, 121, y no en Plutarco *Pomp.*, 23; *Craso*, 12, conviene buscar, aunque esté expuesta sumarísimamente, la verdad sobre estos disentimientos y esta reconciliación. En efecto, Suetonio, *César*, 19, afirma, y toda la historia del 70 al 60 lo confirma, que Craso y Pompeyo estaban en mala inteligencia cuando dejaron el consulado.

(2) Véase Suetonio, *César*, 5.

tregó en la persona de un tal Cayo Verres, antiguo oficial del partido popular en la revolución, que, como Cétego, supo saltar á tiempo del barco que iba á zozobrar. Pasado en seguida al servicio del partido conservador, había sido electo pretor para el año 74; enviado luego como propretor á Sicilia, había logrado permanecer tres años en lugar de uno, gracias á la influencia de sus amigos de Roma. ¿Habia robado y saqueado en Sicilia tanto como sus enemigos decían? ¿Las maldades de Cayo Verres no eran—en parte al menos—una leyenda exagerada y difundida por el odio político? Es difícil juzgar á un hombre cuando sólo se poseen los testimonios de la acusación. Sea de ello lo que quiera, lo indudable es que desde mucho tiempo antes se decía en Roma que Verres cometía innumerables abusos, no sólo en perjuicio de los sicilianos, pero también en perjuicio de los ciudadanos romanos; que sus malversaciones iban á arruinar el principal granero de Roma (1). Tan grandes eran las quejas, que su sucesor Lucio Metelo, aunque conservador, fué á Sicilia con la honrada intención de reparar los daños causados por Verres (2) y, alentadas por estas disposiciones, las ciudades de Sicilia enviaron una diputación á Roma para intentar una acusación.

Esta acusación no hubiese tenido probabilidades de vencer en cualquier otro momento, como ocurría en las demás acusaciones que las provincias formularon en Roma, tras la victoria de Sila y de la reacción, pues eran demasiados los intereses que se coaligaban con-

(1) Véase el hermosísimo estudio de Ciccotti, *Il proceso di Verre*, Milán, 1895, pág. 79 y sig.

(2) Cicerón, *in Verr.*, *A.* II, 25, 62 y sig.

tra la verdad y la justicia en estos procesos donde se discutía el derecho de saquear las provincias, que se arrogaban los miembros del gobierno. No pudiendo encontrar jamás un patrono influyente entre los conservadores, obligados á dirigirse al partido democrático, aún muy débil, para hallar en él defensores sin autoridad, los desgraciados pleiteantes veíanse de ordinario reducidos á luchar contra el poder formidable del espíritu de bandería, de las ocultas complicidades, del interés de clase; sin más arma que la justicia de su causa, arma siempre débil. Al contrario, los diputados sicilianos llegaron esta vez á Roma cuando comenzaba la agitación por la reforma de la constitución, y la opinión pública se manifestó inmediatamente en su favor: Pompeyo y los jefes del partido democrático comprendieron que un gran proceso de concusión sería excelente cosa para fomentar la agitación contra el partido conservador y tomaron el asunto por su cuenta, resueltos á no dejarlo ahogar como tantos otros. Si los diputados sicilianos no encontraron de patrono á un hombre ya ilustre, encontraron algo más en la persona de Marco Tulio Cicerón, joven de treinta y seis años, inteligentísimo, elocuentísimo, libre de todo lazo con el partido conservador, y que deseaba convertirse en un gran personaje.

Nacido en Arpino, de una familia de caballeros, y de escasa fortuna, pertenecía á lo que hoy llamaríamos burguesía provinciana; habíanle educado en la honrada sencillez del buen tiempo pasado; había recibido educación literaria esmeradísima, y había ido á Grecia para seguir los cursos de filosofía y elocuencia. Ocupado y absorto en el estudio, su juventud severa, como la de los antiguos romanos, no había conocido las diversio-

nes, las distracciones, las orgías, en que tantos jóvenes de su generación malgastaban el tiempo y la fortuna. Sin embargo, no era la ambición política, la esperanza de desempeñar un gran papel en la República, la que había comunicado á este joven la fuerza necesaria para realizar tan bien el duro aprendizaje de la elocuencia. Cuando vino á establecerse en la gran ciudad—luego de haber heredado de su padre una mediocre fortuna, una tierra en Arpino, una casa en Roma, y un poco de dinero—Sila era omnipotente, y la reacción aristocrática alejaba de la carrera política á los jóvenes que pertenecían á familias ecuestres. Cicerón, que era un hombre honrado y sentía horror de las violencias cometidas por la bandería de Sila, tuvo que persuadirse muy pronto de que las puertas del poder estarían siempre cerradas para un joven como él, que llegaba de Arpino y no quería servir á César ni á sus verdugos. Dotado de todas las cualidades que integran un artista, imaginación, sensibilidad, gusto de la belleza, ávido también de gloria, renunció sin pena á los ensueños de la grandeza política y se propuso ser un gran abogado, el rival de Hortensio y de los grandes oradores, el príncipe del foro. Sus comienzos fueron resonantes. Alentado por su ambición juvenil, por su odio contra el partido de Sila, por su indignación contra las violencias de la reacción, había aceptado la defensa de muchos desgraciados perseguidos con diversos pretextos por los favoritos del dictador. Su defensa más célebre fué la de Roscio. Esta generosa audacia y su elocuencia verdaderamente maravillosa le hicieron pronto célebre; su celebridad le permitió contraer hacia el año 77 un excelente matrimonio con una mujer perteneciente á fa-

milia distinguida y rica. Terencia, que le aportó en dote 120.000 dracmas (unos 120.000 francos). Poseía casas en Roma, y un bosque cerca de Túsculo. Holgado, ya que no muy rico tras este casamiento, Cicerón, que vivía con sencillez, pudo seguir orando en los tribunales, conservando una noble independencia frente al partido conservador, y realizando á perfección el ideal antiguo del abogado, que no admitía que la asistencia legal fuese una profesión retribuída, sino que la consideraba como un deber social que los ricos debían de realizar gratuítamente. Mientras que Hortensio y los demás abogados célebres del partido conservador exigían cantidades enormes, singularmente cuando defendían á los gobernadores acusados de concusión y participaban voluntariamente de sus rapiñas, nadie hasta entonces había observado más estrictamente que Cicerón la *lex Cincia*, que prohibía á los abogados aceptar honorarios de sus clientes. Su honradez, su indiferencia por el dinero, la sencillez de su vida, su valerosa independencia del partido conservador, añadidas á su gran talento y elocuencia, habían atraído sobre él todas las miradas y muchas simpatías, no sólo en el partido democrático, pero también en todas las clases sociales, de manera que, por más de que tuviera poca fortuna y escasa ambición política, sin dificultad fué electo cuestor, sin lucha y sin gastos (1).

Cicerón aceptó con entusiasmo la defensa de los sicilianos. En el mes de Enero, según parece, logró que el pretor Manio Acilio Glabrión rechazase una acusación análoga á la presentada contra Verres, y que dirigía

(1) Véase el admirable trabajo de Boissier, *Cicerón y sus amigos*, 1902, pág. 9, 83 y sig.

contra él mismo Quinto Cecilio, su antiguo cuestor. Ignórase, por otra parte, si esta acusación era fundada ó si se formulaba de acuerdo con Verres. Luego, obteniendo una suspensión de ciento diez días para recoger las pruebas, marchó á Sicilia.

Entretanto, el partido conservador no había podido resistir á los ataques de Pompeyo. Cuando se discutió en el Senado la proposición sobre los poderes de los tribunos, sólo escaso número osó oponerse á ella. Tales fueron Marco Lépido, Marco Lúculo, Cátulo, quienes reconocieron, no obstante, que la proposición de Pompeyo podía parecer justificada por la corrupción de los tribunales senatoriales (1). La mayoría la aprobó (2). Era esto una prueba decisiva de que la oposición al gobierno aristocrático—tras diez años de escándalos y de luchas—se había difundido en todas las clases sociales y aun en una parte de la nobleza, la mejor y peor á la vez, la más joven, la más enérgica é inteligente, la más ambiciosa y corrompida. La antigua sociedad aristocrática y agrícola se había transformado en una sociedad mercantil y plutocrática; de la aristocracia histórica de Roma sólo quedaba cierto número de familias, pobres casi todas (3); las clases elevadas ya no se componían de nobles solamente, sino también de ricos caballeros, de hombres de gran talento, aunque de hu-

(1) Cicerón, *In Verr.*, I, 15; Ascon, *in Cicerón*, *Pro Cornel.*, página 79, edic. Orelli.

(2) Drumann, *G. R.*, IV, 388.

(3) Como ejemplos de familias nobles arruinadas en esta época puede citarse á la familia de Marco Antonio, pretor en el 75 (Drumann, *G. R.*, II, 46); la familia de Apio Claudio Púlquer, cónsul el año 79 y padre del célebre Clodio; de Apio Cl. P., cónsul el 54 y de

milde origen, como Cicerón; en fin, de los hombres más hábiles y audaces en la lucha universal por la riqueza, la cultura y el poder. Verdad que aún había algunas antiguas familias que conservaban las ideas y sentimientos que sobreviven en todas las aristocracias á su ruína política, y que la reacción de Sila había resucitado el odio á las nuevas clases, el desprecio á la época presente considerada como vulgar y corrompida, el prejuicio del principio de autoridad, y por consecuencia, el horror á todo desorden político, lo mismo el insensato y criminal que el necesario al progreso. Esta gente no podía habituarse á la idea de que el hijo del campesino de Velletri ó de Arpino, que había reunido millones gracias á la usura, rivalizase en riqueza con ella y pretendiese compartir con ella las magistraturas; que una muchedumbre de obscuros abogados y de tribunos salidos de abajo pudiese lanzar acusaciones contra los patricios que el pueblo del buen tiempo pasado veneraba como á semidioses; que los zapateros, los artesanos, los pequeños mercaderes al detall, los libertos de Roma osasen silbarles en el foro, negarles sus votos en las elecciones; que ya no se les respetase nada, ni el nacimiento, ni la fortuna, ni la prudencia. Al contrario, muchos nobles comprendían que ya no podía tratarse á la clase media y á los caballeros, tan poderosos ahora, como dos siglos antes; que el espíritu del tiempo había cambiado; que era necesario dar satisfacción á

---

Clodia (Drumann, *G. R.*, II, 184 y sig.); de Cneyo Pisón (Salustio, C. C., 18); de Plubio Léntulo Sura (*id.* 17). Véase lo que hemos dicho de la familia de César. Plutarco (*Cic.* 10) habla de la pobreza de la antigua nobleza romana en esta época.

las clases nuevas; y por interés, por convicción filosófica, por ambición, se adaptaban á este régimen social en que, á pesar de todas las protestas, la inteligencia y la riqueza vencían á la nobleza de raza. Además, adaptarse á las transformaciones democráticas de las costumbres y de las instituciones era el más seguro medio de conservar la influencia social de la nobleza. La centralización de las funciones políticas en Roma, los negocios, la falta de tradiciones y de celebridad, los terribles recuerdos de la revolución y de la reacción alejaban de la política á casi todo el orden ecuestre y á la clase media; de suerte que, sin recurrir á las grandes familias nobles que todavía no habían desaparecido, no se hubiesen encontrado los magistrados de toda especie que se necesitaban para gobernar el imperio. Si la nobleza no se obstinaba en sus pretensiones absurdas y anticuadas, aún podría distribuirse casi todos los empleos del Estado.

Tras este primer éxito, la obra de Sila fué atacada por todas partes. El tribuno Plocio, secundado por César, hizo aprobar una amnistía para todos los supervivientes de las guerras civiles, las guerras de Lépido y de Sertorio inclusives (1). La censura, suspensa desde siete años antes, quedó restablecida, y el censor Lucio Gelio y Cneo Léntulo limpiaron el Senado—en Abril ó Mayo—de muchos amigos de Sila, arrojando entre otros á aquel Cayo Antonio Ibrida, inútilmente acusado por César el año 77. Lucio Aurelio Cota, noble de espíritu democrático, propuso que se concediera á los caballeros el poder judicial: eran ricos casi todos y ya

(1) Suetonio, *César*, 5.

no se les podría corromper (1). Pero las cosas se complicaron; y la reforma judicial encontró una oposición mucho mayor que las otras. Esta ley, propuesta cuando todo el público se interesaba tan vivamente en favor de los acusadores sicilianos de Verres, alarmó al campo conservador. Los tribunos habían recobrado sus antiguas prerrogativas, y era suficiente acusar á un hombre poderoso para que todos le condenasen sin apelación. ¿Iban, pues, á otorgar el poder de que juzgasen á los senadores sus viejos enemigos, los caballeros? ¿Iban á estar á merced de sus súbditos todos los gobernadores de las provincias? ¡Las diputaciones llegarían cada año de todas ellas para pedir justicia en Roma y los tribunales, bajo la presión de la opinión pública, condenarían inexorablemente! Las buenas resoluciones y la hermosa moral de todos los partidos y de todas las clases, sólo duran de ordinario el tiempo que con ellas puede conservarse el poder. Muchos conservadores admitían de antiguo que era necesario mejorar la justicia y reprimir los abusos; pero en el temor de que la justicia se ejerciese contra ellos mismos, no dudaron en rechazar todos los proyectos de reforma. No sólo procuraron que fracasase la ley judicial; pero también intentaron salvar á Verres, cuyo proceso y condena debían de precipitar á su partido en la vergüenza y en el descrédito. Se decidió presentar candidatos para todas las magistraturas más importantes y emplear todos los medios para que pudieran triunfar: Quinto Hortensio, el célebre abogado, y Quinto Metelo serían los

(1) Cicerón, *In Verr.*, *A*. II, II, 71, 174; II, 96, 233.—Véase Lange, *R. A.*, III, 193.

candidatos para el consulado; Marco Metelo, hermano de Quinto y de Lucio, gobernador de Sicilia, aspiraría á la pretura. Estos candidatos y otros hombres notables de la aristocracia, como Cayo Escribonio Curión, se entendieron pronto con Verres. Éste aceptó secundarlos con todas sus fuerzas durante las elecciones. Hortensio se encargó de su defensa; Quinto y Marco Metelo escribieron á su hermano Lucio para que hiciese desaparecer las pruebas de los desavíos cometidos por Verres. Si resultaban electos, si la ley de Cota era rechazada, procurarían diferir el proceso hasta el año siguiente, y entonces se discutiría ante un tribunal de senadores presidido tal vez por Marco Marcelo, y Verres tendría á un cónsul por defensor (1).

Apesar de las intrigas de Metelo, Cicerón pudo entretanto hacer su información y volver en la época indicada, esto es, hacia fines de Abril con una cartera bien repleta de documentos (2); pero no pudo discutir inmediatamente el asunto. Necesitaba esperar el término de otro proceso contra un gobernador de Macedonia, instruído, según parece, para diferir el de Verres. Con esta intención, por lo menos, se procuraba ganar tiempo llevando las cosas muy lentamente. Sin embargo, el retraso tenía más ventajas que inconvenientes para Cicerón, que deseaba presentarse candidato para la edilidad, y quedaba así más libre para ocuparse en su elección. Diferido el proceso de Verres, contenido por la oposición de los conservadores el proyecto de Cota, la fuerza de los dos partidos tenía que haberse concentra-

(1) Ciccotti, *P. V.*, 155.
(2) *Idem*, 162.

do para las elecciones, que iban á celebrarse, como de costumbre, hacia mediados de año. Desgraciadamente, cuando Cicerón volvió de Sicilia, el partido democrático estaba amenazado de una crisis precoz, pocos meses después de su primera victoria, por haber recomenzado el antagonismo entre Craso y Pompeyo. Los historiadores de la antigüedad apenas nos informan sobre los motivos y circunstancias de esta discordia que implicó tan grandes acontecimientos, pero es probable que la determinase los proyectos de Pompeyo. Pompeyo era el tipo perfecto del hombre de talento que no posee la energía creadora del genio, pero que aprende en seguida las novedades creadas por los hombres de genio y que es hábil en aprovecharse de ellas. Si le hubieran enviado á Oriente en lugar de Lúculo es muy probable que no hubiese osado lanzarse en una aventura tan peligrosa; hubiese procedido con la prudencia tradicional de todos los generales romanos; pero ahora, tras los éxitos resonantes de Lúculo, había comprendido desde luego lo que esas conquistas mostraban á los espíritus clarividentes: que la tímida política del Senado en Oriente se conformaba mal con la realidad; que aquellas grandes monarquías asiáticas, tan imponentes de por fuera eran debilísimas; que se las podía someter fácilmente con una política algo enérgica, extendiendo así la dominación y explotación financiera de Italia por nuevos y ricos campos; dando al mismo tiempo á los generales y á los partidos un nuevo medio de conquistar gloria, riquezas é influencia. Había concebido, pues, el proyecto de que se le envíase á Oriente para sustituir á Lúculo como procónsul (1)

(1) Mommsen, *R. G.*, III, 106.

para recoger la cosecha de ese campo que Lúculo había cultivado durante cuatro años, y asegurar también á su partido la dirección y explotación de la nueva política oriental creada por Lúculo, cuya importancia apenas parecían comprender los conservadores. Desgraciadamente, también ahora se complació Craso—siempre celoso de su colega—en entorpecerle el camino y hacerle una oposición obstinada, defendiendo en política exterior la causa de Lúculo, que era la del partido conservador, y con tal encarnizamiento lo hizo, que los dos cónsules no tardaron en estar desacordes en todo (1). Tal discordia tenía que ser funesta al partido popular, que apenas comenzaba á resurgir luego de ser largamente perseguido, y que no poseía una organización tan sólida como la del partido conservador que, á pesar de sus derrotas, estaba bien provisto de clientes, hombres y dinero. En efecto, el partido popular quedó de tal modo paralizado con las querellas de sus jefes, que ya no fué capaz de hacer nada. Hacia mediados de año dejó que Cota defendiese sólo su ley; en las elecciones del 69, dejó elegir á los candidatos conservadores para el consulado y á Marco Metelo para la pretura. Verres, en la embriaguez de esta victoria y de acuerdo con sus protectores, quiso intimidar por medio de Hortensio y de Metelo á los embajadores sicilianos para obligarles á retirar su acusación, y hacer fracasar á fuerza de dinero la candidatura de Cicerón en las elecciones de los ediles. La derrota de Cicerón hubiese descorazonado definitivamente á los sicilianos—pues ya les inquietaba el resultado

(1) Plutarco, *Pomp.*, 22.

de las elecciones consulares—y todo hubiese concluído en pocos días (1).

Sin embargo, la impresión causada por las elecciones fué tan mala, que Pompeyo, los hombres significados del partido popular y la opinión pública, reconocieron algo su torpeza. Cicerón, sostenido con energía por el partido democrático, fué electo edil. La ley de Cota quedó al fin aprobada, gracias á un esfuerzo más vigoroso y á algunas hábiles concesiones. Los jueces no se escogerían sólamente entre los caballeros, sino entre los senadores, los caballeros y los ricos plebeyos (2). Se excitó á los sicilianos para que se mantuviesen firmes y se prosiguió con energía el proceso de Verres, cuya primera audiencia quedó fijada para el 5 de Agosto. Llegó un momento en que sólo se hablaba en Roma y en Italia del proceso inminente; pero se pensaba en él como de un espectáculo de gladiadores, en que, ante un público ávido de emociones, un joven orador de porvenir pediría la condena de Verres contendiendo contra el príncipe de los oradores romanos, y en que todos los recursos y artificios de la elocuencia del foro se emplearían de una y otra parte con soberana habilidad. Las referencias, las previsiones favorables ó desfavorables se sucedían: uno sabía que se iba á intentar la corrupción de los jueces designados por la suerte; otro hablaba de pruebas aplastantes recogidas en Sicilia, pero que se conservaban secretas para dar el golpe de gracia; los escépticos decían que, como tantas otras ratas cogidas en la trampa, ésta escaparía

(1) Cicerón, *in Verr.*, A. I., 9.
(2) Cicerón, *A.*, II, 5, 69, 178.

también sin dejar el rabo siquiera. Los grandes aficionados á la elocuencia estaban singularmente impacientes de asistir al duelo oratorio entre Cicerón y Hortensio. Cicerón era un joven muy estudioso y lleno de talento; pero le faltaba la experiencia de sú adversario. Una y otra parte se preparaban á la lucha. Cicerón, excitado por la expectación universal, advirtió que se trataba para él de una prueba decisiva, y, renunciando á las sutilezas con adversarios tan hábiles y poderosos, comprendió que necesitaba sustentarse en la opinión pública, tan favorable á los acusadores, ir resueltamente adelante, impresionar el ánimo de las masas con una serie de revelaciones extraordinarias é inesperadas. Se esforzó, pues, en agrupar los testimonios del modo más adecuado para causar una impresión profundísima en la muchedumbre, y preparó para cada grupo de testimonios un discursos breve, pero firme y preciso (1). De otro lado, Verres y sus amigos, estimulados por el éxito de las elecciones, procuraban engañar y atraerse á los testigos; hacían que les enviásen de las ciudades de Sicilia elogios en favor de Verres; estudiaban un plan de defensa lleno de astucias para contener los ataques furiosos de los acusadores. Procuraban ganar tiempo para poder llegar al 16 de Agosto, día en que se suspenderían las audiencias durante otros quince para celebrar los juegos prometidos por Pompeyo desde la guerra contra Sertorió; luego se continuaría la misma maniobra, de suerte que el proceso se difiriese hasta el año siguiente. Así confiaban triunfar: en efecto, había frecuentes suspensiones de los tribunales durante los me-

(1) Ciccotti, *P. V.*, 176 y sig.

ses que quedaban: del 4 al 19 de Septiembre para los juegos romanos, del 26 de Octubre al 4 de Noviembre para los juegos de la victoria; del 4 al 17 de Noviembre para los *ludi plebei* (1).

Cuando el proceso comenzó en la mañana del 5 de Agosto, una enorme muchedumbre se estrujaba en el foro, alrededor de los bancos dispuestos para los jueces, los testigos y los partidos. Verres llegó con Hortensio. Muchos grandes personajes les acompañaban: su marcha era firme; su continente, audaz; tenía plena confianza en las astucias largamente meditadas con su abogado. Desgraciadamente para él, su asunto no era sólo un proceso de concusión: la política se mezclaba á él, y Cicerón se había dado mejor cuenta que Hortensio del estado en que se encontraba el espíritu público. Cuando los documentos y testimonios hábilmente dispuestos por el joven acusador fueron conocidos del público, cuando el largo suplicio soportado por Sicilia fué contado y exagerado en el foro por los testigos indignados, las cóleras acumuladas durante diez años contra Sila, la reacción y el partido conservador, se desencadenaron de súbito. Algunos testimonios patéticos emocionaron al público hasta arrancarle lágrimas; otros sublevaron murmullos de indignación; otros provocaron gritos de rabia. Al terminar cada audiencia, las revelaciones hechas en el proceso se difundían inmediatamente por toda la ciudad: deformadas, abultadas al pasar de boca en boca, indignaban á todos; y al siguiente día, una muchedumbre aún mayor se estrujaba en el foro, procurando oir los terribles relatos, gritaba y

(1) Ciccotti, *P. V.*, 175 y sig.

se indignaba, aunque nada oyese, cuando veía á la gente más próxima al tribunal gritar ó indignarse. Un día contó cierto testigo que Verres había ordenado crucificar á un ciudadano romano, que inútilmente había exclamado: *Civis romanus sum*. Fue éste un momento terrible: la muchedumbre se volvió furiosa, y si el pretor no hubiese suspendido en seguida la audiencia, Verres hubiera sido despedazado en el foro. No se juzgaba á un hombre, sino que se ejecutaba á un partido, á un gobierno, á toda una época; y la conciencia pública, tanto tiempo obligada á callar, se aliviaba al fin desencadenando su furor contra este desgraciado propretor entregado á su odio por la casualidad, y obligándole á expiar, no solamente sus faltas, pero también todas las violencias cometidas por Sila, por su bandería, por la reacción. Tal fué el furor del pueblo, que Verres y sus amigos, que no esperaban tanto, se sintieron anonadados y perdieron el valor. Durante trece días quisieron resistir; pero viendo que el público se sobreexcitaba cada vez más, llegó un momento en que comprendieron que los jueces no se atreverían á absolver al acusado. El decimocuarto día se suspendió el proceso, y Verres, para salvar una parte de su fortuna, abandonó la lucha y marchó voluntariamente al destierro (1). Desapareció por siempre, tomando el camino solitario y obscuro del olvido universal, mientras que Cicerón, convertido ahora en uno de los principales personajes de Roma avanzaba á grandes pasos por el largo camino asoleado de la gloria. Ninguno de ambos pensaba al volverse las espaldas para ir á destinos tan diferentes, que sus

(1) Ciccotti, *P. V.*, 171-194.

opuestos caminos les harían encontrarse otra vez, al cabo de veintisiete años, al borde del mismo abismo.

Mientras que esto ocurría en Italia, Lúculo había ido á pasar el invierno del 71-70, á la provincia de Asia para la que había sido nombrado gobernador, y que encontró asolada por las vejaciones que los financieros italianos hacían sufrir á las poblaciones. Lúculo, aunque hubiese cambiado en muchas cosas, seguía conservando de su juventud la aversión que la nobleza de antigua raza sentía por los financieros. Envalentonado por sus éxitos, había procurado con su ardor y su energía ordinarios renovar la política de Rutilio Rufo, adoptando medidas para contener la avaricia de los publicanos, sin tener en cuenta los poderosos enemigos que irritaría esta política liberal (1). ¡Sentíase tan fuerte, tan grande, tan seguro de sí mismo y forjaba en su espíritu exaltado tan vastos designios! ¿No quería invadir y conquistar todo el reino de Tigranes, rey de Armenia y yerno de Mitrídates, á cuyo lado había éste buscado un refugio? Gracias á la debilidad de la política romana durante los cincuenta años últimos, gracias también á los últimos sucesos—la guerra de Bitinia y la conquista del Ponto—que habían distraído al Senado romano de cualquier otro objetivo, Tigranes había podido durante los quince años precedentes agrandar su imperio en todas direcciones, con las conquistas, las alianzas, las sumisiones: al Norte hasta el Cáucaso, donde las poblaciones semibárbaras de los albaneses y los iberos le habían reconocido por soberano; al Sur, al Este y al Oeste, donde había conquistado casi todo el imperio de los Seléucidas,

(1) Plutarco, *Lúc.*, 20.

las llanuras de Cilicia, Siria, Fenicia; había despojado á los partos de muchas provincias y recibido la sumisión de los sátrapas de la Gran Media, de la Media Atropatena, de la Gordiana (1). Lúculo quería extender su política agresiva á este mismo imperio.

El águila romana, pequeña, pero feroz, agitaba furiosamente las alas, procedente del Ponto, para caer sobre el enorme y soñoliento paquidermo. Sin embargo, el general romano había querido realizar la conquista definitiva del Ponto para no tener enemigos á retaguardia. Mientras enviaba á su cuñado Apio Claudio para que Tigranes le entregase á Mitrídates (2), seguro, por otra parte, de la negativa, que le serviría de pretexto para declararle la guerra, él marchó por la primavera del 70 á terminar el sitio de Sinope y de Amasia, que se rindieron en el otoño, y á las cuales pudo ahorrar Lúculo una parte, cuando menos, de las brutalidades soldadescas, por más de que, aun en estas ciudades, buen número de habitantes quedasen prisioneros (3). Heráclea tuvo que sufrir mucho más durante la primavera. El estúpido y feroz Cota la sitió por tierra, mientras que Triario, hábil, pero todavía más feroz, la sitiaba por mar. Cuando lograron tomarla, saquearon sin piedad las casas y los templos, recogiendo el oro, la plata y los muebles artísticos; acuchillaron ó redujeron á esclavitud toda la población; hasta hurtaron la maravillosa estatua de Hércules, célebre en todas las costas del mar Negro por su maza hábilmente

---

(1) Reinach, *M. C.*, 310 y sig.; Estrabón, XI, 14, 15 (532).
(2) Plutarco, *Lúc.*, 21.
(3) Reinach, *M. E.*, 356.

cincelada, por la piel de león, el carcaj, las flechas que eran de oro macizo. Luego incendiaron la ciudad, y mientras que el humo ascendía al cielo, los navíos romanos abandonaron el puerto, tan cargados de botín, que muchos se hundieron durante el viaje (1).

Entretanto, la respuesta de Tigranes había llegado: no consentía en la entrega de Mitrídates. Parece ser que exhortado por sus consejeros, que presentían un rival en Mitrídates, el rey de Armenia no había querido recibirle, relegándole, por decirlo así, á la lejana residencia de una de sus fortalezas; pero no quiso ceder á las intimidaciones del general romano, temiendo rebajarse así al rango de un rey vasallo. Ya existía un pretexto para la invasión que debía comenzar en la primavera del 69.

(1) Memnón, 51, 52.

## X

### La conquista de Armenia y las deudas de Italia.

Entretanto, el año 70 había concluído mal en Roma para el partido popular. Pompeyo había quedado de tal modo sorprendido, desconcertado, exasperado por las intrigas de Craso, que hubo de renunciar á su designio de reemplazar á Lúculo, y declaró que, cuando terminase su consulado, volvería á la vida privada (1) sin aceptar otra provincia. Craso, satisfechísimo de haber desconcertado los cálculos de Pompeyo, también se quedó en Roma, renunciando á obtener una provincia que le hubiese reportado muchos menos beneficios que sus negocios. Los conservadores, algo tranquilizados con el fracaso de Pompeyo y con las magistraturas que habían conseguido, empezaron á reponerse de las alarmas que sufrieron el año precedente. Por otra parte, el imperio estaba tranquilo desde la derrota de Mitrídates. La única guerra por el momento era contra los piratas de Creta, que, tras la derrota de Mitrídates, habían en vano enviado embajadores á Roma para concertar la paz (2).

---

(1) Veleyo, II, 31.
(2) Appiano, *Sic.*, VI, 1.

Sólo Lúculo no descansaba. En la primavera del año 69 emprendió la conquista de Armenia con dos legiones y algunas tropas auxiliares asiáticas, gálatas y tracias, apenas veinte mil hombres en conjunto (1), y sin poseer más que muy vagos informes sobre este país, donde Mitrídates y Tigranes, amigos ahora á consecuencia de las intimidaciones de Lúculo, apercibían contra él un fuerte ejército. Si al realizar la conquista del Ponto, Lúculo había interpretado de una manera muy latitudinaria las órdenes del Senado, al invadir la Armenia inauguraba definitivamente y á su propia costa la política de iniciativa personal de los generales. Sin detenerse más que por la noche, sin consentir que su ejército reposase, descendió rápidamente hasta el Eufrates por el gran camino de las caravanas que atravesaba la Melitena, cruzó el Eufrates, marchó sobre Tigranocerta, y rechazó con tanta violencia el ejército del general Mitrobarzanes, que espantado Tigranes, se retiró precipitadamente al Norte de Armenia, dejando en Tigranocerta á un general con sus tesoros y su harén (2). Lúculo sitió á Tigranocerta, pero muy luego Tigranes, que poseía un ejército de ochenta mil hombres (3), se repuso del miedo, rectificó su primera decisión como había previsto (4) Lúculo, y movido de un acceso de impaciencia, se dirigió en socorro de la ciu-

---

(1) Véase la juiciosa crítica que hace Reinach, *M. E.*, 358, n. 1, de las cifras que dan Plutarco, *Lúc.*, 24, y Appiano, *Mitr.*, 84.

(2) Plutarco, *Lúc.*, 24, 25.

(3) Reinach, *M. E.*, 360, aceptando entre diferentes cifras las de Memnón, c. 57, que son las menos elevadas.

(4) Plutarco, *Lúc.*, 26

dad sin esperar siquiera á Mitrídates, que estaba ya en camino con un gran cuerpo de caballería. Lúculo dejó entonces seis mil soldados en las trincheras, bajo el mando de Murena (1), y con unos catorce mil hombres, entre caballeros é infantes, salió al encuentro del ejército que acudía á librar á la ciudad. Cuando ambos ejércitos se divisaron en las dos márgenes del Tigris, Tigranes y su estado mayor, excepto algunos generales que conocían mejor á los romanos, pensaron que el enemigo se retiraría ante un ejército cinco veces mayor. Pero Lúculo, á quien las victorias habían dado todavía más audacia, no dudó: una mañana vadeó el Tigris, y lanzó su pequeño ejército sobre los armenios como una jauría de mastines sobre un enorme rebaño de carneros. El ejército armenio quedó derrotado y el rey pudo salvarse con una débil escolta. Libre de Tigranes, Lúculo volvió al sitio de Tigranocerta, de la que no tardó en apoderarse. Y entonces, con la alegría de un tan gran éxito, este hombre violento y desigual se abandonó súbitamente á sus instintos generosos, ahogados hasta entonces por su irritabilidad, por su impaciencia, y por la extremada tensión de su espíritu: quiso mostrar con actos de brillante generosidad su admiración respetuosa por el helenismo, ordenando que se respetasen las mujeres y las propiedades de los griegos; expidió para su patria á los habitantes de las ciudades griegas y á los bárbaros que Tigranes había importado para poblar la ciudad; reconoció esta vez que las legiones tenían derecho á percibir una parte de los ocho mil

(1) Plutarco, *Lúc.*, 27.

talentos (unos cuarenta y ocho millones) que encontró en el Tesoro real, y de los otros dieciséis millones que obtuvo por la venta de los objetos cogidos. Cada soldado recibió—¡agradable sorpresa tras tantos rigores!—un presente de ochocientas dracmas (1). Los antiguos tributarios de Tigranes que se rindieron fueron tratados con benignidad; Antíoco el Asiático fué reconocido rey de Siria; el ejército fué trasladado á la Gordiana para pasar el invierno. Durante el invierno, en estos dulces países, Lúculo, dueño ahora de las provincias armenias al Sur del Tigris, meditó una empresa aún más grande para el año siguiente; recomenzar la aventura de Alejandro Magno, invadir á Persia, conquistar el imperio de los partos. Ya había enviado un embajador á su rey para que abandonase su alianza con Tigranes.

El senador que en Roma había obtenido con gran trabajo y por las intrigas de una bella cortesana el mando de una provincia pequeña, y que había desembarcado en Asia con un modestísimo ejército reclutado deprisa, se había convertido en Oriente, al cabo de seis años y con sus escasas legiones, en el émulo de Alejandro Magno. Audaz, infatigable, seguro de sí mismo, sin dudar, obraba siempre á su capricho y como si el Senado ya no existiese, sin retroceder ante ningún obstáculo, ni ante las llanuras inmensas, ni ante las montañas cubiertas de nieve, ni ante ejércitos cinco veces mayores que el suyo, ni ante fortalezas inexpugnables; marchaba siempre adelante, emprendiendo tras cada

(1) Estrabón, XI, XIV, 15 (532); Plutarco, *Lúc.*, 29; Reinach, *M. E.*, 363.

triunfo una nueva aventura más remota, como si jamás pudiera ver el límite postrero de su ambición; recogiendo en todas partes inmensos tesoros; complaciéndose en representar á su manera el papel de gran protector del helenismo, por una caprichosa extravagancia de generosidades sin ejemplo en la historia militar de Roma. ¿Cuando los pueblos supersticiosos de Oriente le adoraban casi como á una aparición divina, no debía Italia de admirarle, al menos como creador de la nueva política tanto tiempo deseada? Desgraciadamente, Italia comenzaba á estar agitada por una crisis social y económica que había de turbar paulatina y profundamente el espíritu público y sus juicios sobre los hombres y los acontecimientos. El oro y la plata afluían á Italia. Á los tesoros ya acumulados por las generaciones precedentes se añadían nuevos tesoros conquistados por la fuerza de las armas ó del dinero ya poseído: los capitales que Marco Lúculo había recogido en el saqueo de las aldeas tracias ó de las ciudades griegas del mar Negro; los que enviaba su hermano Lucio, los intereses de los capitales prestados á usura ó empleados en diferentes partes del imperio; el botín personal que al volver de la guerra habían traído soldados y oficiales; los tributos pagados al Estado. La república tenía entonces un presupuesto anual de 50 millones de dracmas (1) que, si se supone entre el valor del oro y el de la plata la relación de 1 á 15 que existía en Europa antes de la última baja del metal blanco, representaría una suma de 38 á 39 millones de francos, cuya mayor par-

(1) Plutarco, *Pomp.*, 45.

te procedía de las provincias (1). Pero las necesidades del dinero aún crecían con más rápidez. Necesitábase dinero, cada vez más, para comprar en todo el imperio el trigo necesario para abastecer á Roma. Necesitábase dinero para preparar las guerras, para pagar y sostener los ejércitos de España, de Macedonia, de la Galia narbonesa. Necesitábase dinero para prestarlo á los particulares, á las ciudades, á los soberanos extranjeros. Necesitábase dinero para satisfacer el gusto del lujo que crecía y se difundía por todas partes. En fin, necesitábase dinero, mucho dinero, para saciar el furor de los negocios, que se contagiaba y absorbía ahora á Italia entera. El impulso de los negocios, comenzado con el restablecimiento del orden adquirió en pocos años una velocidad vertiginosa. Hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ricos capitalistas y propietarios de las pequeñas ciudades, modestos mercaderes, artesanos, libertos, febriles todos por las esperanzas ardientes y engañosas, se disputaban la tierra de Italia, la vendían, la rescataban en una serie de rápidas y contínuas especulaciones agrarias que eran el resultado de tres grandes hechos: la ley de Espurio Torio, que, trans-

---

(1) Sin embargo, la relación parece haber sido más favorable á la plata. Ordinariamente debía ser de 1 á 12. Por consecuencia, la suma correspondiente sería mayor. También habría que tener en cuenta el mayor valor que entonces tenían los metales preciosos, cosa muy difícil; pero aunque se cuadruplique el valor de esta suma, que resultaría entonces de 160 millones de nuestra moneda actual, se ve que el presupuesto del más grande imperio de la antigüedad era inferior á la de un rico y pequeño Estado europeo como Suiza, Bélgica ú Holanda. Esto puede sugerir una idea de la pobreza del mundo antiguo en comparación del mundo moderno.

formando en propiedades privadas gran parte del suelo, había aumentado la extensión de las tierras para vender y comprar; el espíritu mercantil que se propagaba hacía siglo y medio, y, en fin, el derecho de ciudad, que había conferido á todos los italianos los privilegios de los ciudadanos romanos. En adelante todos los italianos, no necesitando para ello más que la presencia de siete ciudadanos romanos, podían por medio de la *mancipatio*, comprar y vender tierras de Italia, y aún traficar á lo lejos, comprando á la medida como se hace con el trigo, y no tal propiedad con tales límites, sino tantas fanegas de tierra en una región (1). Muchas personas compraban y vendían rápidamente tierras como ahora se hace en Australia, especulando al alza ó á la baja de los precios. Otros compraban esclavos capaces de convertirse en buenos agricultores y plantaban viñas, olivares, árboles frutales para competir con Oriente. Pero como los más no poseían capitales suficientes y la institución griega de las hipotecas, recientemente introducida, hacía más fáciles las operaciones de crédito, no se tardó en abusar de ellas. El que había comprado un campo, lo hipotecaba para comprar esclavos y plantar viñas. El que poseía un terreno en la ciudad lo hipotecaba para obtener dinero y construir una casa. Otros hipotecaban sus tierras para prestar el dinero en las provincias, en Asia ó en África, á los particulares, á las ciudades, á los soberanos, en la esperanza de que así les produciría más (2). Apenas preocupaba que el dinero, siendo tan buscado, costase tan carísimo. Luego de

(1) Weber, *R. A. G.*, 98 y sig.
(2) Cicerón, *pro Sul.*, 20.

haber contraído á la ligera una primer deuda para mejorar los cultivos, para levantar una casa, para vivir con lujo, se contraían otras nuevas para pagar los intereses demasiado altos de la primera; el deudor se comprometía cada vez más, siempre en la esperanza de poder algún día reembolsarlo todo, y al contrario, en riesgo de perderlo todo (1). Muchas personas comenzaban á encontrarse en Italia en esta peligrosa situación (2). En cambio, los que poseían capitales y sabían emplearlos bien se enriquecían efectivamente; y nadie se enriqueció tan pronto como Craso que, con tenacidad incansable, trabajaba en aumentar su fortuna y poder. Craso, al revés de tantos imprudentes, no compraba terrenos á precios elevadísimos en la esperanza de que aún se elevase su valor; sino que traficaba con los especuladores temerarios que carecían de capitales. Compró gran número de esclavos en Oriente, escogiendo con cuidado los que eran hábiles en el arte de construir: ingenieros, arquitectos, maestros de obras; con ellos montó una especie de escuela para enseñar este arte á los jóvenes esclavos, y los alquilaba en seguida á

---

(1) Véase el importantísimo pasaje de Cicerón en las *Catilinarias*, II, VII, 118, donde describe admirablemente las condiciones económicas de los campos italianos y el gran número de propietarios entrampados. Sabemos que en esta época los nuevos métodos de cultivo despertaban gran entusiasmo en Italia, y es verosímil que buena parte de estas deudas se contrajesen por la prisa que se ponía en experimentarlos. Se pronunció el discurso en el año 63; puede suponerse que hacia el año 68, á que hacemos aquí referencia, se empezó ya á centraer deudas.

(2) Véase en Plutarco, *Craso*, 2, la interesante opinión de Craso sobre el tráfico de los terrenos y de las casas en Roma.

los modestos constructores de casas, que eran demasiado pobres para comprar con su dinero esclavos tan caros. Los incendios, frecuentísimos en Roma, donde muchas casas eran de madera, y donde los ediles no se preocupaban de organizar un servicio para extinguirlos, habíanle sugerido la idea de otro negocio ingeniosísimo: formó con esclavos una escuadra de bomberos y colocó vigías en todos los barrios de Roma: cuando se declaraba un incendio, el vigía corría á advertir á la escuadra; llegaba ésta, pero acompañada de un agente de negocios de Craso, que compraba casi por nada la casa incendiada, y con frecuencia las casas vecinas amenazadas por el fuego; luego, terminado el negocio, hacía apagar el fuego y reedificar la casa. De esta manera adquiría con pocos gastos muchas casas y se convertía en uno de los más grandes propietarios de Roma así en terrenos como en casas, que cambiaba en seguida, vendía, volvía á comprar de diferentes maneras (1). Como era uno de los más ricos, si no el más rico de Roma, á medida que la penuria del dinero aumentaba este gran manejador de millones dominaba en Roma, en el Senado, en los comicios, al frente de su ejército de empleados, de administradores, de secretarios, con ayuda de sus libros de cuentas, donde figuraban los nombres de los arrendatarios, de los mercaderes, de los constructores, á quienes había alquilado esclavos, de los innumerables inquilinos de sus casas, de los senadores que le habían tomado dinero á préstamo.

---

(1) Plutarco, *Craso*, 2.

Este malestar creciente y estas preocupaciones del dinero engendraban una crisis que agriaba el movimiento popular, convirtiéndolo, de político que era, en social. Siempre ocurre lo mismo en las democracias donde sólo algunos ciudadanos son ricos y el mayor número vive en la miseria. Nadie se preocupaba ya de continuar las reformas democráticas de la constitución comenzadas en el año 70: este problema que, durante diez años, tanto había apasionado á Italia, ya no interesaba á la opinión pública, harto caprichosa; y el partido popular parecía haber recaído en la desorganización y debilidad de antaño, sin programa y sin jefes. Craso había reingresado en las filas de los conservadores y en todas partes laboraba con ellos, por odio á Pompeyo; Pompeyo se mostraba poco en público, casi nunca bajaba al foro para informar, y sólo admitía á un escaso número de personas en su intimidad (1). Cuanto á César, no teniendo cosa más importante que hacer en este período de tregua, se divertía, contraía deudas aprovechando las relaciones de su familia con la alta burguesía capitalista, procuraba hacerse popular en la plebe por sus prodigalidades, por su habilidad, por su elocuencia, por sus maneras amables, y también por algún embuste un poco audaz que impresionase la imaginación de las muchedumbres. Así, sabiendo que la multitud, por democrática que sea, se extasía siempre ante los descendientes ilustres, no se contentaba ya con ser el descendiente de Mario: pretendía tener por antepasados de parte de su padre al rey Anco Marcio, y de la parte materna á Venus en persona. Era ésta

(1) Plutarco, *Pomp.*, 23.

una actividad bastante mezquina; pero nada más importante tenía que hacer por el momento.

Sin embargo, esta tranquilidad sólo era aparente. Si Pompeyo parecía estar disgustado de la política, su retiro y su silencio sólo eran artificios para que le echasen de menos. Quería resarcirse de Craso y del partido conservador; que le enviasen—el medio era lo de menos—á ocupar el puesto de Lúculo en Oriente, y puesto que nada podía esperar del Senado, harto dominado por Craso, preparaba sigilosamente una agitación popular que obligase al Senado á deponer á Lúculo y concederle su puesto. Esta agitación comenzó el año 69 por una hábil campaña contra Lúculo, emprendida en Roma entre todas las clases sociales. Es probable que Pompeyo sostuviese con toda su influencia las reclamaciones formuladas por los ricos publicanos contra las reformas introducidas por Lúculo en Asia; que procurase incorporar á su causa los altos financieros, prometiendo abolir cuanto había hecho el vencedor de Mitrídates. Es seguro que él inspiró la campaña comenzada en este momento contra Lúculo por los tribunos de la plebe, que procuraban excitar en su daño los prejuicios y rencores antiplutocráticos de que siempre está animada la muchedumbre en las épocas de crisis y miseria. Repetían estos tribunos que, cuando todos los italianos estaban en la miseria, algunos privilegiados se apropiaban enormes partes del botín que pertenecía al Estado, es decir, á todos (1); atacaban con singular violencia á Lúculo, que hacía entonces la más lucrativa de todas las guerras. Si algunos ciudadanos ricos

(1) Véase Cicerón, *De leg. agr.*, 1, 4, 12; 2, 22, 59.

y eminentes solían dejarle al morir legados y herencias (1) para testificarle su admiración, la muchedumbre, pobre é ignorante, daba crédito á los rumores malévolos que se hacía circular sobre los tesoros que enviaba á Italia. Hasta se llegaba á sentir piedad por los reyes de Armenia y de Oriente, á los que, según se decía, despojaba por propia cuenta, en lugar de hacer la guerra y cumplir las órdenes del Senado. También parecía que su mando en Oriente había durado ya demasiado tiempo (2). Tras la batalla de Tigranocerta, hasta se le acusó por el rumor público de no haber perseguido á Tigranes sólo por prolongar la guerra y continuar el saqueo (3). Casi se acusaba al Senado de no atajarle en su marcha victoriosa.

Lúculo, en el fondo de Asia, apenas prestaba atención á esas murmuraciones que quizás no hubiesen tenido gran trascendencia si detrás de los tribunos no se escondiesen los ricos publicanos y Pompeyo. Pero éstos eran poderosos, y mucho más cuando, como entonces, estaban apoyados en la opinión pública. En el decurso del año 69, y á pesar de que Lúculo estuviese fuertemente sostenido en el Senado por Craso y el partido conservador, el Senado tuvo que hacer algo, obligado por la opinión pública y por las intrigas de los financieros. Procurando molestar lo menos posible á Lúculo y satisfacer en el punto esencial á los financieros que eran los más poderosos aliados de Pompeyo, se contentó con quitar á Lúculo — por el año 68 — el

(1) Cicerón, *Pro Flac.*, 34, 85.

(2) Plutarco, *Lúc.*, 24 y 33.

(3) Dión Casio, 36, 330 fr. 2 (Gros).

gobierno de Asia, que entregó á un propretor (1). Pero poco tiempo después, Pompeyo encontró otros aliados con los que no contaba: los mismos soldados de Lúculo. Las legiones que éste había dejado en el Ponto se negaron á partir cuando su legado Sornacio recibió la orden de incorporarse á Lúculo para invadir á Persia en la primavera del 68 y para marchar sobre Ctesifonte (2).

Su rigor desusado había agotado la paciencia de los soldados, que no querían ser tratados por su jefe como los legionarios de las guerras púnicas. En efecto; el ejemplo fué contagioso: hasta las milicias que Lúculo tenía en Gordiana no se mostraban mejor dispuestas á aventurarse en Persia; y Lúculo, á pesar de su habitual severidad, tuvo que ceder esta vez. Renunció á su plan y pensó en invadir á Armenia en la primavera del 68, sin imaginar que iban á ser cogidos, él y su ejército, en la red invisible de las intrigas que se urdían en Roma, en la casa de Pompeyo. Desde que esta revuelta hizo comprender á Pompeyo cuán descontentas de Lúculo estaban las legiones, aquel ambicioso sin escrúpulos concibió un plan terrible: provocar la llamada de Lúculo, haciendo imposible la prolongación de sus poderes mediante un alzamiento general de su ejército.

---

(1) Decimos que en el 68; pero no pasa de ser una suposición, aunque nos parece más verosímil que la de Reinach, *M. E.*, 374, que refiere el hecho al año 69. En efecto, según Dión, XXXVI, 330, fr. 2 (Gros) fué tras la batalla de Tigranocerta cuando se disminuyó así la autoridad de Lúculo. También lo fué el año siguiente cuando se nombró á Q. Marcio Rex gobernador de Cilicia. Lúculo fué, pues depuesto por grados, como es natural tratándose de un personaje tan poderoso.

(2) Reinach, *M. E.*, 366.

## XI

### La caida de Lúculo.

Este mismo año, Quinto Metelo fué á gobernar Creta como procónsul, y César, electo cuestor (1), comenzaba su carrera política como uno de los jóvenes campeones más distinguidos del partido popular. Su inteligencia, su elocuencia, su distinción, su nacimiento, le atraían simpatías en todas las clases, aun entre los conservadores ilustrados. Por otra parte, aunque no sepamos exactamente cuáles eran entonces sus ideas políticas, podemos suponer verosímilmente por su rango, su carácter, sus actos, que no profesaba ideas que le enajenasen los espíritus serios y moderados de los diferentes partidos. César—imposible es de comprender su papel en la historia de Roma y su vida extraordinaria sin haber aprehendido bien este aspecto de su carácter—César no era uno de esos hombres de acción, de temperamento impulsivo, de imaginación alocada, de orgullo violento y cruel, que se arrojan al peligro impremeditadamente, sin verlo. Al contrario, era un jo-

(1) Plutarco, *César*, 5; Veleyo, II, XLIII, 4. En lo que concierne á la fecha de su elección, véase Drumann, *G. R.*, III, 140.

ven elegantísimo, siempre á la moda, amable, magnífico y pródigo, de salud delicada, vivo, nervioso, ambicioso, ávido de gozar y de obrar, perfectamente dotado para todas las formas de la actividad intelectual. En medio de las distracciones de una vida elegante y algo crapulosa, había sabido transformarse en uno de los más eminentes oradores de su tiempo (1); habíase aficionado con pasión al estudio de la astronomía científica, creada un siglo antes por Hiparco, y que había hecho luego tan grandes progresos en Asia y en Egipto (2); probablemente estudió táctica y estrategia en los textos griegos; refinó su gusto de lo bello y lo magnífico para convertirse en un gran organizador de fiestas y un constructor de monumentos. Era verdaderamente una hermosa inteligencia, viva, sutil, bastante bien equilibrada, á pesar de sus nervios delicados; un artista y un sabio en el fondo, que, por su sutileza y su actividad había de triunfar en la política como en la guerra. Tal hombre debía naturalmente de inclinarse en política hacia las doctrinas medias, tanto más porque vivía entre las altas clases, es decir, en un medio donde por escepticismo y por interés no se estimaban gran cosa las exageraciones de la demagogia. Es posible, pues, forjarse una idea muy verosímil de esas ideas medias profesadas entonces por César, sobre todo, si se consideran de cerca ciertas influencias del pensamiento griego sobre las clases cultas de su tiempo. Sin duda César vivía en una de esas raras épocas de anarquía ideal

(1) Cicerón, *Bruto*, 72, 252; Suetonio, *César*, 55; Quintiliano, *I. O.*, X, 1, 114; Tácito, *De Or.;* Plutarco, *César*, 3.

(2) Macrobio, *Sat.*, 1, 16; Plinio, XVIII, xxv, 214.

en que cada uno puede seguir su pensamiento, y en que todas las escuelas filosóficas, artísticas, literarias, encuentran adeptos. El mundo intelectual de Italia se componía entonces casi íntegramente de *amateurs* pertenecientes á las altas clases; y como en Roma no había escuelas públicas, ni tradiciones intelectuales, ni ninguna organización oficial del saber, todas las corrientes del pensamiento griego se precipitaban para chocar y confundirse violentamente como en un inmenso torbellino: el platonismo, el epicureismo, el estoicismo en filosofía; el romanticismo decadente de los alejandrinos y el puro clasicismo de los eolios y de los trágicos en la poesía; el énfasis del estilo asiático, y la pureza, la elegancia, la claridad del aticismo en la elocuencia; los refinamientos complicados del arte greco-asiático ó greco-egipcio y la sobriedad arcáica de la época de Fidias. Sin embargo, entre este desorden se observa una corriente, cada vez más caudalosa y fuerte, que arrastraba á todos los espíritus: tal era la corriente clásica, la admiración y la imitación de la Grecia de Sófocles, de Demóstenes, de Fidias, de Platón, de Pericles, de Aristóteles. En política, en literatura, en artes, este siglo aspira evidentemente, y cada vez con más ahinco, á modelarse en la Grecia clásica de las ciudades independientes, de las pequeñas democracias conturbadas, de las artes municipales, de las literaturas escritas en dialecto, de las escuelas privadas de filosofía enciclopédica, más bien que en la vasta Hélada cosmopolita de las grandes monarquías burocráticas fundadas en Asia y África por Alejandro, con su lengua común, su literatura y su arte protegidos por la corte, sus establecimientos reales de enseñanza, su gusto por las ciencias

especiales y por las filosofías de carácter moral. La creciente influencia de Cicerón ponía en boga á Demóstenes, y quitando á la elocuencia la profusión asiática de Hortensio, la revestía de la sobriedad clásica. En las artes se posponía de tal modo la escuela de Rodas y todas las escuelas asiáticas ante el arte de Fidias, de Policleto, de Escopas, de Praxiteles, de Lisipo, que el más célebre entre los escultores contemporáneos, Pasiteles, griego de la Italia meridional y ciudadano romano, fundaba una escuela de escultura neo-ática para ejecutar copias de obras antiguas y para imitar con obras originales la bella y sobria elegancia de los grandes modelos clásicos. En política se adoptaba con gusto la teoría formulada por Aristóteles de un gobierno que conciliase los principios de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia (1). Según esta teoría, que es una de las ideas fundamentales de la política de Aristóteles, el pueblo debe de poseer bastante autoridad para no estar oprimido por los grandes; las familias ricas y nobles deben gozar de una autoridad considerable, pero á condición de emplearla en el bien común, y dando ejemplo de las virtudes cívicas; un magistrado, en caso necesario, puede dominar á todos los demás á título de presidente investido de grandes poderes, á condición de que se le escoja entre los mejores ciudadanos de la república, que gobierne según las leyes y que él mismo sea el primero en observarlas, pues la ley debe ser el

(1) Más adelante, en el segundo volumen, veremos que no sería posible explicar el gran éxito que tuvo el tratado *De república* de Cicerón en el año 52, sin admitir que estas ideas hacía mucho tiempo que eran populares entre las clases elevadas.

verdadero soberano impersonal de la república. Sin este necesario contrapeso de los opuestos principios, la democracia degeneraría en demagogia, la aristocracia en oligarquía, la monarquía en despotismo asiático, el peor de todos los gobiernos, y que podría convenir á los pueblos enervados de Oriente, pero no á la noble raza de los helenos. Estas teorías de Aristóteles, que Polibio ha adoptado al estudiar la sociedad romana de la época de Escipión Emiliano, se propagaban cada vez más y parecían deber conciliar las tradiciones antimonárquicas y aristocráticas de la historia de Roma, las nuevas corrientes democráticas y la esperanza de ver terminar las dificultades políticas en que la república se debatía desde cincuenta años antes.

Es probable que César se inclinase entonces—como casi todos los nobles afectos al partido popular—por las ideas de conciliación entre la aristocracia y la democracia, semejantes á las de Aristóteles y Polibio; que soñase en una república libre y conquistadora, artista y culta como Atenas, pero más grande y poderosa, y que, gobernada por una aristocracia enérgica, sin prejuicios de casta y sin espíritu de tradición, hiciese de Italia, con ayuda de la clase media, la metrópoli de la fuerza, de la riqueza, del arte, de la ciencia, de la elocuencia, de la libertad. Á falta de inclinación, el interés le hubiese aconsejado mucha moderación. Su fortuna personal era insuficiente para atender á los gastos considerables que le imponía la vida política, y César se vió obligado á solicitar mucho dinero desde hacía algún tiempo. Como su familia tenía grandes relaciones en el orden de los caballeros, no le era difícil contraer deudas, pues muchos de aquellos ricos publicanos pres-

taban con gusto á este joven sobrino de Mario—á quien todos auguraban un gran porvenir—aun sin estar seguros de recobrar el dinero. En el fondo, estos empréstitos á los hombres políticos eran para los ricos financieros una especie de corrupción oculta, un discreto medio de conquistar influencia en el gobierno, al mismo tiempo que permanecían ajenos á las luchas de los partidos. Pero César no podía contar con el poderoso apoyo financiero de los caballeros sin disponer de su confianza; y esta confianza la hubiese perdido comprometiéndose demasiado en el movimiento demagógico y revolucionario que iba á comenzar.

En efecto, César no hizo casi nada en su cuestura mientras estuvo en Roma, limitándose á prodigar homenajes á los manes de su tío, homenajes que podían considerarse como actos revolucionarios desde el punto de vista del derecho estricto, pues Mario había sido proscripto, pero que le captaban universales simpatías. Todos reconocían que el héroe de los Campos Ráudicos merecía que se le incluyese en el número de los grandes personajes históricos, en el puesto de honor que el odio de los partidos le había arrebatado. Así, habiendo perdido en este mismo año á su mujer y á su tía, la viuda de Mario, César osó exhibir las estatuas del vencedor de los cimbrios en lo procesión fúnebre (1). Luego partió para España como cuestor del pretor Antistio Veto (2). Al contrario, Pompeyo permaneció en Roma para intrigar en la ruína de Lúculo, que durante la primavera se arrojó sobre Armenia con su habitual

(1) Suetonio, *César*, 6; Plutarco, *César*, 5.
(2) Plutarco, *César*, 5; Suetonio, *César*, 7.

temeridad, arrastrando en pos de sí á su pequeño ejército descontento, fatigado, hábilmente indisciplinado por los oficiales amigos de Pompeyo. Entre estos traidores que sembraban el espíritu de protesta en las legiones, hasta había un cuñado de Lúculo, Publio Clodio, joven de familia noble y pobre, que, como tantos otros, deseaba enriquecerse en la política (1). Lúculo, pues, estaba traicionado por su misma familia; y, sin embargo, se arriesgaba en una aventura terrible, pretendía, conquistar—siempre con su exíguo ejército—otro inmenso imperio. ¿Le había cegado el triunfo hasta el punto de ignorar todas estas intrigas, y marchaba al borde del abismo sin verlo? La cosa no era en sí imposible; pero como los pocos documentos que poseemos sobre esta campaña sólo nos permiten explicar por hipótesis la conducta de Lúculo, cabe proponer otra explicación. Posible es que Lúculo, sospechando la mala voluntad de sus oficiales, y no osando reprimirla con actos de severidad, decidiese arrojarse en el peligro con su habitual bravura, y acallar el descontento de su ejército con un triunfo tan resonante como sería la conquista de Armenia. Sea de ello lo que quiera, lo indudable es que avanzó á grandes jornadas hasta la meseta del lago de Van, donde encontró reunidos los ejércitos de Mitrídates y de Tigranes. Pero ahora habían adoptado ambos aliados el partido de esperar, bien atrincherados, en un campo fortificado á la roma-

---

(1) Que Clodio haya sido instrumento de Pompeyo, no sólo resulta de lo que dice Plutarco (*Lúculo*, 34); pero también de la verosimilitud del caso. Sólo por Pompeyo podía exponerse así; y no debía de ser él sólo.

na, sobre la altura de una colina, hasta que el invierno precoz de Armenia obligase al ejército romano á una retirada desastrosa. Lúculo, luego de hacer vanas tentativas para dar la batalla, consiguió que el enemigo abandonase su puesto, marchando él mismo sobre Artassata, la capital. En efecto, temiendo Tigranes que su harén y sus tesoros cayesen en poder de Lúculo, se decidió á levantar el campo, siguió á Lúculo, intentó impedirle el paso del Arsaniades. En las márgenes del río se libró una batalla, que fué una nueva derrota para el rey armenio (1). Otro general se hubiese conformado con esto y detenido allí ante la proximidad del otoño. Al contrario, Lúculo, como un jugador obstinado que inmediatamente aventura toda su ganancia por obtener el doble, decidió aprovecharse de su victoria para herir sin tardanza en el corazón mismo al imperio de Tigranes, y marchó sobre la capital. ¿Habían contribuído las noticias de Roma á hacerle empeñar este extremo golpe de audacia? Es probable, pues su situación en Roma era harto comprometida. La agitación popular, que dormitaba desde el año 70, despertaba ahora; la miseria excitaba todas las pasiones demagógicas; Italia comenzaba á vivir en un estado de violenta fermentación, en que cualquier acto ó proposición de ley que vejase á los ricos y á los grandes podía contar con el favor popular. La lucha contra un conservador y aristócrata de vieja cepa como Lúculo resultaba fácil á Pompeyo, á pesar de los grandes hazañas que Lúculo había realizado en Oriente. Tras penosísimos esfuerzos, los amigos del procónsul habían logrado que la comisión encargada de organizar el go-

(1) Reinach, *M. E.*, 366, 367.

bierno del Ponto se compusiese de personas que le fuesen afectas, y hasta consiguieron que entre ellas figurase su hermano Marco; pero tuvieron que ceder ante Pompeyo y la opinión pública en otro punto importantísimo, el de despojarle para el año siguiente del gobierno de Cilicia. Verdad es que, como pequeña compensación, dieron la Cilicia á un cuñado de Lúculo, que era cónsul el presente año, Quinto Marcio Rex, esperando que el conquistador del Ponto seguiría gobernando la provincia por mediación de su cuñado; pero la lucha se hacía cada vez más áspera para el partido de Lúculo, y Pompeyo, sostenido por la opinión pública, ganaba terreno sin cesar, no obstante la oposición de Craso. Sólo la toma de Artassata, la conquista definitiva de Armenia, hubiesen podido reanimar el valor en su partido y atajar los ataques de los enemigos. Aunque el otoño se avecinase, Lúculo ordenó á sus legiones que marchasen sobre Artassata; y también ahora, por un supremo esfuerzo de su temible severidad, impuso paciencia á sus legiones... El ejército emprendió su camino, pero por poco tiempo: cuando el otoño de Armenia empezó á hacer sentir sus fríos precoces, los soldados se rebelaron negándose á proseguir. Como casi todos los oficiales sostenían la sedición—muchos hasta la habían alentado—Lúculo tuvo que ceder y conducir su ejército á Mesopotamia, probablemente en el mes de Octubre.

Esta retirada era un primero y gran éxito de la bandería de Pompeyo. Desgraciadamente para Lúculo, este primer fracaso aportó otros mucho más graves. Una vez en Mesopotamia, Clodio, resuelto á servirse de los grandes medios, aprovechó una ausencia de Lúculo para provocar una sedición general de las legiones, de-

cantándoles la envidiable holganza de los soldados de Pompeyo (1). Lúculo se apresuró á regresar y Clodio se vió obligado á huir, pero estas sediciones y luchas prestaron nuevo coraje á un hombre que se le había considerado desaparecido harto pronto, Mitrídates, que súbitamente, hacia fines del año 68, invadió el Ponto con un pequeño ejército de ocho mil soldados, y sublevó á los campesinos y logró encerrar en Cabiro al legado que allí dejó Lúculo. Éste hubiese querido correr en su socorro; pero las legiones se negaron á marchar antes de la primavera del 67. Fué Triario, el almirante de Lúculo, quien desembarcó refuerzos en el Ponto y libertó al legado preso en Cabiro. Desgraciadamente no pudo arrojar á Mitrídates del Ponto y tuvo que establecer sus cuarteles de invierno frente al ejército enemigo, en Gaciuro, en el corazón mismo del Ponto, mientras que los soldados de Lúculo se ocupaban en comerciar y gozar, como si la tranquilidad reinase en todas partes y sus compañeros no hubiesen corrido tan gran peligro (2).

Parece ser que estas noticias llegaron á Roma hacía fines del año 68, y sólo sirvieron para aumentar la excitación pública, que ya era grande. La situación resultaba crítica. La crisis económica aumentaba; los partidos y las banderías luchaban con encarnizamiento y se infligían fracasos, pero sin obtener nunca éxitos definitivos, de suerte que á todos los problemas se daban largas sin llegar nunca á ninguna solución; todos estaban igualmente irritados, exasperados, descontentos.

---

(1) Reinach, *M. C.*, 369.

(2) Salustio, *Hist.*, 5, fr. 9 (Maurenbrecher); Reinach, *M. E.*, 370 y siguientes.

Así, los conservadores se quejaban del giro que habían tomado los sucesos de Oriente; Pompeyo y su bandería tampoco estaban satisfechos de los éxitos logrados. Á pesar de todo, Craso seguía siendo el más fuerte de ambos en el Senado, y Pompeyo ya no podía pavonearse de obtener por un *senatus-consulto* los poderes sustraídos á Lúculo. Hubiera sido necesario dirigirse directamente á las tribus, solicitar al pueblo lo que el Senado denegaba, arrebatar el puesto por uno de esos golpes de mano de que solían servirse en los comicios los partidos cuando se creían los más fuertes. Pero el resultado de semejante tentativa parecía demasiado inseguro á Pompeyo. Tenía en su favor á la plebe; pero, aunque numerosa, estaba desorganizada, mientras que los senadores y los caballeros tenían gran influencia en los votos. Luego no estaba seguro de dominar los comicios con la única fuerza de su popularidad, y no osaba comprometerse, aunque intentase aumentar su popularidad por todos los medios. De acuerdo probablemente con él, y por su consejo, uno de sus antiguos cuestores, Cayo Cornelio, hombre honrado, pero de limitada capacidad, electo tribuno del pueblo para el año 67, preparó dos rogaciones extremadamente populares: una ley prohibiendo á los ciudadanos romanos prestar dinero en las provincias, para aliviar la crisis financiera de Italia y contener la exportación del capital; y otra ley que despojaba á los senadores, para entregárselo al pueblo, del derecho de dispensar de la observancia de una ley. Pero todas estas gestiones no le hubiesen servido probablemente de gran cosa si un suceso inesperado no hubiese desconcertado todos los cálculos, dando otro curso á las luchas de los partidos, á las intrigas de

Pompeyo y á la agitación popular. Un hambre terrible sobrevino durante el invierno.

Los hombres siempre han tenido necesidad de imputar sus desgracias á la maldad ajena. Para el pueblo fueron ahora causa del hambre los piratas que interceptaban por mar las expediciones del trigo, el Senado y los magistrados que desde hacía tantos años no habían sabido limpiar los mares, y también Lúculo, cuyo general Triario, enviado con una flota al mar Egeo, nada había hecho, dejando que ante sus propios ojos saquease á Delos el pirata Atenodoro. La irritación contra el Senado y su inactividad, que tanto había contribuído á las victorias populares del año 70, estalló nuevamente. Propuestas en medio de esta excitación las dos leyes de Cayo Cornelio, provocaron verdaderos motines; recomenzaron las luchas á mano armada en el foro; parecía haberse vuelto á los tiempos que precedieron á la guerra social y á la revolución de Mario. Pero Pompeyo no tardó en comprender que todos los problemas de política interior y exterior iban á ceder ante el problema del pan, y que si consultaba á los comicios sobre este punto obtendría todas las contestaciones que desease. Renunciando por el momento á sus proyectos sobre Oriente, propuso á los comicios, sirviéndose de uno de sus clientes, Aulo Gabinio, hombre de orígen obscuro y mediocre fortuna, que era á la sazón tribuno del pueblo, una ley según la cual el pueblo elegiría entre los senadores de rango consular un dictador de los mares para hacer guerra á los piratas. Este dictador de los mares dispondría de una flota de doscientos navíos, de un fuerte ejército, de seis mil talentos, de quince legados, y de una absoluta autoridad

proconsular durante tres años sobre todo el Mediterráneo y las costas hasta cincuenta millas de la ribera, y además con la facultad de reclutar soldados y recoger dinero en todas las provincias (1). Su plan era ingeniosísimo. Pensaba hacer aprobar fácilmente esta ley por el pueblo hambriento; y si lograba atenuar el hambre, se engrandecería de tal modo en la admiración popular, que podría prescindir en la sucesivo del Senado para sus proyectos, reducir á la impotencia á Craso, y obtener de los comicios lo que quisiese, hasta la deposición de Lúculo. En efecto, la primer parte de sus previsiones se realizó en seguida. El partido conservador intentó combatir el proyecto, temiendo que esta dictadura de la mar, una vez confiada á Pompeyo, amenazase los mandos de Lúculo y de Metelo; pero desesperado el pueblo por el hambre salió de su habitual indiferencia y promovió grandes desórdenes amenazando con la revolución si no se aprobaba la ley; luego acabó por investir á Pompeyo de poderes todavía más amplios que los propuesto primeramente por Gabinio. Se le autorizó para reclutar un ejército de ciento veinte mil hombres y de cinco mil caballeros, para organizar una flota de quinientos navíos y para nombrar ochenta legados (2).

César, vuelto hacía poco de España, pertenecía al número de los que habían sostenido la proposición de

(1) Dión, XXXVI, 21; Plutarco, *Pomp.*, 25; Appiano, *Mitr.*, 94; Veleyo, II, 31.

(2) Dión Casio, XXXVI, 22-35; Plutarco, *Pomp.*, 26, 27; Appiano, *Mitr.*, 94. Las cifras que dan estos autores para las fuerzas asignadas á Pompeyo sólo en apariencia difieren, como se verá luego, pero no sucede lo mismo con el número de legados: Appiano, *Mitr.*, 95 y Floro, *G. R.*, IV, 407, n. 36.

Gabinio. La ley era demasiado popular para que se atreviese á combatirla. Pero si quería agradar al pueblo, al mismo tiempo estaba tan preocupado en captarse el mayor número posible de amigos entre los grandes y los ricos que en este mismo año se casó con la bella y rica Pompeya, hija de Quinto Pompeyo Rufo, aristócráta y conservador á ultranza, muerto en el 88 por los partidarios de Mario, y de Cornelia, hija de Sila (1). El sobrino de Mario casándose con la nieta de Sila é hija de una víctima de la revolución popular, es una buena prueba de lo que duran los odios políticos, y prueba también de las ilusiones que César aún se forjaba en este momento (2). Como el casamiento de los nobles sólo era en Roma un medio de conservar ó aumentar la influencia política, es probable que César no se hubiese desposado con Pompeya á no desear asegurarse mediante esta alianza el apoyo de la gran nobleza conservadora. Este rico casamiento le dió crédito cerca de los caballeros, le relacionó con muchos senadores influyentísimos, hizo olvidar al partido de Sila el origen y el pasado harto democrático de César: si continuaba la reconciliación comenzada en el 70 entre los conservadores y el partido popular, César podría estar sostenido algún día por el pueblo y por los mejores elementos de las clases conservadoras. En suma, este casamiento debía de servir para poner en práctica, y en provecho

(1) Plutarco, *César*, 4; Suetonio, 6; Drumann, *G. R.*, III, 142; IV, 311, 314.

(2) Drumann, III, 142, se equivoca al pensar que, con este matrimonio, César quería establecer lazos entre Pompeyo y él. El cuadro genealógico del mismo Drumann nos demuestra que Pompeya no era pariente de Pompeyo.

de César, el programa aristotélico de conciliación entre la democracia y la nobleza, y demuestra que César de ningún modo se preocupaba entonces de las luchas entre los conservadores y el partido popular, ni las juzgaba susceptibles de comprometer la obra de pacificación entre las clases y los partidos, que se perseguía desde la muerte de Sila.

Entretanto, las operaciones militares recomenzaron al principiar la primavera del 67. Lúculo se dirigió en socorro de Triario, y Pompeyo fué á reclutar, no ciento veinte mil soldados, sino un pequeño ejército; no quinientos navíos, como había sido su primera intención, sino doscientos setenta, es decir, todo lo que encontró en los puertos de los aliados (1). Los distribuyó entre sus numerosos legados, escogió entre los hombres los más caracterizados de las altas clases y también del partido conservador (2), y encargó á cada cual que limpiase de piratas una parte del Mediterráneo. Uno de estos legados era Marco Terencio Varrón. Era fácil al pueblo de Roma dictar leyes y ordenar que se concentrasen grandes flotas; pero los barcos no existían, tanto se había descuidado la marina. Lúculo supo en el camino que Triario, sea que hubiese sido mal informado ó por ambición de vencer solo, había dado batalla siendo derrotado en Gaciuro, sufriendo grandes pérdidas (3).

(1) Kromayer, *Phil.*, LVI, 429 y sig., me parece que justifica así de una manera ingeniosa las cifras discordantes dadas por Plutarco, *Pomp.*, 26, y Appiano, *Mitr.*, 94, á propósito de la flota de Pompeyo.

(2) Appiano, *Mitr.*, 96; Floro, III, 6; Drumann, *G. R.*, IV, 408.

(3) Appiano, *Mitr.*, 89; Plutarco, *Lúc.*, 35; Cicerón, *Pro lege Man*, IX, 25.

Lúculo pidió refuerzos á su cuñado Marcio, gobernador de Cilicia, y se dirigió rápidamente en socorro de Triario; pero cuando se encontró con Mitrídates se esforzó inútilmente en obligarle á aceptar la batalla, y no pudo borrar con una victoria la impresión causada por la derrota de su general. Al contrario, Pompeyo condujo á buen término y en poco tiempo la empresa que todos consideraban terrible. En una ciudad tan impresionable como Roma y en una época de turbación pudo considerarse á los piratas como enemigos formidables; pero toda su fuerza consistía en el descuido de Roma, pues sólo en Creta poseían una especie de gobierno militar, que por lo demás, Quinto Metelo estaba á punto de combatir desde un año antes. Las bandas eran débiles y no poseían ninguna organización, desde que había caído su poderoso protector, Mitrídates. La noticia de que se había nombrado en Roma un dictador del mar, y de que se hacían formidables aprestos, se difundió en seguida por todas las costas y espantó no poco á las pequeñas bandas ya desalentadas por la destrucción del reino del Ponto: el espanto creció á consecuencia de las primeras capturas y de los primeros suplicios. El astuto Pompeyo, que deseaba un rápido triunfo, duradero ó no, se aprovechó hábilmente de este momento de descorazonamiento y de pánico. Tras los primeros suplicios se dulcificó súbitamente, perdonó á los que se rendían, y los envió á repoblar tal ó cual ciudad devastada. Esta conducta se prestaba á grandes críticas, que en realidad no escatimaron á Pompeyo los conservadores de Roma; pues, según las leyes y las tradiciones romanas, era abominable y casi criminal el tratar con tal benevolencia á los piratas.

Pero Pompeyo, fuerte con la ayuda popular, sólo aspiraba al éxito inmediato, sin preocuparse gran cosa de las tradiciones de crueldad tan amadas aún de la nobleza. Repuestos muy luego por esta especie de amnistía, los piratas acudieron de todas partes para entregar sus flotillas y sus armas á los generales romanos (1); durante algún tiempo fué más seguro el mar, y á Pompeyo le saludaron en Roma como el héroe maravilloso que como un rayo había aniquilado á un enemigo tan formidable. En puridad, no había hecho gran cosa, pues muy pronto, apenas pasado el espanto que inspiraba el dictador del mar, los piratas armaron de nuevo sus barcos y recomenzaron á infestar los mares (2).

En cambio, Lúculo, que verdaderamente había destruído por siempre una gran monarquía, se vió privado de todo el fruto de su trabajo. Cuando se supo en Roma la derrota de Triario, la cohorte ululante de los amigos de Pompeyo recomenzó ante el pueblo la campaña contra Lúculo, y Gabinio propuso una nueva ley que le arrebataba el mando de la guerra contra Mitrídates y las provincias del Ponto y de Cilicia, y entregaba estas provincias al cónsul Marcio Acilio Glabrión, licenciaba á las legiones de Fimbria y amenazaba con la confiscación á los que desobedeciesen (3). La oposi-

---

(1) Appiano, *Mitr.*, 96, formula un juicio breve pero exacto sobre tal guerra, cuya rapidez misma en terminar indica la fatalidad. Véase Dión Casio, XXXVI, 35 y también Kromayer, *Fil.*, LVI, 430. Plutarco, *Pomp.*, 27, 28, hace una narración algo exagerada.

(2) Drumann, *G. R.*, IV, 413.

(3) Salustio. *Hist.*, 5, fr. 13 (Maurenbrecher); Appiano, *Mitr.*, 90. De este pasaje de Appiano, y del de Plutarco, *Lúc.*, 35, que confirma Dión Casio, XXXVI, 330, fr. 14 (Gros) y según el cual las legiones

ción popular era demasiado fuerte, y el Senado tuvo que consentir esta vez en que se aprobase la ley. Lúculo se encontró muy pronto en una terrible situación. Marcio no quería comprometerse por su cuñado, y le negó los refuerzos pedidos pretextando que los soldados no querían marchar (1). Circuló el rumor de que Tigranes avanzaba con un gran ejército para reunirse á Mitrídates (2); el procónsul de Asia hizo público el edicto que llamaba á Lúculo (3). Éste aún no quiso ceder á la mala fortuna, y sin hacer caso de los decretos marchó contra Tigranes, esperando sorprenderle en el camino, impedir que se incorporase á Mitrídates, é infligirle una derrota que diese nuevo giro á los sucesos. Pero este esfuerzo desesperado fué el último. Durante la marcha, sus tropas, laxas y sobornadas, se le rebelaron, y ateniéndose á la ley que deponía á Lúculo, negáronse á seguir al que ya no era su general. Lúculo se dió entonces brusca cuenta de que había exasperado á sus soldados por una absurda extravagancia de rigor; comprendió su yerro, y con su vivacidad ordinaria quiso repararlo. Visitó en sus tiendas á los soldados, les habló dulcemente, suplicó á los jefes de la sedición, les tomó las manos entre las suyas. Todo en vano. Los soldados declararon que esperarían hasta fines del estío, y que si

---

se insurreccionaron durante la marcha contra Tigranes, pretendiendo que Lúculo ya no era su general, me parece que puede concluirse que esta segunda ley gabinia se votó tras la derrota de Triario, y por consecuencia, tras la primera ley. Appiano se engaña evidentemente pretendiendo que fué el Senado quien lo hizo todo.

(1) Salustio, *Hist.*, 5, fr. 15 (Maurenbrecher).

(2) Dión Casio, XXXVI, 330, fr. 14 (Gros).

(3) Appiano, *Mitr.*, 90; Dión, XXXVI, 330, fr. 14 (Gros).

el enemigo no se ofrecía hasta entonces, se marcharían, los licenciados á sus casas, los otros en busca del cónsul Glabrión. Lúculo tuvo que ceder á la fortuna. Bien pronto, mientras que Mitrídates reconquistaba su reino y Tigranes saqueaba á Capadocia, el que dos años antes había dominado al Asia como un segundo Alejandro, fué en su campamento el juguete y la burla de los soldados (1).

Esta caída súbita é inaudita terminó la carrera política y militar de Lúculo. Pero, durante los seis años que permaneció en Oriente había hecho una revolución en la política romana, cuya importancia sería difícil de exagerar, puesto que fué inmensa. Su papel en la historia de Roma es tan análogo al de Napoleón en la historia de Europa, que Lúculo podría definirse como el Napoleón del postrer siglo de la república. Lúculo había encontrado la política exterior de la república romana casi en las mismas condiciones en que Napoleón encontró la de Europa á fines del siglo XVIII: esto es, entorpecida por tradiciones de lentitud, paralizada por una irresolución que se asustaba de las sombras y arredraba ante cualquier obstáculo algo serio, habituada á dar latitud á todos los problemas en lugar de resolverlos; á girar en el mismo espacio en vez de marchar; á intrigar y contemporizar en vez de obrar; sintiendo un respeto casi sagrado por todo lo que existía y un miedo extremo de tocar al orden de cosas establecido; prefiriendo siempre las negociaciones diplomáticas á la guerra; no sabiendo nunca explotar á fondo ningún triunfo ni realizar un esfuerzo decisivo; prefiriendo siempre los

(1) Plutarco, *Lúc.*, 35.

expedientes que pudieran resolver las cuestiones pronto y sin gran esfuerzo, aun con riesgo de complicarlas más en un porvenir poco lejano. Esta política no carecía de cordura; pero llegó á agotarse por su exageración. Lúculo la revolucionó en todos sentidos, como dieciocho siglos después Napoleón; sustituyó—en cuanto le fué posible—la guerra á la diplomacia como medio de resolver las grandes dificultades de la política oriental; reemplazó las intrigas sabias é interminables de las negociaciones por la impresión de sus campañas rápidamente conducidas, por sus ataques inesperados, por sus brillantes victorias; la sutileza de los tratos por el esfuerzo violento realizado para hacerse dueño de la situación en todo Oriente, deslumbrando y espantando á todos los Estados con una serie de guerras audaces. Esta política, como la de Napoleón, tuvo gran éxito: pues restableció el equilibrio entre la antigua política del Senado que resultaba ya inútil, y las circunstancias, que habían cambiado muchísimo: y como estaba destinada á producir grandes servicios, mientras que no se agotase á su vez por su propia exageración, encontró inmediatamente imitadores. Pompeyo y César serán los dos grandes discípulos de Lúculo que irán á cosechar en el campo sembrado por éste. Pero Lúculo sólo debía desempeñar el papel, glorioso, pero triste, de precursor que comparte todos los riesgos y sólo goza de los primeros beneficios. Su caída, sin embargo, no fué efecto exclusivo de las intrigas de Pompeyo. Éste hubiese fracasado en su empeño si Lúculo no hubiese ofrecido un punto flaco á los golpes de sus enemigos. Esta última causa de la caída de Lúculo es lo que concede á su desgracia individual la importancia de un acontecimiento

histórico. Por un esfuerzo genial, este noble de vieja cepa, este antiguo discípulo de Rutilio Rufo, este amigo devoto y desinteresado de Sila, había podido libertarse de la pesada esclavitud de las tradiciones y del espíritu de casta convirtiéndose en el creador del nuevo imperialismo; pero había persistido el aristócrata inflexible del buen tiempo pasado en la concepción de sus deberes de general en relación con sus soldados. Esta contradicción le perdió. Al nuevo imperialismo correspondían distintos generales de los que habían mandado las legiones en las dos guerras púnicas, pues los soldados también habían cambiado mucho. Ya no se les podía tratar con la severidad antigua ni someterlos á la disciplina de antaño. Lúculo lo comprendió demasiado tarde; y todos sus grandes méritos fueron impotentes para salvarle de una de las más crueles humillaciones que haya sufrido un general romano. Su caída es el postrer fracaso de la restauración aristocrática intentada por Sila. Porque había permanecido fiel á las antiguas costumbres y á las viejas ideas en lo que tenían de más grande y noble, el más noble y grande de los amigos de Sila debía de ceder á otros la continuación y la gloria de la nueva política que había creado, arriesgando su fortuna y su vida.

## XII

### Marco Tulio Cicerón.

Mientras que Pompeyo sometía á los piratas con su clemencia, Quinto Metelo entraba en Creta á sangre y fuego, degollaba á los prisioneros y se enriquecía despojando á los piratas. Metelo pertenecía al pequeño mundo aristocrático de los conservadores intransigentes que hubiesen querido gobernar el imperio como en tiempos de Escipión Emiliano; y trataba duramente á sus víctimas para protestar contra la dulzura de Pompeyo, de este demagogo que, para obtener el aplauso del pueblo, no tenía vergüenza de tratar con los piratas. Desesperados al fin éstos ofrecieron á Pompeyo rendírseles. Pompeyo, que sólo deseaba humillar á Metelo, se aprovechó en seguida de la ocasión, aceptó la sumisión y pretendiendo que la ley Gabinia colocaba á Metelo bajo sus órdenes, envió á Creta á Lucio Octavio. Pero Metelo respondió que Creta le pertenecía, y castigó cruelmente á las ciudades que, fundándose en el decreto de Pompeyo, se negaban á obedecerle. Para sostener los derechos de su general, Lucio Octavio estaba á punto de hacer una guerra en la que hubiese te-

nido que defender á los piratas contra el procónsul romano. Felizmente, otros acontecimientos más graves distrajeron á Pompeyo de esta peligrosa querella (1).

Hacia fines del año 67 llegaron á Roma pésimas noticias de Oriente. Los ricos financieros, sobre todo, recibían de sus corresponsales de Asia cartas sobre cartas, comunicándoles alarmantes detalles sobre esta provincia. Lúculo carecía ya de ejército, Glabrión y Marcio eran hombres incapaces; Mitrídates se había enseñoreado otra vez del Ponto; Capadocia había sido devastada por Tigranes; algunas columnas volantes se habían mostrado ya en Bitinia é incendiado las aldeas de la frontera... (2). Al fin estalló un terrible pánico; ya se volvía á ver á Mitrídates en Pérgamo, á los italianos asesinados, los capitales confiscados como antaño; y no tardó en decirse que las magistraturas ordinarias eran insuficientes para atajar tan gran peligro. Era esta una opinión popularísima en el partido democrático; pero ahora también lo fué de muchos conservadores y financieros asustados. Los amigos de Pompeyo se aprovecharon de la ocasión y al comenzar el año 66, el tribuno Manilio propuso que se otorgasen á Pompeyo, amén de los poderes que ya se le habían concedido, el gobierno de Asia, de Bitinia y de Cilicia, el mando de la guerra contra Mitrídates y contra Tigranes, el derecho de declarar la guerra y concertar alianzas con quien le pareciese en nombre del pueblo romano (3): esto es, la

(1) Plutarco, *Pomp.*, 29; Appiano, *Sic.*, VI, 2; Floro, III, 7; Dión, 329, 1, 2 (Gros).

(2) Cicerón, *Pro lege Man.*, 2.

(3) Plutarco, *Pomp.*, 30; Appiano, *Mitr.*, 97; Dión, 36, 40-41.

autorización legal para hacer la política personal é independiente del Senado, de que Lúculo había tomado la iniciativa. Craso, á quien el éxito de Pompeyo en la guerra de los piratas había desagrado bastante, temblaba viendo á su rival en trance de superarle definitivamente y ante los ojos de toda Italia en el duelo de intrigas que había empeñado con él cuatro años antes. El partido conservador, que ya había censurado la clemencia democrática de Pompeyo, no quería reconocer por una ley en favor de Pompeyo la nueva política personal que había tolerado á Lúculo. Algunos de sus miembros más eminentes como Cátulo y Hortensio hasta intentaron combatir el proyecto de ley invocando los sentimientos republicanos y demostrando que esta dictadura equivaldría á un poder monárquico (1). Sin embargo, Pompeyo, tras su éxito en la guerra contra los piratas, resultaba ahora más poderoso en Roma que Craso, que el partido conservador y que las tradiciones, no obstante estar lejos, y á pesar de todas las oposiciones. En Italia, como siempre ocurre en las democracias donde la civilización, la riqueza, la variedad de ocupaciones y de los placeres aumentan, las clases superiores, los propietarios ricos ó de fortuna holgada, los capitalistas, los mercaderes, los artistas, absortos la mayoría del tiempo en sus negocios privados ó en sus placeres, faltos de tiempo ó por egoísmo, abandonaban el Estado á la pequeña minoría de políticos profesionales, y sólo se interesaban en los negocios públicos cuando un suceso extraordinario perturbaba todos los espí-

(1) Plutarco, *Pomp.*, 30; Cicerón, *Pro lege Man.*, XVII, 52.

ritus. Pero cuando una de estas grandes excitaciones sacudía á las masas, no había partido, bandería ni cuerpo político que osase resistirlas. De este modo el odio violento que en el 70 suscitó contra sí el partido conservador obligó á muchos conservadores á aprobar las leyes democráticas. Luego decayó el entusiasmo público, y César, Pompeyo y los tribunos del pueblo, esforzáronse inútilmente en reanimarlo. Ahora bien, el público volvió á emocionarse; toda Italia, satisfecha del éxito en la guerra contra los piratas, admiraba á Pompeyo y le consideraba como un general incomparable; sólo en él tenía confianza; sólo á él quería para dar el golpe de gracia á Mitrídates.

No sólo la plebe deseaba un dictador de Oriente; también los altos financieros, los capitalistas, los numerosos senadores ó caballeros que allí habían colocado dinero. No sólo se esforzaba César en que se aprobase el proyecto de ley, también Cicerón que en favor de la ley de Manilio iba á pronunciar su primer discurso político y á sacrificar su hermosa independencia que pudo conservar hasta entonces. Tras el proceso de Verres, Cicerón continuó defendiendo gratis sus causas, siguió estudiando á los filósofos griegos, administró cuerdamente su fortuna, educó á su hija en pleno acuerdo con su mujer; logró eclipsar á Hortensio y se convirtió en el primer orador de Roma; aunque se mantuvo siempre alejado de las luchas de los partidos. Pero su influencia había aumentado, obteniendo para este año la pretura urbana, que era la más honrosa, sin lucha, sin coalición, sin solicitarla. Era la primer vez que la elocuencia elevaba con gran éxito en Roma á un hombre sin nacimiento y de escasa hacienda á las dig-

nidades públicas (1). ¿Qué motivos le decidieron á lanzarse ahora en la contienda? Lo ignoramos. Es probable que la excitación pública y, sobre todo, la alarma de los caballeros, ejercieron gran influjo en su decisión. La mayoría de las relaciones de Cicerón pertenecían á esta clase de ricos financieros, que tenían orígenes tan modestos y hábitos poco diferentes de los suyos, muchos de los cuales poseían una cultura sobresaliente. Entre otros, cra muy amigo de Ático, rico caballero que había colocado muy grandes capitales en Oriente, y se ocupaba mucho en historia, arqueología, filosofía. Su hermano menor, Quinto Cicerón, que había venido á vivir con él en Roma, hasta se había casado con la hermana de Ático, Pomponia. Es, pues, probable que creyendo él también gravísimo el peligro, Cicerón cediese á las presiones de los amigos de Pompeyo, y que desease prestar un servicio á Pompeyo y al mismo tiempo á la república y á sus amigos los caballeros, pronunciando en favor de la ley un grande y habilísimo discurso. Supo decir á su público de ricos mercaderes, de senadores usureros, de holgados arrendatarios y de artesanos, que el antiguo reino de Pérgamo era la provincia más rica del imperio; que las más hermosas rentas del Tesoro provenían de Asia; que los capitales de

---

(1) G. Boissier, *Cicerón y sus amigos*, París 1902, pág. 44, ha dicho muy bien que Cicerón «hasta la edad de cuarenta años, sólo fué lo que nosotros llamamos un abogado». Pero creo, al contrario, que se engaña al suponer como un hecho constante y general que la elocuencia forense sirviese de acceso á todo. Me parece que sólo fué una excepción hasta esta época. Cicerón fué el primero que llegó á los grandes cargos sin riqueza y sin nobleza, por su fama literaria.

los publicanos, de los mercaderes, de los particulares estaban colocados allá lejos, y que por lo mismo, era deber de todas las clases el defender esta provincia hasta la muerte (1). César, que abrigaba la intención de presentarse á la edilidad para el año 65, y que redoblaba su celo para hacerse popular, también sostuvo la ley, que fué aprobada no obstante el furor de Craso. Pompeyo recibió la noticia en Cicilia, donde había establecido sus cuarteles de invierno, y preparó inmediatamente la guerra.

Era en la primavera del 66. Siempre favorecido por la fortuna, Pompeyo fué el encargado de rematar á un hombre herido ya de muerte. Mitrídates había reñido con Tigranes, que le creía sospechoso de excitar sus hijos á rebelarse para colocar en el trono de Armenia á un aliado más sumiso; y separado de Tigranes, no disponiendo más que de unos treinta mil hombres y algunos millares de caballeros (2) sólo le quedaba una esperanza, bien débil por cierto: era que Fraates, nuevo rey de los partos que había sucedido á Arsaces, acudiese en su ayuda. Pero Pompeyo se apresuró en enviar una embajada á este rey para persuadirle de que hiciese más bien la guerra á Tigranes (3) y decidió terminar lo antes posible con el antiguo rey del Ponto, para cortar de una vez todas sus intrigas. Por apremiante que fuese esta necesidad, Pompeyo tenía una cosa delicadísima que realizar ante todo: relevar de su

(1) Véase en particular el capítulo VII del discurso *Pro lege Manilia*.

(2) Appiano, *Mitr.*, 97; Plutarco, *Pomp.*, 32.

(3) Reinach, *M. E.*, 382; Rawlinson, *S. O. M.*, 143.

mando á Lúculo, que se obstinaba en continuar entre sus legiones desobedientes. Dejando las tres legiones de Marcio en Cicilia (1), avanzó con un gran cuerpo de ejército que debía de servir al mismo tiempo para hacer la guerra á Mitrídates y para persuadir á Lúculo de la necesidad de someterse. El joven favorito de la fortuna, en la insolencia de su éxito, se acercaba al viejo héroe, amargado por tantas decepciones. Eran muchos los que en ambos campos esperaban con ansiedad, ignorando lo que ocurriría en este encuentro: amigos comunes se interpusieron para que todo se hiciese con dignidad y sin escándalo, y, en fin, pudo conseguirse que los dos generales celebrasen una entrevista en Danala, Galacia (2). La entrevista comenzó con recíprocos cumplimientos; pero muy pronto Lúculo—que jamás había sido hábil diplomático—se puso á sostener una tésis imposible. Según él, Pompeyo no tenía otra cosa que hacer, sino regresar á Roma, pues la guerra la había terminado él mismo. De una y otra parte se caldearon los ánimos, y la entrevista terminó con injurias (3). Lúculo aún se obstinó en redactar decretos y en distribuir las tierras de Galacia que había conquistado, procurando dar así á entender á los otros é imaginarse él mismo que no iba á ceder; pero Pompeyo consiguió sin trabajo quitarle sus soldados, excepto seiscientos que le dejó para acompañarle á Italia.

Con un ejército que apenas llegaba á treinta mil hom-

---

(1) Tal resulta de un pasaje de Dión Casio, XXXVI, 46.

(2) Estrabón, XII, v, 2 (567).

(3) Dión Casio, XXXVI, 44; Plutarco, *Pomp.*, 31; *Lúc.*, 36.

bres (1) invadió Pompeyo el Ponto. Imitando lo que Lúculo hizo contra él durante la campaña del 74 (2), Mitrídates procuró ante todo oponer obstáculos al abastecimiento del enemigo por un sistema de escaramuzas; pero cuando perdió parte de su caballería en una emboscada, cuando Pompeyo logró poseer una vía de aprovisionamientos rápidos y seguros por el Acelisenes, tuvo que pasar de la ofensiva á la defensiva y atrincherarse en una fuerte posición de Dasteira. Pompeyo ordenó entonces que se le incorporasen las legiones de Cilicia. Mitrídates comprendió que iba á estar muy pronto cercado por fuerzas aplastantes (3), y una noche se deslizó sin que nadie le viera al lado del campamento romano, en la esperanza de alcanzar el Éufrates, vadearlo y retirarse á Armenia donde procuraría conti-

---

(1) Tal es, al menos, la cifra dada por Dión Casio, XXXVI, 45. Reinach, *M. E.*, 382, n. 2, cuenta 60.000 hombres en el ejército de Pompeyo, apoyándose en las sumas de dinero distribuídas á los soldados después de la guerra, pero Mommsen (*R. G.*, III, 116, 117) ha emitido dudas sobre la exactitud de esas sumas y sobre su reparto. Ademas, esta cifra dada por Reinach, sería la de todos los soldados que tomaron parte en las guerras de Oriente y que sobrevivieron, y y no la cifra de soldados que tomaron parte en esta primera guerra. Conviene recordar que las tres legiones de Cilicia no figuran en la cuenta..

(2) Dión Casio, XXXVI, 45. También se ve en Appiano, *Mitr.*, 98, 99, pero de un modo menos claro, que tal fué el carácter de la guerra.

(3) Appiano, *Mitr.*, 99, sin nombrar á Desteira, alude ciertamente á esta situación de que habla Estrabón XII, III, 28 (555). Véase á Dión Casio, XXXVI, 46, donde el país impropiamente llamado Anaitides es ciertamente el Acelisenes, como resulta de un pasaje de Estrabón, XI, XIV, 16 (532).

nuar la guerra. Pero Pompeyo le persiguió, alcanzándole al cabo de tres días y le infligió una grave derrota (1). Sin embargo, Mitrídates aún logró salvarse y con los restos de su ejército llegó á Sinoria, la más fuerte de sus ciudadelas en los confines de Armenia; recogió allí una gruesa suma de dinero, abonó un año á sus soldados, les distribuyó gran parte de sus demás riquezas y demandó hospitalidad á Tigranes, rey de Armenia. Luego, no pudiendo esperar la respuesta en Sinoria, donde estaba demasiado cerca del enemigo, prosiguió su marcha con una débil escolta y reclutando soldados á lo largo del camino, remontó hasta sus fuentes por la orilla derecha del Éufrates, descendió en seguida hasta la Cólquida que, con los desórdenes de los últimos años se había hecho casi independiente; la cruzó y se detuvo en Dioscuriades, la última ciudad griega de la costa que se había fundado al pie del Cáucaso (2).

Pompeyo, que en su campaña contra Mitrídates había consumado su obra maestra de estrategia, no podía perseguir á esta partida de fugitivos al través de la montaña con todo su ejército. Ningún inconveniente tenía en diferir la invasión de la Cólquida para el año siguiente, pues Mitrídates estaba en ella cercado y como cogido en un lazo. No podía volver á Armenia; no podía escapar por el mar que ocupaba la escuadra romana; tampoco podía refugiarse en Crimea, donde reinaba su hijo Macares, amigo ahora de los romanos y del que le

---

(1) Appiano, *Mitr.*, 100; Tito Livio, epit., 101; Dión Casio, XXXVI, 47. Cada uno de éstos describe la batalla de distinta manera.

(2) Reinach, *M. E.*, 387 y sig.

separaban los pueblos bárbaros del Cáucaso que no había podido someter, ni siquiera en la época de su mayor poderío. Pompeyo, pues, prefirió volverse del lado de Armenia, que conquistó sin dificultad. Mientras que Pompeyo luchaba contra Mitrídates, Tigranes fué atacado por Fraates y por su hijo rebelde; pero Fraates se retiró pronto, y el hijo, al verse sólo, se asustó y pidió la ayuda de Pompeyo. Tigranes se dispuso á luchar; pero cuando supo que Pompeyo se preparaba para atacarle, hizo encadenar á los enviados de Mitrídates, puso precio á la cabeza de éste, y solo, á pie, en actitud y compostura humildísimas se dirigió al campamento romano. Pompeyo le dispensó buena acogida, le tranquilizó, le concedió todos los dominios hereditarios de su familia, le reconcilió con su hijo y le dió la Sófene; luego le otorgó el título de amigo y aliado del pueblo romano y exigió que le pagase á él mismo seis mil talentos, unos veintiocho millones de pesetas; cincuenta dracmas á cada soldado, mil á cada centurión, diez mil á cada tribuno militar (1). Luego condujo sus tropas á invernar al Norte, á orillas del Ciro, en la frontera de Armenia, y, para preparar la invasión de la Cólquida, entró en relación con los albaneses, que habitaban el Cirván y el Daghestán, y con los iberos de Georgia. Pero Pompeyo se engañaba suponiendo vencido á Mitrídates. El indomable anciano también había hecho gestiones cerca de los iberos y de los albaneses persua-

(1) Appiano, *Mitr.*, 104. Cincuenta dracmas equivalen á unas treinta y ocho pesetas próximamente, mil á unas ochocientas, y diez mil unas ocho mil, sin tener en cuenta el mayor valor que los metales preciosos tenían entonces.

diéndoles para que le ayudasen en un postrer esfuerzo contra Roma. En el mes de Diciembre fueron atacadas de improviso por los albaneses las legiones que invernaban en las márgenes del Ciro. La tentativa fracasó: el ataque fué rechazado, y Pompeyo, siempre favorecido por la fortuna, quedó así fácilmente advertido de que debía ser más prudente con aquellos bárbaros (1).

(1) Véase Reinach, *M. E.*, 388-394.

## XIII

### El proyecto de la conquista de Egipto.

Esta tentativa de los albaneses fué el último peligro corrido por Pompeyo. En la primavera del año 65 comenzó su marcha sin peligro, al través de las vastas monarquías, de las ciudades libres, de las repúblicas marítimas, de las pequeñas teocracias, de los Estados de bandidos y piratas que se habían formado en Asia con los fragmentos del imperio de Alejandro. Iba á visitar los países fabulosos de la poesía griega; las ciudades, los campos de batalla más célebres de Oriente. Iba á poder observar la infinita variedad de naciones bárbaras que desde el Cáucaso hasta Arabia vivían dispersas en Asia, con diferente lenguaje, costumbres y religión. Iba á conocer el viejo Oriente industrial y helenizado, que vivía explotando á los bárbaros; sus religiones monstruosas; la sabia agricultura de sus más fértiles regiones; sus monumentos, sus artes, sus industrias más refinadas; las ciudades famosas que proveían al lujo de todos los países del Mediterráneo; sus poblaciones de obreros sóbrios, económicos, piadosos é impresionables; sus filósofos, sus literatos profesionales, y

también el lujo, los vicios, los crímenes, los tesoros, el ceremonial de las cortes, que chocaban y cautivaban al mismo tiempo á estos republicanos de Italia, todavía tan insipientes en la franca brutalidad de su corrupción y de sus vicios.

En los comienzos de la primavera, Pompeyo invadió el país de los iberos, percibió á lo lejos las cimas nevadas del Cáucaso, donde estuvo encadenado Prometeo; luego entró en el valle del Rión, el antiguo Faso, y descendió á la Cólquida, llena de los recuerdos de Medea, de Jasón y de los Argonautas, donde pensaba apoderarse de Mitrídates (1). Pero llegó demasiado tarde. El cepo estaba vacío. El indomable anciano aún había realizado una hazaña que todos creían imposible: había logrado pasar á Crimea con su pequeño ejército, superando durante 700 kilómetros los flancos abruptos del Cáucaso que se bañan en la mar, y abriéndose camino, espada en mano, al través de los bárbaros que los habitaban. Ya en Crimea, había sorprendido y hecho huir á su hijo rebelde, reconquistando así un nuevo reino (2). El prudente Pompeyo no quiso invadir por mar á Crimea; sino que luego de ordenar el bloqueo, pasó por el valle del Kur, el antiguo Ciro, y realizó una expedición al país de los albaneses que, según parece, sorprendió por traición. Luego regresó á la pequeña Armenia (3) llevando á los aventureros mercaderes ita-

---

(1) Plutarco, *Pomp.*, 34; Dión, XXXVII, 1, 3; Appiano, *Mitr.*, 103; Reinach, *M. E.*, 397.

(2) Appiano, *Mitr.*, 101, 102; Estrabón, II, 11, 13 (496).

(3) Dión, XXXVII, 3; Plutarco, *Pomp.*, 35; Reinach, *M. E.*, 398, n. 1.

lianos informes precisos sobre la gran ruta continental de las Indias, que aún no conocían. Esta ruta remontaba el valle del Faso desde su embocadura, daba en el Ciro, y luego llegaba al mar Caspio al través del país de los iberos y albaneses; más allá del Caspio recomenzaba en la embocadura del Oxus (el Amudaria), que entonces no desembocaba como ahora en el lago Aral, sino en el mar Caspio (1). Naturalmente que en el decurso de estas expediciones se robaron muchos metales preciosos y capturaron numerosísimos esclavos. Llegado á la pequeña Armenia, Pompeyo invirtió este año en tomar las últimas ciudadelas y en apoderarse de los inmensos tesoros de Mitrídates. En Talaura encontró sus maravillosas colecciones, dos mil tazas de ónice incrustradas de oro; inmenso número de ampollas, vasos, lechos, sitiales, corazas doradas y exornadas de pedrería, que exigieron un mes para hacer el inventario (2). En otra ciudadela se apoderó de la correspondencia, de las Memorias secretas de Mitrídates, sus recetas para los venenos, y las cartas de amor, bastante licenciosas, según parece, que el rey del Ponto había cambiado con su favorita Mónima (3). Todos los tesoros del último gran monarca helenizante del Asia, estaban ahora en poder de la democracia italiana.

Pero esta democracia victoriosa apenas podía gozar de sus victorias, pues durante todo el año 66 las cosas no habían hecho más que empeorar en Italia. Tras el

---

(1) Estrabón, XI, VII, 3 (509); Plinio, VI, XVII, 52.
(2) Appiano, *Mitr.*, 115.
(3) Plutarco; *Pomp.*, 37.

apasionado interés revelado en los debates sobre la ley de Manilio y los sucesos de Asia, el público había recaído en su torpeza caprichosa é irritada. La crisis financiera se había exacerbado; la miseria producida por las deudas, la exasperación de los deseos no satisfechos y de las esperanzas malogradas, perturbaban á todas las clases, las hacían irritables, inconstantes, indiferentes á las cábalas y á los proyectos de los partidos. Restablecido el orden en Oriente, en el fondo no había más que un gran problema, de interés verdaderamente nacional: el de las deudas. Pero ninguno de ambos partidos osaba abordarlas. Faltas de grandes cuestiones que animasen el interés público, las dos pequeñas banderías de políticos conservadores y populares estaban reducidas á hacerse una guerra de intrigas, de calumnias, de insultos y de procesos, tanto más encarnizada por cuanto los pretextos eran miserables, y ambas se irritaban con este violento esfuerzo en el vacío de la indiferencia universal. Esta situación, muy difícil por sí misma, se complicó muy pronto con un nuevo cambio de Craso. Este millonario, que desde su consulado popular había ayudado á los conservadores en su lucha contra Pompeyo, pasó nuevamente al partido popular, haciéndose su jefe, en puesto y en ausencia de Pompeyo. Las leyes Gabinia y Manilia habían sido dos grandes fracasos para Craso; ahora deseaba resarcirse, y para lograr su objeto empezaba á imitar las intrigas y manejos de su rival. ¿Pedía el pueblo conquistas, victorias, saqueos? ¿No había conquistado Pompeyo tan gran popularidad porque había logrado dar abundancia á Roma triunfando de los piratas? Pues bien, él daría al pueblo lo que el pueblo demandase; se ofrecería

como general para realizar una nueva conquista que asegurase por siempre á Roma el pan barato. ¡El pobre Lúculo no había tardado en encontrar imitadores de su imperialismo agresivo! Mientras que Pompeyo seguía aplicando en Asia su política, Craso, sugiriendo á Roma que había sufrido otra agresión, parecida á las que á Lúculo le habían servido con tanto éxito, meditaba la conquista de Egipto. No puede negarse que el rico banquero escogía bien su presa. Egipto no sólo era el más rico país del mundo antiguo, pero también un país fertilísimo, donde todos los años superaba la cosecha á las necesidades, y donde todos los países que padecían hambre podían acudir á comprar trigo, si el rey lo permitía. Cuando el país perteneciese á Roma, esta superabundancia de la cosecha anual pasaría íntegra á la metrópoli. La conquista de Egipto representaba para los romanos lo que para nosotros significaría la abolición de los derechos sobre el trigo: el pan barato. Sin duda se necesitaba un pretexto para la guerra; pero era fácil encontrarlo en el testamento de Alejandro II, que en el año 81 había legado Egipto á los romanos. Muchos lamentaban ahora de que el Senado rehusase entonces por debilidad la herencia; pero no era difícil rectificar el acuerdo, pues el Senado, por una de esas contradicciones tan comunes en él, también se había negado á reconocer al nuevo rey Ptolomeo Auletes, cuya descendencia real era dudosa, y que en vano intrigaba hacía mucho tiempo para hacerse reconocer (1).

Pero Craso conocía demasiado bien al Senado para

(1) Barbagallo, *R. R. E.*, 120.

dudar que, excepto en el caso de una fuerte presión de fuera, derogase su política tradicional tan contraria al nuevo imperialismo agresivo, resolviendo á sangre fría la conquista de un país tranquilo, que no había provocado la cólera de Roma. Era necesario, pues, imitar el ejemplo de Pompeyo: caldear y apasionar al público; conseguir que los comicios declarasen la guerra á Egipto; dirigirse directamente á la muchedumbre, que no sentía los escrúpulos diplomáticos del Senado, y que empezaba á admirar todas las conquistas. Pero, para triunfar en esta agitación, Craso tenía que reconciliarse con el partido popular, ganar para su causa á los hombres más activos y hábiles de la bandería de Pompeyo. Después de tantas luchas no era muy fácil esta reconciliación, y, en efecto, parece que Craso encontró en los amigos de su rival las primeras dificultades para sus proyectos. En las agitaciones que seguirán, no encontraremos á casi ninguno de los hombres que ayudaron á Pompeyo en su lucha; y, al contrario, sabemos que Gabinio se disponía entonces á reunirse en Oriente con su jefe, en calidad de legado. Luego es probable que muchos amigos de Pompeyo rechazasen las ofertas de Craso; desconfiando de él y temiendo irritar á su protector. Entre estos políticos populares sólo uno le fué favorable, pero era el más inteligente de todos, César. Éste había llegado á un punto crítico de su vida. Hasta entonces había prestado su concurso al partido popular, pero sin comprometerse demasiado con nadie y sin participar en ninguna villanía semejante á la que su amigo Clodio había realizado con el ejército de Lúculo. Gracias á esta política había logrado ser uno de los jefes jóvenes del partido popular mejor vistos hasta de

los conservadores. Pero á pesar de todo, todavía estaba en los comienzos de su carrera política; sólo había sido electo edil para el año 65; y, lo que ejerció considerable influencla en su destino, se encontraba en grandes dificultades económicas. En este momento en que el entusiasmo popular languidecía, tenía que aventar el oro más que nunca, continuar sus larguezas y prodigalidades hasta el día en que, nombrado pretor, pudiera hacer presa en una provincia. Precisamente entonces, la crisis no predisponía el ánimo de los publicanos á adelantar fondos; el dinero se hacía más raro, y ellos se mostraban menos espléndidos con los hombres políticos. En tales circunstancias las ambiciones y celos de Craso podían convertirse para César en una verdadera mina de oro. Empujado por la necesidad del dinero, consintió por primera vez en ponerse á las órdenes del millonario, no obstante la sorda hostilidad de casi todo el partido popular, y sin querer por eso romper con Pompeyo. En efecto, éste no podría quejarse de que César—el cual le había ayudado á obtener el mando en Oriente—trabajase ahora en que se diese el Egipto á Craso, que también era un ciudadano ilustre. Así, en su genial despreocupación esperaba poder secundar los proyectos de Craso, explotar á éste por su ambición, conservar la amistad de Pompeyo, no comprometer su posición ya lograda y, en suma, ser más feliz que nadie. El mismo César no pudo sustraerse andando el tiempo á la desmoralización inherente á la política, sobre todo, á la política democrática de una época mercantil, cuyos efectos no iban á tardar en manifestarse. El gentilhombre que había empezado ocupándose en los negocios públicos con un desinterés aristocrá-

tico, iba á confundirse con los políticos de baja estofa, con los intrigantes, con los oportunistas, que hacían de la política medio de satisfacer sus bajos intereses (1).

En efecto, poco después de haberse coaligado con Craso, en el año 66, César tuvo que intervenir en una baja intriga. En las elecciones de cónsules, el Senado, para obtener el triunfo de Lucio Aurelio Cota y de Lucio Manlio Torcuato, borró en la lista de los candidatos á un antiguo partidario de Sila, vuelto de África donde habia sido propretor, Lucio Sergio Catilina, pretextando que no había dirigido á tiempo su demanda y encontrarse sometido á un proceso por concusión. Pero á pesar de esta intriga, como fueron electos Publio Antronio y Publio Sila, sobrino del dictador, el hijo de Lucio Manlio Torcuato (2) acusó á los dos electos de corrupción, y á fuerza de intrigas logró que les condenasen y que se procediese á nueva elección.

Esta vez fueron electos los dos candidatos del Senado. Pero estos incidentes caldearon los espíritus, y ya durante el proceso no faltaron tumultos (3); el partido popular, para hacer oposición á los conservadores, había tomado la defensa de los dos cónsules condenados, y éstos, envalentonados así, se habían entendido para formar una conjuración: se asesinaría á los cónsules el primer día del año y se celebrarían nuevas elecciones.

---

(1) Véase el apéndice C.

(2) Drumann, *G. R.*, II, 514, ha demostrado que no fué el candidato mismo, sino su hijo.

(3) Cicerón, *Pro Sul.*, 5.

Catilina y algunos jóvenes de ilustres familias, como Cneo Pisón, había ingresado en la conjuración, y lo que aún es más grave, César y Craso parecen haber conocido el proyecto y haberlo alentado con medias palabras, pero sin participar en él ni comprometerse demasiado. Aun esto resultaba una imprudencia gravísima que no hubiesen cometido hombres tan hábiles si las dificultades de su empresa no les obligase á emplear procedimientos temerarics. Los secuaces de Pompeyo se negaban obstinadamente á prestar su concurso á Craso, no obstante sus vivísimos requerimientos; César y el millonario permanecían solos en la lucha, y era un empeño bien arduo el de agitar por sí solos al pueblo y de vencer la oposición del Senado y de los magistrados. En esta situación les hubiese sido utilísimo el disponer de dos cónsules favorables á sus proyectos, y para conseguirlo no habían dudado en excitar á Sila y á Antronio para conquistar la suprema magistratura por un golpe de mano. Desgraciadamente fué descubierta la conjuración; el público se emocionó mucho en Roma ante esta inesperada revelación de la desmoralización de las altas clases, y de todas partes se demandó un castigo ejemplar. El Senado se reunió; pero Craso, para poner punto final á las habladurías de la ciudad sobre la conjuración y sobre la parte que en ella tuviese, intervino enérgicamente, y no sólo salvó á los conjurados, sino que también quiso indemnizarles de su caída. El Senado, donde tenía tantos deudores, se plegó á sus exigencias: á nadie se persiguió; Cneo Pisón fué encargado de una misión especial en España, y hasta el mismo cónsul Torcuato aceptó la defensa de Catilina en el proceso de concu-

sión (1). Así terminó en seguida el negocio; pero tras este fracaso, Craso y César tuvieron que preocuparse en otras intrigas.

Entretanto, Lúculo había vuelto á Italia con su miserable cortejo de mil seiscientos soldados, trayendo del Ponto mucho oro y plata en monedas y en lingotes (2), y un presente más modesto y también más precioso, un árbol ignorado hasta entonces, el cerezo, que se comenzó á cultivar en Italia (3). ¡Cuando en la primavera vemos un cerezo ostentar la nieve violácea de sus flores, recordamos que allí está, escapado á los naufragios históricos de veinte siglos, el postrer vestigio de las conquistas gigantescas de Lúculo! Pero si la posteridad olvida los beneficios, los contemporáneos suelen ignorarlos, y Lúculo, á pesar de sus victorias, de sus tesoros y de sus trofeos, encontró las puertas de Roma cerradas á su modesta procesión triunfal. Las pendencias entre los dos bandos políticos se envenenaban; en manos de un partido se trocaba todo en medio ó pretexto de vejar al partido rival; hasta Lúculo se vió atacado furiosamente á su vuelta por el partido popular,

---

(1) Salustio, *C. C.*, 18; Suetonio, *César*, 9; Asconio, *in Cic. Tog can.* Cicerón, *Pro Sul.*, IV, 11; XXIV, 68; *In Cat.*, I, VI, 15; Tito Livio, *Per.*, 101; Dión, XXXVI, 42; John, *E. G. C. V.*, págs. 706-714, ha demostrado de una manera definitiva que Salustio se engaña haciendo de Catilina el jefe de esta conjuración, cuando sólo fué uno de los conjurados secundarios. Véase Stern, *C.*, págs. 16 y sig.; Tarentino, *C. C.*, 29 y sig.; Bellezza, *F. S.*, págs. 59 y sig. Véase también en el Apéndice C nuestras razones en favor de la versión que damos aquí.

(2) Plutarco, *Lúc.*, 37.

(3) Plinio, XV, XXV, 102.

como si hubiese sido un loco y un bandido. Para excitar al pueblo contra las clases elevadas, se reprochaba violentamente á este amigo de Sila todo lo que se aplaudía y toleraba á Pompeyo: las riquezas adquiridas, las guerras hechas sin autorización, las faltas y saqueos de sus generales. Los tribunos del pueblo no sólo interponían su veto cada vez que el Senado pretendía deliberar sobre el triunfo de Lúculo; pero también atacaban á sus oficiales y generales, á Cota en particular, el destructor de Heráclea. Á su vuelta, el Senado le había discernido grandes honores, dándole el sobrenombre de Póntico. Pero cuando comenzó á ostentar sus riquezas que había adquirido durante la guerra, los tribunos le tomaron de su cuenta, le amenazaron de quejarse contra él, y pidieron la libertad de los prisioneros de Heráclea. Viendo Cota los nubarrones que se acumulaban, creyó prudente arrojar al mar parte de su botín, é ingresó grandes sumas en el Tesoro público. Pero el partido popular continuó sus ataques: decíase que todo era pura comedia, y que Cota se había reservado la mayor parte. La ley que libertaba á los prisioneros se presentó á los comicios. Los jefes del partido popular dispusieron para esta reunión un patético escenario: buscaron en las casas, en las callejas, en las ergástulas de los mercaderes de esclavos todos los prisioneros de Heráclea que pudieron encontrar; los vistieron de duelo, les entregaron ramos de oliva y los hicieron presentarse en esta guisa ante la asamblea. Un tal Trasimedes de Heráclea se levantó entonces para hablar: recordó la antigua amistad de Heráclea y de Roma; luego describió el asedio, el saqueo de la ciudad, la carnicería y el incendio, y los esclavos se pusieron á sollozar,

á lamentarse, á tender los brazos suplicantes. El público se indignó tanto, que Cota apenas pudo hablar, y se consideró dichoso con marchar al destierro (1).

El partido conservador respondía á estas provocaciones acusando á sus enemigos de preparar la revolución. ¡Cuando Pompeyo volviese de Oriente con su ejército victorioso, se haría proclamar monarca y la república quedaría destruída! Sin embargo, á pesar de estos temores, los conservadores encontraban la manera de enredarse poco á poco con Craso y César. Luego de fracasada la conjuración, los dos amigos tuvieron que volver al proyecto de intentar una gran agitación popular para la conquista de Egipto; y para preparar el terreno se ingeniaban en captarse el favor del pueblo por diferentes procedimientos. Craso, que era censor, se proponía inscribir en los registros de los ciudadanos á los habitantes de la Galia transpadana. Era éste un proyecto muy liberal, el coronamiento supremo de la gran reforma democrática que había emancipado á Italia. César, que era edil, procuró deslumbrar al pueblo—á expensas de Craso, naturalmente—con prodigalidades inauditas: decoró con cuadros y estatuas el Capitolio, el foro, las basílicas; hizo que se celebrasen con gran lujo los juegos megalesios y romanos; para honrar la memoria de su padre, preparó espléndidos combates de gladiadores, en los que por primera vez se vió brillar en manos de éstos flechas y lanzas de plata; en los pórticos construídos provisionalmente en el foro y en las basílicas organizó una exposición de todos los objetos que se empleaban para los juegos y las decoraciones

(1) Memnón, 59.

monumentales (1). Pero si el Senado había cerrado los ojos á la conspiración por el temor que le inspiraba Craso, la parte más intransigente de los conservadores se indignaba de estos manejos, conservando rencor á César singularmente, que era menos poderoso que el millonario. La antigua desconfianza mezclada de odio, de temor y desprecio que había inspirado el sobrino de Mario, comenzaba á renovarse... Cátulo, el más noble de entre los antiguos conservadores, tuvo el valor, el coraje de comenzar la resistencia; y, como era censor, se opuso al proyecto de Craso, quien deseaba que se inscribiese entre los ciudadanos á los transpadanos, y con tal firmeza se opuso, que Craso hubo de renunciar á su idea (2). Cierta mañana circuló súbitamente por la ciudad una noticia extraña: los trofeos de Mario, que Sila había derribado, fueron restablecidos en el Capitolio durante la noche. Era César quien había preparado esta sorpresa (3). ¡Y el éxito fué inmenso, pues durante muchos días la muchedumbre acudió al Capitolio para contemplar estos grandes recuerdos de la guerra contra Yugurta y contra los cimbrios, y la imagen venerada del héroe que la nobleza perseguía con su odio implacable! Hasta se vió llorar á viejos soldados. El Senado, sintiéndose débil ante este entusiasmo popular, no osó quitar de nuevo los trofeos; pero Cátulo atacó abiertamente á César en pleno Senado, gritó que deseaba destruir el Estado; no ya con ocultos manejos como la conspiración, sino con el rostro descubierto.

---

(1) Suetonio, *César*, 10; Plutarco, *César*, 5; Dión, XXXVII, 8; Plinio, *H. N.*, XXXIII, III, 53.

(2) Dión, XXXVII, 9.

(3) Suetonio, *César*, 11; Plutarco, *César*, 6.

Con este ataque de Cátulo comenzó la nueva lucha entre César y los conservadores, que había de durar tanto tiempo y tener tan graves consecuencias. La obra de pacificación entre los dos partidos, en cuyo éxito tanta confianza tuvo César, iba á fracasar muy pronto. Los conservadores, excitados con estas primeras escaramuzas, redoblaron su ardor, arremetieron también contra Gabinio, procuraron impedirle que marchase á Oriente como legado de Pompeyo. No lograron su propósito (1); pero cuando César, que creía haber dispuesto bien al pueblo, propuso con ayuda de los tribunos la cuestión de la conquista de Egipto, los conservadores se opusieron haciendo gala de una energía poco habitual en ellos (2). Como César invocaban siempre el testamento del rey Alejandro, emitieron dudas sobre la autenticidad del testamento; afirmaron que, por más de que fuese auténtico, Roma no debía de codiciar todos los países y mover guerra á todo el mundo (3). Esta oposición del pequeño bando conservador á los proyectos de Craso y de César es un hecho importante, no tanto por sus consecuencias inmediatas como por sus efectos remotos. Hasta entonces no había adoptado este partido una actitud bien determinada

(1) Drumann, *G. R.*, III, 44.

(2) Plutarco, *Craso,* 13. Suetonio, *César*, 11. Sin embargo. Suetonio se engaña sobre los motivos invocados para la expedición, como resulta de un pasaje de Cicerón, *De lege agr.*, II, 16 y sig. y yerra al atribuir á César la intención de ir á Egipto. Véase en el Apéndice *C* las razones por que encuentro más verosímil la versión de Plutarco, según la cual Craso debía ser el general en esta expedición.

(3) Cicerón, *In lege agr.*, 2, 16, 42.

en relación con el nuevo imperialismo agresivo que, creado por uno de sus miembros, había dejado hacer á Lúculo y se había opuesto á las ambiciones de Pompeyo, afirmando que eran contrarias al espíritu de la constitución republicana; pero nada había dicho sobre esta política en sí misma. Desde este momento el partido conservador se declaraba contrario á la política de expansión y relacionaba su suerte á una política pacífica, cuya necesidad sentiría Italia más ó menos pronto. Los conservadores tuvieron que felicitarse por de pronto de la elección que habían hecho entre ambas políticas, pues fácilmente lograron que fracasasen Craso y César. Por muy ingenioso que en sí mismo fuese el proyecto de conquistar á Egipto, no logró emocionar al público. Las causas de este fracaso fueron múltiples. Una porción considerable de la bandería de Pompeyo desconfiaba de Craso y se negaba á ayudarle. Craso tampoco tuvo la suerte de que ocurriesen sucesos impresionantes, como la última amenaza de Mitrídates al Asia, que tanto había ayudado á Pompeyo. En fin, el momento no era favorable. Las clases ricas, los financieros sobre todo, que hasta entonces habían favorecido y alentado al partido democrático, comenzaban á temer la violencia demagógica del movimiento popular y las proposiciones de leyes que de él emanarían: poco á poco se volvieron del lado de los conservadores, cuyos jefes les adulaban con hábiles artificios, como por ejemplo, restituyendo á los caballeros el privilegio abolido por Sila de sentarse en el teatro en los bancos de los senadores. Cuanto á las clases medias, las precedentes victorias democráticas nada le habían dado, si no es el descontento consiguiente á las pesa-

das deudas que había contraído: estaba, pues, desilusionada, enervada, malcontenta. César y Craso comprendieron que la agitación á nada conduciría y tuvieron que abandonar en seguida su proyecto (1).

La violencia de las luchas aumentaba; y sin embargo, se combatía por sombras, y el número de los combatientes amenguaba á la par que los espíritus se caldeaban. Las clases elevadas ya no poseían como en tiempo de los Gracos privilegios políticos y económicos que pudieran servir de obstáculo al progreso de las clases medias. Si las tradiciones de la época aristocrática todavía conservaban en esta democracia algunas ventajas como últimos restos de una nobleza gloriosa; si los altos cargos aún estaban reservados á las grandes familias supervivientes, Italia entera sólo formaba ahora una clase de dominadores que se entendía para poner mano en todas las riquezas del imperio. Sin duda que en el reparto del botín las proporciones eran muy diferentes; pero á nadie se excluía. El hijo de un pequeño propietario que tuviese muchos chiquillos, podía hacerse soldado y procurarse el capital necesario para comprar una hermosa propiedad y algunos esclavos, ó para establecerse de comerciante. En las legiones, los grados de centurión y á veces el de *præfectus fabrum*, ó jefe de genio, se reservaban á los italianos de origen humilde ó mediocre que, habiéndose alistado, se distinguían por su inteligencia y valor. Los que disponían de cierto capital podían contratar trabajos públicos ó suministros militares, emigrar á Grecia ó á Asia y llegar en Roma á tribunos, ediles, cuestores; po-

(1) Suetonio, *César*, 11.

dían participar en los negocios, en los beneficios de las guerras, servir en Roma y seguir á las provincias á un poderoso hombre político. Un joven inteligente, aunque sólo dispusiese de modesta fortuna, podía enriquecerse, recoger numerosas herencias, conquistar renombre, si se aplicaba al estudio, si se ponía al servicio de los jefes de partido, ó haciéndose abogado ó jurisconsulto. Los hijos de los ricos financieros hacían pronto su carrera política, sólo con proponérselo. Hasta los vagabundos y los gandules podían encontrar en Roma con qué vivir en los *clubs* electorales, vendiendo su voto y sirviendo de clientes ó de esbirros á los jefes de partido. En el imperio había empleos para todos. Oficiales de todos los partidos estaban al servicio de los generales aristócratas ó populares; los jefes de ambos partidos tenían por amigos á los mismos financieros, empleaban idénticos procedimientos para hacerse útiles á la clase media, y buscaban la popularidad por análoga corrupción y ofreciendo á la muchedumbre la misma limosna. En el partido popular se declamaba mucho contra los abusos de los magistrados; pero era por hábito y por cálculo, y sin tomar la cosa en serio; pues todos sabían muy bien que esos abusos sólo eran una forma necesaria de la explotación del mundo que enriquecía á Italia. Los magistrados populares no realizaban menos abusos que los magistrados conservadores. Se discutía, se intrigaba mucho; pero fuera de las rivalidades de hombres y bandos, sólo había un peligro, un solo sufrimiento: las deudas. En la impaciencia que se experimentaba de gozar y poseer, muchas personas contraían deudas que luego no podían pagar, y la democracia árbitra del mundo — desde los senadores que

ostentaban un gran nombre hasta los humildes cultivadores, desde Julio César hasta los pequeños mercaderes de Roma — pertenecía á un escaso número de usureros, grandes, medianos ó pequeños, algunos de los cuales no eran caballeros ilustres como Ático, sino libertos sórdidos y obscuros, ó hijos de libertos, ó plebeyos ignorantes (1), gente grosera y avara que vivía pobremente, sin lujo y sin ambiciones dispendiosas. La tempestad debía de estallar cuando apareciese un hombre audaz que agitase entre acreedores y deudores esta cuestión candente, que por igual temían los dos partidos.

(1) Plutarco, *Cic.*, 10.

# XIV

## De cómo César llegó á ser demagogo.

La conjuración del 66, la agitación popular por la conquista de Egipto, las deudas, las sospechas de venalidad sugeridas por su coalición con Craso, habían dañado mucho á César. Habíase enejenado muchas personas que antes le admiraron, pero que ahora le veían con sentimiento hundirse en las intrigas de una política.

El ensueño de su ambición juvenil había concluído; todos comprendían al presente que la conciliación aristotélica de la aristocracia y de la democracia era una quimera. Las clases de buena posición, preocupadas con las dificultades del dinero, disgustadas de tantas agitaciones políticas inútiles ó peligrosas, se volvían indiferentes ó se inclinaban por los conservadores, y el partido popular debía de buscar su punto de apoyo más abajo, en la plebe miserable de Roma, entre los propietarios ó mercaderes de Italia acribillados de deudas, entre los desesperados, los descontentos, los *déclassés* de todas las especies. Ya no se trataba de proponer leyes agrarias, de abolir deudas, de confiscar su botín á los generales y de ayudar á las clases inferiores por medios

revolucionarios. De otro lado, por reacción, el partido conservador estaba en trance de quedarse reducido á un bando pequeño, lleno de rabia y desprecio, que sólo soñaba en matanzas, ejecuciones y golpes de Estado.

César debió en esta época de envidiar frecuentemente á Pompeyo, que, lejos de estas agitaciones, triunfaba maravillosamente en los dos proyectos porque había ido á Oriente: aumentaba su poder y reunía una fortuna inmensa. Ya era tan rico como Craso, obligando á los reyes de Oriente que le entregasen fuertes sumas, haciendo grandes *razzias* de hombres, vendiendo á los prisioneros pobres, exigiendo rescate á los ricos (1); parte de sus capitales los había colocado en el mismo Oriente, y había hecho préstamos usurarios á los pequeños soberanos entrampados, como el rey de Capadocia, Ariobarzanes (2). Ahora bien, tras sus brillantes victorias, dominaba en Oriente casi como un rey de reyes, con autoridad tal, que ningún romano la había tenido tan grande antes de él; y en esta misma época — primavera del 64 — podía desempeñar un papel de esplendor único en Amisos, donde había reunido una corte de reyes, para distribuirles gracias y favores en nombre de Roma. Dió nuevos reyes á Paflagonia y á Cólquida; amplió los dominios de los tetrarcas gálatas; nombró á Arquelao, hijo del defensor de Atenas, gran sacerdote de Comana; repartió el territorio del Ponto entre once ciudades, y restableció bajo la inspección del gobierno romano las instituciones republicanas de

(1) Dión, XXXVII, 20.

(2) Cicerón, *A.*, VI, 1, 3.

la *polis* griega (1). Pompeyo, como todos los hombres cultos de Italia, consideraba en esta época el gobierno republicano del tipo helénico-italiano el mejor de todos, y lo restableció entre las poblaciones griegas libertadas por las armas romanas del yugo de los monarcas orientales. No contento de haber acabado tan felizmente las cosas comenzadas por Lúculo, iría muy pronto á recoger nuevos laureles en Persia ó en Siria. La elección entre ambos países á conquistar aún no estaba hecha. Pero uno ú otro de estos dos grandes imperios estaba irrevocablemente destinado á caer como el Ponto, pues, luego de haber reorganizado el Oriente, Pompeyo quería conducir á buen término una conquista cuyo mérito no tuviese que compartir con nadie. Oro, poder, gloria, todo lo deseaba.

César, al contrario, tenía que realizar prodigios de destreza para no zozobrar aventurando su barquilla en la corriente del movimiento popular. Desde el primer mes del año 64, Craso había recomenzado su antiguo proyecto de elegir para el año 63 dos cónsules prestos á favorecer sus designios; y también en este negocio tuvo que desempeñar César el papel más peligroso. Había siete candidatos al consulado para el año 63, Publio Sulpicio Galba y Cayo Licinio Sacerdos, dos nobles honrados, pero de escasa autoridad; Cayo Antonio Ibrida, el general de Sila que César había acusado de concusión en el 77, y que se presentaba ahora á los electores acribillado de deudas y con todos sus bienes hipotecados; Quinto Cornificio, Lucio Casio Longino,

(1) Appiano, *Mitr.*, 114; Reinach, *M. E.*, 400; Mommsen, *R. G.*, III, 153.

hombres de escaso valer, y, en fin, Cicerón y Catilina (1). Este último era un hombre inteligentísimo; pero sin escrúpulos, ambicioso, vengativo y violento, á quien la intriga de que había sido víctima en el año 65 había acercado al partido popular. Entre candidatos tan numerosos, tan diferentes, y en un momento tan crítico, la lucha tenía que ser complicada y llena de sorpresas. En efecto, Cicerón temió al principio viendo que los conservadores preferían los dos nobles á él, hombre nuevo y comprometido con el partido popular, y se preguntaba si no sería más prudente unirse á Catilina, á quien conocía personalmente, sin tener por eso amistad con él (2). Pero Craso y César llegaron antes.

Catilina por su energía y su odio á los conservadores, y Antonio por su cinismo, su bajeza y sus deudas, eran los hombres que necesitaban. Entendiéronse con Catilina y con Antonio y se dispusieron á prestarles enérgico apoyo como candidatos populares. Cicerón, que había obtenido las otras magistraturas por consentimiento unánime de todos los partidos, iba á quedar de todos abandonado ahora, si los conservadores se obstinaban en preferir á los nobles. Pero los conservadores temían de tal manera la elección de los dos cón-

---

(1) Asconio, *In Cic. tog. cand.*

(2) Cicerón, *A.*, 1, 2. Desde luego prescindo como inverosímil de lo que dice Salustio de esta segunda candidatura de Catilina, á la que considera como elemento esencial de la segunda conjuración. Mis razones son las que tan hábilmente da John, *E. G. C. V.*, 738 y sig. Véase también Tarentino, *C. C.*, 39 y sig. Me parece absolutamente demostrado que no había entonces conjuración, y que la ayuda prestada por Craso á la candidatura de Catilina se inspiraba en su deseo de obtener á Egipto.

sules aliados á Craso que, para oponer á Catilina un candidato serio, aceptaron al hombre nuevo. Abandonado por los suyos, Cicerón, á quien los excesos del partido democrático hacía algún tiempo que tenían disgustado, aceptó á su vez el ser candidato de los conservadores, sin tener en cuenta que en las luchas de los partidos estos bruscos cambios siempre son peligrosos, singularmente para un hombre honrado. Así, los conservadores y el partido popular se vieron obligados á desplegar todas sus fuerzas. Catilina gastó mucho dinero propio y no poco de Craso; César se empleó con todas sus fuerzas en ayudar á Catilina, este antiguo general de Sila contra el que había protestado trece años antes; Craso movilizó á sus clientes, libertos é inquilinos retrasados en el pago. El público se apasionó esta vez por la lucha y las elecciones se celebraron en medio de una gran agitación. El resultado mostró que los electores estaban perplejos: ninguno de ambos partidos venció ni fué totalmente batido. Catilina, el candidato popular que inspiraba mayores temores, no fué electo; Cicerón lo fué, pero también Antonio. De cualquier manera, Craso había fracasado una vez más; pues de nada podía servirle el tener de amigo á un cónsul solo, y el menos capaz de ambos.

Tras esta lucha hubo una tregua, durante la cual, la atención pública se dirigió de nuevo á Pompeyo. Al fin, iba éste á escoger decidiéndose por invadir á Siria, por más de que á su alrededor todo un partido intentase persuadirle de ejecutar el antiguo proyecto de Lúculo, y de conquistar á Persia. Genio menos grande que Lúculo, pero más cauto ¿había adivinado desde luego que la empresa de conquistar el imperio de los partos

era superior á sus fuerzas y á las de Roma? Sería un caso notable de clarividencia. Sin embargo, ciertos hechos inducen á creer que en el 64 no poseía una visión tan precisa de la realidad, y que dudaba entre el temor de dejar á otro la gloria de tan gran conquista y el miedo de arriesgarse en una aventura tan peligrosa. Yo no sabría explicar de otra manera por qué dividió su ejército en dos cuerpos: uno que entraría á sus órdenes en Siria por el camino seguro de Cicilia; otro que, al mando de Lucio Afranio, ocuparía la Gordiana é iría á incorporársele en Siria, atravesando una provincia de los partos, Mesopotamia (1). Esta violación del territorio de los partos era una provocación, de cuya gravedad no podía forjarse ilusiones Pompeyo: era sin duda una concesión hecha á los partidarios de la guerra con Persia. No queriendo declarar la guerra, Pompeyo se contentó haciendo una demostración militar para significar á los pueblos de Oriente que no temía á este gran imperio, ni retrocedería ante una guerra llegado el caso. Tratábase aún de la política intimadora de Lúculo; pero degenerada ya en sus procedimientos, retrasándose en estos ejercicios de esgrima en vez de herir pronto y fuerte. Ahora bien; aunque muy ingenioso, este plan podía fracasar, pues faltó poco para que Afranio se perdiese con todo su ejército en Mesopotamia (2), donde se había aventurado sin guías seguros, sin informes precisos, sin preparativos suficientes. Al contrario, Pompeyo que había tenido la habilidad de reservarse la parte más fácil de la empresa, realizóla sin

(1) Dión, XXXII, 5, 6.
(2) Dión, XXXVII, 5.

peligro y sin fatiga. La antigua monarquía de los Seléucidas, que había realizado tantas conquistas en sus grandes días de gloria y de poderío, se había fragmentado en gran número de principados rivales, sin que ninguno tuviese la fuerza ni el valor de resistir á la invasión de un ejército romano. Pompeyo no tuvo más que mostrarse para hacerse el amo. Envió á Fenicia y á Celesiria para tomar posesión de Damasco á Aulo Gabinio y Marco Emilio Escauro, hijo de Marco Emilio Escauro que, hijo á su vez de un mercader de carbón, llegó á ser presidente del Senado (1). Luego empezó á distribuir reinos y territorios. Dió la Comagenes al Antíoco que Lúculo hizo rey de Siria (2); declaró libre á Seléucia y protegió á Antioquía, en premio de una fuerte cantidad que le había dado (3). Se mostró generoso con el jefe de los Árabes Itureanos (4). En fin, pretextando que la dinastía nacional ya no existía, declaró á Siria provincia romana, con la obligación para todos los habitantes de pagar la vigésima parte de sus rentas. Como Lúculo, él también había añadido un inmenso y nuevo territorio al imperio de Roma.

Sin embargo, á sus espaldas estallaba una nueva guerra. Irritado por la marcha de Afranio y no osando atacar al mismo Pompeyo, el rey Fraates había declarado la guerra al rey de Armenia. Al demandar socorros Tigranes, muchos oficiales excitaron á Pompeyo para que

---

(1) De este personaje hemos hablado en la pág. 81.

(2) Estrabón, XVI, 749; Appiano, *Mitr.*, 114.

(3) Estrabón, XVI, 751; Eutropio, VI, 14. Porfirio de Tiro, en *Frag. Hist. Græ.* (Didot), III, pág. 716, fr. 26.

(4) Drumann, *G. R.*, IV, 454.

invadiese á Persia y realizase su conquista. Pero s Fraates se asustó con la marcha de Afranio, el peligro corrido por éste parece que causó vivísima impresión en Pompeyo, y ahora sólo se escuchó á sí mismo; y, cambiando la actitud provocadora mantenida hasta entonces con el rey de los partos, quiso ser razonable y no exagerarse en la ambición. Se limitó á enviar tres comisarios para decidir la cuestión entre ambos reyes (1). Entretanto, Escauro y Gabinio habían encontrado una mina de oro en Judea, donde latía la guerra civil entre dos miembros de la familia real de los Asmoneos, Aristóbulo é Ircanio. Ambos se habían dirigido á los generales romanos, implorándoles su ayuda. Obtúvola Aristóbulo entregando cerca de dos millones á Escauro y cerca de millón y medio á Gabinio (2).

Las fáciles conquistas de riquísimos países se sucedieron así, y nadie se imaginaba en Roma que Mitrídates soñase á sus setenta años y en el fondo de Crimea en renovar la empresa de Aníbal, ni que hubiese pasado todo el año 64 en reclutar un pequeño ejército. Una vez terminados los alistamientos, contaba ponerse en marcha á lo largo de la ribera septentrional del mar Negro, reclutar sobre la marcha á los sármatas y bastarnos; remontar el valle del Danubio arrastrando en pos de sus estandartes á las tribus célticas; cruzar, en fin, la Panonia y arrojarse sobre Italia al frente de un poderoso ejército (3). ¿Se había informado en el fondo de la Táurida sobre la situación de Italia, y creía posi-

(1) Dión, XXXVII, 6, 7; Appiano, *Mitr.*, 106.

(2) Josefo, *A. J.*, XIV, II, 3; III, 2.

(3) Appiano, *Mitr.*, 109; Dión, XXXVII, 11; Plutarco, *Pomp.*, 41.

ble encender de nuevo la guerra social, atizando el odio de los partidos? Esto es poco probable. Este proyecto más bien parece ser el supremo delirio de un viejo maniático, que no quería someterse al destino. Sea de ello lo que quiera, si se hubiese informado sobre las condiciones de Italia, Mitrídates sólo tendría motivo para afanarse en su proyecto con ardor todavía más grande. La tregua sobrevenida tras de las elecciones no había durado mucho tiempo. Hacia el mes de Noviembre empezó á difundirse un rumor por Roma, que produjo en todas las clases vivísima emoción: los tribunos del pueblo designados preparaban una ley agraria (1). El hecho era significativo. Desde la dictadura de Sila, nadie había osado hablar en Roma de leyes agrarias; luego el partido popular tenía que sentirse muy fuerte si volvía á encender esta antorcha de la guerra civil, después de habérsele arrancado tantas veces de las manos. Pronto se vió á los tribunos, y especialmente al que debía proponer la ley, un tal P. Rulo, adoptar raros atavíos, mostrarse en público con el pelo en desorden, la barba sin afeitar y cubierto de andrajos (2). Estas mascaradas también eran un mal signo: muy revolucionaria tenía que ser la ley para que los tribunos se apresurasen á cortejar la hez más miserable de Roma, vistiéndose como ella. Pero por grande que fuese la emoción de los conservadores, no igualaba á la de Cicerón.

Este no era un hombre de acción (3); no poseía las dos pasiones, la sed del dinero y la ambición del poder,

---

(1) Cicerón, *In lege agr.*, 13.
(2) Idem, 13.
(3) Boissier, *Cicerón y sus amigos*, París, 1902, pág. 38.

que empujan á los hombres á afrontar los peligros de las grandes luchas sociales; era un artista de primer orden, un escritor incomparable, de sensibilidad delicada, de viva imaginación, de espíritu sutil é intenso, cuya suprema ambición no se cifraba en amasar riquezas ó en mandar á sus semejantes, sino en ser admirado. Excepto estas grandes cualidades de orden intelectual y esta ambición, más bien reproducía los rasgos distintivos que la larga sumisión había impreso en esta burguesía media de Italia á que pertenecía; es decir, el espíritu de ahorro y de cordura, el desdén algo apocado del aparato, la severidad de la vida privada, los afectos de la familia, la timidez, la prudencia, el respeto un poco humilde por la nobleza y la riqueza. La vida pública de su tiempo, con sus violencias y sus mentiras, sus odios y sus traiciones, con el oportunismo, el cinismo, la frivolidad y el gusto de la ostentación y de los placeres que entonces caracterizaban más ó menos á todos los políticos de viso; la vida pública, con unos partidos que, en lugar de defender principios sólo satisfacían sus intereses, no convenía á Cicerón. Tan bien lo había comprendido, que hasta entonces se satisfizo con ser el más grande orador y abogado de Roma, y sólo aceptó los cargos públicos porque pudo obtenerlos sin lucha (1).

Según los cálculos de Cicerón el consulado sólo debía ser la continuación del goce tranquilo de los grandes honores públicos y como la recompensa de sus méritos literarios. Si había aceptado el apoyo de los conservadores, en cambio no quería comprometer de ninguna

(1) Boissier, *Cicerón y sus amigos*, París, 1902.

manera su popularidad; hasta como cónsul deseaba conservar su puesto privilegiado en la estimación pública, superior á los partidos. Desgraciadamente, una ley agraria era gran obstáculo para tal política. ¿Sería posible contentar á todos, aun adoptando la actitud más conciliadora? Confiando en su prestigio, Cicerón no desesperaba de vencer. Y fué en busca de los tribunos; díjoles que él también deseaba hacer algo útil por el pueblo y que podían trabajar de acuerdo. Pero con gran sorpresa suya fué mal acogido. No sin cierta ironía se negaron los tribunos á decirle nada á propósito de la ley, y le manifestaron que no necesitaban de su ayuda (1). Descartado de esta manera, Cicerón tuvo que esperar para conocer el proyecto á que Rulo lo leyese al pueblo, hacia fines de Diciembre. La ley era más complicada y revolucionaria que las precedentes, y contenía muchas disposiciones que alarmaron á los conservadores y á los ricos, sobre todo, por su falta de precisión. Instituía una especie de dictadura económica de diez comisarios electos para cinco años por diecisiete tribus, con plenos poderes y exentos de la intervención de los tribunos. Estos comisarios podrían vender en Italia y fuera de ella todas las propiedades que hubiesen pasado al dominio público en el año 88 ó después, cuya venta había dispuesto el Senado desde el año 81; también podrían inventariar el botín de los generales, excepción hecha de Pompeyo, y obligarles á restituir lo hurtado; y con el dinero obtenido de estas ventas y reclamado á los generales, comprar tierras en Italia y distribuirlas entre los pobres (2).

(1) Cicerón, *De lege agr.*, II, 5.
(2) Drumann, *G. R.*, III, 148, 149.

Cicerón adivinó inmediatamente que Rulo obraba en este asunto por cuenta de Craso y de César (1), y tenía razón, pues cuando toda la actividad del partido popular estaba dirigida por ellos, sería difícil admitir que unos tribunos obscuros hubiesen propuesto una ley tan audaz, sin estar sostenidos por ambos jefes. Además, no se concibe con qué objeto hubiesen los tribunos propuesto la ley por propio dictamen. Al contrario, es verosímil que Craso y César persiguiesen un doble fin: obligar á Cicerón á comprometer su popularidad y suscitar de nuevo, bajo distinta forma, la cuestión de Egipto (2). Una vez electos decenviros, César y Craso hubiesen podido afirmar que entre las propiedades convertidas en dominio público desde el año 88, figuraban también los bienes de los Ptolomeos, dejados en herencia con el reino de Egipto por el rey Alejandro II en el 81, y declarar la guerra á Egipto para tomar posesión de estos bienes, sirviéndose de los inmensos medios de corrupción que la ley agraria confería á los decenviros. Esperábase que el pueblo se mostrase favorable á la conquista, apenas supiese que los provechos servirían para comprarle tierras. Explicado esto, también es fácil explicarse por qué Craso y César desearon que los tribunos presentasen la ley, en lugar de declararse francamente sus autores. Una ley tan revolucionaria alarmaba muchos ánimos y hería no pocos intereses; lo mismo inquietaba á los conservadores, que temían en el decenvirato á una especie de dictadura disfrazada de

(1) Cicerón, *In lege agr.*, I, I, 1; I, V, 16; II, XVII, 44; II, XVII, 46.

(2) Cicerón lo dice muy claramente: *In lege agr.*, I, I, 1; II, XVI, 41; II, XVII, 44.

jefes populares, que á los generales enriquecidos en las guerras recientes, que á los publicanos que habían arrendado las tierras públicas de Bitinia y del Ponto, cuya venta se deliberaba, y, en fin, á todos los que más se habían aprovechado de las conquistas de Lúculo y de Pompeyo, á quienes quería despojarse en beneficio de la plebe miserable. El resultado de la lucha necesaria para aprobar semejante ley debió de parecer tan dudoso, que ni Craso ni César quisieron comprometer en ella su nombre ni su persona. En efecto; nobles y ricos no tardaron en trabajar con ardor contra la ley; se exageró su trascendencia revolucionaria; se afirmó que implicaría una liquidación general de la propiedad del Estado, pues los decenviros hubiesen incluído en ella las propiedades públicas de Grecia y de Asia, con el pretexto de que estas provincias las reconquistó Sila después del 88 (1); se procuró asustar á los que compraron bienes de los proscriptos por Sila, persuadiéndoseles de que la ley también se aplicaría á sus propiedades. ¿No había propuesto al mismo tiempo un tribuno anular la degradación cívica que Sila había infligido á los hijos de los proscriptos? (2) Cicerón, á pesar de su voluntad de ser admirado por todos, tuvo que decidirse á defender los intereses de sus amigos los caballeros y la causa de los conservadores.

Este fué el primer gran asunto de su consulado, que le resultó á maravilla. César y Craso se habían engañado profundamente al creer que una ley tan grave y tan revolucionaria podían proponerla con posible éxito unos

(1) Cicerón, *In lege agr.*, I, II, 5; II, XV, 39.
(2) Cicerón, *In lege agr.*, II, IV, 10.

hombres de paja, tribunos obscuros é ineptos, sin el prestigio, la fuerza, ni la inteligencia necesarios para subvertir tantos intereses. Los conservadores, los caballeros, los generales, enriquecidos por los despojos, trabajaron con energía; los tribunos no supieron contrarrestar sus intrigas ni agitar al pueblo que permaneció tranquilo; César y Craso, no osaron lanzarse abiertamente en la lucha y prepararon así un éxito sonoro á Cicerón. Éste indujo al pueblo á rechazar la ley con dos discursos de matiz muy democrático, en los que declaraba querer ser un cónsul popular (1), y se ofrecía como un gran admirador de los Gracos y de sus leyes agrarias, que verdaderamente se enderezaban al bien del pueblo (2); afirmaba que combatía la ley de Rulo porque era contraria á los intereses populares, y comprometía el bienestar de las clases pobres, con el pretexto de favorecerlo (3).

César y Craso sufrieron otro fracaso. Decididamente, la agitación democrática no triunfaba. Sin embargo, no quisieron confesarse vencidos; suscitaron otros problemas para atizar las pasiones demagógicas y poner á Cicerón en un compromiso. Casi todos los tribunos del pueblo presentaron sucesivas proposiciones revolucionarias. Un tribuno pidió nada menos que la abolición de las deudas; otro quiso que se relevase de la pena á Publio Antronio y á Publio Sila, los conjurados del 66 (4). Pero nadie los tomaba ya en serio, y todo

(1) Cicerón, *In lege agr.*, 9.
(2) Cicerón, *In lege agr.*, II, v, 10.
(3) Idem, IV, 10.
(4) Dión, XXXVII, 25; Lange, *R. A.*, III, 230.

caía en la nada. Sin embargo, en medio de estos manejos é informalidades, la irritación de los conservadores iba en aumento, así como el malestar de todas las clases (1). Inquietos los capitalistas dudaban en prestar; el dinero, escaso ya en tiempo ordinario, lo era cada vez más, resultando ésto un gran peligro para muchos deudores. Según el derecho hipotecario, harto severo, que á la sazón estaba en uso, si expiraba el plazo y el deudor no había pagado, el acreedor se apoderaba de la propiedad hipotecada, aunque implicase dos ó tres veces el valor de la suma prestada; y muchas personas que ya no podían encontrar fuera dinero á préstamo para pagar los intereses ó reembolsar el capital, tenían que vender á precios irrisorios sus tierras, sus casas, sus alhajas, sus obras de arte. En todo se produjo una baja rápida, de cuyos efectos nadie se eximía más ó menos, hasta los ricos senadores, que ya no gozaban de la facilidad de los grandes créditos necesarios para la complicada administración de los vastos patrimonios (2). No sólo entre los políticos del partido conservador, pero también en toda la clase rica reinaba vivísima irritación; se reputaba á los tribunos como responsables de estas dificuitades; y si se respetaba á Craso, que era demasiado rico, demasiado poderoso, demasiado temido, no sucedía lo mismo con César, pobre, acribillado de deudas, y que carecía de parientes poderosos.

---

(1) Cicerón, *In lege agr.*, I, VIII, 23; II, III, 8.

(2) Véase por lo que concierne á esta crisis financiera, el interesante pasaje de Valerio Máximo IV, VIII, 3. Aunque estallase en el momento de la conjuración de Catilina, mejor dicho, el año siguiente, es probable que comenzase antes.

En efecto, es probable que los parientes aristocráticos por parte de su mujer, le hubiesen abandonado ya, poquito á poco; y cuanto á su propia familia, siguiese aliándose á los advenedizos para reparar una fortuna que las prodigalidades de César habia comprometido. Así es que una de sus sobrinas se había casado hacía poco con un tal Cayo Octavio, el hijo riquísimo de un usurero de Velletri, que con el dinero de su padre procuraba captarse amigos en el gran mundo y en prepararse la carrera política. Puesto que se excluía á Craso, podía, pues, dirigirse los golpes contra César. ¿No estaba, además, pagado por Craso para recibirlos? Probablemente fué entonces cuando comenzó á forjarse la primera leyenda cesariana, que exagerando sus defectos, hacía de él el representante de todos los nuevos vicios de la época mercantil, el símbolo de cuanto más chocaba á la vieja conciencia latina en las costumbres nuevas. Sin duda poseía deudas; pero se las elevaba á cifras fabulosas en las conversaciones de los conservadores. Hablábase de millones (1). César había comprendido pronto el inmenso poder que ejercían las mujeres de su tiempo en el secreto de las familias, y cortejaba—procurando hacérselas amigas—á las mujeres de Craso, de Pompeyo, de Gabinio, de todos los jefes populares; frecuentaba mucho la casa de Servilia, la viuda de aquel Marco Junio Bruto muerto en la revolución del

(1) Plutarco, *César*, 5, dice que, según lo que se contaba, César había contraído 1.300 talentos de deudas aun antes de comenzar su carrera política. Tan grande es la suma que no puede darse crédito á esta afirmación, á la que ni el mismo Plutarco se lo concede muy grande; pues forma parte de la leyenda cesariana inventada por los conservadores.

78, y hermana de Catón, mujer inteligentísima y muy influyente, que había vuelto á casarse con Décimo Junio Silano. Sin embargo, ninguna de estas mujeres parece haber sido su amante, excepto Mucia, la esposa de Pompeyo (1). Sea de ello lo que quiera, tras la leyenda de las deudas, los conservadores crearon la de la buena fortuna de César, acusándole de ser simultáneamente el amante de Servilia, de la mujer de Pompeyo, de la mujer de Craso, de la mujer de Gabinio, en suma, de las mujeres de todos los jefes del partido popular. Sus relaciones con Mucia eran singular objeto de amargas burlas. Comprendíase ahora por qué César había apoyado con tanto ardor las leyes Gabinia y Manilia. ¡Sencillamente se trataba para él de enviar muy lejos al marido de la bella Mucia! En suma, César se convertía ante los ojos de los conservadores en la encarnación de todas las abominaciones nuevas, en el joven crapuloso que llega por las mujeres, en el aventurero sin escrúpulos que para pagar sus deudas, saciar su ambición y su sed de riquezas, está dispuesto á todo, hasta á subvertir la república. Esta leyenda, exagerada sin medida, iba á obligar paulatinamente á César á transformar ciertos vicios que se le imputaban en verdaderas fuerzas revolucionarias de su época.

En efecto, atacado así, César tuvo que defenderse. El peligro era serio; pues si en medio de esta agitación estallaban los tumultos, si se arrancaba al Senado el

(1) Suetonio, *César*, 50. Por esta época, es decir, antes de su partida para las Galias, debió tramar todas estas intrigas amorosas; pero cuatro á la vez parecen algo exageradas, aún para César. No obstante, por razones que luego veremos, parece verosímil que haya sido el amante de la mujer de Pompeyo.

decreto declarando el estado de sitio, hubiese podido perecer como los Gracos y Saturnino. Estas sangrientas ejecuciones de los jefes del partido democrático sólo podían inquietar vivamente á los que habían heredado su representación y su popularidad. Con su rápida percepción, su extraordinaria lucidez de juicio y su energía, César comprendió que el mejor medio de defenderse consistía en asustar á sus adversarios por cualquier golpe de audacia demagógica; pero no atacándolos ya en el terreno de las grandes reformas económicas, como la ley agraria, sino en el de las cuestiones políticas, que era menos peligroso, y en el que era más fácil mover al bajo pueblo de Roma, ignorante, descontento y lleno de odio por los nobles. Y logró, efectivamente, suscitar una cuestión política bien inesperada. En un apartado rincón de Roma vivía un viejo senador, Cayo Rabirio, que pasaba por haber matado de propia mano á un tribuno del pueblo, treinta y siete años antes, en la época de la revuelta de Saturnino. Naturalmente que nadie se acordaba ya. De súbito le descubre César, le hace acusar de *perduellio* por un tal Tito Acio Labieno, joven obscuro, amigo suyo y tribuno del pueblo, y luego le envía por orden del pretor, que estaba de acuerdo con él, ante dos jueces: — él mismo era uno. Rabirio fué declarado culpable (1). Para la *perduellio*, la pena era

(1) Los historiadores (Drumann, *G. R.*, III, 162; Mommsen, *R. G.*, III, 169) no han observado la relación que existe entre este proceso, las perturbaciones de la época y la crítica situación en que se hallaba entonces César. Torcidamente consideran este proceso como una tentativa hecha por César con el mero objeto de imponer á los conservadores el respeto de las leyes constitucionales en materia de procesos políticos.

de muerte. La audacia con que César condujo la intriga y también la triste suerte del desgraciado anciano emocionaron á los conservadores; Rabirio invocó al pueblo; Cicerón se encargó de su defensa, y verdaderamente que le defendió con mucha elocuencia, diciendo abiertamente que no se aspiraba á la cabeza de Rabirio, sino á debilitar todo lo que protegía el orden público para poder derribar más fácilmente la república (1). Pero el pueblo, que había dejado fracasar la ley agraria, se conmovió ahora; los recuerdos de la gran revolución habían producido los efectos esperados, y Rabirio hubiese sido condenado á muerte, si un senador no atinase con una estratagema para disolver la asamblea. César, que no deseaba la cabeza de Rabirio, dejó en paz al anciano: bastóle con haber calmado la admiración de los conservadores por los rápidos procedimientos á que se recurría en estado de sitio, y de haberles demostrado que, aun al cabo de treinta y siete años, era fácil excitar la cólera del pueblo contra los que eran responsables de algún delito.

Mientras estos sucesos ocurrían, quedó vacante el cargo de *pontifex maximus* por muerte de Metelo Pío. Era un cargo vitalicio, cuyo titular poseía la suprema dirección del culto oficial y el privilegio de vivir en un edificio público. Sila había despojado al pueblo y dado al colegio de los pontífices el derecho de elegir al *pontifex maximus*. César, que redoblaba su audacia en el peligro, concibió el atrevido proyecto de que se restableciese por una ley que presentaría Labieno la elección popular del *pontifex maximus*, y presentarse como

(1) Cicerón, *Pro Rab. perd.*, II, 4; XII, 23.

candidato. Si lograba ser el jefe del culto, difícilmente lograría ningún cónsul incluirle en alguna matanza á consecuencia del *videant consules*. Muchos personajes ilustres, como Cátulo y Servilio Isáurico, concurrían al pontificado. Y se echaron á reir al saber que un hombre que aún no tenía cuarenta años, que era ateo, que estaba acribillado de deudas, comprometido con los más vulgares demagogos, y que estaba apasionado con la astronomía de Hiparco, competía con ellos para un cargo tan eminentemente conservador. Cátulo ni siquiera dudó en hacerle á César una proposición insolente: le ofreció dinero para que abandonase la candidatura (1). Era herirle en lo vivo al tratarle de venal. Pero César se lanzó impetuosamente en la lucha, y apoyado por Craso que le prestó dinero, supo tan bien decir, hacer y pagar que, cambiado el modo de la elección, fué el 6 de Marzo electo *pontifex maximus* (2).

---

(1) Plutarco, *César*, 7.

(2) Ovidio, *Fast.*, III, 415.—Veleyo, II, 43 y Dión, XXXVII, 37, se engañan sobre la fecha.

## XV

### Catilina.

Los conservadores se consolaron algo de estas derrotas con un modesto éxito: lograron que se decretase el triunfo de Lúculo. El antiguo procónsul pudo entrar en Roma con sus soldados. Pero, á pesar de los cien mil barriles de vino que Lúculo distribuyó en esta ocasión entre el pueblo (1), la ceremonia resultó fría. Pudiérase haber creído que sólo era un obscuro general, vuelto de una pequeña expedición contra los bárbaros, y no el creador del nuevo imperialismo tan popular, y que tanta gloria daba hoy á Pompeyo. Por lo demás, Lúculo se cuidaba muy poco de eso. Tras diez años de ausencia iba á reingresar en la casa paterna, disgustado de los hombres, indiferente á la admiración de la multitud, presto á buscar la recompensa de cuanto había hecho en la admiración de las altas clases y y en el disfrute de las inmensas riquezas cosechadas allá lejos. Pero una nueva ignominia le esperaba á su vuelta. Descubrió que Clodia, la mujer sin dote con que se había casado, mantenía relaciones incestuosas con

---

(1) Plinio, *H. N.*, XIV, XIV, 96

su hermano Publio Clodio, el sobornador de sus legiones (1). Y tuvo que repudiarla.

En este mismo año, una pequeña revolución libró al dichoso Pompeyo de Mitrídates. Farnaces, los soldados y el pueblo de Crimea, asustados de su proyecto de invadir á Italia, se rebelaron á principios del 63, obligando al gran anciano á matarse. Así terminó la segunda gran lucha emprendida por un hombre contra Roma. Mitrídates no tuvo mejor suerte que Aníbal. Había concebido el audaz proyecto de destruir á Roma encendiendo alrededor del Mediterráneo y en la misma Italia el más terrible y vasto incendio revolucionario que jamás hubiese visto el mundo antiguo; pero como Aníbal, se había agotado paulatinamente tras los triunfos alentadores del principio. El hijo del que había soñado con reinar sobre todo Oriente, tuvo que contentarse con aceptar, como presente de los romanos, el pequeño reino de Crimea. El genio admirable y la indómita energía de un hombre habían fracasado otra vez contra el sistema de fuerzas políticas y militares todavía tan poderoso, á pesar de sus crisis reiteradas, y que desde Italia dominaba tan vasto imperio.

La noticia de la muerte de Mitrídates fué ocasión de gran alegría en Roma, y un nuevo título de gloria para Pompeyo, á quien el partido popular atribuía el mérito de todos los sucesos faustos. César, que deseaba cortejar á Pompeyo, se apresuró en que el pueblo le decretase solemnísimos honores (2). Las noticias de Oriente llegaron luego monótonas. Pompeyo recorría Fenicia

(1) Cicerón, *Pro Mil.*, XXVII, 73; Plutarco, *Cic.*, 29.
(2) Lange, *R. A.*, III, 256.

y Celesiria haciendo tributarios á sus principillos (1); no había encontrado más resistencia que la de una pequeña ciudad y de un pueblecito, con que los romanos mantenían desde el año 139 (2) amistosas relaciones. La ciudad se llamaba Jerusalén; pero se trataba de un asunto sin importancia. Los dos soberanos de los judíos, en guerra entre sí, y á quienes Escauro y Gabinio habían sacado ya tanto dinero, recurrieron á Pompeyo; éste, luego de haber dudado mucho tiempo, se decidió á ayudar á Aristóbulo, mediante la promesa de obtener una fuerte suma. Pero cuando Gabinio entró en Jerusalén para recibir el dinero, un motín popular le obligó á huir, y Pompeyo tuvo que poner sitio á la ciudad (3).

La atención pública no podía fijarse mucho en esta modesta guerra, cuando la lucha política se hacía más ardiente en Italia. En la primavera se vió llegar súbitamente á Roma, presentándose candidato al tribunado, á Quinto Metelo Nepote, cuñado de Pompeyo y uno de sus generales (4). Este Metelo era hijo del cónsul del 98, sobrino del conquistador de las Baleares y sobrino segundo del Macedónico (5); luego pertenecía á una de las más grandes familias de Roma; pero, como tantos otros nobles, había ingresado siguiendo á Pompeyo en el partido popular para hacer pronto su carrera y enriquecerse. En efecto, la numerosa escolta de esclavos y mulas cargadas de bagajes que le seguía, demostraba

(1) Josefo, *A. J.*, XIV, III, 2.
(2) Castelli, *Gli Ebrei*, pág. 280.
(3) Josefo, *A.*, *J.*, XIV, III, 4; Castelli, *Gli Ebrei*, pág. 280.
(4) Plutarco, *Cat. U.*, 20.
(5) Drumann, *G. R.*, II, 16, 29.

que había conseguido este segundo objetivo. La llegada de Metelo produjo gran sensación entre los conservadores. Todos pensaron que venía á proponer su candidatura de acuerdo con Pompeyo, en persecución de algún fin, y se preguntaban ansiosamente qué fin podría ser. Las preocupaciones se hicieron pronto tan vivas, que decidieron presentar un candidato conservador para el tribunado, cosa que no se había hecho en bastante tiempo. Pero ¿qué conservador osaría afrontar los riesgos de una lucha casi desesperada? Entre los conservadores tampoco había abundancia de hombres valerosos y desinteresados. Faltos de mejor candidato, se decidió recurrir á un hombre del que los conservadores se mofaban y desconfiaban al mismo tiempo, al Catón que ya hemos visto protestar contra la elegancia de sus contemporáneos. Era hombre de limitado talento, pero de una sola pieza, honrado, virtuoso, inflexible, sin tacha y sin miedo, sin transigir nunca por nada ni por nadie. Nada menos se necesitaba que su desprecio supremo del populacho para presentar su candidatura, él, conservador á ultranza, y en semejante momento, para un cargo tan popular como el tribunado. Pero el peligro apremiaba. En este mismo instante presentaba César su candidatura á la pretura para el año 62. Eran éstos dos motivos de alarma. El tercero no tardó en llegar.

Catilina se preparaba á correr de nuevo los albures del consulado, y adoptaba por programa electoral la abolición de las deudas (1). Si resultaba electo cónsul,

(1) Claramente se ve que este era el programa de Catilina leyendo á Salustio, *C. C.*, 16 y 33; Cicerón, *In Cat.*, II, 8, 10; ídem *F.*, V, VI, 2. Véase John, *E. G. C. V.*, 739 y sig.

prometía presentar una ley que dispensase á todos los deudores de reembolsar sus débitos. Sin duda que el programa era revolucionario; pero de ningún modo debe de verse en él la preparación deliberada de lo que en seguida fué la conjuración de Catilina. Éste sólo aspiraba entonces á hacerse popular elaborando una proposición que pareciese abominable á los capitalistas y á los acreedores, pero que estuviese muy lejos de desagradar al mayor número de los ciudadanos; una proposición que, con aspecto más brutal, era análoga á la de un diputado socialista que prometiese hoy á sus electores la reducción de los intereses de la deuda pública á un dos por ciento. La reducción y abolición de las deudas había sido cosa frecuente en la historia griega que tanto se estudiaba en esta época, y no era desconocida en la historia romana desde los tiempos más antiguos hasta la última abolición discutida en el 86; y es, por otra parte, un expediente á que recurren periódicamente todos los pueblos que sufren la carga harto pesada de sus deudas. En suma, Catilina no hacía más que imitar la política demagógica de Craso y de César, escogiendo un proyecto no menos revolucionario, pero más claro y sencillo que la ley agraria de Rulo. ¡Esta vez, cuando se le proponía sencillamente el no pagar sus deudas, comprendió el pueblo! Aunque las fuentes históricas nada nos digan, es muy probable que Catilina procurase desde luego entenderse con César y Craso. Pero el acuerdo no llegó á establecerse: ¿por qué razones? Lo ignoramos. Es posible que Craso y César, profundamente desilusionados con la ley de Rulo desconfiasen de realizar sus proyectos por medio tan temerario. Ambos eran revolucionarios muy prudentes, que

no deseaban comprometerse mucho con los elementos verdaderamente demagógicos; y Craso—no lo olvidemos—era uno de los mayores acreedores de Roma. Es probable que, colocado entre la probabilidad de perder su dinero y la de obtener á Egipto, adoptase el partido de salvar el dinero (1).

Catilina tuvo que proceder solo; pero se arrojó en la lucha con energía extrema, resuelto á gastar toda su fortuna si era necesario. Y el efecto producido por su propaganda en esta sociedad ya tan inquieta fué al principio inmenso. Su proposición expresaba tan bien el secreto deseo de tanta gente, que Catilina se hizo bruscamente popularísimo entre todos los descontentos de las altas y bajas clases, entre la juventud disipadora, entre la nobleza arruinada, entre el bajo pueblo de toda Italia y aun entre la clase media de los propietarios á quienes la manía de traficar hizo contraer pesadas deudas (2). La ley de Rulo sólo causó en los espíritus un ligero extremecimiento de miedo; pero Catilina turbó profundamente á todas las clases, y no tardó en tener así, en Roma como en muchas ciudades de Italia, partidarios celosos, antiguos soldados y colonos de Sila, como Cayo Manlio de Fiésole, burgués obscuro, holgados propietarios de ciudades de segundo or-

---

(1) John, *E. G. C. V.*, págs. 739 y sig. Tarentino, *C. C.*, 72, n. 2, han demostrado que César y Craso no tomaron ninguna parte en esta agitación provocada por Catilina, ni tampoco en la conjuración que de ella resultó.

(2) Véase el importantísimo pasaje de Cicerón en las *Cat.*, II, VIII, 18. Véase también á Salustio, *C. C.*, 16, 17; Cicerón, *Pro Cæl.*, V, 11.

den (1), nobles viciosos como Publio Léntulo Sura, Cayo Cétego, Publio Sila, Marco Porcio Leca, y Sempronia, gran dama elegante, acribillada de deudas y esposa de Décimo Bruto, que había sido cónsul en el 77 (2): todo un cortejo de gente frívola, de famélicos, de *déclassés*, que se disponían á expropiar á los ricos, como si fuese la cosa más fácil del mundo y pudiera hacerse caprichosamente, con leyes aprobadas en los comicios por la mayoría. Pero la ilusión no duró mucho. El peligro de una abolición de las deudas parecía tan temible, que agrupó á hombres que se miraban con desconfianza hacía medio siglo: á los ricos caballeros y á la parte mejor de la nobleza, la que aún conservaba fortuna y tradiciones. Los ricos capitalistas que al principio consideraron la agitación despectivamente, no tardaron en sentir viva inquietud cuando vieron el éxito popular que alcanzaba; y en pocos días, la inquietud se convirtió en ansiedad, en espanto, en pánico y la situación política cambió de súbito. Bajo el imperio del miedo, los caballeros sacudieron su habitual escepticismo político, se declararon prestos á ayudar por todos los medios de que disponían al partido que defendiese la propiedad y la legalidad: la parte mejor de la nobleza, aunque poco amenazada por la ley de Catilina, prestó voluntariamente su apoyo á los ricos financieros por espíritu de autoridad, por odio á la demagogia que deseaba subvertir de arriba á abajo el orden establecido; espontáneamente se formó una coalición que no tenía por único objeto el fracaso de Catilina en las elec-

(1) Drumann, *G. R.*, V, 416.
(2) Salustio, *C. C.*, 17 y 25.

ciones, sino también de restablecer—según se decía—el imperio de la autoridad, la fuerza de las leyes, el orden y la paz en la república invadida por partidas de facciosos que sólo deseaban saquear los bienes de los ricos. Catilina sólo era un faccioso, el de más cuidado por el momento. Los conservadores á ultranza triunfaron. Hasta los caballeros, de hábitos tan diferentes, y en ocasiones favorables al partido popular por necio espíritu de celo contra la nobleza, reconocían ahora que se había dejado crecer en demasía la audacia demagógica y el desorden moral á consecuencia del descuido de todos, y que era necesario restablecer un gobierno enérgico. Así, pues, Catilina y sus partidarios tuvieron que luchar contra una resistencia mayor de la que habían supuesto: tuvieron en frente á los conservadores y á los caballeros. Desgraciadamente para éstos, su miedo y los preparativos de defensa aumentaban los peligros de la situación. En medio de esta agitación nadie quiso ya prestar; el dinero se encareció de una manera espantosa, las quiebras de los deudores se hicieron más numerosas (1); y esta crisis secundaba la propaganda de Catilina, haciendo sentir más vivamente á los deudores la necesidad de conquistar su liberación por medios revolucionarios. Roma é Italia se encontraron pronto en un caos, en medio del cual, Craso tuvo que abstenerse de obrar y César mantenerse alejado por prudencia.

Cicerón hubiese hecho con gusto lo mismo. Pero no podía por su cargo de cónsul. De nuevo se encontraba

(1) Valerio Máximo, IV, VIII, 3.

en cierta dificultad. Sin duda que la coalición de todos los hombres respetables le prestaba el valor de combatir á Catilina y á su movimiento; pero no ignoraba que Catilina gozaba de grandes simpatías entre la gran muchedumbre, cuya admiración no quería perder él. Adoptó, pues, el partido de oponerse á Catilina; pero más bien por medios indirectos que por una lucha declarada. Comenzó comprando la neutralidad de su colega cediéndole su provincia de Macedonia. Luego redactó un proyecto de ley, según el cual la corrupción se castigaría con penas más severas, y que modificaba también la manera de votar de una manera perjudicial para Catilina, y encargó á un ilustre jurisconsulto, Servio Sulpicio, que estudiase el proyecto (1). Así comenzó el trabajo electoral al aproximarse el mes de Julio, pero en medio del malestar general: los conservadores estaban muy irritados, la clase media dudaba, y en el partido popular había desacuerdo. Además de Catilina, se presentaban otros tres candidatos al consulado: Servio Sulpicio, que había preparado la ley electoral; Lucio Licinio Murena, el antiguo general de Lúculo y Décimo Junio Silano, marido de Servilia. Craso parece haber sostenido á Murena, mientras que César combatía por Silano y Catón por Sulpicio. No tardaron en circular rumores alarmantes: decíase que Catilina hacía venir de Etruria para las elecciones á los veteranos de Sila; que éstos estaban dispuestos á todo, y que Cicerón sería asesinado (2). La verdad era sencillamente que Ca-

(1) Véase á propósito de esta ley á Drumann, *G. R.*, V, 445 y siguientes.

(2) Plutarco, *Cic.*, 14.

tilina había llamado algunos grupos de campesinos de Arezzo y Fiésole para engrosar el número de sus votantes; pero decíase que aumentaban á lo largo del camino, como siempre ocurre cuando los espíritus están sobreexcitados: cada cual, para admirar á la persona con que habla, exagera lo que sabe, dice haber visto lo que sólo le han contado, y añade de su cuenta, hasta inventa, de suerte que la cosa, al pasar por millares de bocas, se convierte pronto de pequeña suposición en larga historia circunstanciada. Roma estaba llena de gente que había oído, había visto, había sabido y tenía necesidad de contar á todos lo que no ignoraba; y no pocos corrían á referir las cosas á los magistrados (1).

En el mundo político se discutían estos rumores y se les juzgaba de diferentes maneras. Los conservadores no sólo afirmaban la cosa, pero un poco por mala fe y por odio de partido, y otro poco por creerlo realmente, denunciaban como cómplices á todos los que insinuaban dudas. Al contrario, en el partido popular se decía que todo eso sólo era palabrería y pura invención (2). Entre tanto, las elecciones se acercaban y la agitación popular iba en aumento; el oro se derramaba á manos llenas por César, por Metelo, por Catilina y por Murena que había traído mucho de Oriente; las partidas de campesinos y de propietarios que Catilina llamó entraban todos los días en Roma; los conservadores y los capitalistas luchaban con todas sus fuerzas contra Catili-

(1) Plutarco, *Cic.*, 14.
(2) Cicerón, en las *Cat.*, I, XII, 30.

na, y los rumores que circulaban eran cada vez más alarmantes. Decíase que Catilina alistaba por su cuenta soldados en Etruria. Tratábase de una insurrección como la de Lépido, y Catilina degollaría al Senado (1).

Las previsiones eran cada vez más inseguras y ansiosas. Los rumores alarmantes, la violenta oposición de los conservadores, la agudísima crisis financiera, habían asustado á la clase media de los propietarios; pero Catilina, con una energía increíble, agitaba al bajo pueblo desesperado de Roma, á donde también llamaba al proletariado de Italia. Los conservadores, más inquietos por momentos, decían que la república estaba amenazada por una vasta conjura tramada, no sólo por Catilina, pero también por César y por todo el partido popular: los más indignados comenzaban á exigir medidas enérgicas. Cicerón se esforzaba en mostrar á los conservadores todo el celo que desplegaba en conservar el orden. Había asociado como espía á Catilina un tal Quinto Curio, joven charlatán, que contaba lo que Catilina decía ó hacía á su amante Fulvia, mujer de familia bastante buena, pero muy corrompida, que en seguida se lo repetía á Cicerón: éste escuchaba todos los informes; recibía en cualquier momento á los que ejercen el oficio de espiar y á los que espían por placer. Procuraba acreditar todos los rumores desfavorables á Catilina, y apenas celebraba una sesión el Senado sin que, ayudado por Catón, atacase á Catilina acusándole de corrupción y amenazándole con un proceso (2). Pero

(1) Plutarco, *Cic.*, 15.
(2) Cicerón, *Pro Mur.*, xxv, 51.

se negaba á ir más lejos, pues no estaba tan ciego que dejase de ver que sólo se trataba de sospechas y de presunciones, pero no de hechos que hubiesen justificado la adopción de graves medidas (1).

Un incidente imprevisto vino á agravar aún más la situación que ya era bastante difícil. Servio, el jurisconsulto que había estudiado la ley electoral, entró en lucha por el consulado, pero respetando su ley y sin gastar un óbolo. Desgraciadamente, entre tantos candidatos que prodigaban el oro, nadie tomaba en serio á un candidato tan avaro, como si la ley que él había elaborado sólo fuese una broma. Indignado Servio declaró en medio de la agitación electoral que retiraba su candidatura y que iba á perseguir por corrupción á Murena. En efecto, se puso á recoger pruebas ayudado de Catón, que también se indignaba de ver abandonado al mejor de los candidatos conservadores (2). Este escándalo en vísperas de elecciones aumentó la audacia de Catilina que, cada vez más confiado en su victoria, pronunció entonces un gran discurso á sus electores, diciéndoles que los desgraciados no podían contar con los ricos para mejorar su suerte (3). Cicerón, siempre dispuesto á trabajar contra la candidatura de Catilina, pero sin exponerse al odio del pueblo, al contrario, afectando tomar empeño por sus intereses, se vió muy pronto obligado á lanzar contra Catilina acusaciones más graves que la de corrupción, de la que todos se burlaban. Posible es que esos campesinos traídos por Catilina, y conducidos mu-

---

(1) Plutarco, *Cic.*, 14.

(2) Cicerón, *Pro Mur.*, XXIV, 48.

(3) Cicerón, *Pro Mur.*, XXV, 50, Véase á John *E. G. C. V.*, 744.

chos por antiguos soldados de Sila pronunciasen palabras imprudentes; posible es que Manlio, el viejo soldado de Sila, se mofase de esta generación frívola y tímida que esperaba abolir las deudas con una ley. Él, superviviente de una generación revolucionaria, sabía bien que los deudores sólo podrían libertarse con la espada. Estos rumores se exageraban habitualmente por los conservadores, y Cicerón se aprovechó de ellos para disfrazar su oposición á Catilina con el pretexto de defender el orden; no pretendía combatir la candidatura popular, sino al hombre de que hasta César y Craso se habían separado, al enemigo de la paz pública, que se disponía á entrar en Roma á sangre y fuego. Pero ¿el público prestaría bastante fe á estas habladurías, y, sobre todo, se indignaría lo necesario para que Catilina fracasase? Los conservadores dudaban de ello. Las elecciones iban á celebrarse: era necesario hacer algo para impresionar á la gente en el último momento.

Cediendo muy probablemente á las presiones de los jefes conservadores, Cicerón preparó un golpe con el que pensaba dañar mucho á Catilina. La víspera del día señalado para las elecciones convocó de improviso al Senado y, con cierta solemnidad, demandó que se retrasase algunos días la elección para poder deliberar al siguiente sobre la situación peligrosa en que se encontraba el Senado; y á la siguiente mañana refirió con énfasis todos los rumores que circulaban sobre las intenciones de Catilina; intimó, por decirlo así, á éste que se disculpase, en la esperanza de que hiciese declaraciones comprometedoras. Pero Catilina se limitó á decir que su intención era convertirse en jefe del único cuerpo vigoroso que aún existía en la república, el pue-

blo (1). El golpe había marrado, y fué necesario proceder á las elecciones, que tuvieron lugar en los últimos días de Julio ó en los primeros de Agosto (2). La situación era tan incierta la mañana misma del escrutinio, que de ambos lados se realizaron los mayores esfuerzos. Cicerón fué á presidir los comicios rodeado de una escolta de amigos; llevaba una coraza, y de tiempo en tiempo entreabría su toga para que la viesen relucir, pues deseaba impresionar al público y á las personas indecisas ó tímidas que fuesen á votar por Catilina; los soldados ocupaban los templos vecinos; el orden ecuestre se movilizó casi entero; los nobles y los caballeros, que jamás se habían mostrado en el Campo de Marte, acudieron á votar, anhelantes y resueltos, conduciendo en pos á sus clientes y amigos. La lucha fué viva; pero también ahora el dinero venció al número. Á pesar de los votos del bajo pueblo, Catilina no fué electo. En cambio, César fué electo pretor y Metelo tribuno, pero al mismo tiempo que Catón.

Aún quedaba una esperanza á Catilina: si Murena resultaba condenado en el proceso que le seguía Sulpicio, habría que hacer nueva elección. Pero Murena fué defendido elocuentemente por Cicerón en un discurso que ha llegado hasta nosotros, y fué absuelto. Después de estos tres fracasos no quedaba otro partido á Catilina que renunciar por siempre al consulado. Cicerón

---

(1) Se ha creído durante mucho tiempo que las elecciones se celebraron en Octubre; pero me parece que John, *E. G. C. V.*, 750-755, ha demostrado de una manera definitiva que se celebraron poco después de la época normal, á fines de Julio ó primeros de Agosto.

(2) Cicerón, *Pro Mur.*, XXV, 51. Véase á John *E. G. C. V.*, 750.

podía felicitarse de haber salido honrosa y hábilmente del compromiso terrible en que le había colocado la candidatura de Catilina, sin descontentar gran cosa á los conservadores ni al partido popular. Pero el violento y orgulloso Catilina no era hombre que pudiera declararse vencido. Furioso de su fracaso y temiendo el resarcimiento de los conservadores, adoptó resoluciones temerarias: dió dinero á Manlio, que volvió á Etruria con el encargo de reclutar un pequeño ejército entre los miserables; persuadió á los más desesperados de sus parciales de intentar un golpe audaz asesinando á Cicerón y apoderándose por fuerza del consulado, cuando el ejercito de Manlio estuviese presto (1). Los meses de Agosto y Septiembre se emplearon en preparar esta tentativa. Pero no fué posible tener mucho tiempo ocultos estos preparativos. La paz que sucedió á las elecciones no tardó en turbarse con rumores alarmantes, y Cicerón se vió otra vez abrumado con denuncias, consejos, exhortaciones para velar por la defensa. ¿Qué hacer? De nuevo se mostró activísimo, sin precipitar por eso las deliberaciones ni siquiera acudir á medidas de rigor que hubiesen podido parecer odiosas al pueblo. Pero los conservadores se volvían cada vez más violentos; exigían el estado de sitio y daban prisa á Cicerón á medida que aumentaban los rumores de la conjuración. Cicerón, que había dudado hasta este momento, quedó impresionado al fin con toda esta agitación de las altas clases y también con los peligros á que él mismo estaba expuesto; y, como todos le incitaban á obrar rápido, decidió convocar al Senado para el 21

(1) Véase á John, *E. G. C. V.*, 755 y 791.

de Octubre, y afirmar ante él como hechos verdaderos y resultantes de las informaciones que como cónsul había practicado, los más graves rumores que entonces circulaban. Así induciría al Senado á decretar el estado de sitio y contentaría á los conservadores. En la sesión del 21 afirmó «que lo sabía todo», que poseía pruebas seguras de las acusaciones más graves contra Catilina, lo cual aún no podía ser verdad (1). Entre otras cosas, dijo que el 27 de Octubre, Cayo Manlio debía de tomar las armas en Etruria al frente de un ejército, y que Catilina tramaba la muerte de los senadores para el 28. Catilina, invitado por el cónsul para disculparse respondió insolentísimamente; pero el Senado, convencido por las explícitas declaraciones de Cicerón (nadie suponía que pudiese afirmar cosas tan graves sin pruebas ciertas) ya no dudó, y decretó el estado de sitio (2).

La emoción fué grande en Roma al conocerse la cosa. Como siempre se juzga el presente por el pasado, se creyó que, como en tiempo de los Gracos y de Saturnino, el cónsul iba á convocar en armas á los senadores

---

(1) En efecto, cuando Cicerón tomó la palabra, aún no podía tener noticias oficiales y seguras de los hechos más graves que afirmaba: no sólo se prueba esto por el pasaje de Plutarco, *Cic.*, 14 y el de Salustio, *C. C.*, 30, sino por el del mismo Cicerón, *Cat.*, I, III, 7, donde muestra una alegría casi ingénua al confirmar que lo dicho por él de Manlio, resultó cierto. *Comperi omnia*, «lo sé todo» parece haber sido la frase de Cicerón, como resulta de las alusiones maliciosas hechas por Clodio y por Antonio. Véase Cicerón, *A.*, I, XIV, 5; *F.* V, v, 2.

(2) Cicerón, *Cat.*, I, III, 7; *C.*, I, II, 4. Véase á Tarentino, *C. C.*, 86.

y caballeros para acuchillar á los hombres del partido popular. César tuvo que pasar algunas horas de terrible angustia. Pero no sucedió nada. El cónsul y los senadores volvieron á sus casas tranquilamente, aunque se sintiesen muy emocionados por las noticias que se les había comunicado, por la sesión y por la deliberación, y se limitaron á establecer destacamentos armados en los diferentes barrios de la ciudad. Los tiempos habían cambiado: los hombres ya no poseían la audacia impulsiva de las épocas bárbaras, y como en todas las civilizaciones demasiado ricas y voluptuosas, se habían hecho menos temerarios y lentos en la acción, por miedo, por dulzura y por escrúpulos. Algunos senadores hasta osaron afirmar que Cicerón había mentido (1); muchos de entre ellos se decían que el partido popular—apenas pasado el miedo—vengaría á sus jefes condenados á muerte; otros muchos habían consentido por debilidad en decretar el estado de sitio, pero no estaban persuadidos de que el peligro fuese tan grande; otros aún sentían escrúpulos morales, legales y constitucionales. Cicerón, que debía haber ordenado la represión sentía demasiado miedo de atraerse con cualquier violencia el odio que se había sentido por un Nasica, por un Opimio, y de pasar por un pequeño imitador de Sila. Por otra parte, la sola amenaza producía ahora en el pueblo impresionable el mismo efecto que la violencia en tiempos más bárbaros. El partido conservador se contentó, pues, con la vaga amenaza de la ley marcial, y con un proceso por violencias que intentó contra Catilina el joven Lucio Emilio Lépido, otro hijo del jefe de

(1) Dión, XXXVII, 31.

la revolución del 78, pero que se había pasado al partido aristocrático.

Entretanto, la agitación crecía en Roma; los rumores inquietantes engrosaban como las olas en un mar tempestuoso; todos los personajes poderosos recibían advertencias, denuncias, cartas anónimas conteniendo revelaciones. Cicerón debía de vivir en gran inquietud, sabiendo perfectamente que si una parte cuando menos de los hechos que había afirmado en el Senado no se realizaba, se le haría pagar su mentira más cara que á los demás. Se tranquilizó un poco el día en que el mismo Craso le trajo un paquete de cartas anónimas y de denuncias que había recibido (1). ¡El poderoso senador, inquieto por la amenaza de una revolución proletaria, también se creía en peligro! Pero Catilina, un poco abatido por las amenazas que de todos lados se dirigían contra él, por la malevolencia y las sospechas de que se creía objeto, ideó una hábil parada para cubrirse é impedir que se siguiese adelante en su daño. Y se presentó en casa de M. Lépido solicitando que le permitiese habitar allí: así se comprendería que era bastante inocente para no sentir miedo de vivir bajo la custodia diaria de un hombre tan respetable. Lépido no quiso convertirse en su carcelero de confianza. Con mayor audacia, Catilina se dirigió en busca de Cicerón, demandándole asilo en su casa. Rechazado también por Cicerón acudió á un tal Marco Marcelo, que le acogió (2).

El público imparcial estaba desorientado. ¿Qué debía

---

(1) Plutarco, *Cic.*, 15.

(2) Cicerón, *In Cat.*, I, VIII, 19. Dión, XXXVII, 32 (con inexactitudes).

de creer? Cicerón era seguramente un hombre de bien y un hombre ilustre; pero era muy singular que luego de haber anunciado una revolución no adoptase ninguna medida contra el que había denunciado como jefe. Catilina era un hombre audaz; ¿pero era posible, en caso de preparar la revolución, que fuese tan loco para ir en busca del cónsul que le acusaba, y rogarle que le alojase en su casa? De tiempo en tiempo, el gran viento de los rumores se calmaba, y se agrandaban entonces las sospechas de que Cicerón era el inventor de todo. Felizmente para Cicerón, al cabo de algunos días se supo de buena fuente que Manlio se había mostrado abiertamente en Etruria á la cabeza de un pequeño ejército (1) y poco después llegaron cartas del mismo Manlio á Quinto Marcio declarando que él y los suyos habían tomado las armas no pudiendo ya soportar las deudas que les aplastaban (2). La emoción fué viva; los conservadores se agitaron de nuevo; no había tiempo que perder: tratábase de la verdadera guerra civil; era preciso obrar con vigor. En el Senado todos los ánimos estaban concitados, y luego de tanto dudar se decidió precipitadamente de adoptar las medidas más rigurosas, como si toda Italia se sublevase. Prometiéronse recompensas á los que diesen informes sobre la conjura; á la Pulla fué enviado Quinto Metelo, que aún esperaba su triunfo por la conquista de Creta; Quinto Marcio á Etruria; Quinto Pompeyo Rufo á la Campania; Quinto Metelo Céler al Piceno (3). Cicerón, con

(1) Salustio, *C. C.*, 30; Plutarco, *Cic.*, 15.
(2) Salustio, *C. C.*, 33.
(3) Salustio, *C. C.*, 30.

gran sorpresa y alegría suya, se convirtió de un día á otro en objeto de la admiración universal, encontrando la gente que había aportado á la defensa de la república una energía y una clarividencia extraordinarias. Á pesar de todo, aún no se decidía á proceder contra Catilina. Al contrario, éste, sintiendo que las simpatías de sus últimos amigos se extinguían, y los odios de sus enemigos se erguían más hoscos, acudió á las extremas resoluciones. Parece ser que durante un momento le alentó la idea de apoderarse—el 1.° de Noviembre—de la fortaleza de Preneste (1); pero habiéndole fracasado este otro proyecto, merced á las disposiciones de Cicerón, Catilina burló la vigilancia de su huésped, convocó en la noche del 6 al 7 de Noviembre (2) en la casa de Leca á sus adeptos más comprometidos, les demostró la necesidad de una vasta insurrección de toda Italia para secundar á Manlio, que había tomado la ofensiva, y esbozó un plan de esta insurrección que empezaría con el asesinato de Cicerón (3). Dos caballeros que estaban presentes consintieron en visitar por la mañana á Cicerón, y matarle; pero Fulvia advirtió en seguida al cónsul, que convocó urgentemente al Senado para el otro día, que era el 7 de Noviembre. Audaz hasta el fin, Catilina también acudió; pero al entrar en la sala todos se alejaron de él y, solo en su banco, tuvo que escuchar el violento discurso que Cicerón pronunció contra él y que los senadores aplaudieron. Catilina

---

(1) Cicerón, *Cat.*, I, III, 38.

(2) Véase Tarentino, *C. C.*, 89 y sig. Su razonamiento para determinar esta fecha parece muy exacto.

(3) John, *E. G. C. V.*, 792.

comprendió que nada podía esperar ya del Senado: se levantó, pronunció algunas palabras de amenaza y salió. Aquella misma tarde marchó á Etruria; pero en completa libertad, con un séquito numeroso. De tal suerte deseaba Cicerón evitarse la responsabilidad de una represión sangrienta, que no osó impedirle partir. Al contrario, se alegró de esta fuga, aunque de ella podía brotar la guerra civil. Si Catilina tomaba las armas, nadie se atrevería ya á defenderle, y Cicerón saldría por segunda vez del compromiso á satisfacción de todos.

Verdad es que algunos conservadores malhumorados deseaban que el cónsul se hubiese apoderado de Catilina y condenádole á muerte, mientras que un escaso número de personas aún afirmaba que Catilina había sido calumniado (1). Pero estas críticas apenas afectaban á Cicerón que, aventajando á César y á Craso, se había convertido en el hombre más popular de Roma, después de Pompeyo. Desgraciadamente, aún no había concluído todo. Los más comprometidos de entre los secuaces de Catilina, Léntulo, Cétego, Estatilio, Cepario, perdieron la cabeza cuando Catilina partió. Sintiéndose en situación peligrosa y abandonados de la mayoría de los que les habían excitado en los bellos días en que se esperaba obtener por una sencilla ley y sin peligro alguno la abolición de las deudas, pusiéronse entonces á tramar apresuradamente una estúpida conspiración siguiendo el plan esbozado por Catilina.

---

(1) Véase el segundo discurso de Cicerón contra Catilina, que responde á estas dos acusaciones extremas y opuestas.

Tratábase de sublevar al bajo pueblo y á los esclavos, pegar fuego á Roma y aumentar el desorden en el momento de acercarse Catilina con su ejército. El miedo había hecho perder la razón á los conjurados hasta el punto de preguntar á unos embajadores alóbregos venidos á Roma para dar el pésame al Senado, si consentiría su pueblo en ayudarles, prestándoles soldados y caballería. Este fué el error supremo. Los alóbregos les denunciaron; Cicerón obtuvo fácilmente pruebas escritas de la traición, y obrando ahora con rapidez, detuvo á los principales conjurados en la mañana del 3 de Diciembre, y ordenó que se les llevase ante el Senado. Allí les mostró las cartas entregadas á los embajadores por los jefes de la conjuración y les careó con los susodichos embajadores. Sorprendidos y confusos, declararon todos. En un instante circuló el rumor de este descubrimiento llenando de espanto á Roma. ¡Decíase que se había tramado una inmensa conjuración para incendiar á la ciudad y lanzar á los galos contra Italia! La impresionable metrópoli palideció de terror. No sólo los ricos capitalistas y los nobles, pero también cuantos poseían algo—la mediana burguesía, los arrendatarios, los mercaderes, los comerciantes—se indignaron y espantaron como ante la inminencia de un peligro supremo. El público, que César y Craso habían intentado en vano de conmover, se emocionó ahora; pero de una manera muy diferente que en el 70: ahora se adhería al partido conservador, y con tanta prisa se adhería, que los jefes del partido popular y hasta el mismo populacho, que siempre está con los demagogos, se aterrorizaron. De todas partes se dirigía al Senado una muchedumbre ansiosa en busca de noticias, y cuando,

terminado el interrogatorio se mostraba Cicerón, tributábasele una gran ovación. Sobrevino la noche, y nadie durmió en Roma: buscábanse los unos á los otros, se consultaban, se preparaban para la prueba suprema del siguiente día. Los conservadores, exasperados á la vez que contentos, deseaban que se pusiese término á toda debilidad complaciente con el partido popular; que no sólo se castigase á los cómplices de Catilina, pero también á todos los jefes del partido popular y especialmente á César. Los caballeros, los hombres de la clase media, inflamados de un celo cívico contagioso, preparábanse á salir armados al siguiente día para imponer el orden á los revolucionarios. Tanta violencia se puso en exigir una ejemplaridad, que algunos ciudadanos cuyos hijos se habían comprometido en la agitación de Catilina recordaron que, según el derecho antiguo, eran los jueces de sus hijos, y dieron orden á los esclavos para que los matasen.

Al siguiente día se reunió el Senado para tomar declaración á otros testigos y continuar el expediente, pero los espíritus se hallaban profundamente turbados. Los jefes del partido conservador, Cátulo especialmente, hicieron á los conjurados preguntas capciosas para obligarles á declarar que César había estado al corriente de la confabulación. Un delator, que sin duda quería ayudar á los conjurados, afirmó que Craso era cómplice; pero el Senado atajó esta acusación con violentos rumores. La confusión era enorme; de tiempo en tiempo circulaba el rumor de que el populacho iba á sublevarse para libertar á los prisioneros; todos habían perdido la cabeza, excepto Cicerón y César. Hasta en esta hora crítica entreveía Cicerón los

peligros remotos de las medidas excesivamente revolucionarias (1). ¿Pero qué hacer? El público estaba exasperado y se dirigía á él como único sostén de la república. Ya no le era posible dudar, al menos no tenía el valor de dudar, y, como siempre ocurre en casos semejantes, adoptó el partido de precipitar los acontecimientos: al otro día se decidiría de la suerte de los conjurados. Por su parte, César se daba buena cuenta de que guardando silencio se le acusaría al punto de cobardía; pero también comprendía que defendiendo á los acusados corría el peligro, en el estado de sobreexcitación reinante, de impulsar á sus enemigos á cometer alguna violencia contra él.

El Senado se reunió el 5. Una muchedumbre inmensa y soliviantada atestaba el foro, los templos y todas las calles vecinas de la curia. Silano, primer interrogado, propuso la muerte; y los demás senadores interrogados después fueron de la misma opinión, hasta tocarle el turno á César. Luego de juzgar muy severamente el crimen de los acusados demostró éste que la pena de muerte sería ilegal y peligrosa: propuso la reclusión perpetua en un municipio y la confiscación, y con su discurso, tan hábil como vigoroso, desarmó á no pocos senadores. La asamblea parecía dudar: el mismo Cicerón habló en forma ambigua, dando á entender que con gusto suscribiría el dictamen de César (2). Pero Catón se irguió para refutar á César: y lo hizo con tanta vehemencia, solicitó con tanto imperio que se respeta-

---

(1) Plutarco, *Cic.*, 19, 20.

(2) Véase el cuarto discurso contra Catilina.

se la autoridad dictando una sentencia de muerte, que todos los espíritus quedaron subyugados, y se decretó la pena de muerte. Cicerón sólo tenía ya que coger á los conjurados en los diferentes domicilios donde estaban vigilados, y trasladarlos á la prisión Mamertina, donde los esclavos que ejercían las funciones de verdugos, los extrangularían. Pero los conservadores intransigentes propusieron entonces que se acompañase solemnemente á Cicerón en este paseo fúnebre al través de la ciudad y hasta la prisión: esto sería una demostración de autoridad ante los ojos del populacho levantisco de la metrópoli, que moralmente era cómplice de la revolución.

Todos los senadores formaron en la comitiva, excepto un pequeño número, entre los cuales figuraba César, que al salir del Senado se vieron amenazados por un grupo de caballeros. Roma vió desfilar este extraño y solemne cortejo de verdugos, compuesto de toda la nobleza, de los ricos financicros, de los mercaderes bien acomodados, reconciliados por un instante y conducidos por el cónsul que, terminada la ejecución, fué acompañado por la muchedumbre hasta su morada, entre aplausos y entusiastas ovaciones. Consumada la justicia y transcurridas algunas semanas, Catilina, que sólo había podido armar algunos millares de hombres, fué fácilmente vencido y muerto en Pistoya, Etruria.

Cicerón se figuró que, gracias á estas enérgicas medidas, había contenido la ola revolucionaria que se había precipitado sobre Italia. Olvidó sus incertidumbres y dudas. En realidad, si se había triunfado rápidamente de este gran peligro público, es porque Italia jamás

había querido sublevarse. Habíase limitado sencillamente á mostrarse favorable á la abolición de las deudas, por la que Catilina había comenzado, mientras la creyó fácil y pacífica; pero cuando en el seno de esta agitación política fué incubándose una pequeña conjuración revolucionaria, y aun aquella agitación más bien por un fatal encadenamiento de los sucesos que á consecuencia de un proyecto bien preciso y proseguido, Italia abandonó y aún maldijo de esta aventura. La generación revolucionaria de la guerra social y civil, la de Saturnino, de Mario, de Sila, de Carbón, de Sertorio, había desaparecido, y en la generación nueva se había operado—verdad es que en menores proporciones—el mismo cambio que se produjo en la Europa revolucionaria del siglo décimonono: después del 1870. La riqueza había crecido, y con ella el bienestar, los goces, la cultura; la vida se había refinado; habíase formado una numerosa burguesía de espléndida fortuna que no conocía ya el oficio de las armas; la sociedad se había habituado á una vida más agradable y amplia, y la gente se había hecho más tímida, más irresoluta, más deseosa de orden y de paz. La mediana burguesía de las diferentes clases italianas, burguesía mercantil, financiera, ávida de civilización, de placeres, de riquezas, y que poseía campos, casas, esclavos, que traficaba y buscaba todos los medios de enriquecerse, hubiérale gustado no pagar sus deudas si una cómoda ley le dispensase de este fastidioso deber; pero no quería arriesgar en una revolución sus bienes, su vida y la esperanza de los futuros goces. Los propietarios, singularmente, eran enemigos de las guerras civiles, porque en todo el territorio cultivaban viñas, olivares, ár-

boles que sólo dan fruto tras largos años de crecimiento, y cuya destrucción durante las guerras causa daños mucho mayores que la destrucción de los sembrados, de los trigales y de las cosechas que se dan todos los años.

## XVI

### Toma de Jerusalén.

Durante el sitio de la pequeña capital del pueblecillo hebreo, Pompeyo y sus oficiales pudieron observar fenómenos insólitos. La ciudad, cuyas puertas abrió Ircano, se tomó fácilmente; pero una parte del pueblo se había refugiado en el Templo y desde él sostenía una lucha desesperada. Este Templo estaba construído sobre una colina que dominaba la ciudad, y estaba rodeado de una fortaleza con murallas muy altas. Pompeyo tuvo que traer de Tiro aparatos de sitio, erigir las máquinas, mientras que los judíos lanzaban con encarnizamiento sobre los soldados flechas y piedras: en suma, tuvo que organizar un sitio largo y difícil. Pero pronto se observó un hecho singular: periódicamente, todos los siete días, los sitiados, como heridos de estupor, dejaban que los romanos trabajasen con sus máquinas, y no lanzaban flechas ni piedras. Pompeyo interrogó á Ircano, y éste le dijo que cada siete días tenían el *sabbat*, día en que la ley obligaba á los fieles de abstenerse de todo trabajo, y que los fervientes llevaban su escrú-

pulo hasta no defenderse (1). Pompeyo ordenó á sus soldados que sólo trabajasen el sábado, y en tres meses pudo así elevar fácilmente las torres á la altura de las murallas y dar el asalto. Fausto, hijo de Sila, parece que fué el primero en subir á las murallas; pero la defensa fué encarnizada y la matanza espantosa. Cuando Pompeyo se hubo apoderado con tanto trabajo del Templo, quiso visitarlo todo, hasta en los santuarios más recónditos donde sólo el Gran Sacerdote podía entrar. En vano buscó una estatua ó un cuadro que representase á la divinidad: admiró el extraño candelabro de siete brazos, que los hebreos parecían tener en gran admiración; la mesa de oro, la enorme provisión de perfumes para las ceremonias y, sumido en los subterráneos, los tesoros que debían de haber servido para resarcir de sus fatigas al ejército romano. Pero el dios de la Biblia dió entonces la prueba más fuerte de su poder inspirando un temor que tan lejos había de difundirse en el mundo: único entre todos los dioses de Oriente, logró ahora que un general romano respetase su oro. Pompeyo quedó verdaderamente estupefacto ante este extraño fanatismo, y no osó llevarse los tesoros (2).

En Palestina se le incorporó á Pompeyo una embajada del rey de Egipto, que venía á rendirle homenaje, ofrecerle una fuerte suma de dinero y hacerle una invitación inaudita: la de dirigirse con sus legiones á Egipto para ayudar al rey á vencer una revolución que

---

(1) Dión, XXXVII, 16; Josefo, *A. J.*, XIV, IV, 3; *B. J.*, I, VII, 3.

(2) Josefo, *A. J.*, XIV, IV, 4; Zon., V, 6; Cicerón, *Pro Fac.*, XXVIII, 67; estos testimonios anulan la opinión contraria de Dión, XXXVII, 16.

había estallado poco antes (1). Inquieto por los proyectos de Craso y César, desconfiando de que el Senado le reconociese como rey, Ptolomeo Auletes procuraba ahora bienquistarse con Pompeyo mediante esta gestión. Si Pompeyo aceptaba, si le ayudaba á restablecer el orden en su reino, se comprometería de tal modo en su favor, que al retornar á Roma tendría que abogar por él ante el Senado para que le otorgase el título de amigo y de aliado del pueblo romano. Sin embargo, esta política astuta y á la vez atrevida, tenía sus lados peligrosos, pues Ptolomeo corría el riesgo de entregar así su reino á los romanos. ¿Qué podría hacer si luego de entrar en sus Estados, el general romano se negaba á salir y los sometía á Roma? Con un Lúculo este peligro hubiese sido grave. Pero Ptolomeo tenía que habérselas con Pompeyo, es decir, con un hombre más prudente, aunque no quisiera; y probablemente temió Pompeyo de irritar á mucha gente romana si iba á Egipto: ante todo, á los que no querían reconocer á Ptolomeo, y al partido que se oponía á la conquista de Egipto; luego al bando que exigía esta conquista, esto es, á Craso y César. Pompeyo se guardó el dinero; pero rechazó gentilmente la invitación; en seguida declaró la Palestina provincia romana con la Celesiria; impuso á Jerusalén un tributo; dió el cargo de Gran Sacerdote á Ircano y llevándose prisionero á Aristóbulo, regresó al Ponto (2).

Entretanto, Italia se reponía del pánico causado por los últimos sucesos; ¡pero cuánto había cambiado en

---

(1) Appiano, *Mitr.*, 114.
(2) Masi, *V. S. A.*, 25.

pocos meses! La conjuración de Catilina no había sido un peligro terrible; pero había bastado para subvertir las clases, los partidos, el espíritu de todo el mundo, y para apresurar la ruína de aquel poderoso partido popular, amigo de reformas, pero moderado, de que Pompeyo había sido jefe por el año 70. Estimulado por el gran éxito de la represión y por la adhesión en masa de los caballeros; aprovechándose del terror público, que los relatos exagerados de la conjuración alimentaban; imaginándose que este estado de espíritu duraría siempre, el partido conservador se trocó en un bando de reaccionarios feroces, en el que los más violentos, con Cátulo y Catón al frente, se impusieron sin dificultad á los moderados y quisieron llevar su victoria hasta el extremo aplastando al partido popular, transformando los procesos instruídos á los cómplices de Catilina en una vasta y sistemática persecución de sus enemigos. El momento parecía propicio. Pompeyo estaba lejos; Metelo Nepote, enviado por él á Roma, no era un personaje de relieve; Craso, asustado por la conjuración, se dió prisa en alejarse de las intrigas y peligros del partido popular, al frente del cual quedaba César, solo, desacreditado, debilitado, detestado. La tempestad, calmada un momento, iba á estallar sobre su cabeza más violenta que nunca. ¿Qué hubiese sido de él de poseer un temperamento muy sensible y haber prestado demasiada fe á los prejuicios aristocráticos ó á los escrúpulos morales? Pero César se había convertido en un perfecto politicastro, resuelto, sin reparos ni escrúpulos, y no dudó en precipitar la evolución de la democracia comenzada cuatro ó cinco años antes, y en hacer de ella el partido campeador y grosero del po-

pulacho (1). ¿Las clases acomodadas, los caballeros, iban á abandonar al partido popular en este crítico momento? Pero en Roma, en las inmensas casas construídas por los hombres de negocios había un populacho innumerable de libertos, de artesanos, de humildes tenderos, de aventureros, de mendigos, de malhechores venidos de todos los puntos de Italia y del imperio. Esta gente vivía de todos los oficios, vergonzosos ó permitidos, que les dejaban los esclavos; encontraban trabajo en las obras públicas; hacían de albañiles, de tejedores, de floristas, de carreteros, de alfareros, de picapedreros, de cocineros, de flautistas; poníanse al servicio de los bandos políticos y de los ambiciosos en calidad de sicarios, de espías ó de recaderos; usurpaban el derecho de ciudad, vendían su voto, robaban, hacían trampas, tomaban parte en las distribuciones del trigo y en los banquetes políticos; habían constituído numerosas sociedades ó *collegia*, que el Senado perseguía desde la conjuración, procurando disolver las ya formadas é impedir que se organizasen nuevas (2). Viciosa, descontenta siempre, llena de odio contra los ricos, esta

(1) Plutarco, *Cat. U.*, 26; Plutarco, *César*, 8. El hecho también está demostrado por el gran número de procesos que los conservadores instruyeron este año por usurpación del derecho de ciudad. Véase Lange, *R. A.*, III, 258. Véase también Cicerón, *A.*, I, XVI, 11.

(2) Véase en Waltzing, *C. P. R.*, I, 87-89 la enumeración de las sociedades obreras de Roma y de Italia pertenecientes á esta época y de que han quedado vestigios. Las leyes contra las cofradías de artesanos á que se alude aquí son las mismas de que habla Asconio, *In Corn.*, pág. 67 (edic. Kiessling y Schoell); y *In Pis.*, págs. 6, 7. Paréceme dudoso que la disolución ocurriese en el 64: efectivamente, un pasaje de Q. Cicerón, *De pet. cons.*, V, 19 y VIII, 30 nos de-

gente había admirado á Catilina y había procurado que triunfase; estando á todas horas dispuesta á llenar de estrépito el Estado, si encontraba jefes. Al frente de este mundo se pusieron—¡escándalo casi increíble!—el descendiente de Metelo el Macedónico y el *pontifex maximus* para contrarrestar los ataques de los conservadores, vueltos frenéticos, y atacarles á su vez, no ya en el terreno harto peligroso de las reformas económicas, sino en el más fácil de la oposición política. Apenas hubo tomado posesión de la pretura, cuando ya había atacado César al mismo Cátulo, acusándole de haber invertido mal los fondos que se le habían confiado para reparar los daños sufridos por el Capitolio durante la guerra civil, y propuso confiar este trabajo á Pompeyo (1). Esta proposición fracasó ante la enérgica oposición de los conservadores; pero, hacia la misma época Metelo, ayudado de César, presentó otra aún más audaz: solicitó que se llamase á Pompeyo con su ejército para impedir que en lo sucesivo se condenase ilegalmente á muerte á los ciudadanos de Italia. Era esto tanto como proponer abiertamente la cuestión de saber si las sentencias dictadas por el Senado contra los cómplices de Catilina eran legales, y amenazar también con franqueza al partido que continuaba abusando de

---

muestra que en el 64 existían abundantes *collegia* y *sodalitates*; y, por otra parte, Waltzing, I, pág. 98, ha demostrado, en confirmación de lo indicado por Mommsen, que estas leyes se enderezaban contra todas las sociedades. Además, el texto de Asconio, *In Pis.*, págs. 6, 7, está alterado. De todas suertes, trátase de tentativas hechas en esta época por los conservadores para despojar á los obreros del derecho de asociarse.

(1) Dión, XXXVII, 44; Suetonio, 15.

las denuncias y de los procesos referentes á la conjuración de Catilina. Los conservadores temblaron. Fiel á su misión de sembrar el trastorno, el partido popular acusaba á los que se habían expuesto á graves peligros por defender el orden; quería encargar oficialmente á Pompeyo de dar el golpe de Estado; Catón, que era entonces tribuno del pueblo, fué sólo á interponer su veto la mañana del día en que la ley se sometió á la deliberación de los comicios. César y Metelo les hicieron apedrear por unos grupos de perdidos; los conservadores, animados con su ejemplo, corrieron en busca de gente y aún llegaron á tiempo para arrojar á César y Metelo antes de votarse la ley. Así es como la cuestión terminó momentáneamente. Pero el escándalo había sido muy grande y aún aumentaba, cuando Metelo salió de Roma para incorporarse á Pompeyo, amenazando con vengarse. El Senado, donde aún había muchos moderados, no supo resistir á las imprecaciones del bando reaccionario y destituyó á Metelo y á César; pero éste supo tan bien fingirse víctima de la injusticia de los grandes, que el populacho levantisco se sublevó y el Senado, que aún sentía más miedo de los motines que de los reaccionarios, se vió obligado á reintegrarle en su cargo (1). Los jefes del partido conservador se exasperaron é intentaron implicarle en el proceso instruído contra los cómplices de Catilina; pero la

(1) Dión, XXXVII, 43; Plutarco, *Cic.*, 23; Suetonio, *César*, 16, 17; Plutarco, *Cat. U.*, 26-29. Sin embargo, en estos relatos hay algunas variantes entre las cuales es difícil decidir. Según Suetonio, César y Metelo fueron destituídos; según Plutarco (*Cat.*, 29), Metelo no fué destituído porque Catón intervino en su favor.

efervescencia del bajo pueblo crecía de tal suerte (1) que el mismo Catón, para tranquilizarle y para mejor disponerle en favor del partido conservador, propuso aumentar las distribuciones de trigo entre el pueblo por valor de unos siete millones, aumentando así el número de los que tenían derecho á la percepción (2).

Las luchas empeñadas desde el año 70 hasta la conjuración de Catilina, habíanse olvidado; las luchas nuevas comenzaban. Hacía un año que la situación política había cambiado completamente; y este profundo cambio revestía gran importancia, sobre todo, para dos hombres, Pompeyo y Cicerón. Sabíase que Pompeyo se disponía á volver, y todos se preguntaban qué papel desempeñaría en esta lucha. Los conservadores se mostraban muy inquietos, afirmando que se serviría de su ejército para que le nombrasen dictador y destruir la república. Y, sin embargo, si no es muy difícil, aún para los hombres más inteligentes, de reconocer entre las luchas políticas á los personajes que se odia sólo por ser enemigos de su partido, ó que se admira por ser los campeones del propio, nadie se hubiese admirado de ver á Pompeyo convertirse en un nuevo Sila á su vuelta de Oriente. Al contrario, en este momento meditaba el proyecto de reconciliarse con los conservadores. Pompeyo era un verdadero gran señor de antigua cepa, un exquisito y un inteligente enamorado del arte, de la li-

(1) Plutarco, *César*, 8.

(2) Plutarco, *Cat. U.*, 26, coloca esta ley antes de la proposición de Metelo, lo que parece poco verosímil. Sólo tras el escándalo de esta proposición pudo ser inducido Catón á proponer él mismo una ley tan contraria á sus ideas. Véase Lange, *R. A*, III, 258.

teratura, de la ciencia, de la política, de la guerra, como se encuentra entre la nobleza en las épocas civilizadas; pero no poseía la tenacidad de Craso, ni la impetuosa imaginación y la energia de Lúculo, ni la profunda inteligencia de César. Superficial, de espíritu versátil, carecía de pasiones intensas; ambicioso y orgulloso, no era violento ni insaciable; hábil y astuto, dejábase no obstante engañar por los intrigantes activos y turbar por los acontecimientos insólitos. No era malo ni cruel, sino frío y egoísta, como suelen serlo los nobles. Tal hombre era por naturaleza un conservador moderado y no un revolucionario. En su juventud había sido partidario fogoso y violento de las guerras civiles; sus primeros éxitos hicieron luego de él un intrigante difícil de contentar, que se adhirió por ambición al partido popular; pero había acabado por obtener tantas satisfacciones, que todos sus deseos de gloria, de poder y de riqueza quedaron saciados (1). De regreso en Roma, fué el más célebre de todos los generales, gracias á sus grandes empresas; el más rico de todos, gracias á los enormes capitales que había recogido y colocado bien; el más poderoso de todos, por los grandes compromisos personales que tantos reyes de Oriente habían contraído con él; pero satisfechas ya sus grandes ambiciones, su temperamento aristocrático y conservador volvía á imponerse: ahora detestaba la demagogia turbulenta y vulgar de Roma, y su disgusto aumentó al conocer las intrigas de Craso, el adulterio de que se

(1) Véase sobre este cambio en el carácter de Pompeyo el hermoso capítulo de Dión XXXVII, 23, que me parece inspirado en Tito Livio.

acusaba á su esposa Mucia con César, y los escándalos provocados por éste, convertido en jefe de la canalla romana. Mientras que muchos temían que meditase los proyectos más ambiciosos, él sólo se preocupaba entonces en no deslucir su triunfo ni ajar su personalidad; nada decía de la cuestión Catilina (1) en sus cartas al Senado; pensaba divorciarse de Mucia, contraer algún nuevo casamiento que preparase su reconciliación con los conservadores (2); pensaba ganar tiempo y hacer un hermoso viaje real al través de Grecia que fuese su última y más rica cosecha de satisfacciones para el amor propio. Así fué á Lesbos, donde declaró ciudad libre á Mitilene por dar gusto á su favorito Teófano, que había nacido en ella; admiró el hermoso teatro y concibió el proyecto de construir uno semejante en Roma, pero todavía más grande (3). De Lesbos fué á Rodas, donde vió á Posidonio, el historiador filósofo tan admirado de los ricos romanos, y repartió dinero entre los profesores (4); luego se dirigió á Efeso, donde se habían concentrado el ejército y la flota.

Los conservadores hubiesen podido encontrar un aliado en el que temían como su mayor enemigo. En cambio, no encontraron enérgico apoyo en Cicerón, al que tenían derecho de considerar como uno de sus jefes. La conjuración de Catilina es un hecho capital en la vida del gran escritor, pues marca un cambio profundo en su carácter. Hasta entonces había sido un

(1) Cicerón, *F.*, V, 7.
(2) Plutarco, *Cat. U.*, 30.
(3) Plutarco, *Pomp.*, 42; Veleyo, II, XVIII, 42.
(4) Plutarco, *Pomp.*, 42.

hombre modesto, económico, que no gustaba del poder ni del lujo, preocupado sobre todo en su gloria literaria, y que había aceptado mejor que buscado los altos cargos de la república. Desde la conjuración se sintió desvahido por las alabanzas hiperbólicas, por la admiración exagerada de los caballeros y aún de los nobles—habitualmente tan orgullosos con los *homines novi*—por los grandes honores que se le decretaron —entre ellos el de *padre de la patria*,—en suma, por todas las exageraciones subsiguientes á la represión de un movimiento poco peligroso, á que se entregan los que han tenido gran miedo, ó que quieren aprovecharse del miedo ajeno. Cicerón acabó por persuadirse de que realmente había salvado á la república de un inmenso peligro y de que era un grande hombre político: ideas de grandeza comenzaron á exaltar su espíritu, ya no se satisfizo con la gloria literaria, ni con la vida modesta que había hecho hasta entonces. Justamente en este año, mientras que la lucha de los partidos adquiría más violencia, consumaba uno de los errores más graves de su vida, comprando á Craso, por una enorme suma, 3.500.000 sestercios una gran casa sobre el Palatino (1). Quería poseer una morada más digna de su nueva posición que la antigua y modesta casa de sus padres; pero no poseía el dinero necesario y, para procurárselo, tuvo que olvidar su rigurosa observancia de la ley Cincia; rogar á los amigos que había defendido que le prestasen—sin interés, naturalmente—fuertes cantidades, y recibir dinero á préstamo de numerosas personas. Uno sólo de sus clientes, P. Sulla, le prestó dos

(1) Cicerón, *F.*, 5, 6, 2; Veleyo, II, 14.

millones de sestercios (1). Verdad es que para pagar estas deudas confiaba en su colega Antonio, que á la sazón estaba en Macedonia; pues, cuando le cedió su provincia se convino que Antonio le cedería parte del botín que recogiese en sus guerras (2). Pero Cicerón había contraído una deuda inmensa con inseguras probabilidades de pagarla, y cometía el mismo error que César esclavizando su libertad personal con una cadena que ya no lograría romper. Al mismo tiempo, si su ambición se exaltaba, su energía no aumentaba en igual grado; y mientras que contraía deudas enormes y se figuraba conservar en la república la misma situación excepcional que al terminar su consulado, él eludía toda acción, dejaba que los otros defendiesen su obra, no osaba militar resueltamente al lado de los conservadores. El partido popular aún le respetaba en sus ataques contra los conservadores; y, gracias á esta inercia, quizás esperaba conservar, si no la admiración de antaño, al menos cierto prestigio sobre ese partido. Continuó, pues, inactivo, y cuando los partidos llegaban á las manos en el foro, se limitaba á repetir constantemente el mérito y la gloria de su consulado, y hasta se disponía á escribir en griego su historia.

Hacia mediados del año 62, Pompeyo estaba á punto de abandonar el Asia. Pero antes de embarcarse distribuyó recompensas entre sus compañeros de armas:

---

(1) Aulo Gelio, *N. A.*, XII, 12.

(2) Es fácil darse cuenta de esta intriga leyendo las cartas de Cicerón á Ático, 1, 12, 13 y 14, en que *Teucris* es seguramente el nombre dado á Antonio; y las cartas *ad F.*, 5, 5 y 6. Véase Drumann, *G. R.*, I², 394; V, 428 y sig.

dió á cada soldado 6.000 sestercios, unos 1.500 francos; cantidades más elevadas á los centuriones y tribunos, hasta formar un total equivalente á setenta y cinco millones de pesetas. Sus generales recibieron por valor de cien millones de sestercios; de manera que suponiendo que fuesen veinticinco, cada uno recibiría sobre un millón de pesetas, espléndida recompensa para campañas tan poco peligrosas y que sólo habían durado cuatro años (1). Por fin se dió á la vela con su ejército, tomando el rumbo de Grecia. Primero fué á Atenas, donde se detuvo para oir á los filósofos, y ofreció cincuenta talentos para restaurar los más hermosos edificios (2). Desde Atenas envió una carta á su esposa Mucia comunicándole su divorcio (3), luego se embarcó para Italia, llegando á Brindisi hacia fines del año. Los conservadores temblaron creyendo ver llegar á un Sila democrático, y Craso se dispuso á salir de Roma con su familia (4).

Mientras en Roma se esperaba ansiosamente su vuelta, estalló un formidable escándalo durante los primeros días de Diciembre (5). La mujer de César, Pompeya, galanteaba con Clodio, el sobornador de las legiones de Lúculo; pero la severa suegra la vigilaba implacablemente. Como Pompeya, á título de esposa del

(1) Appiano, *Mitr.*, 116; Plinio, *H. N.*, XXXVII, II, 16. Paréceme resultar del pasaje de Appiano que los 100 millones de sestercios de que habla Plinio no estaban incluídos en los 16.000 talentos (384 millones de sestercios) distribuídos entre los soldados.

(2) Plutarco, *Pomp.*, 42.

(3) Plutarco, *Cicerón, A.*, I. XII, 3.

(4) Plutarco, *Pomp.*, 43.

(5) Lange, *R. A.*, III, 261.

pretor, tenía que presidir la ceremonia de la Buena Diosa, á la que sólo podían acudir las mujeres, Clodio, que gustaba de las cosas peregrinas y escandalosas (1), tuvo la ocurrencia de disfrazarse de mujer, y de dar una cita á Pompeya durante la ceremonia; pero fué descubierto. Una sociedad tan escéptica tenía que haberse reído de este escándalo, mucho más cuando no faltaban motivos graves en que ocuparse el público. Verdad es que el miedo causado por la llegada de Pompeyo acababa de disiparse. Desembarcado en Brindisi, había licenciado á su ejército, con gran sorpresa y alegría de los conservadores, y se dirigía á Roma con un pequeño séquito para solicitar su triunfo. Pero de la Galia se recibían noticias alarmantes: los alóbregos se habían sublevado devastando parte de la Galia narbonesa (2) que el Senado, siempre débil é inseguro en la política exterior, hacía algún tiempo que abandonó á sí misma; los helvetos, que habían tomado parte en la invasión de los cimbrios y teutones, y que se habían establecido junto al lago de Ginebra, sentíanse inquietados por los suevos y querían emigrar á las costas del Océano, atravesando la provincia romana (3). Pero el partido conservador, descuidándolo todo, únicamente quiso ocuparse de Clodio, y tomó la cosa por lo trágico: no sólo había que castigar un sacrilegio horrible, sino reprimir con un nuevo ejemplo—pues el de Catilina fué insuficiente—la insolencia de esta juventud que prometía ser aún más sediciosa y disoluta que la ge-

(1) Drumann, *G. R.*, II, 205.
(2) Dión, XXXVII, 47, 48.
(3) César, *B. G.*, 1, 2.

neración precedente. El Senado consultó al colegio de los pontífices para saber si el acto de Clodio constituiría un sacrilegio, y habiendo respondido el colegio en sentido afirmativo (1), encargó á los cónsules del año 61, M. Pupio Pisón y M. Valerio Messala, que propusieran una ley fijando un procedimiento y estableciendo un tribunal especial para juzgar en tan grave proceso (2). La proposición de un tribunal extraordinario cuando el partido popular protestaba todos los días contra la condena ilegal de los cómplices de Catilina, pareció una provocación á aquél, que tomó la defensa de Clodio. Y comenzó una viva agitación contra la ley, fomentada singularmente por un tribuno del pueblo de obscuro origen, Quinto Fufio Caleno, que deseaba hacer hablar de él. Por rivalidad, los conservadores se obstinaron en pedir la condena del sacrílego. La galante aventura de Clodio desencadenó así, al empezar el año 61, una verdadera pendencia política, en que se vieron obligados á tomar parte los hombres más eminentes.

César, que iba á partir para España, su provincia, tuvo que diferir la marcha; pero se aprovechó del escándalo para divorciarse de Pompeya, cuyo parentesco aristocrático le resultaba más nocivo que útil ahora que andaba en franca guerra con el partido de los nobles. Pompeyo se vió solicitado por ambos partidos, y aunque resistió cuanto pudo, tuvo que concluir por hacer declaraciones que, en su ambigüedad, parecieron más favorables á los conservadores que al partido popular (3).

---

(1) Cicerón, *A.*, I, XIII, 3.
(2) Cicerón., XIV, 2.
(3) Cicerón, I, XIV, 2.

El mismo Cicerón no pudo eludirse; y fué arrastrado más lejos de lo que hubiese deseado por una singular intriga de Clodio. Para obtener su ayuda, éste había intentado seducirle por una de sus hermanas, la segunda, mujer de Quinto Metelo Céler (1) que gozaba de muy mala reputación. Dícese que ella había comprado un jardín á orillas del Tíber, en el sitio donde los jóvenes se bañaban desnudos, y se le atribuía un número infinito de amantes. Pero la mujer de Cicerón, Terencia, intervino, y abrumándole con sus reproches, le obligó para tener paz en el hogar á que le diese la mayor prueba de fidelidad interesándose para que se aprobase la ley judicial contra Clodio (2). Furioso éste atacó á Cicerón por su conducta en la cuestión Catilina, y, aludiendo maliciosamente á las afirmaciones hechas por Cicerón ante el Senado, le llamó «el hombre que lo sabe todo» (3). Estos ataques tuvo que recibirlos en mala sazón, pues Cicerón tenía entonces otros motivos de inquietud y de tristeza. Antonio no le enviaba nada; todavía más, como había fracasado en una expedición contra los dárdanos, quería llamársele á Roma, y Cicerón tuvo que intervenir para que conservase el mando (4). Pero el acuerdo entre Cicerón y su colega se había divulgado; el partido popular comenzaba á atacarle; murmurábase que los caballeros le habían pagado para que se condenase á los cómplices de Catilina. Los ataques de Clodio, que le habían sorprendido en este es-

---

(1) Plutarco, *Cic.*, 29.
(2) Plutarco, *Cic.*, 29.
(3) Cicerón, *A.*, I, XIV, 5.
(4) Cicerón, *A.*, I, 12, 13, 14; *F.* V, 5 y 6.

tado de irritación y de inquietud, le exasperaron, y para vengarse se lanzó en lo más rudo de la pelea. La ley fué aprobada, pero con modificaciones favorables á Clodio que propuso Caleno. Craso, algo tranquilo ya, estaba dispuesto á tramar nuevas intrigas políticas, y, á instigación de César, consintió en desembolsar dinero para corromper á los jueces. Los conservadores, por su parte, disponían contra Clodio los testimonios más infamantes. Cuando se vió el proceso, Clodio negó descaradamente haber asistido á la fiesta de la Buena Diosa: el hombre sorprendido no era él, sino otro, pues ni siquiera había estado aquel día en Roma. César, interrogado como testigo, dijo que no sabía nada (1); Lúculo fué á revelar el incesto de Clodia con su hermano (2); pero Cicerón depuso de un modo aplastante, declarando que Clodio estaba aquel día en Roma, y que fué á visitarle en su casa tres horas antes del sacrilegio (3). Todos creyeron indudable la condena. Sin embargo, el oro de Craso resultó más fuerte que la verdad. Clodio fué absuelto, con gran alegría del partido popular y gran confusión de los conservadores.

Éstos intentaron vengarse de César que se disponía á partir para su provincia. Sobornados por sus enemigos políticos, muchos acreedores exhibieron un buen manojo de antiguas *syngraphæ* (hoy diríamos letras de cambio) sin pagar, y le amenazaron que si no las hacía efectivas echarían mano al voluminoso bagaje que los gobernadores llevaban á sus provincias. Seguramente

---

(1) Plutarco, *César*, 10.

(2) Cicerón, *Pro Mil.*, 27, 73. Véase Drumann, 2, 382, n. 67.

(3) Valerio Máximo, VIII, v, 5; Cicerón, *A.*, I, xvi, 4.

que estas amenazas eran resultado de las intrigas políticas, sin las cuales, estos acreedores hubiesen sido bien tontos reteniendo á César en Roma, precisamente cuando iba á buscar en una provincia el dinero necesario para pagarles. César se dirigió otra vez á Craso: éste ofreció su garantía, que los acreedores no osaron rechazar. Así libertado, César partió en seguida (1), dejando en Roma á Pompeyo ocupado en preparar su triunfo, á Lúculo en inalterable reposo y completamente retirado, á Cicerón, presa de crecientes inquietudes tras el fracaso sufrido en el proceso de Clodio. Ahora veía al partido popular, excitado por su enemigo, recomenzar con violencia toda la cuestión de Catilina, y poner en duda su buena fe; afirmar que el 5 de Diciembre no se había juzgado, sino asesinado á ciudadanos romanos. ¡Si para compensarle al menos de esta ingratitud hubiese recibido la admiración de la otra parte! Pero muchas personas que tanto le habían aplaudido en los días de terror, impresionadas ahora por la agitación popular, comenzaban á preguntarse si Cicerón no había exagerado el peligro. ¿Qué hacer? Cicerón era sobradamente honrado y orgulloso para renegar de su obra con el propósito de halagar al partido popular; pero tampoco tenía el valor y la energía necesarios para unirse á los conservadores recalcitrantes.

Sin embargo, por el momento estaba todo tranquilo. Sólo las noticias de la Galia causaron por un momento alguna inquietud. Evidentemente se elaboraba una crisis en la frontera septentrional de Italia, y la confiada inercia en que permanecía el Senado desde sesenta

(1) Plutarco, *César*, 11; Appiano, *B. C.*, 11, 8.

años antes con relación á los galos independientes, ya no podía continuar. Los pueblos de la Galia estaban divididos por odios y por guerras cada vez más violentas y complicadas, en que Roma tenía fatalmente que intervenir uno ú otro día, no obstante la mala voluntad del Senado. No hacía mucho que los secuanos, poderosa tribu gala, había pedido auxilio allende el Rhin al rey germano Ariovisto, que con sus suevos, les había ayudado á vencer á los eduos; éstos, que eran aliados de los romanos desde la conquista de la Narbonesa, habían enviado á Roma, el año 61, al druida Diviciaco en demanda de socorro. Cicerón le había ofrecido hospitalidad (1). Pero la inquietud duró poco; el Senado salió del paso decretando que el gobernador de la Narbonesa, que por lo demás sólo disponía de fuerzas militares muy restringidas, protegiese á los eduos contra cualquier agresión de sus enemigos (2), y en seguida nadie se preocupó ya en Roma de este peligro: fué un momento de pausa durante el cual los políticos y los generales permanecieron en reposo; y el espíritu de grandeza que distingue á esta época no estaba ya representada por los hombres de espada, sino por un hombre de letras, por un amigo de Cicerón, que vivía en un oculto rincón de Roma y trabajaba en una de las más grandes y de las más audaces obras de la literatura latina. Era un tal Tito Lucrecio Caro, modesto rentista, probablemente, que vivía en Roma, en su pequeña morada, de las rentas que le proporcionaba alguna propiedad. Víctima de una enfermedad que los

---

(1) Cicerón, *De div.*, I, XLI, 90.
(2) César, *B. G.*, I, 35.

alienistas llaman locura alternante ó circular, y que consiste en una sucesión de exaltaciones violentas y de abrumadores decaimientos (1), este genial enfermo tuvo que abandonar la política para consagrarse al estudio: vivía entre libros, con algunos amigos pertenecientes á las altas clases, sin ambición, sin deseos de riquezas, encontrando su dicha en la contemplación de lo infinito que le había descrito Epicuro: todo inundado con la lluvia de los átamos, todo resplandeciendo de estrellas, todo poblado de mundos, vibrando en un enorme, esfuerzo vital en el que Roma y su imperio sólo eran un pequeño escollo perdido en el inmenso y móvil Océano de la eternidad. Pero Lucrecio no era un mero *dilettante* que huyese de un mundo lleno de pasiones violentas para distraer con egoístas placeres intelectuales su espíritu enfermo; al contrario, era un creador ardiente, un trabajador infatigable, y, en su soledad estudiosa, un ambicioso tan insaciable como Lúculo en el tumulto de los campamentos. Componía un inmenso poema sobre la naturaleza, invitando á sus contemporáneos para que derribasen de sus altares á los dioses mentirosos que hasta entonces habían venerado, é intentaba conquistar por sí sólo, no una nueva provincia por medio de las armas, sino la dominación espiritual de la naturaleza, por un esfuerzo titánico del pensamiento. La lengua de los campesinos del Lacio

---

(1) S. Hierón, *ad Ann.*, 660, *U. C.*—Stampini, *Il suicidio de Lucrezio*, *en R. S. A. I.*, fasc. 4, pág. 45, ha demostrado que estos informes dados por San Jerónimo, y que éste tomó de Suetonio, son dignos de fe. Véase también Giri, *Il suicidio de Lucrezio*, Palermo, 1895.

aún era confusa, pobre, concreta, y la versificación grosera é imperfecta; pero así como Lúculo había osado partir á la conquista de grandes imperios con sólo treinta mil hombres, Lucrecio osó forzar á su densa lengua materna, que muchos aún consideraban inepta para expresar lo que no fuesen textos de las leyes, cuentas de negociantes y querellas políticas. Lucrecio le dió ductilidad, la purificó en el fuego de su entusiasmo, la forjó largo tiempo en el yunque del pensamiento, y consiguió darle claridad y dulzura; como un fuerte arquero que tiende su arco, domó la métrica y lanzó vigorosamente á lo infinito el vuelo de sus exámetros; luego, con esta lengua y este metro escribió, no el resumen árido y versificado de una doctrina abstracta, sino una filosofía pintoresca y entusiasta del universo; expresó la más intensa exaltación y la sorpresa más voluptuosa que jamás el alma humana haya sentido ante la revelación del eterno movimiento de la vida universal; proyectó sobre la naturaleza infinita la luz y la sombra; la melancolía y la alegría que pasaban por su espíritu enfermo; describió con maravillosa vivacidad los episodios dulces y terribles de la existencia, la risa primaveral que tienen tras la lluvia las praderas verdegueantes, los espasmos lascivos de los animales mientras pastan, el hórrido desencadenamiento de la tempestad sobre los campos y los bosques, las grandes inundaciones de los ríos, la calma y la cólera de los mares, los esfuerzos de la humanidad todavía animal por vivir y civilizarse, los horrores de las epidemias y de las guerras, los locos terrores de la muerte, la ardiente sed de amor de todos los vivos, la eternidad y la identidad de la vida que circula en el universo al tra-

vés de las formas perecederas de los séres. La exposición de la teoría epicúrea relaciona todos estos episodios en la unidad viviente del gran poema solemne, casi religioso, que si no es la obra más perfecta, es cuando menos la más grandiosa de la literatura latina, y en la que no debe de verse la obra de un pensador solitario desligado de su época y de su mundo, sino uno de esos esfuerzos tan poderosos hacia la grandeza, el poderío y la ciencia que en todos los sentidos intentó esta época, en el mundo de las realidades y en el mundo del pensamiento. Lucrecio, tanto como Lúculo, como César, como Cicerón, es una de las figuras características de su tiempo. Representa el esfuerzo heróico de la razón que, para progresar en la ciencia, destruyó las supersticiones, las tradiciones, las religiones. Su poema *De la Naturaleza* fué una de las más hermosas creaciones de Roma: poco admirado al principio ha vencido á las edades, mientras que los trofeos, los monumentos y la gloria de tantos generales se los ha llevado el tiempo.

## XVII

### El monstruo de tres cabezas.

La pérfida jugarreta que sus enemigos acababan de hacer á César, le advirtió de lo urgente que le era consolidar su patrimonio, y, apenas llegado á España, se dió prisa en recoger dinero. Luego de haber reclutado diez nuevas cohortes y de incorporarlas á las veinte que ya había en la provincia, emprendió algunas expediciones contra los gallegos y lusitanos, saqueando sin piedad sus aldeas, aun las que se le rendían (1). Como la provincia estaba abrumada de deudas contraídas con los capitalistas italianos durante la guerra de Sertorio, aplicó á España la política de Catilina: decretó una disminución legal de los intereses é hizo que las ciudades le entregasen en compensación fuertes cantidades (2).

En Roma, Pompeyo había conseguido que se eligiese cónsul para el año 60 á su general Lucio Afranio, que iba á tener como colega á Quinto Metelo Céler, el cu-

---

(1) Appiano, *B. C.*, II, 8; Dión, XXXVII, 52, 53; Suetonio, *César*, 54; Plutarco, *César*, 12.

(2) Plutarco, *César*, 12; Suetonio, *César*, 54.

ñado de Clodio. Pero Pompeyo seguía difiriendo su triunfo para dar tiempo á que llegasen de Asia los tesoros conquistados. Á fines de Septiembre todo estaba dispuesto, y el 29 el cortejo se puso lentamente en marcha por la vía Apia. Iba precedido de dos grandes cuadros donde estaban resumidas las empresas de Pompeyo y donde éste mismo afirmaba que con los tributos de las nuevas provincias había elevado las rentas de la república desde 50 á 80 millones de dracmas (1). Á los cuadros seguía, en primer término, una interminable procesión de carros cargados de corazas, de cascos, de proas de navíos piratas; luego, mulas cargadas de dinero por valor de 60 millones, que el conquistador ingresó en el Tesoro público; después, la maravillosa colección de piedras preciosas de Mitrídates, dispuesta con arte; en seguida, los objetos de gran valor de que se había apoderado, cada cual dispuesto en un carro especial: una mesa de juego formada únicamente por dos piedras preciosas de tamaño desmesurado; tres lechos espléndidos; un lecho de oro macizo, regalo del rey de los iberos; treinta y cinco coronas de perlas; nueve enormes vasos de mesa, de oro y guarnecidos de perlas; tres colosales estatuas de oro representando á Minerva, á Marte y á Apolo; un templillo de las Musas ornado de perlas y coronado por un reloj; el lecho donde había dormido Darío, hijo de Histaspes; el trono y el cetro de Mitrídates; su estatua en plata y su busto colosal en oro; la estatua en plata de Farnaces; un busto de Pompeyo, hecho con perlas por un habilísimo artista orien-

(1) De unos 38 á unos 64 millones de pesetas.

tal; extrañas plantas de los trópicos, entre otras el ebenuz. Durante horas y más horas la procesión de los maravillosos tesoros del postrer monarca helenizante de Asia desfiló como pudo por las estrechas calles de Roma, ante los ojos de una muchedumbre inmensa y ruidosa, que soportaba el sol, el polvo, los estrujones, las largas pausas del largo cortejo; que no parecía cansarse de contemplar cosas nuevas; que aún las esperaba más sorprendentes, y que comentaba ó saludaba con exclamaciones, gritos y aplausos, las cosas más inauditas y admirables. Los ojos de las mujeres, singularmente, brillaban al ver las piedras preciosas, tan abundantes, tan gruesas, tan espléndidas.

Al siguiente día, que era el aniversario del nacimiento de Pompeyo, desfiló el botín viviente: primero, grandes grupos de prisioneros pertenecientes á todos los países, desde los piratas hasta los árabes y los judíos, todos libres y sin cadenas; era éste un pintoresco desfile etnográfico representando la inmensa variedad de los pueblos sobre que Roma había extendido su imperio. Luego seguía una muchedumbre de príncipes, dos célebres jefes de piratas, el hijo de Tigranes, que luego de reñir con Pompeyo, se había rebelado por lo cual se le despojó de la Sofena, siete hijos de Mitrídates, Aristóbulo con un hijo y dos hijas, numerosos personajes iberos y albaneses; luego, grandes cuadros representando importantes episodios de la expedición, tales como la fuga de Tigranes y la muerte de Mitrídates; en seguida extraños ídolos de los bárbaros. En fin, venía el vencedor en un carro ornado de perlas; vestía una túnica que, según se decía, la había llevado Alejandro Magno, é iba seguido de un espléndido cortejo de lega-

dos y tribunos, á pie y á caballo (1). Pero lo que hubo de más maravilloso y que realzaba el orgullo de ser Italia la primera de todas las naciones, es que, terminada la procesión, el triunfador, que afirmaba haber llevado hasta el cabo del mundo los límites del imperio, se quitó el traje de Alejandro y se dirigió modestamente, como simple ciudadano, á la casa paterna.

Pero pasada la fiesta, hacia fines del año 61 y los primeros meses del 60, la discordia se desencadenó nuevamente. Pompeyo seguía deseando reconciliarse con los conservadores, y á este propósito demandó á Catón dos sobrinas, según unos; dos hijas según otros, para casarse con una y dar la segunda á su primogénito (2). Jamás la fortuna de César corrió mayor peligro. Pero el intransigente Catón no aceptó; pues no quería mezclar los negocios públicos con los privados, y desconfiaba de la conversión de este antiguo tránsfuga del partido conservador. Cuanto al pequeño mundo reaccionario, era demasiado rencoroso, y ahora que ya no temía á Pompeyo por haber licenciado á su ejército, sólo pensaba en vengarse de él. El partido conservador respondió, pues, á las gestiones de Pompeyo con violentos ataques. Cuando solicitó del Senado que confirmase las disposiciones por él adoptadas en Oriente, en seguida

---

(1) Los elementos de esta descripción pertenecen á Appiano, *Mitr.*, 116, 117; Plinio, *H. N.*, XXXVII, II, 16, y Plutarço, *Pomp.*, 45. Sin embargo, algunos escritores no están de acuerdo sobre las cantidades que Pompeyo ingresó en el Tesoro. Plutarco da la cifra más elevada, 20.000 talentos, en los que incluye el valor de los objetos de oro y de plata. Plinio da la suma inferior, 200 millones de sextercios. Yo he escogido la cifra media dada por Appiano.

(2) Plutarco, *Cat. U.*, 30.

encontró numerosos senadores que le hiciesen oposición. Craso y Lúculo por venganza, Catón y el partido conservador para hacerle perder el crédito que había conquistado sobre los soberanos de Oriente, y quizás también para poner en peligro las sumas enormes que les había prestado (1). Las nuevas rentas y el empleo que había de dárseles, constituyeron otro motivo no menos grave de discordia. Pompeyo proponía razonablemente que se concediese parte de ellas á sus soldados, comprando para ellos tierras en Italia, y que de ella se beneficiase el pueblo italiano suprimiendo las aduanas de importación. El licenciamiento de soldados que Pompeyo acababa de hacer era, con el de Sila, el más numeroso que se hubiese realizado desde que la milicia se había convertido en un oficio de las bajas clases. Pero, no obstante haber estado veinte ó veinticinco años en Oriente, como no todos habían ahorrado el dinero necesario para bastarse á sí mismos en sus viejos días, era necesario darles una pensión en tierras, pues con el dinero economizado en Oriente podrían construir una modesta casa, comprar algunos esclavos y ensayar un cultivo lucrativo. La abolición de las aduanas era, por otra parte, deseada de toda Italia; pues el consumo de los vinos, de los perfumes, de los muebles, de los colores, de las ricas telas, de los objetos de arte oriental aumentaba, aún en las ciudades secundarias que gustaban de embellecerse. Si se abrían las fronteras de Italia, no sólo los artículos orientales disminuirían de precio, pero también terminarían las frecuentes pendencias con los publicanos que arrendaban los

(1) Dión, XXXVII, 49; Appiano, *B. C.*, II, 9.

impuestos (1). También Pompeyo había hecho proponer por el tribuno Lucio Flavio una ley agraria, y por Metelo Nepote una ley aboliendo los derechos de aduana para las mercancías importadas en Italia. Desgraciadamente, este aumento de rentas había despertado demasiados apetitos. Los conservadores deseaban que los nuevos fondos quedasen á disposición del Senado para poder aumentar las sumas asignadas á las provincias y á los diferentes servicios públicos, de los que tantos senadores se aprovechaban. La poderosa compañía que había arrendado los impuestos de Asia se valía de esta abundancia para demandar al Senado con la ayuda de Craso, que probablemente era accionista, una reducción en la cantidad convenida, quejándose de haber ofrecido una renta harto elevada y asegurando que perdía (2). De aquí resultaban discusiones, intrigas, pendencias envenenadas por los odios políticos que desorientaban á Pompeyo y que aniquilaban los nervios ya enfermos de Cicerón. Pompeyo, que hastiado de triunfar con las armas habia vuelto á Roma con la intención de saborear todos los goces de la gloria y de la riqueza, se encontraba cogido en una miserable lucha de intrigas que le indignaba, tanto más, porque afectaba despreciar á

---

(1) Algunos pasajes de César, *B. C.*, III, XXXI, 2; III, XXXII, 6, y de Dión, XXXIX, 59, atestiguan la existencia de sociedades de publicanos en Siria por la época de la guerra civil y aun en los años precedentes. Parece, pues, probable que estas sociedades se formasen en aquella época, inmediatamente después de la conquista. Creo que á estas sociedades alude Cicerón, *A.*, I, XIX, 4, al hablar de la *adventicia pecunia..., quæ ex novis vectigalibus per quinquennium reciperetur.*

(2) Cicerón, *A.*, I, XVII, 9.

sus enemigos, y no lograba vencerlos. Cicerón, disgustado de los conservadores, inquieto por el creciente odio demagógico, afligido con la rápida caída de su crédito, había tomado en el Senado la defensa de los arrendatarios de impuestos para no atraerse también la enemistad de los publicanos; pero escribió á Ático que su codicia era despreciable; que deseaba establecer relaciones con Pompeyo, pero que sentía vergüenza, y para excusarse, decía á Ático que esperaba convertir así al jefe del partido popular (1). En fin, había publicado la historia de su consulado, escrita en griego (2). Pero queriéndose justificar sin decirlo abiertamente de las acusaciones de Clodio, había referido—para demostrar que no acogió á la ligera los rumores públicos—que Craso le había llevado una tarde cartas y denuncias contra Catilina, y Craso que, pasado el miedo otra vez estaba ávido de popularidad, se mostró furioso de esta revelación que le colocaba entre el número de los perseguidores de Catilina. Craso, pues, fué hostil también á Cicerón (3). Aparte la abolición de las aduanas (4), las numerosas discusiones que se empeñaban en el foro y en el Senado tampoco resolvían nada. Aún no se había aprobado la administración de Pompeyo en Oriente, ni la ley agraria, ni la reducción de los arriendos, y por encima de esto, nuevas y más inquietantes noticias llegaban de la Galia. No obstante el decreto de los años precedentes en favor de los eduos, los secuanos conti-

(1) Cicerón, *A.*, I, 10; I, XIX 7; II, 1, 6.
(2) Cicerón, I, XIX, 10.
(3) Plutarco, *Craso*, 13.
(4) Dión, XXXVII, 51.

nuaban la guerra. Ariovisto enviaba hermosos presentes al cónsul Metelo (1) y trabajaba para que el Senado le reconociese como amigo y aliado del pueblo romano; los helvetos parecían á punto de empezar su emigración y realizaban ya algunas incursiones en la provincia (2). Cuando en Roma se hablaba de la Galia todos pensaban en Breno, en los cimbrios y en los teutones. Se creyó un instante que Italia estaba amenazada de una gran invasión céltica. Se prescindió de las demás cuestiones, y el Senado decidió que los dos cónsules echasen á la suerte ambas Galias, la cisalpina y la narbonesa; que se reclutasen soldados, que se suspendiesen todas las exenciones del servicio militar, en fin, que se enviase á la Galia tres embajadores para estudiar el estado de las cosas (3).

Entretanto, hacia mediados del año 60, César se apresuraba á volver de España para aspirar al consulado del año 59. Los candidatos eran tres á la sazón: César; un historiador de nombre L. Luceyo, que había vivido mucho tiempo en Egipto y que era riquísimo, y un conservador intransigente, Marco Bíbulo, que ya había sido colega de César como edil y como pretor. Luceyo, que no pertenecía á ningún partido y que sólo deseaba ser electo, se vió solicitado por los otros dos candidatos, en la confianza de que les pagaría los gastos de la elección; pero César, el demagogo popular, tuvo su preferencia, y Bíbulo se vió obligado á recurrir á sus amigos, que cotizaron para defenderle (4). El

(1) Plinio, *H. N.*, II, LXVII, 170.
(2) Cicerón, *De div.*, II, XLI, 90; ídem, *A.*, I, XIX, 2.
(3) Cicerón, *A.*, I, XIX, 24.
(4) Cicerón, *A.*, I, XVII, 11; Suetonio, *César*, 19.

mismo Catón consintió ahora en pagar á favor de Bíbulo, tanto temía por adelantado al consulado de César. Éste y Bíbulo fueron electos, y el pobre millonario, que había pagado los gastos, se quedó en la calle. Para responder á esta elección, el partido conservador decidió en seguida por medio del Senado que el cargo proconsular de ambos cónsules para el año 59 consistiría en la vigilancia de los bosques y de las rutas. Era ésta una insignificante misión administrativa de importancia muy secundaria. Previamente se hacía así fracasar de una manera casi ridícula la ambición que se suponía en César de aplicar á su vez á cualquier parte del mundo la política de Lúculo y de Pompeyo (1).

Cuáles fuesen entonces los proyectos de César, no lo sabemos exactamente. Aún quedaba á la política romana tres grandes cosas que realizar: la conquista de Egipto, la invasión de Persia, la extensión del imperio romano en Europa, por la parte del Danubio y del Rhin. Aunque una guerra pareciese inminente, César no podía pensar por el momento en la empresa de la Galia, pues la Galia cisalpina se había adjudicado á Metelo Céler, que se disponía á tomar el mando de sus legiones (2). Tampoco puede admitirse que César tu-

---

(1) Suetonio, *César*, 19. Sigo aquí á Suetonio y no á Dión, XXXVII, 54, á Plutarco, *César*, 13; *Pomp.*, 47; *Craso*, 14; Appiano, *B. C.*, 2, 9, que colocan antes de las elecciones la reconciliación de Craso y de Pompeyo sirviendo César de mediador. Me parece más verosímil que se realizase después de las elecciones, pues debió ser el resultado de una larga gestión para la cual no pudo disponer César del tiempo necesario, habiendo llegado á Roma poco antes de las elecciones.

(2) Cicerón, *A.*, I, xx, 5.

viese puestos los ojos en Egipto, pues el partido democrático iba á abandonar los proyectos del año 65 para mostrarse más partidario que lo era el Senado de la conservación de la independencia egipcia. Ptolomeo Auleto había logrado realizar esta conversión milagrosa. No esperando ser ayudado por Pompeyo, había concebido el audaz designio de obtener precisamente de los mismos jefes del partido popular—que pocos años antes deseaban verle despojado de su reino,—el reconocimiento de su autoridad que el Senado aún dudaba en otorgarle. Ptolomeo estaba tratando con Craso, con Pompeyo y con César prometiéndoles una enorme suma, seis mil talentos, si lograban que Roma le reconociese como soberano legítimo. Me inclino, pues, á creer—aunque es una suposición sin pruebas—que pensaba entonces en la conquista de Persia, que Lúculo había meditado antaño; luego se había exhortado á Pompeyo para que la realizase, y si ambos se detuvieron ante las fronteras de Persia, se había popularizado ya la idea de que era necesario conquistar tan vasto imperio. Lo que me confirma en esta hipótesis es la prisa con que cuatro años después César excitó á Craso para que realizase la empresa. Sea de ello lo que quiera, esta primera maniobra del Senado invitó al cónsul designado á no forjarse ilusiones sobre la actitud del partido conservador. César se aprestó inmediatamente á la lucha; pero de una manera que no preveían sus enemigos. Éstos esperaban un consulado turbulento; al contrario, César se atenía á las ideas de moderación que mejor convenían á su carácter, á su rango social, á sus intereses, é ideó para combatir al partido conservador un proyecto muy sencillo: reorganizar el partido

democrático del año 70, moderado y reformador, que contaba con el apoyo de las altas clases lo mismo que de las clases medias. Debilitado primeramente por culpa de los hombres y de los acontecimientos, quedó, al fin destruído por la conjuración de Catilina, y podría restaurársele, en caso de lograr poner de acuerdo á los jefes más poderosos: Craso, Pompeyo y Cicerón.

La empresa era difícil, pero no imposible. Pompeyo necesitaba que se aprobase su administración en Oriente. Craso, desacreditado ante los conservadores por sus ambiciosos proyectos sobre Egipto, y ante el partido democrático por su actitud reprensible durante la conjuración, deseaba reconquistar el favor popular. Cuanto á Cicerón, se daría por satisfecho con que se olvidase la condena de los cómplices de Catilina. César gestionó tan hábilmente durante los meses que pasó en Roma como cónsul designado, que logró reconciliar á Pompeyo y á Craso—en secreto, naturalmente,—pues ninguno de los tres quería que se conociese esta reconciliación, por miedo de que, alarmados sus poderosos enemigos, redoblasen su energía en combatirlos (1). Al mismo tiempo, un español de Cádiz, P. Cornelio Balbo, que Pompeyo había hecho ciudadano romano, y era amigo de los más grandes personajes de Roma, se había encargado de tratar con Cicerón, proponiéndole la alianza con Craso y Pompeyo. Poco á poco fué precisándose la coalición. Adoptando una actitud conciliadora y con la ayuda de Cicerón, de Craso y de Pompeyo, César esperaba atraerse á los senadores razonables que estaban en mayoría, pero á quienes el miedo, des-

(1) Dión, XXXVII, 58.

de la conjuración de Catilina, inducía siempre á votar por el pequeño clan de los conservadores intransigentes; se volvería á las hermosas jornadas del año 70 y los negocios públicos se administrarían por los cuatro. La gran batalla entablada entonces contra la bandería conservadora, ¿no había sido ganada en el Senado, en los comicios, en el foro, por él, por Pompeyo, por Craso y por Cicerón obrando de concierto? Desgraciadamente, Cicerón, que estaba disgustado de todo y que vivía en perpetua irresolución, no supo responder sí ni no (1). Era esto una decepción, pero que no comprometía todo el proyecto; aun sin Cicerón, la unión de Craso y de Pompeyo sería suficiente para reconstituir el partido, y en esta ocasión sería César el que obtuviese más ventajas. No sólo recibiría un importante mando proconsular, pero también explotaría su cargo para hacer dinero. Ya no era posible desempeñar un papel político sin gastar mucho. Á su vuelta de España César no había dado nada á sus acreedores, por lo menos á los que no le atormentaban demasiado; seguía debiendo más de doscientas mil libras á Ático, y también

(1) Cicerón, *A.*, II, III, 3. Las tentativas hechas cerca de Cicerón son para mí la prueba decisiva de que el primer designio de César consistía en reconstituir el partido popular, amigo de la legalidad, del año 70. Así, pues, la moderación manifestada por César al comenzar su consulado no era simulada, como supone Appiano, *B. C.*, II, 10. Por otra parte, ¿de qué hubiese servido á César el disimular durante algunas semanas si había decidido ya la revolución radical que hizo durante su consulado? Esta política fué resultado de un rápido cambio de intenciones y de programa, cuya razón se verá. Además, paréceme poco probable que Pompeyo y Craso se hubiesen unido á César sabiendo que su consulado terminaría con una revolución perfectamente democrática.

debía á Pompeyo (1). Así aceptó ahora las ventajosas proposiciones de Ptolomeo Auleto, y, además, se comprometió para cuando fuese cónsul á que los directores de la compañía de impuestos de Asia obtuviesen una rebaja en el tipo del arrendamiento. Los directores, en reciprocidad, le darían muchas *partes* de la compañía (2).

Apenas obtenido el cargo significó en un discurso pronunciado en el Senado su esperanza de obrar en toda ocasión de acuerdo con Bíbulo; y en múltiples actos reveló grandes consideraciones á su colega (3). También hizo una reforma administrativa grata á la clase media, por la cual César merece un modesto lugar en la historia del periodismo: él fué quien creó en Roma lo que hoy llamaríamos un diario popular. Con la cultura y la riqueza, crecía la curiosidad; la gente estaba ávida de noticias, y muchos procuraban ganarse

---

(1) Un pasaje de Cicerón, *A.*, VI, 1, 25, nos muestra que en el año 50 Ático y Pompeyo eran acreedores de César. Estos créditos debían remontarse á una época anterior al consulado, pues no me parece verosímil que el cónsul de las Galias tomase prestados cincuenta talentos á Ático.

(2) Conocemos esta intriga por breves alusiones de Cicerón, *In Vat.*, XII, 29. Cicerón nos dice que en el 59 Vatinio recibió de César y de los publicanos *partes... carissimas*: esto es, las de la compañía de Asia que se había aprovechado de la reducción del arrendamiento. Es evidente que los publicanos se las ofrecieron á cambio del trabajo que debió de tomarse para obtener la aprobación de la ley que reducía los arriendos. Paréceme, pues, casi seguro que las *partes* de César, de las que á su vez dió á Vatinio para recompensarle de ciertos servicios, también las recibió, á cambio de otros servicios prestados, de los directores de la compañía.

(3) Appiano, *B. C.*, II, 10; Dión, XXXVIII, 1.

la vida en Roma haciendo algo análogo á nuestro periodismo: recogían las noticias públicas y privadas que consideraban más importantes y curiosas; con intervalos regulares de algunos días las reunían en un cuadernito, haciendo que un esclavo copiase muchos ejemplares para distribuirlos entre los que hoy llamaríamos suscriptores, esto es, entre las personas que podían pagar por tener estos fascículos (1). Naturalmente que sólo las personas ricas podían abonarse. César parece haber decretado que un magistrado se encargase de hacer un resumen de las noticias más importantes ordenando escribirlas en diferentes sitios de la ciudad sobre murallas blanqueadas, pasando en seguida el blanco por las noticias viejas para escribir otras nuevas (2). De esta suerte, hasta el bajo pueblo podría informarse pronto de todo. César también adoptó medidas para que las actas de las sesiones del Senado se redactasen de una manera regular y se diesen á conocer al público (3).

Creyendo así haber preparado bien los espíritus, César propuso una ley agraria, según la cual veinte comisarios se encargarían de distribuir entre los veteranos y los pobres lo que quedaba del dominio público, á excepción de la Campania, añadiendo todavía otras tierras que se comprarían en condiciones razonables

---

(1) Véase Daremberg y Saglio, *D. A.*, I, 50; Huebner, *De senatus populique romani actis*, Lipsia, 1860; E. Caetani Lovatelli, *I Giornali dei Romani* en la *Nuova Antologia*, 1.° Noviembre 1901. Véase también Cicerón, *F.*, VIII, 1, 1; VIII, 11, 2; VIII, 11, 4; Suetonio, *César*, 20.

(2) Daremberg y Saglio, *D. A.*, I, 50.

(3) Daremberg y Saglio, I, 51; Véase Suetonio, *César*, 20.

con el dinero del botín de Pompeyo (1). Eran estas condiciones moderadas y prudentes (2), y César las sometió al Senado diciendo que deseaba escuchar las objeciones de todos. Pero no tardó en perder la esperanza de volver á la democracia y á las victorias del año 70. Los tiempos y los espíritus habían de sobra cambiado. Los conservadores intransigentes se enfurecieron al oir hablar de César y de leyes agrarias; y los propietarios, que eran numerosos en el Senado, sobre todo los que poseían tierras compradas durante las proscripciones de Sila, temían una ley que atribuía á veinte comisarios un poder de que era fácil abusar. Así, los conservadores lograron fácilmente, sirviéndose de uno ú otro pretexto, diferir la discusión de la ley por este Senado de hombres débiles y escépticos (3). César mostró paciencia durante algún tiempo, mientras que Caleno, que era pretor, y Plubio Vatinio, obscuro aventurero político, que era tribuno del pueblo, propusieron algunas reformas de la ley judicial (4). Al fin, viendo que ni él ni Craso lograban que el Senado discutiese la ley, César declaró que la propondría sencillamente ante los comicios (5). Los espíritus se caldearon: Bíbulo, con ayuda de Catón y de los conservadores, hizo violenta obs-

---

(1) Creo que César propuso dos leyes agrarias con algunos meses de intervalo. En mi sentir son argumentos decisivos los pasajes de Cicerón, *A.*, II, XVI, 1, 2; II, XVIII, 2; Véase Suetonio, *César*, 20; Plutarco, *Cat. U.*, 32 y 33; Appiano, *B. C.*, II, 10; Dión, XXXVIII, 1; Napoleón III, *J. C.*, I, 381, n. 2; Lange, *R. A.*, III, 279.

(2) Dión, XXXVIII, 1.

(3) Dión, XXXVIII, 2.

(4) Lange, *R. A.*, 3, 275.

(5) Dión, XXXVIII, 3.

trucción litúrgica para impedir las reuniones del pueblo (1); César se obstinó, agitó á las muchedumbres, y luego de hacer cuanto pudo por atraerse á Bíbulo, acudió á un supremo recurso. Reclamó abiertamente el concurso de Craso y Pompeyo, que acudieron al foro para declarar que el obstruccionismo faccioso de los conservadores debía de ceder á la fuerza, si la persuasión no bastaba (2). La ley se aprobó entre grandes tumultos; una cláusula que se le añadió obligaba á los conservadores á jurar su fiel observancia. Pero este éxito nada fué en comparación del súbito cambio operado en los espíritus al saber que estos tres personajes, á los que todos tenían por enemigos, estaban de acuerdo. Era la lucha entre Craso y Pompeyo el motivo de que la bandería conservadora subsistiese tan poderosa, no obstante sus derrotas y escándalos, y aquella lucha era tan antigua y estaba tan envenenada, que todos la consideraban eterna. Súbitamente, y como por encanto, se veía á los dos enemigos reconciliados y unidos á César, el jefe tan temido y tan popular de la canalla romana. Y todos quedaron estupefactos. Era evidente que si Pompeyo, Craso y César marchaban de acuerdo dispondrían como árbitros de los comicios y de las magistraturas, serían los jefes de una bandería política omnipotente, y sin su consentimiento sería difícil de obtener un mando, una delegación ó un empréstito. La mayoría de los senadores sólo pensaba en los honores, en el dinero y en el poder, y se inclinaron como siempre del lado de los más fuertes, alejándose en mu-

(1) Dión, XXXVIII, 6; Appiano, *B. C.*, II, 11.
(2) Appiano, *B. C.*, II, 10; Plutarco, *Pomp.*, 47; *César*, 14.

chedumbre de la pequeña facción de los conservadores intransigentes, que desde la muerte de Cátulo estaban dirigidos por Catón.

Sucede con los espíritus lo que con los cuerpos, que pierden el equilibrio cuando, habiendo hecho un gran esfuerzo para vencer un obstáculo, cede éste súbitamente. Tal ocurrió con César. Había sido prudente y moderado al principio; pero envalentonado por el éxito de la ley agraria y por la inesperada revelación de su nuevo poder, furioso con la oposición facciosa de los conservadores, este hombre de espíritu vivo y apasionado cambió de plan: concibió el proyecto de fundar en Roma una democracia análoga á las democracias griegas que, en asambleas del pueblo y sin Senado, gobernase sola el imperio. Teniendo á su frente tres Pericles llenos de elocuencia, de gloria y de riqueza decidiría por sí misma, como había ocurrido con la ley agraria, en las cuestiones diplomáticas y financieras, en las que hasta entonces había sido el Senado único árbitro. Un suceso inesperado precipitó las resoluciones de César. Hacia últimos de Febrero murió Quinto Metelo Céler, cuando iba á partir para la Galia cisalpina: era todavía tan joven y murió por manera tan súbita, que se acusó á su mujer Clodia de haberle envenenado (1). El gobierno de la Galia, que implicaba al mismo tiempo el mando de la probable guerra contra los galos, resultaba así vacante (2). Fué en este momento seguramente cuando con-

(1) Cicerón, *Pro Cal.*, XXIV, 59.

(2) Lange, *R. A.*, III, 283, ha visto la trabazón que existe entre la muerte de Q. Metelo Céler y la ley que tan pronto concedió á César el gobierno de la Galia cisalpina. Paréceme que sólo de esta manera puede explicarse que César obtuviese el *imperium* á contar del

cibió César la idea de obtener la Galia con más amplios poderes. Pero el Senado no hubiese accedido, y era preciso apelar al pueblo, como Pompeyo hizo antes. César no perdió un momento: renunció á sus demás proyectos de conquista, si es que los tenía; hizo creer que era inminente una gran guerra en la Galia (1), y, aprovechándose del efecto causado por la revelación de su alianza con Craso y Pompeyo, hizo que Vatinio propusiese inmediatamente al pueblo una ley otorgándole el gobierno de la Galia cisalpina y de Iliria, con tres legiones, por cinco años y á contar del día en que la ley se promulgase. En caso de que la guerra estallase antes de terminar el año, podría de este modo ir en seguida á tomar el mando, siguiendo el ejemplo de Lúculo. Gracias á la estupefacción experimentada por el mundo político, gracias á la actividad de César, á la ayuda de Craso y de Pompeyo, la ley se aprobó sin dificultad, promulgándose el 1.º de Marzo; pero apenas asestado este golpe, César, envalentonado por el éxito, meditó otros tres no menos audaces. Hizo que el pueblo reconociese como amigo de Roma á Ptolomeo Auleto, rey de Egipto, dió participación á sus amigos en la recompensa obtenida; hizo que el pueblo concediese la reducción de los arrendamientos que los publicanos pedían al Senado; en fin, hizo que el pueblo aprobase la administración de Pompe-

1.º de Marzo del 59, y que el Senado le concediese después la Galia narbonesa. César hizo que le otorgasen el mando inmediatamente después de morir Metelo, para deshacer las intrigas de los conservadores: la ley debió promulgarse el 1.º de Marzo. Las demás tentativas para explicar el caso son poco satisfactorias.

(1) Cicerón, *In Vat.*, XII, 30. Véase Lange, *R. A.*, III, 282.

yo (1). Las *partes* de la compañía de los impuestos asiáticos experimentaron un alza al cabo de pocos días (2). César marchaba de éxito en éxito; se aprovechó con febril actividad del buen momento, y ni siquiera se detuvo tras la aprobación de estas leyes. Con el objeto de fortificar para mucho tiempo la poderosa alianza, casó á Pompeyo en el mes de Abril con su hija Julia (3), que estaba prometida á Servilio Cepión: éste, en reciprocidad, obtuvo la hija de Pompeyo. Luego, hacia fines de Abril (4), César propuso una segunda ley agraria, según la cual, el territorio de la Campania, del que percibía el Estado una renta considerable, también se distribuiría entre los ciudadanos pobres que tuviesen familia. Tenía por objeto esta ley empobrecer al Tesoro, y, por consecuencia al partido conservador, que, gracias á la influencia de que disponía en el Senado, se había servido frecuentemente de los fondos públicos para defender sus intereses; sobre todo, esa ley tuvo por efecto el terminar la revolución agraria comenzada por Espurio Torio el año 118, destruyendo los últimos vestigios del comunismo en Italia.

Jamás el Senado había sido atacado con tanta au-

---

(1) Dión, XXXVIII, 7; Appiano, *B. C.*, 13; Suetonio, *César*, 20.

(2) Tal parece resultar del pasaje de Cicerón, *In Vat.*, XII 29; *partes illo tempore* (en el 59) *carissimas*.

(3) Cicerón, *A.*, II, XVII, 2; Appiano, *B. C.*, II, 14; Plutarco, *César*, 14. Sólo después del éxito imprevisto de la alianza debió de concebirse la idea de este casamiento, pues la joven ya estaba prometida á otro. Esto demuestra que el éxito fué inopinado, y que la política del consulado fué muy diferente de lo que se había supuesto durante los meses anteriores.

(4) Cicerón, *A.*, II, 16. 1.

dacia en sus prerrogativas más antiguas y sagradas. ¿Qué eran en comparación de estos ataques los que habían costado la vida á Cayo Graco? Pero César aún llegaba hasta descuidar la convocación del Senado; obraba, se mostraba en todas partes como dueño de Roma (1), sin que nadie pensase en hacerle seria oposición. Recriminaciones inútiles, buenas palabras, tentaciones aisladas y vanas: esto es todo lo que las clases conservadoras sabían oponer á los golpes audaces de este revolucionario. Bíbulo, ergotizando sobre puntos litúrgicos, había declarado nulas todas las últimas deliberaciones, y no cesaba de lanzar contra César, Pompeyo y Craso, los más violentos edictos. Varrón había denominado á la alianza de César, de Pompeyo y de Craso el monstruo de tres cabezas, y la frase obtuvo gran favor en los salones aristocráticos de Roma, donde desde la mañana hasta la noche se maldecía de los tres jefes de la democracia victoriosa: de Craso, el usurero aborrecible, que vendía su voto en pleno Senado y que recibía á los criminales en su casa con tal de que mediasen fianzas; de Pompeyo, el ridículo vencedor de guerras sin batallas, que se había casado con la hija del hombre que le había engañado con su primera esposa; de César, el cómplice de Catilina y el amigo de Nicomedes. En la clase media, en la alta clase, entre las personas ricas y cultas que, sin participar en las querellas políticas, los observaban como jueces imparciales y supremos, el inmenso poder del triunvirato atraía sobre César, Craso y Pompeyo gran parte de esa aversión que en Roma como en todas las democracias

(1) Suetonio, *César*, 20.

se reserva siempre al partido y á los hombres—sean quienesquiera—que retienen el poder. La gente se estrujaba, hasta el punto de no poder pasar por las esquinas de las calles donde estaban expuestos los furibundos edictos de Bíbulo, que se estaba haciendo casi popular (1). César y Pompeyo fueron con frecuencia recibidos muy friamente en las fiestas y ceremonias públicas (2). Los jóvenes de las altas clases afectaban gran desprecio por la demagogia vulgar que César había definitivamente establecido en Roma (3). El mismo Cicerón escribía á Ático que Pompeyo seguramente aspiraba á la tiranía, y que la república se cambiaba en monarquía por la cobardía de los grandes y la audacia de algunos ambiciosos. Sentíase particularmente afligido de haber descendido al rango de los personajes secundarios (4) por su repugnancia sincera á la tiranía demagógica, por su miedo á la creciente audacia de Clodio, que Craso, Pompeyo y César protegían abiertamente, y que solicitaba descender del rango de patricio al de plebeyo para ser tribuno del pueblo. Las dificultades legales eran grandes, pero César acudió en su ayuda, y con una *lex curiata de arrogatione* logró hacerle plebeyo. De fijo que al siguiente año sería electo tribuno (5).

Tanta rabia y malquerencia no parecía tener ningún efecto. Cierto que Pompeyo—el cual había creído con-

---

(1) Cicerón. *A.*, II, XIX, 2; II, XX, 4; II, XXI, 4.
(2) Cicerón, XIX, 3.
(3) Cicerón, *A.*, XIX, 1.
(4) Cicerón, XVII, 2.
(5) Lange, *R. A.*, III, 277.

vertirse como en el año 70 en jefe de un nuevo partido popular compuesto de hombres distinguidos y amigos de la legalidad—había quedado algo sorprendido de encontrarse con César y Craso á la cabeza de una demagogia que repugnaba á su temperamento de aristócrata. Por ejemplo, el pensamiento de que Roma entera pudiera repetir contra él las violentas invectivas de Bíbulo, le parecía insoportable (1). También estaba algo asustado de la audacia de César y procuraba con hábiles sofismas separar sus responsabilidades (2). Pero Craso, más escéptico y egoísta, gozaba de su nueva influencia, y César, cada vez más atrevido y fogoso, era señor de Roma, sin que uno ni otro se preocupasen gran cosa de la malevolencia de las altas clases. Nadie les hacía ya oposición; nadie osaba repetir en público lo que todos decían en las reuniones privadas. Acudía poca gente á las sesiones del Senado, y todavía menos á las reuniones del partido conservador, que se celebraban en Casa de Bíbulo, tan reducido era (3). Cicerón, en sus cartas á Ático, flagelaba en términos violentos la cobardía de los senadores; pero hacía como ellos (4). Si el partido democrático no estaba, como Catón pretendía, compuesto únicamente de borrachos (5), sin embargo, César, Pompeyo y Craso sólo eran jefes de una clientela política detestada de las altas clases

(1) Cicerón, *A.*, II, xxi, 3.

(2) Cicerón, *A.*, xiii, 2.

(3) Appiano, *B. C.*, II, 12. Lo que Appiano llama βουλή es seguramente la reunión de los adeptos de Catón. Bíbulo no podía tener una casa bastante grande para reunir en ella todo el Senado.

(4) Véase Cicerón, *A.*, II, xv, xv, xvii, xxi.

(5) Suetonio, *César*, 53.

que poseían la riqueza y la cultura. ¿Cómo esta clientela podría triunfar en una república libre, donde las funciones eran electivas? ¿Qué misterioso maleficio destruía súbitamente la fuerza de las clases superiores y de esta asamblea que durante tantos siglos había gobernado al pequeño Lacio primero, luego á Italia y después á un inmenso imperio mundial? Era el mercantilismo, que había rematado su obra devastadora y arruinado las viejas instituciones. En la antigua sociedad agrícola, aristocrática y guerrera, el Senado había ejercido su energía y autoridad mientras había sido el órgano de una clase única que dirigía á las demás; de esta aristocracia de grandes propietarios, cuya educación sólo se enderezaba á la guerra y á la política; que estaba sometida á una fuerte disciplina en la familia y en la sociedad, y que estaba de acuerdo en las pocas cuestiones esenciales que suscitaba una política sencilla en una civilización ingénua. Pero con el imperialismo y los progresos del espíritu mercantil, del lujo, de los placeres, en una palabra, de lo que se tiene el hábito de llamar la civilización, las antiguas tradiciones se habían perdido; las pasiones personales, la avaricia, la ambición, la crápula se habían difundido, y distraído de los negocios públicos á muchas personas de las altas clases. Ya no se veían ciudadanos como los del tiempo antiguo, disciplinados, prestos á ejercer los cargos públicos, todos forjados en el mismo molde; sino, al contrario, una infinita variedad de hombres, cada uno de los cuales estaba ávido de ciertos placeres, consagrado á ciertas ocupaciones ó á ciertos vicios; sin querer ninguno aumentar ya sus fatigas ó interrumpir sus placeres ocupándose en los negocios pú-

blicos; todos harto ocupados en lo propio, demasiado egoístas y también demasiado diferentes unos de otros para poder trabajar todos en un interés común.

En esta época, precisamente, apareció en Roma por primera vez un gran poeta lírico, cuyos versos apasionados y personales reflejan esta gran crisis moral y social de la república. Cayo Valerio Cátulo, nacido en el año 84, de una rica familia de Verona (1), había recibido una admirable educación literaria. Luego llegó á Roma á los veinte años, é introducido por Cornelio Nepote en la alta sociedad, conoció pronto á todos los hombres célebres, á los ricos mercaderes y á las grandes damas, y sin dejar de comprar libros y de estudiar, comenzó á hacer una vida galante desenfrenada: gastó sin tasa, contrajo deudas, riñó con su padre por demasiado avaro. Y así cayó, perdidamente enamorado de la bella y lascivísima Clodia, mujer de Metelo Céler. Esta conquista le costó poco trabajo; pues los frenéticos transportes del ingénuo joven debieron de agradar á Clodia, como una distracción agradable tras tantos brutales amores. Pero, mientras que este trato sólo era para Clodia un capricho fugitivo, para el joven poeta se convirtió en una pasión violenta, celosa y exclusiva, que tratándose de una mujer tan ligera y caprichosa le obligó á pasar el tiempo en pendencias y en reconciliaciones, en injurias y en súplicas, en desesperaciones y en resignaciones (2). Para consolarse entre estos tormentos, Cátulo apeló á su maravilloso genio poético, y en versos de sinceridad casi brutal, de una

---

(1) Á propósito de la fecha, véase Giussani, *L. R.*, pág. 158.
(2) Véase Cátulo, 5, 42, 51, 68, v, 131 y sig., 70, 72, 77, 92.

intensidad y de una maravillosa variedad de ritmo, de expresión y de motivos, tradujo todos los instantes más frívolos y más dolorosos de su vida: los apetitos violentos y súbitos de los sentidos; las dulces confidencias de la amistad; las cómicas tristezas de un hombre entrampado; la melancolía de las partidas para remotos países; el duelo de un joven hermano, muerto en Asia; las palabras groseras de las cóleras súbitas y transitorias; los recuerdos enternecedores y fugaces cuando, entre el tumulto de Roma, pensaba en su bello lago de la Guardia, azul, solitario y tranquilo, en su casita de Sirmión que le esperaba como una vieja nodriza espera á un hijo vagabundo, extraviado en el inmenso y lejano mundo; el amor, en fin, el amor violento y celoso, con sus tormentos y la insoluble contradición que le roía en el alma: «Odio y amo. ¿Quizás me preguntaréis por qué?—Lo ignoro, pero lo siento y mi mal me devora» (1).

La poesía de Cátulo nos ayuda á explicar el éxito de la revolución política realizada por César durante su consulado. Aquellos acentos tan personales como apasionados sólo eran posibles en una época en que las clases cultas no tenían otro objetivo que la búsqueda de los más variados placeres, la riqueza ó el amor, el juego ó la filosofía, y abandonaban los negocios públicos á una clase de políticos profesionales, cuya mayoría estaba siempre al servicio del partido que más fuerte parecía. Mientras que César había usurpado de improviso por un golpe de mano los poderes del Senado, la mayoría de los senadores tenían gran miedo de caer en desgracia de los tres jefes de la democracia, cuya

(1) Cátulo, 85.

unión hacía tan fuertes: Catón y Bíbulo procuraban en vano organizar una oposición; las altas clases, descontentas, pero inertes, se inclinaban bajo el yugo de la tiranía demagógica. Sólo Lúculo quiso un momento oponerse á los triunviros; pero César le amenazó con procesarle á propósito del botín que había granjeado en las guerras de Oriente, y ya no dijo nada.

Sin embargo, César que era en el fondo un hombre prudente, no se forjaba ilusiones. Demasiado comprendía que un poder adquirido tan bruscamente, aún podía perderse más pronto. Había hecho aprobar una serie de leyes revolucionarias; pero también sabía que apenas saliese de Roma, los conservadores procurarían anularlas. Así, con una actividad verdaderamente admirable, se ocupó durante el resto del año en consolidar el poder del triunvirato. Ante todo, era necesario elegir cónsules para el año siguiente, hombres que les fuesen adictos, á él y á sus amigos. En efecto, se escogió como candidatos á Aulo Gabinio, que era muy afecto á Pompeyo y á Lucio Calpurnio Pisón, oriundo de una antigua y noble familia, pero que no había conservado las tradiciones de su raza. Su padre perdió la fortuna de que disponía y se consagró á los negocios, ganando dinero en los suministros militares durante la época de las guerras sociales, y se casó con una rica plebeya, hija de un mercader de Placencia (1). Pisón, en tanto que nos es posible juzgarlo, era un hombre inteligente, pero dispuesto siempre á ingresar en cualquier partido con tal de granjear fortuna y honores. Para estar más seguro de él, César se puso en relacio-

(1) Cicerón, *In Pis.*, xxxvi, 87.

nes con su hija Calpurnia. Por otra parte, era necesario alejar de Roma el mayor número posible de conservadores conspicuos y disponer en los comicios de una mayoría afecta para que, aun cuando César estuviese lejos, el partido conservador no lograse que el pueblo aboliese lo que él, César, le había hecho aprobar. Dado el egoísmo cívico y la malquerencia de las altas clases y de las clases medias, sólo en el populacho pobre y grosero, entre los mendigos, los artesanos y los libertos podía encontrarse electores seguros y dispuestos á votar observando las órdenes de un jefe. Sin embargo, los sucesos de los últimos años demostraban el peligro que se corría fiando demasiado en una plebe dispersa y movediza como la arena de la mar. César tuvo entonces idea de organizar en verdadero cuerpo electoral, una parte de esa plebe, y necesitando de un hombre para ello, escogió hábilmente á Clodio, en quien el orgullo aristocrático de sus antepasados se había transformado en pasión por todo lo que es brutal y vulgar, y gustaba de frecuentar el trato de los ladrones, de los rufianes y de la hez de las tabernas. César le ofreció su apoyo para elegirle tribuno del pueblo á condición de que se convertiría en su gran agente electoral. Clodio aceptó por ambición, para ser durante un año árbitro de Roma como tribuno, y para vengarse de Cicerón, contra el que abrigaba un odio feroz desde el discurso que pronunció en la cuestión del sacrilegio.

Pero Bíbulo prorrogó las elecciones de Julio hasta Octubre. Entretanto, Cicerón, que había vuelto de Campania por los primeros días de Junio (1), veía rena-

(1) Drumann, *G. R.*, II, 230; V, 16.

cer rápidamente su crédito en medio de esta agitación. Pompeyo aprovechaba todas las ocasiones de mostrársele gracioso (1); César le propuso nombrarle su general en la Galia (2); deseando ambos no tenerle de adversario; los hombres de la oposición, los descontentos, los conservadores, los jóvenes asediaban su casa como en tiempos de Catilina. Parecían creer que sólo él era capaz de restablecer la constitución (3). Clodio era el único que llenaba á Roma de invectivas contra él (4). Pero Cicerón estaba cansado y dudaba constantemente. Las adulaciones de César y Pompeyo ejercían poco influjo en él, pues su aversión por la tiranía demagógica era profunda y sincera; tampoco poseía valor para emprender una oposición enérgica: inconstante siempre, tan pronto impaciente de las grandes batallas, como descorazonado por la inercia de los conservadores (5). En sus reuniones privadas todos hablaban mal de César; pero nada osaban decir ni menos hacer en público. Sólo un candidato para el año 58 se había negado á prestar juramento de acatar sus leyes. Además, las amenazas de Clodio empezaban á inquietar á Cicerón hasta el punto de hacerle olvidar las desgracias públicas. Esas inquietudes se las comunicó á Pompeyo, que le tranquilizó diciéndole que Clodio se había comprometido con ellos á no hacer nada contra él (6).

---

(1) Cicerón, *A.*, II, XIX, 4.
(2) Cicerón, II, XVIII, 3; *A.*, XIX, 5.
(3) Cicerón, XXII, 3.
(4) Cicerón, XX, 2.
(5) Cicerón, *A.*, II, XVIII, 3; XXII, 6.
(6) Cicerón, *A.*, II, XX, 2; XXII, 2.

Se tranquilizó durante algún tiempo; pero no tardó en recomenzar su inquietud al ver que Clodio continuaba sus invectivas. Escribió á Ático que fuese pronto á Roma para informarse de las intenciones de Clodio por mediación de Clodia, con la que parece haber mantenido íntimas relaciones (1). En puridad, Clodio engañaba á Pompeyo: deseaba que Cicerón fuese condenado al destierro acusándole de haber hecho ejecutar ilegalmente á los cómplices de Catilina; pero era bastante astuto para ocultar sus intenciones á todos, sabiendo cuán difícil era arrojar de Roma á un orador tan célebre, y quería cogerle de improviso (2).

En este estado las cosas, César propuso una ley muy precisa y bien hecha, aunque de difícil aplicación, sobre los abusos de los gobernadores, é hizo proponer por Vatinio—que fué pagado por sus trabajos con *partes* de las sociedades de publicanos—otra ley autorizándole para conducir á Como cinco mil colonos gozando del derecho latino (3). Parece ser que también intervino para que el Senado otorgase el título de amigo y aliado al rey de los suevos, Ariovisto, en guerra con los eduos, lo que prueba cuán insegura y contradictoria era la política de Roma, que se declaraba simultáneamente amiga de ambos adversarios. Pero Pompeyo dudaba; sentía haber caído en la lucha de los partidos. Esto inquietaba á César y para triunfar de sus dudas tuvo que recurrir á un hábil engaño: hizo creer á Pompeyo que la nobleza romana tramaba un complot contra él. Vatinio

(1) Cicerón, XXII, 4 y 5.
(2) Dión, XXXVIII, 12.
(3) Lange, *R. A.*, III, 284.

persuadió á un agente provocador llamado Vecio, que excitase á cierta gente frívola de la aristocracia á urdir una conjuración contra Pompeyo, y á revelarla luego. Vecio habló al hijo de Escribonio Curión; pero éste, más astuto, se lo dijo en seguida á su padre, que reveló todo á Pompeyo. Preso Vecio denunció á muchos jóvenes, entre ellos á Bruto, hijo de Servilia. No es imposible— y esto probaría que tal agente provocador conocía á los hombres—que Vecio hablase efectivamente de la cosa á Bruto, y que Bruto cometiese una imprudencia. De cualquier modo, Servilia se apresuró en buscar á César, que visitó á Vecio en su prisión; luego convocó al pueblo é hizo conducir á Vecio, que refirió la larga historia de una conjuración en la que nada tenía que ver Bruto, pero en la que se insinuaban vagas acusaciones contra personajes influyentes del partido conservador, como Lúculo, Domicio Enobarbo, el mismo Cicerón. Luego ya no se trató de la cosa. Hasta se murmuró que César hizo matar á Vecio en su calabozo (1).

En el mes de Octubre fueron electos cónsules Pisón y Gabinio; Clodio, tribuno del pueblo, y pretores varios conservadores, entre ellos Lucio Domicio Enobarbo. Poco después el Senado, donde el partido conservador había perdido gran parte de su poder, añadió, á propuesta de César y Pompeyo, el gobierno de la Galia narbonesa con una legión, á lo que ya había dado á César (2). Seguro de su mando proconsular, César se

---

(1) Dión, XXXVIII, 9; Cicerón, *A.*, II, XXIV; Suetonio, *César*, 20; Cicerón, *In Vat.*, 10, 11. La cosa no es inverosímil, pero no pasa de conjetura. Los textos sobre este punto son bastante confusos.

(2) Dión, XXXVIII, 8; Suetonio, *César*, 22; Cicerón, *Prov. cons.*, XV, 36.

ocupó en consolidar definitivamente su poder en el foro, organizando en Roma la *Tammany Hall* de la antigüedad. Apenas entrado en ejercicio el 10 de Diciembre, Clodio anunció una serie de leyes á cual más popularísima, que seguramente había elaborado de acuerdo con César. Primero una ley sobre los trigos, según la cual, los ciudadanos pobres serían surtidos de trigo por el Estado, no ya á bajo precio, sino gratis; luego una ley prometiendo al pueblo de reunirse y aprobar leyes todos los días de fiesta; en fin, una ley concediendo entera libertad de asociación á las clases obreras de Roma (1). Algunos conservadores, sin excluir á Cicerón, querían oponerse enérgicamente á estas proposiciones; pero Clodio les engañó hábilmente y les indujo á continuar tranquilos, dándoles á entender que si consentían en aprobar estas leyes ya no atacaría á Cicerón (2). Así es como en los primeros días del año 58 todo quedó aprobado sin oposición. En seguida, mediante una nueva ley, Clodio hizo que el pueblo diese á uno de sus clientes, Sexto Clodio, hombre de pobre y obscura familia, la misión de redactar la lista de los que serían admitidos á la distribución gratuíta del trigo (3).

Y ocurrió entonces una cosa muy curiosa y que no se había previsto. Muchos tenderos y artesanos que tenían esclavos, cuya manutención resultaba cara en Roma por el precio elevado del trigo, los emanciparon para hacer de ellos ciudadanos que se sostendrían á expensas del Estado (4), lo que compensaba excesiva-

(1) Lange, *R. A.*, III, 289 y sig.

(2) Dión, XXXVIII, 14.

(3) Cicerón, *De dom.*, x, 15.

(4) Dión, XXXIX, 24.

mente al amo de la disminución de los derechos que implicaba la emancipación. Así, el número de los que pudieron participar en las distribuciones aumentó rápidamente, pues Sexto no se mostraba muy severo en incluirlos en las listas; el bajo pueblo se aprovechó bien de esta ley, y esto aumentó la popularidad de César, de Pompeyo, de Craso y de Clodio. Éste, con ayuda de Sexto y de los cónsules, organizó fácilmente entre la plebe obrera de Roma, y por cada barrio, gran número de sociedades obreras, y á la vez electorales; las dividió en decurias, formando así grupos de libertos, y aun de esclavos, á los órdenes de cabos prestos á conducirlos á votar apenas recibiesen la primer orden (1). Este ejército electoral, reclutado entre el bajo pueblo de Roma y semejante al que la *Tammany Hall* recluta entre la plebe cosmopolita de Nueva York, se encontaba al servicio de la clientela de César, de Craso y de Pompeyo, y estaba sostenido por el Estado gracias á la ley sobre los trigos. Para poder hacer esta distribución del trigo, Clodio hizo que el pueblo aprobase una ley decretando la conquista de Chipre y la confiscación de los tesoros de su rey, con el pretexto de que éste seguía ayudando á los piratas (2).

Clodio, que de este modo había servido á los triunviros con celo y habilidad, quería tener su recompensa — la condena de Cicerón — que César, Craso y Pompeyo hubiesen deseado alejar de Roma, pero de un modo honroso. César, fuera ya de Roma, y á punto de par-

---

(1) Cicerón, *Pro Sext.*, XV, 34; XXV, 55, *in Pis.*, V, 11, *De domo*, XXI, 54; *P. red. in. sen.*, XIII, 33.

(2) Tito Livio, *Per.*, 104; Cicerón, *Pro Sext.*, 26, 57.

tir para la Galia, le prometió nuevamente tomarle de legado. Pero el astuto Clodio, que había asegurado múltiples veces á los jefes del partido popular que sólo deseaba asustar á Cicerón, esperó hasta organizar sus asociaciones electorales, y de improviso, como animal al acecho que se arroja sobre su presa, propuso una ley que amenazaba de interdicción á cualquiera que condenase ó hubiese condenado á muerte á un ciudadano romano sin que éste hubiera podido apelar al pueblo (1). Era, precisamente, el caso de los cómplices de Catilina. Al mismo tiempo, para obligar á los cónsules que le dejasen perseguir libremente á Cicerón, Clodio propuso una *lex de provinciis*, según la cual, y no obstante la reciente ley de César, Macedonia se concedería por cinco años á Pisón y Siria á Gabinio, con el derecho de llevar la guerra fuera de la provincia y de ejercer la justicia entre los pueblos libres (2). Cicerón y sus amigos intentaron resistir; una diputación de senadores y de capitalistas visitó á los cónsules; Cicerón solicitó de Pisón, de Pompeyo y de Craso que interviniesen; sus amigos procuraron celebrar *mitins* populares para protestar contra la ley de Clodio. Todo inútil. Pompeyo, Craso y César se quejaron de Clodio, que tan hábilmente les había engañado, y les hacía en parte responsables del escándalo, pues por fuerza había de serlo el destierro de un ciudadano tan ilustre, pero no osaron suscitarse un conflicto con el omnipotente demagogo. Craso se limitó á dejar obrar en su puesto á su hijo Publio, joven de gran inteligencia y de nobles

(1) Lange, *R. A.*, 292.
(2) Plutarco, *Cic.*, 30; Lange, *R. A.*, 293.

aspiraciones, que debía marchar á Galia con César y sentía profunda admiración por el gran orador. Pero el público, intimidado por Clodio y desanimado por el silencio de los tres jefes de la democracia, nada se atrevió á hacer en favor de Cicerón. Sorprendidos por este golpe imprevisto, sus amigos tuvieron que aconsejarle que se sometiese por el momento á su desgracia, y que se desterrase él mismo, en la esperanza de un próximo y honroso retorno. Cicerón comenzó por desesperarse, por protestar, por rechazar; luego, vencido por la necesidad, adoptó el único partido prudente que le quedaba, y abandonó á Roma durante los primeros días de Marzo del año 58. Cuando hubo partido, Clodio hizo confirmar su destierro por una ley, y destruyó sus casas y sus *villas* (1).

Poco tiempo después, César, que había recibido noticias inquietantes de la Galia, también se alejó de Roma, y Catón se fué á Chipre, habiéndole encargado Clodio de esta empresa mediante una ley. César se llevó á la Galia muchos amigos, que iban á servir bajo sus órdenes en el ejército: entre ellos figuraba Labieno, el tribuno del año 63; Mamurra, caballero de Formio, que probablemente había sido hasta entonces arrendatario del impuesto y que iba á ser su jefe de genio, y Publio, hijo de Craso. Cuanto á Catón, había dudado en aceptar la misión extraordinaria de Chipre. Comprendía que Clodio no deseaba otorgarle honores, sino alejar de Roma al jefe del partido conservador para fortificar el poder de los triunviros y el suyo propio. Sin embargo, considerando que Clodio le hubiese procesa-

(1) Lange, *R. A.*, III, 294 y sig.

do por desacatar una orden del pueblo, y teniendo en cuenta que nada podría hacer en Roma, mientras que en Chipre aseguraría para la caja de la república los tesoros que iba á recoger del rey, se decidió á partir, llevándose á su sobrino Marco Bruto, que después de la cuestión Vecio, le convenía viajar. Era éste un joven que amaba apasionadamente el estudio y que ya gozaba en Roma de hermosa reputación, tanto por sus hábitos estudiosos como por la pureza de sus costumbres, cosa rara en la juventud disoluta de esta época.

## XVIII

### La conquista.

El lujo realizaba entonces en Italia nuevos progresos. Si Lúculo no había absolutamente abandonado la política á su retorno, sí la había descuidado, como si su misión histórica hubiese terminado; pero se impuso otra. Luego de haber suscitado en el pueblo romano la pasión de las grandes conquistas enseñaba al país, árbitro inconsciente del lujo y de la magnificencia, el arte de emplear sus riquezas. Con sorprendente ardor, que aumentaba en lugar de apagarse con la vejez, este hombre que había vivido pobre y sobrio durante cincuenta años, hasta conquistar los inmensos reinos y tesoros de dos soberanos de Oriente, sorprendió ahora á Italia ostentando un lujo asiático, como la había sorprendido antaño por la audacia de sus expediciones. Con el dinero de Mitrídates y de Tigranes, construyó en la parte del Pincio, que se llama hoy la Trinidad del Monte, en el espacio comprendido entre la vía Sixtina, la vía Due Macelli y la vía Capo le Case, una magnífica *villa* con palacios, pórticos, salas, jardines, bibliotecas, ornado

todo de obras de maravilloso arte (1). Compró la isla de Nisida, haciendo de ella una residencia deliciosa y gastando sumas enormes (2). Edificó una *villa* en Baya y compró extensos terrenos en Túsculo, construyendo, no granjas vulgares, sino espléndidos palacios con obras de arte y magníficos comedores (3), haciendo que trabajasen en estas obras numerosos arquitectos griegos (4); invitaba en muchedumbre á sus amigos, á los sabios, á los artistas griegos para celebrar comidas magníficas preparadas por los mejores cocineros de Roma, en las que satisfacía su gula senil, única pasión de los sentidos que se despertó en un hombre que había esperado tanto para entregarse al placer. En medio de estos suntuosos banquetes, Lúculo ni siquiera pensaba que luego de crear la nueva política cuya gloria recaería casi íntegra en César, su nombre sólo sería célebre por estas profusiones, que la posteridad no se acordaría de haber sido él quien introdujo el cerezo en Italia, que desconocería la importancia histórica de sus conquistas en Oriente para no recordar más que sus festines. Sin embargo, con sus comidas, con sus construcciones, con todo su lujo, Lúculo continuaba la misión histórica que había comenzado realizando la conquista del Ponto, saqueando sus metales preciosos y

---

(1) Lanciani, en *B. C.*, 1891, pág. 150 y sig.; Gilbert, *T. R.*, III, 376, n. 3; Borsari, *T. R.*, 196; E. Caetani Lovatelli, *I Giardini di Lucullo*, en la *Nuova Antología*, 16 Agosto 1901.

(2) Varrón, *R. R.*, III, XVII, 9, me parece que alude á la *villa* de Nisida.

(3) Varrón, *R. R.*, I, II, 10.

(4) Idem, XVII, 9.

capturando á los hombres. Con el ejemplo que daba en su vida privada sustituía las costumbres sencillas de Italia con la civilización greco-oriental, industriosa, culta y sibarita.

Y, en efecto, el cambio se aceleró á su alrededor, y la asimilación de los esclavos orientales, que iba á dar carácter á la época imperial, se estaba realizando ya. Jamás Italia tuvo tantos esclavos. Las conquistas de los dos Lúculos y de Pompeyo, los combates de las fronteras, el comercio corriente de los deudores recaídos en la esclavitud ó de los hombres capturados por los piratas habían transportado y seguían transportando á Italia una multitud de hombres y mujeres, mezcolanza de arquitectos, de ingenieros, de tejedores, de herreros asiáticos, de cantantes y bailarinas de Siria, de pequeños negociantes y de brujos judíos, de mercaderes de yerbas medicinales y de venenos, de pastores galos, germanos, escitas y españoles. Dispersos en las casas de los ricos y de la clase media de Roma é Italia, estos desgraciados, á quienes la lucha del hombre contra el hombre había robado de su hogar y despojado de su fortuna, se veían obligados á recomenzar su vida, cualquiéra que fuese su edad. Y poco á poco fué haciéndose una selección en esta muchedumbre. Unos, demasiado rebeldes, fueron condenados á muerte por sus amos; otros huyeron, consagrándose al bandidaje ó á la piratería; otros se perdieron en la gran metrópoli ó por los caminos de Italia, pereciendo en una riña, en un tumulto ó en algún accidente natural; muchos sucumbieron de enfermedad, de miseria, de tristeza por haber perdido su patria, su fortuna y las personas que les eran amadas. En todas las grandes emigraciones de la fami-

lia humana al través del mundo, realícense voluntariamente ó á la fuerza, muchos desaparecen así en lo desconocido. Pero también muchos esclavos, sobre todo los que procedían de los países civilizados de Oriente, y que eran hábiles obreros en delicadas artes, diéronse á estudiar los hombres y las cosas, y se aclimataron, olvidando al poco tiempo su remota patria, aprendiendo como les fué posible la lengua de los vencedores y revelando sus aptitudes á los amos. En ocasiones lograban ejercer su profesión en una tienda que abría su patrono, compartiendo entre ambos los beneficios; á veces también obtenían la libertad á condición de entregar á los patronos una parte de las ganancias. Se mejoró la legislación referente á los deberes económicos y morales de los libertos; los casos particulares se determinaron y regularon en ella con precisión (1); los libertos formaron una clase de artesanos que, entregando parte de su trabajo, mantenían en la holgura y en el lujo á las clases alta y media de Italia. Las relaciones entre los amos y los esclavos también se humanizaban. No tardó en difundirse la costumbre de conceder la libertad á los esclavos hábiles y fieles pasados seis años de servidumbre (2). El espíritu de tráfico, general entre los italianos, favoreció admirablemente el esfuerzo de los esclavos. Muchos amos escogían un esclavo hábil en su oficio para que lo enseñase á los jóvenes esclavos. Las casas de los ricos y de las clases medias de Roma é Italia se convertían en escuelas de artes y oficios. Así es como

---

(1) Ciccotti, *T. S.*, 221 y sig. E. Ferrero, *Dei Libertini* Turín, 1877, pág. 12; Karlowa. *R. R.*, II, 142 y sig.

(2) Cicerón, *Fil.*, VIII, XI, 32.

un perfumista de Mitrídates, que había sido esclavo y luego liberto de un tal Lutacio, abrió una tienda en Roma donde preparaba sus productos olorosos, no ya para las concubinas del rey, sino para las grandes damas de Roma (1). Por toda Italia había en casa de los ricos y de las personas acomodadas—en calidad de esclavos ó de libertos—herreros, carpinteros, tejedores que fabricaban telas ó tapices, maestros de obras, pintores, tapiceros que trabajaban para el dueño ó para el público, cada vez más ávido de lujo. En el campo, antiguos campesinos de las islas del mar Egeo y de Siria, perfeccionaban el cultivo de la viña y del olivo, enseñando á elaborar mejores aceites y vinos, á criar los animales con más cuidado. Así, en la sociedad italiana crecía la multiplicidad de los gustos y aptitudes, la variedad de las obras, de las artes y de los oficios. La clase humilde de los maestros de gramática y retórica también estaba en gran parte compuesta de libertos, pues el número de estos profesores había aumentado mucho con el deseo de instruirse que se había difundido entre la clase media (2). Otros esclavos se aprovechaban de las debilidades y necesidades de sus amos, en los que aún sobrevivía la rudeza italiana; los hombres se convertían en cajeros, administradores, inspectores, consejeros, bibliotecarios, copistas, traductores, secretarios, intermediarios, corruptores; las mujeres en concubinas y prostitutas. Frecuentemente, pues, los esclavos servían y á la vez gobernaban á sus amos. Las casas de los ricos, como las de Pompeyo, de Craso, de

(1) Cicerón, *I. L.*, 1, 1065.

(2) E. Ferrero, *Dei Libertini*, Turín, 1877, pág. 28, n. 2.

César, eran semejantes á ministerios, donde numerosos libertos y esclavos orientales acudían en ayuda de sus dueños, organizando fiestas suntuosas para el pueblo; llevaban la correspondencia, las cuentas, los registros de los clientes, los archivos de las familias.

Por esta misma época en que tantos extranjeros acudían de las provincias á Italia, gran número de italianos emigraban á los países conquistados. Así como las pequeñas colonias de ingleses y alemanes se establecen hoy en todas las partes del mundo, numerosos residentes italianos vivían entonces en todas las regiones mediterráneas, no sólo en Grecia y en la provincia de Asia, pero también en las costas del Adriático conquistadas desde poco antes, en Salona (1) y en Liesk (2), en la Galia narbonesa, en ciudades de España como Córdoba y Sevilla (3), en África, Útica, Adrumeto, Tapsos (4), Antioquía y en toda Siria, donde numerosos aventureros y mercaderes procedentes de Italia habían seguido á las legiones de Pompeyo (5). Estos italianos ejercían en todas partes variadas profesiones: eran proveedores de los ejércitos, arrendatarios de los impuestos, mercaderes de esclavos y de productos del país; directores, subdirectores, empleados de las grandes compañías de publicanos; agentes de los ricos italianos dueños de tierras ó de dinero colocado en las provincias; propietarios ó arrendatarios, ellos también, de los dominios pú-

---

(1) César, *B. C.*, III, IX, 2.

(2) Idem, III, XXIX, 1; III, XL, 5.

(3) Idem., II, XIX, 3; II, XX, 5; *B. Al.*, LVII, 5.

(4) Idem, II, III, 1; *B. Al.*, XCVII, 2.

(5) Idem, *B. C.*, III, 102, 103.

blicos; en fin, usureros, frecuentemente. Escapados pobres de Italia, estos italianos se convertían pronto en las islas, en las aldeas, en las ciudades secundarias donde la fortuna les había llevado, en parcelas vivientes de esta alma, única é inmensa, que desde Italia extendía sobre todas las costas del Mediterráneo su imperio, sus amenazas y su avaricia. Reuníanse y formaban especies de *clubs* ó asociaciones reglamentadas por estatutos, llamados *conventus civium romanorum;* formaban el séquito y eran consejeros de los gobernadores enviados bruscamente á una provincia cuyas costumbres desconocían, y que acababan convirtiéndose siempre en sus instrumentos inconscientes ó en sus cómplices; formaban entre los indígenas una aristocracia minúscula, orgullosa, insolente por su riqueza, por su derecho de ciudad, por la protección de sus gobernadores. Como pequeños monarcas, maltrataban y despojaban á los indígenas, se burlaban de las leyes, en ocasiones hasta se les ocurría convertirse en generosos bienhechores (1). Así es como la muchedumbre de los vencidos y de los vencedores se encontraba en las grandes rutas del imperio marchando hacia diferentes destinos. Unos iban á servir con sus brazos, con sus aptitudes técnicas, con su astucia, con sus vicios, con su saber; los otros iban á usar y abusar de su poder, de su dinero, de sus leyes, de sus armas, con el ciego orgullo del señor que no advierte los peligros que á veces suscita la docilidad de sus servidores.

La antigua Roma, pobre, modesta, pequeña, llena de bosquecillos y de praderas, donde los patricios tuvieron

---

(1) Deloume, *M. A. R.*, 93 y sig., 302 y sig.

sus bajas y solitarias mansiones, separadas por un jardinete como los *cottages* ingleses, la antigua Roma, que sólo tuvo un modesto barrio de artesanos (1), se desbordaba ahora sobre su antiguo recinto amurallado. El desorden de las construcciones no era menor que el de los espíritus. Las casas de vecindad habitadas por la plebe se alzaban en todos los lados, innumerables, unas al lado de otras, altas como torres, suspensas en las más atrevidas pendientes, ó erguidas en las más altas cumbres de las siete colinas (2); grandes jardines, vastos palacios se ostentaban en medio de esta miseria acumulada, solitarios como el alma de sus orgullosos dueños, de los caballeros, de los mercaderes, de los generales, que se habían enriquecido con la guerra y con la usura desbalijando á África, Asia y Europa. Sin embargo, Roma también conservaba algunos vestigios de la antigua ciudad latina, templos horrendos y veneradísimos, de madera carcomida, viejas casas patricias de estilo latino, basílicas y monumentos públicos decorados con groseras cerámicas etruscas. Pero el antiguo mundo perecía en las almas como en las cosas. Ya había terminado aquella disciplina de placer, aquella combinación ingeniosa y casi monástica de enseñanzas, ejemplos, vigilancias y amenazas recíprocas que habían hecho de la antigua nobleza romana la señora del mundo, moderando en ella y en la plebe el ansia de goces. Ahora, como tropel de bacantes en el tumulto de las orgías, la codicia, la ambición, y con ellas todas las voluptuosidades, Afrodita, el dios Dionisio, las nueve

(1) Gilbert, *T. R.*, III, 49-51.
(2) Cicerón, *In lege agr.*, II, XXXV, 96.

Musas, habían invadido á Roma, y después de Roma á Italia, encendiendo en todas partes ardientes deseos de riquezas, de poder, de placeres y de saber. El gran imperio apenas se acordaba de sus pequeños comienzos, así como Lúculo—entre los esplendores y la opulencia que en la *villa* del Pincio regalaban los últimos años del viejo conquistador del Ponto—apenas se acordaba, y sólo á veces como de otro hombre que hubiese vivido en una época remota, del adolescente austero, sencillo, pobre, orgulloso de su pobreza, que el terrible Sila había amado. ¿Pero á qué recordar y comparar? Los contemporáneos que habían sido espectadores y á la vez actores en este gran cambio, le consideraban como una corrupción de las antiguas costumbres, como un mal procedente de la incurable debilidad del alma humana, y cuyos espantosos progresos ninguna fuerza podía contener. Pero nosotros que poseemos de las cosas humanas una experiencia histórica más larga y madura, también somos más aptos para juzgar esta corrupción romana hecha célebre al través de los siglos por las quejas é invectivas de los escritores de la antigüedad, y sólo formulando sobre esta corrupción mejor juicio, podremos comprender mejor en qué consistió esencialmente la conquista romana.

Los antiguos dieron el nombre de corrupción á todos los cambios ocasionados en la antigua sociedad italiana, aristocrática, agrícola y guerrera, por los progresos de la conquista, y que son comparables á los cambios ocasionados por los progresos de la industria en Inglaterra y en Francia durante el siglo XIX, en la Italia del Norte y en Alemania desde 1848, en la América de Wáshigton y de Franklin desde la guerra de

secesión. Como ahora ocurre en estos países á medida que la riqueza aumenta y la industria progresa, así entonces, á medida que la conquista romana se extendía victoriosa por las costas del Mediterráneo, mayor número de personas abandonaban el trabajo de los campos para entregarse al comercio, á la usura, á los negocios. Hasta la agricultura se convertía en una industria que necesitaba capitales, exigía mejores métodos y se prestaba á las innovaciones. El valor de la vida, el deseo del bienestar, el lujo aumentaban en todas las clases, de generación en generación, con rapidez progresiva. Los artesanos eran más numerosos en todas las ciudades, y los oficios que ejercían también eran más variados. La antigua nobleza agrícola había sucumbido. Los ricos comerciantes y los manipuladores de millones habían formado una clase numerosa, orgullosa y poderosísima. La clase media había adquirido más bienestar é independencia. La instrucción, que antaño era lujo de una pequeña aristocracia, la ambicionaban ahora las clases medias, que hacían de ella un instrumento de poder y de riqueza, y también se servían de ella para animar y renovar las antiguas tradiciones en toda la vida pública y privada, desde la educación hasta la medicina, desde el derecho hasta la guerra, desde la agricultura hasta la política. El dinero y la inteligencia se habían convertido en los dos instrumentos más poderosos de dominación. Roma había aumentado tan rápidamente como París, Nueva York, Berlín y Milán en el siglo XIX y las ciudades secundarias también comenzaban á engrandecerse y embellecerse, porque el gusto de la vida ciudadana se difundía por todas partes.

Italia ya no era un pueblo de campesinos laboriosos y económicos, sino el conquistador y el usurero del mundo mediterráneo; un pueblo de apetitos burgueses, en el que, excepto algunos miserables, todas las clases, la nobleza, los financieros, los comerciantes, sólo formaban una burguesía que quería hacer vida espléndida con las rentas de sus capitales, con las rápidas ganancias de la conquista y explotando el trabajo de sus esclavos que, bajo sus atentas miradas cultivaban la tierra, ejercían sus oficios, cuidaban del interior doméstico, eran empleados en el comercio, en la administración, en la política. La miseria que había atormentado á Italia y causado el desorden de la agitación de Catilina se había aliviado con los grandes capitales que Pompeyo, sus oficiales y sus soldados habían traído á Italia, con las rentas de las nuevas provincias conquistadas y los nuevos arriendos de los impuestos. Los metales preciosos eran ya menos raros; el crédito volvía á obtenerse fácilmente. La gente se consagraba, pues, á los negocios audaces; en toda Italia se talaban los bosques seculares; se demolían las rústicas habitaciones de los grandes y medianos propietarios, las sombrías ergástulas desaparecían así como los grupos de esclavos encadenados; el cultivo del olivo y de la viña se propagaba por todas partes. Alrededor de las grandes ciudades se construían granjas y elegantes *villas* en medio de vastos dominios, donde, bajo la inteligente dirección de un inspector griego ú oriental, esclavos mejor considerados cultivaban la viña y el olivo, y criaban animales de establo ó de corral. El campo estaba poblado de lindas casitas de propietarios que cultivaban sus tierras con la ayuda de algunos esclavos. Las ciu-

dades, que aún estaban circundadas de murallas ciclópeas pertenecientes á la época en que la guerra era constante entre la montaña y la llanura, el río y el mar, una ciudad y otra, gracias á la paz que ahora reinaba en la península, se embellecían con templos, con plazas públicas, con basílicas mejor decoradas, con palacios más suntuosos, que eran obra de arquitectos orientales. Ante la belleza de su cielo y de su mar, Italia se despojaba de sus bosques y de sus trigos para revestirse con un hermoso manto de árboles orientales, de viñas y de olivares, y se cubría toda entera, cual si fuesen perlas, de sus hermosas ciudades, de sus quintas y de sus granjas.

Italia se renovó por esta época como Europa y los Estados Unidos se renuevan hoy. De nación aristocrática, agrícola y guerrera se había convertido en una democracia burguesa y mercantil, cayendo en las mismas contradicciones que las que turban nuestra actual civilización: la contradicción entre el sentimiento democrático y la desigualdad de las fortunas; la contradicción entre las instituciones electivas y el escepticismo político de las clases alta y media; entre el amortiguamiento de las virtudes guerreras y el orgullo nacional; entre el amor platónico de la guerra y los ensueños de conquistas de las clases pacíficas. La antigua nobleza había decaído; los lazos de protección que la unían á la clase media, se habían roto; la independencia, el orgullo y el poder de la clase media habían aumentado, la ideología política se había difundido con la instrucción y la filosofía; en Roma se había formado un numeroso proletariado de artesanos, díscolos y al mismo tiempo abandonados á sí mismos. Y así había sucumbido el estre-

cho, pero vigoroso gobierno aristocrático de la época en que sólo la nobleza ejercía las magistraturas, tomaba asiento en el Senado y sabía concertarse para imponer á Italia una misma voluntad. La idea de que el Estado pertenecía á todos, de que la política estaba sometida al juicio de todos, de que los magistrados son los servidores y no los señores de la nación, se había difundido entonces como se difunde hoy por toda Europa. Sin embargo, como aún ocurre en los Estados Unidos y en Europa, la mayoría de los hombres pertenecientes á las clases alta y media, descuidaban los negocios públicos para entregarse al tráfico, á la agricultura, al estudio y á los placeres, sin querer ejercer las magistraturas, tomar parte en los debates políticos, prestar un largo servicio militar, ni siquiera ir á votar. Y no es que estas clases viviesen despreocupadas é inútiles. Plantaron en nuestras colinas árboles nuevos traídos de Oriente; mejoraron las viñas, los olivares, los rebaños; estudiaron filosofía griega; introdujeron en Italia las artes y las industrias de Asia; embellecieron los templos, las casas, las plazas públicas, ornándolas con obras de arte; comenzaron, en fin, á hacer de la ruda y agreste Italia un objeto de admiración y de alegría para todas las generaciones venideras. Dieciséis siglos hace que cayó el imperio, y aunque en la historia permanezcan estas clases ocultas, por decirlo así, tras la personalidad de algunas políticos y generales, su obra ha sobrevivido; todavía hoy las viñas, los olivares, los árboles frutales agitan al viento sobre nuestras colinas y hermosas llanuras los últimos trofeos de la conquista del mundo realizada por Roma. Pero entonces el espíritu público se estancaba en estas clases y las instituciones

electivas del Estado caían en poder de los *dilettanti* de la política y de los políticos profesionales, entre los cuales solían triunfar más fácilmente los que mejor sabían captarse á los obreros de Roma. Era ésta la única parte de la población que aún se apasionaba por la política, porque en ella encontraba una distracción gratuita que le compensaba de los pasatiempos más costosos de las altas clases, y porque tenía más necesidad que las otras de la ayuda de los partidos políticos y del Estado. Sin esta ayuda el bajo pueblo de Roma no hubiese tenido pan; no hubiera podido regalarse de tiempo en tiempo con vinos generosos y atracarse de zorzales y de puerco en los banquetes públicos; jamás hubiese tenido fácil trabajo en las obras públicas, ni la distracción de los espectáculos, ni algunos modestos sestercios para jugar á los dados ó para pagar á las cortesanas de las callejuelas. Bajo forma más rudimentaría, ¿no corresponde esto al creciente poder que adquiere hoy en los Estados que poseen instituciones electivas el partido socialista, formado por obreros de las ciudades, que tienen más necesidades que los otros de la protección del Estado, y á la decadencia política de la burguesía, que prescindiendo más fácilmente de la ayuda directa del Estado, distraída por sus negocios privados, enervada por placeres demasiado numerosos y variados, orgullosa de su instrucción, de su poder y de su riqueza, y por lo mismo muy dada á la crítica, al desprecio, á la murmuración, al desacuerdo, al despego de las luchas políticas? César no había hecho más que concluir con la revolución política de su consulado una transformación comenzada mucho antes, y en esta parte de su obra puede compararse hasta cierto punto con

un moderno jefe de los socialista, y aún mejor, con un *boss* de la *Tammany Hall* de Nueva York. La política romana se había convertido así en una feria mundial de empleos, de leyes, de privilegios, de provincias, de reinos, de ganancias inmundas; feria llena de intrigas, de fraudes, de traiciones, de violencia, frecuentada, no sólo por los hombres más perversos y violentos, pero también por las mujeres más corrompidas de la época, y donde un verdadero hombre que acudiese por casualidad sería pronto arrojado si no se encanallaba como los demás.

Al mismo tiempo que el sentimiento cívico, la aptitud para la guerra se perdía en esta nación burguesa. Las conquistas de Lúculo y de Pompeyo habían aumentado desmesuradamente el orgullo imperial en la clase media y difundido el culto y la admiración por Alejandro Magno, con todos los ensueños de un poder mundial. Pero la mayoría de los que en las comidas y en los círculos de amigos proponían la conquista del mundo siguiendo las trazas del Macedón no hubiesen consentido en vivir un solo día formando parte del ejército. La ley prescribiendo que todos los hombres, desde diecisiete hasta cuarenta y seis años estaban sujetos al servicio militar, aún permanecía en vigor; pero los mercaderes, los capitalistas, los propietarios, no querían que se les molestase en sus negocios ni en sus placeres con los deberes militares. Los magistrados encargados de los alistamientos sólo reclutaban voluntarios, como ahora ocurre en Inglaterra (1), esto es, mercenarios que no habiendo conseguido nada en la ciudad ni

(1) Rüstow, *H. K. C.*, 2.

en el campo, abrazaban el oficio de las armas que les daba 225 dineros por año (sobre poco más ó menos la misma cifra en pesetas) (1), siendo además alimentados y vestidos, pudiendo también recibir dones de los generales y llegar hasta el grado de centurión. El Estado sólo ejercía su derecho de obligar al servicio militar cuando había penuria de voluntarios, escogiendo siempre sus soldados entre los mendigos de las ciudades, los campesinos libres, los pequeños propietarios de las montañas, donde había quedado algún vestigio de la antigua raza agreste, vencedora de Aníbal. Los progresos del bienestar eran tan grandes, que Italia entera se convertía en una nación burguesa, amante del placer y del lucro, estudiosa é inhábil para la guerra, hasta el punto de que, aun siendo los ejércitos poco numerosos, cada vez se hacía más difícil conservar íntegros los contingentes con los reclutas de Italia. No sólo era preciso conservar muchos años bajo las armas á los soldados, sino ir á reclutarlos más allá del Pó, entre los latinos de la Galia cisalpina, donde la vida persistía más sencilla y donde la antigua raza céltica y los emigrantes italianos se habían mezclado, formando una clase de pequeños propietarios que poseían la misma fecundidad é idénticas virtudes que siglo y medio antes (2). En efecto, durante los diez siguientes años veremos á los reclutadores de la república abandonar casi absolutamente á la agotada Italia, y recorrer el valle del Pó en busca de jóvenes.

Sólo de tiempo en tiempo, como aún hoy ocurre en

(1) Rüstow, *H. K. C.*, 32.
(2) Nitzsch, *G. V.*, 196.

Europa, las aguas estancadas de este escepticismo cívico se agitaban como violentas tempestades. Entonces se producía uno de esos sobresaltos de la opinión pública, tan apática de ordinario, que sorprendía á los bandos políticos y á sus jefes. Estos aventureros, que no temían á los dioses del cielo ni á ninguna autoridad terrestre, aún temblaban ante este poder invisible que era la opinión pública, es decir, la opinión de las clases alta y media: ningún partido se sentía bastante fuerte para violentar sistemáticamente el sentimiento de las clases poderosas por su riqueza, por su número y por su cultura. Por eso Pompeyo, no obstante su gloria y su riqueza, había sentido escrúpulos de ofender el sentimiento republicano de Italia, y el riquísimo é influyentísimo Craso procuraba que se olvidasen sus intrigas de los años precedentes. Cuanto á César, partió para la Galia con el ánimo de obtener grandes victorias y conquistar la admiración de esta clase, ante la que estaba tan desacreditado por su vida desordenada, por sus deudas, por su venalidad, por las violencias demagógicas de los últimos años, por la revolución radical del consulado. ¡Cuántas contradicciones en esta época singular!

Pero si análogas contradicciones atormentan y disgregan á la civilización moderna, la antigua Italia corría riesgo de sucumbir. El escepticismo político de las naciones civilizadas y su poco amor por las armas no parecen—por el momento al menos—amenazar á la raza blanca en su existencia misma, porque la condición vital de las democracias mercantiles de nuestra época reside en un esfuerzo tal, que la lucha del hombre contra la naturaleza supera á la lucha del hombre contra el hom-

bre, esto es, en la industria que se ingenia en utilizar las fuerzas de la naturaleza del modo más provechoso. La lucha del hombre contra el hombre superaba á la lucha contra la naturaleza en el esfuerzo por fundar la democracia mercantil de la antigua Italia. Tras las analogías que acabamos de observar, conviene estudiar también esta diferencia esencial nacida de que el mundo antiguo era más pobre, menos instruído, menos poblado y que producía menos. Una burguesía mercantil semejante á la que entonces se formó en Italia puede constituirse hoy en cualquier pequeño país sin defensa, como Bélgica, así como en una gran nación marítima y conquistadora como Inglaterra ó en una inmensa democracia nacida como los Estados Unidos en un continente casi desierto, ó en una monarquía guerrera como Alemania, fundada sobre las tierras más estériles de Europa. En efecto, basta que un pequeño número de hombres activos é ingeniosos constituyan una aristocracia industrial, acumulen cierto capital, lo empleen atinadamente y ofrezcan por todas partes trabajo á los obreros. Si los brazos faltan en el país, los obreros acuden de lejos. Voluntarios surcan el Océano en busca del trabajo; lo aceptan por penoso que sea; descienden á las entrañas de la tierra; pasan toda su vida sobre un frágil esquife vogando sobre el mar; permanecen todo el día, desde que amanece hasta que se pone el sol, en el antro de los Cíclopes, ante los hornos donde el hierro se liquida, obedeciendo al código autoritario de la disciplina industrial que no han contribuído á redactar. Así sufren en las fábricas de los Estados Unidos una muchedumbre de obreros cosmopolitas que han emigrado voluntariamente de todas las partes del mundo. En la antigüedad

ocurría de otra manera: para fundar una burguesía mercantil necesitábase un vasto imperio y una supremacía militar. Había en Roma muchedumbres de esclavos y de libertos orientales, germanos, españoles, escitas, que trabajaban para los burgueses ricos ó de holgada posición; pero éstos, lejos de abandonar voluntariamente su patria como los obreros que emigran á América, habían sido conducidos por la fuerza á Italia. Luego la causa esencial de esta diferencia consiste en que la tierra no estaba bastante poblada y en que la vida era demasiado sencilla por esta época. En la civilización moderna, el género de vida de las clases sociales va de la miseria á la riqueza, pasando por una gradación muy lenta de necesidades, de placeres, de lujos innumerables, de suerte que en cada clase, aún entre las obreras, hay de hombre á hombre, de oficio á oficio, diferencias de necesidad y lujo tan grandes como entre las diferentes clases. Esta múltiple gradación es el instrumento delicadísimo y poderosísimo con que una burguesía capitalista puede atraer en los tiempos modernos hombres que la sirvan, aún de los países más remotos. Realmente, en nuestro mundo tan populoso y ávido de goces, siempre es posible estimulando la voluntad con una recompensa proporcionada, encontrar hombres que, para subvenir á sus necesidades, para obtener un poco más de placer y de lujo, consientan en aprender y realizar los trabajos más penosos y difíciles, los que exigen más disciplina é imperio de sí mismo. Al contrario, en la antigüedad había muchos menos matices entre las diferentes necesidades: de un lujo raro que sólo era asequible á los ricos, se pasaba bruscamente á las necesidades más elementales del pueblo, que se alimentaba

sobriamente y sólo gozaba en punto á placeres de un poco de amor, alguna bebida fuerte y alguna fiesta gratuíta ofrecida por los sacerdotes, por los ricos ó por el Estado. Poseyendo menos necesidades, el artesano libre de Oriente era menos activo y emprendedor que el obrero moderno, y si la población aumentaba y la vida resultaba más cara, permanecía en su país. No disponiendo de los medios ni del deseo de mejorar su situación, nada le inducía á afrontar los peligros y trabajos de una lejana emigración y á trabajar por un amo extraño. Los aventureros y vagabundos de todos los países, acudían en gran número y por propio dictamen á Roma; pero los trabajadores no iban, á menos de que se les llevase por la fuerza. Por estas razones fué la esclavitud una institución esencial del mundo antiguo, y no porque hubiese mucha tierra libre, como pretende Loria, pues en realidad no había entonces en todo el imperio una pulgada de tierra que fuese libre. Además, la esclavitud incitaba á realizar conquistas y á hacerlas necesarias. Los prisioneros, que son hoy un obstáculo, indemnizaban en parte los gastos de la guerra, y los romanos se mostraron más audaces y ambiciosos en sus conquistas á medida que necesitaron de más esclavos. Una de las razones por qué fueron tan populares las conquistas de Lúculo, es por aumentar la abundancia de esclavos en los mercados de Italia, que tenían necesidad de brazos.

Cuando una burguesía capitalista é industrial prospera en un país, la población aumenta de tal suerte que el territorio circundante no basta para sostenerla. Tal ocurre hoy en muchos países de Europa, y eso ocurría entonces en Roma. Pero en nuestros días el co-

mercio privado provee fácilmente á esta necesidad, porque los medios de transporte son fáciles y poco costosos, y porque en los países nuevos donde la población no es densa y son muy fértiles, hay hombres que participan de nuestra misma civilización, de las mismas necesidades, y que todos los años cosechan más trigo del que necesitan. Están, pues, dispuestos á ofrecernos sus trigos á cambio de nuestros productos industriales; y nos los ofrecen tan abundantes, que muchos países industriales rechazan buena parte de ellos fijando un derecho de importación sobre los cereales. Para un hombre de la antigüedad que volviese á la vida, no habría nada tan incomprensible como los derechos sobre los trigos. Antaño apenas había país que no tuviese el trabajo de producir su trigo necesario; y aun aquéllos que como Sicilia, Egipto ó Crimea obtenían de ordinario abundantes cosechas, deseaban conservar sus provisiones. Los países capitalistas, lejos de contener la importación, procuraban favorecerla, y se esforzaban, sobre todo, en extender su poder por los países amados de Ceres, para recibir el trigo cuando se les antojase (1). En efecto, el abastecimiento de Roma era uno de los problemas más importantes de la política romana, desde que la ciudad comenzó á ser una metrópoli mundial. Era ésta también una de las razones por que la democracia mercantil de la antigüedad resultaba favorable á la política de conquista.

Los progresos de una democracia mercantil, estaban entonces determinados como hoy por el aumento progresivo de las necesidades de generación en generación,

(1) Véase el apéndice A.

y por el aumento del número de los que deseaban vivir más ricamente. Hemos confirmado este progreso de generación en generación durante ciento cincuenta años: desde la generación que florecía al terminar la guerra contra Aníbal hasta la de César. Cada cual, al mirar en torno, puede observar idéntico fenómeno en la civilización moderna. Pero los instrumentos de producción de que disponemos son tan potentes y tan grande la riqueza acumulada ya por los hombres que, mientras la energía de los que gobiernan la industria de una democracia mercantil no se agote, es fácil satisfacer las necesidades crecientes de las nuevas generaciones consumiendo una parte de la riqueza producida, no para satisfacer las necesidades presentes, sino para producir otra riqueza. Estas aristocracias industriales sabrán extraer del seno fecundo de la tierra todo lo necesario para aumentar la producción, así en los metales preciosos empleados en los cambios, cada vez más frecuentes, que en las provisiones de cereales y primeras materias. Los metales preciosos, sobre todo, son tan abundantes y se prestan con tanta facilidad, que los que prometen devolverlos pagando un ligero interés, los encuentran siempre. Al contrario, en el mundo antiguo, donde la producción era más lenta y menos abundante, los deseos de las generaciones crecían antes que los medios de satisfacerlos; las democracias mercantiles carecían de los medios necesarios para aumentar la producción y el consumo, y sufrían singularmente de la penuria de los metales preciosos. En efecto, del 70 al 60 antes de Cristo, cuando Italia ejercía la usura en toda la cuenca mediterránea y Roma era el Londres del mundo antiguo, la metrópoli financiera donde los so-

beranos y las ciudades de toda la región mediterránea acudían á realizar sus empréstitos, padecíase constantemente de la cantidad insuficiente de metales preciosos; la gente se quejaba del interés demasiado alto del dinero; se pretendía impedir su exportación; se demandaba la abolición de las deudas. La necesidad del dinero aumentaba con más rapidez que el dinero, tan rápidamente que no se sabe lo que hubiese ocurrido si, para satisfacerlo, no se hubiese añadido á la usura la guerra, el saqueo de todos los tesoros propiedad de los templos, de los palacios de los reyes, de las casas de los ricos, y esto lo mismo entre los pueblos civilizados que entre los bárbaros. La guerra activaba la circulación de los capitales, que era demasiado lenta para los impacientes deseos de una burguesía en formación, realizando así una función vital que ya no realiza hoy.

La pobreza, la escasez de población, la poca fuerza productiva del mundo antiguo hacían, pues, que no pudiera constituirse una burguesía capitalista sin la lucha del hombre contra el hombre. Además, por las destrucciones y terribles desgastes que ocasiona, la guerra impedía que la población aumentase en todos los países, que la industria progresase, que la riqueza se multiplicase, aunque en cierto sentido causase menos daños que hoy, por lo mismo de que costaba menos. La contradicción era irreductible, y los contemporáneos de César no podían salir de este fatal círculo férreo. Mientras que para agrandar el imperio necesitaban de un ejército y de un gobierno fuertes—como los Estados Unidos, Alemania ó Francia necesitan hoy de una industria poderosa y complicada,—el ejército y el

gobierno, todos los servicios públicos, desde los más humildes hasta los más esenciales, se encontraban en un desorden tanto más espantoso por lo mismo de que en Roma todas las magistraturas eran electivas y no había una burocracia estable semejante á la de los Estados modernos que, entre la lucha de los partidos, continúa realizando casi mecánicamente las más esenciales funciones públicas. En Roma las casas hasta se quemaban y caían en ruínas mientras los ediles se ocupaban en organizar los juegos. El agua era insuficiente: se había construído el primer acueducto en el año 312 antes de Cristo, el segundo en el 272, el tercero en el 144, el cuarto en el 125; pero luego ya no pensó el gobierno en proveer á las necesidades de la población, que había aumentado mucho (1). Los navíos que abastecían á Roma tenían que anclar en la rada natural de Ostia, que era pequeña, poco segura, y no se había limpiado (2), ó bien tenían que remontar el Tíber y descargar sus mercancías en el *Emporium*, los *docks* de aquel tiempo, construído en el 192 y en el 174, al pie del Aventino, donde están ahora el Lungo Tevere dei Pierleoni y el Lungo Tevere Testaccio (3). Las calles de Roma no eran más seguras que los bosques habitados por bandidos: amén de los asesinos (4) y ladrones que las infestaban, los carros, los escombros, los incendios, las casas que se desplomaban súbitamente amenazaban

(1) Lanciani, *T. R. A.*, págs. 255 y sig.

(2) Jordán, *T. R.*, I (3er. p.), 429.

(3) Jordán, 431.

(4) Sobre la frecuencia de los homicidios en Roma, véase el curioso pasaje de Varrón, *R. R.*, I, LXIX, 3.

á los viandantes. La anarquía del gobierno respondía al desorden de la metrópoli. Desde que en la sociedad italiana se hubo formado una variedad de aptitudes, de deseos, de ocupaciones análogas á la que admiramos en nuestra sociedad contemporánea, el Senado se convirtió poco á poco—como los parlamentos modernos—en un *club* de nobles, de *dilettanti* de la política, de hombres de negocios, de abogados ambiciosos, de escritores, de políticos profesionales, que se detestaban recíprocamente, y que diferían unos de otros por su origen, por su clase, por sus tradiciones, por sus ideas, por su profesión: cada cual poseía, pues, sus ambiciones, defendía los intereses de su clase, de su partido, de su clientela. El Senado era así—como lo son casi todos los parlamentos europeos—un instrumento del que se servían todas las fuerzas sociales que fuera de él se disputaban la dominación del imperio y que, excepto la burocracia y la gran industria, eran entonces casi las mismas que hoy: alta finanza, grande y pequeña propiedad, tradiciones aristocráticas supervivientes, ambición y codicia de la clase media, militarismo, demagogia. Así transformado, este cuerpo aristocrático ya no poseía fuerza; ya no gobernaba; abandonaba toda la administración pública á la rutina de la tradición y á la violencia revolucionaria de las facciones. Cuando Italia se había convertido en la metrópoli financiera del Mediterráneo, el Senado seguía sin acuñar otra moneda que la de plata; los innumerables préstamos que se negociaban en Roma hacíanse en monedas extranjeras ó en lingotes. Sólo los generales que poseían el derecho de batir moneda para pagar á sus soldados, se pusieron á acuñar oro; pero cada cual ponía en él un título y

una efigie particular (1). Las finanzas del Estado estaban en perpetua confusión, como ocurre hoy con las de Turquía. Nada se hacía ya para combatir á la piratería, algo atenuada, es cierto, desde la caída de Mitrídates y la conquista de Creta y Siria. El bandolerismo infestaba todas las regiones del imperio. Cosa aún más inaudita para un imperio militar, el ejército estaba completamente desorganizado. La antigua milicia nacional se había transformado en ejército mercenario, y hubiera sido preciso establecer un método de instrucción militar para los reclutas; pero nadie pensaba en eso. Las legiones abandonadas en las remotas fronteras solían reducirse á la mitad escasamente del que debía ser su efectivo verdadero (2). Se cambiaba de generales todos los años, si puede llamarse generales á estos políticos que de tiempo en tiempo dejaban el foro para tomar precipitadamente el mando de un ejército, acompañados de un grupo de amigos que hacían de oficiales superiores, sin conocer nada del arte que iban á enseñar á sus soldados: sólo sabían lo que habían leído en un manual griego, mucho más preocupados de buscar en la provincia una buena colocación de sus capitales que de estudiar táctica y estrategia. Y todos regresaban al poco tiempo. El mismo César fué á tomar el mando de cuatro legiones sin poseer más práctica de la guerra que el sitio de Mitilene y las pequeñas *razzias* que había dirigido en España durante el 61. Solamente los centuriones escogidos en la milicia común conocían algo el oficio de las armas. Hasta la constitución de los

(1) Mommsen, *R. M. W.*, 400 y sig.
(2) Rüstow, *H. K. C.*, 3.

ejércitos se había hecho defectuosísima, pues sólo se componían de infantería. Los jóvenes de las familias ricas formaban antes los cuerpos de caballería; pero los jóvenes preferían ahora prestar el dinero en provincias, al cuarenta por ciento, ó disfrutar en Roma de la fortuna que sus padres habían acumulado; además, aunque todos hubiesen sido soldados, aún no resultaría suficiente número de caballeros: Roma, pues, estaba obligada á tener una caballería bárbara de tracios, de galos, de germanos, de españoles, de númidas; y para mandar á estos escuadrones los generales romanos tenían que valerse de intérpretes. En suma, hasta las conquistas hacían á la nación inhábil para la guerra; y esta época militar de Roma corresponde tan exactamente á nuestra época industrial, que las virtudes militares languidecían entonces como languidecen hoy.

Difícil es encontrar en la historia un estado que haya realizado tan gran esfuerzo de dominación siendo tan débil desde el punto de vista político como desde el militar. El Senado, que según la constitución, tenía que haber sido el órgano de la política extranjera, no tenía servicio de información regular ni agentes que conociesen bien los principios y las tradiciones que debían de observar en los casos difíciles y variadísimos que se presentaban. Absteníase de deliberar cuanto le era posible y diferiría siempre las decisiones, ateniéndose constantemente á la vaga tradición de prudencia que remontaba á los tiempos de Escipión el Africano, por lo cual Roma sólo con repugnancia y por verse á ello obligada había agrandado su imperio en el espacio de un siglo. Sin embargo, Lúculo y Pompeyo habían demostrado que esta tradición ya no correspondía á las nuevas con-

diciones del mundo y á las necesidades nuevas. Roma, pues, se dejaba sorprender siempre por acontecimientos como los de la Galia; los numerosos Estados tributarios ó aliados se les abandonaba á su propia suerte, sin que nadie se preocupase de continuar las relaciones comenzadas con sus jefes ni vigilar á éstos; la política con tales Estados y con los Estados independientes variaba de año en año, según el capricho de los gobernadores enviados á las provincias fronterizas. Frecuentemente, en el momento decisivo, los más graves negocios se abandonaban al azar.

Este increíble desorden de la política exterior nos explica en gran parte el éxito del partido popular. El consulado de César parece haber terminado, en beneficio de este partido, la lucha comenzada en el 70, pues el gobierno no residía ahora en la curia, sino en el atrio ó en el cubículo de los palacios de Pompeyo y de Craso, en la tienda ó en la litera de César, que erraba al través de la Galia. César, Pompeyo y Craso se entendían para administrar el imperio en el interior como en el exterior; para distribuir los cargos, elaborar las leyes, discutir los gastos del presupuesto público, haciendo que aprobasen todos los bandos electorales de Clodio y algunos senadores complacientes, que, en sesiones casi desiertas continuaban la ficción del gobierno parlamentario, recurriendo para su correspondencia, su contabilidad, sus estudios, sus intrigas á la ayuda de sus esclavos más inteligentes y hábiles. Éstos se convertían así en los empleados irresponsables de este gobierno irresponsable compuesto de tres individuos. Á pesar de sus defectos, el partido democrático triunfaba por haber comprendido antes que el partido

conservador la importancia de lo que Lúculo había realizado en Oriente; por haber advertido que el imperialismo agresivo y la iniciativa personal de los generales correspondía mejor á las nuevas necesidades que el viejo pedantismo constitucional; porque prometía comunicar y en parte había comunicado ya, á la política exterior, la energía que hacía tiempo le faltaba. ¿Pero cómo la enorme máquina del imperio podía moverse con el frágil apoyo de las sociedades obreras de Roma y la dirección de tres personajes tan diferentes? ¿Eran estos hombres tan superiores á sus conciudadanos que pudiesen repartirse el inmenso Imperio, herencia de tantas generaciones? Pompeyo era un gran señor inteligente, pero agotado por la misma saciedad de los honores, por su inmensa riqueza, por una pasión inesperada que se había encendido á su edad madura por la joven y graciosa Julia; un gran señor persuadido de que era un grandísimo hombre, que se prestaba gustoso á gobernar el mundo, pero á condición de que no se le obligase mucho á abstenerse de sus gustos y placeres. Craso era hombre más firme y tenaz, un ambicioso insaciable de poder y de riqueza, que no contento de poseer tantos esclavos, casas, créditos, oro, tierras, minas, volvía á meditar sus antiguos proyectos de una gran empresa guerrera que le hiciese el igual de Lúculo y de Pompeyo, y que le compensase de sus anteriores fracasos; pero, fuera de su familia, era un terrible egoísta que se preocupaba menos del orden ó del desorden del Imperio que de la salud de sus hijos ó de un leve error en su contabilidad privada. Cuanto á César, nadie podía entonces formular sobre él un juicio imparcial. Este patricio que poseía tan hermoso talento literario,

que hablaba y escribía admirablemente, que había estudiado y aprendido con rapidez tantas cosas, desde la astronomía hasta la estrategia, y que había comenzado la política con moderación y buen sentido, defraudó luego las esperanzas de todas las personas serias. ¡Había revelado tanto cinismo en contraer deudas enormes, en venderse, en cambiar uno y otro día de programa y de ideas, en aportar á la política las intrigas de las mujeres; había excitado con tanta violencia á la plebe contra los ricos y contra los nobles! ¡Con qué audacia, él, jefe del partido de los pobres que pretendía poner término á los abusos de los grandes capitalistas, había osado venderse á ellos en uno de los negocios más sucios del tiempo, el de la reducción del arriendo en los impuestos de Asia! ¡Y era un hombre tan poco serio el que partía para la Galia á emprender guerras y conquistas! No poseía ninguna práctica de la guerra; todos sabían en Roma que ni siquiera gozaba de salud; que era de un temperamento delicado y enfermizo, y que estaba afectado de epilepsia. Los contemporáneos que referían todos los acontecimientos á la obra de un escaso número de hombres, ni siquiera podían explicarse cómo los acontecimientos habían obligado fatalmente á César á volver el rostro, por decirlo así, á sus más sabias intenciones, á sus proyectos más hermosos, á sus más altas aspiraciones. Este hombre, al que casi todos los historiadores modernos consideran con excesiva ingenuidad como predestinado desde su infancia á realizar por sí solo la conquista del mundo y cuya vida describen como un esfuerzo consciente, razonado y directo hacia el supremo objetivo de una ambición tan inmensa, había sido hasta entonces, y más que cualquier otro hom-

bre de su tiempo, el juguete de los sucesos: por ellos había estado constantemente obligado á obrar en contra de sus intenciones. Dotado de admirable inteligencia científica y artística, lleno de imaginación, de actividad, de ambición, buscaba siempre, hasta en la política, la fuerza y la belleza de la armonía y del equilibrio. En efecto, había comenzado siendo el campeón de una democracia que se hubiese compuesto de hombres cultos y distinguidos, ambicionando ser él un Pericles romano, que se preparaba para gobernar un vasto imperio estudiando en las escuelas de elocuencia, de arte y de elegancia. Pero la pobreza de su familia y los progresos de la indiferencia política en las altas clases habían arruinado su hermoso proyecto. Tuvo que contraer deudas para darse á conocer; luego venderse á Craso cuando la democracia se cambiaba en demagogia. Había incurrido en el odio de los grandes y, perseguido sin piedad, tuvo que defenderse, buscar la ayuda de las clases pobres y recurrir á todos los expedientes para obtener dinero, hasta convertirse por sucesivas gradaciones, en político de oficio, en demagogo, en hombre de negocios. Múltiples veces, vivo é impresionable como era, había perdido su moderación en el furor de la lucha, persiguiendo con violencia á sus enemigos, y revelando una audacia escandalosa. Sin embargo, nunca se había dejado arrebatar completamente, sabiéndose refrenar siempre en el momento que parecía caer en una locura irreparable: tan profundos eran en él los instintos de prudencia y moderación, aún entre el tumulto de esta época conturbada.

Todavía entonces el destino le empujaba por esta misma vía flaminia que el primer jefe de la democracia

romana, había abierto al porvenir, para terminar la gran obra comenzada por Cayo Flaminio y continuada por Cayo Graco y Cayo Mario. Sin embargo, su único objetivo yendo á la Galia era de reconquistar mediante hermosas victorias la admiración de las altas clases que una sucesión de fatales circunstancias le había enajenado (1). La ley de la vida era entonces la misma de todas las edades, y los grandes hombres de aquella época no ignoraban menos que los de las demás épocas, la obra histórica de que iban á ser instrumentos y al mismo tiempo víctimas; como todos los otros séres iban á ser juguetes de lo que podemos llamar el Destino de la Historia y que sólo es la coincidencia y la precipitación imprevista de los acontecimientos y la manifestación de ocultas fuerzas. Esta manifestación iba á ser terrible precisamente para los tres hombres que se habían unido con objeto de ser dueños del imperio. Si estos hombres se habían elevado tan alto, si la gloria, la riqueza, la ambición, la inteligencia, la fortuna, les habían otorgado un poder que aumentaba á medida que las instituciones de la antigua república se cuarteaban con los progresos del escepticismo político de las altas clases, tampoco ellos habían de eludirse á la ley universal que preside á toda la historia del mundo. Pronto había de llegar el día en que su grandeza les obligase á asumir responsabilidades y cargos superio-

(1) Las intenciones que Mommsen, *R. G.*, III, 222, atribuye á César me parece que proceden de la fanática admiración que por él siente. Esas intenciones son demasiado profundas. La manera como César dirigió la guerra contra los galos demuestra que en sus actos siempre respondía á inmediatos motivos.

res á sus fuerzas, así como entonces gozaban de honores superiores á su mérito. El obscuro Destino les reservaba á todos trágicas sorpresas. Sólo entre tanto desorden, Lúculo, el hombre más extraño de la historia, el de los vastos y suntuosos jardines del Pincio, desde el alto paraje donde hoy está el *belvédère* de la *villa* Médicis, podía ahora, al mismo tiempo que filosofaba con los sabios griegos, contemplar en paz á Roma, que se extendía á sus pies como un inmenso mar agitado contínuamente por las mareas y por las tempestades. Habíala abandonado por siempre; vivía en una atmósfera de luz y de calma, en un delicioso islote de placer y de reposo: él sólo amaba á Eutanasia, la diosa de la muerte tranquila. Este genio singular, este feliz solitario llegaba al crepúsculo de su jornada terrestre luego de haber realizado una gran misión histórica; y mientras que se preparaba la trágica catástrofe del nuevo imperialismo que había creado, sólo él, entre los grandes hombres de su tiempo, podía dormir apaciblemente en brazos de la diosa silenciosa.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

# TABLA DE MATERIAS

Páginas

## V

### SILA Y LA REACCIÓN CONSERVADORA EN ROMA



## VI

### LOS COMIENZOS DE JULIO CÉSAR

Páginas



VII

LA CONQUISTA DE BITINIA



VIII

MARCO LICINIO CRASO

XI

CAÍDA DE LÚCULO



XII

MARCO TULIO CICERÓN



XIII

EL PROYECTO DE LA CONQUISTA DE EGIPTO

XIV

DE CÓMO CÉSAR SE HIZO DEMAGOGO



XV

CATILINA

Páginas



XVI

TOMA DE JERUSALÉN

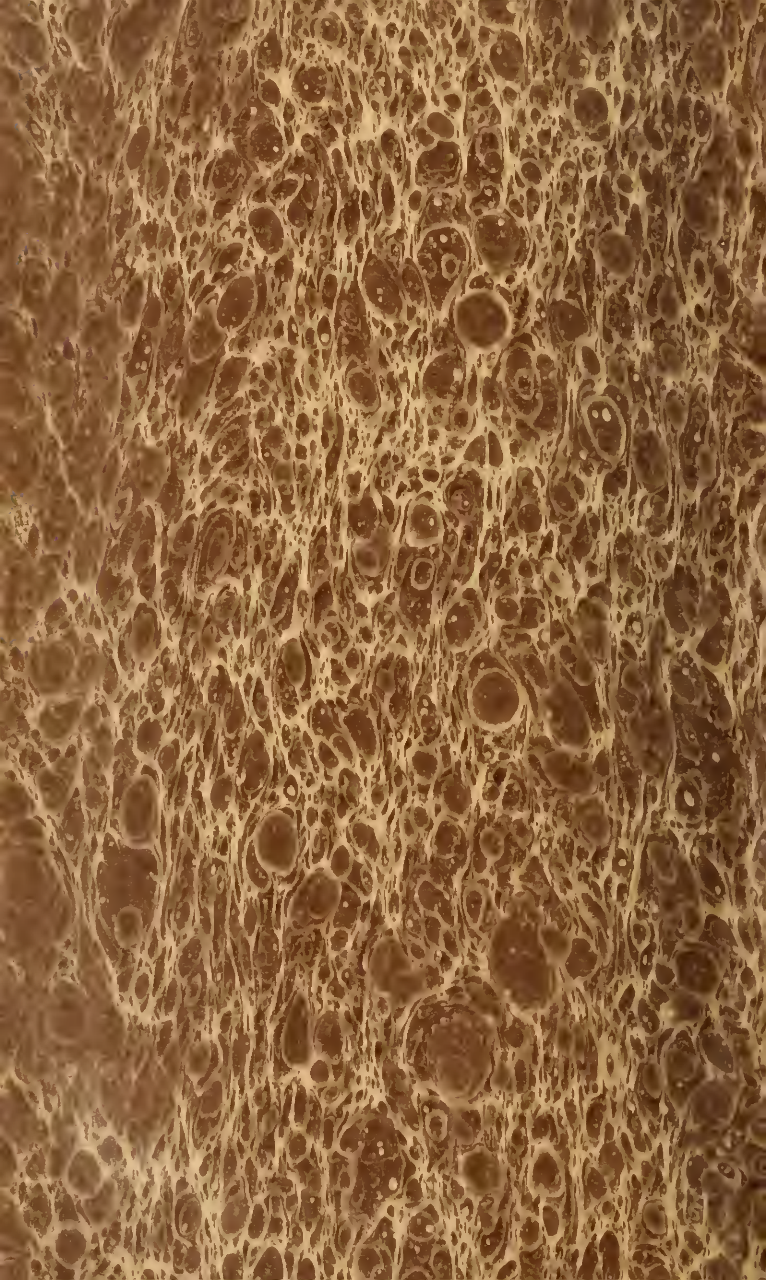


XVII

EL MONSTRUO DE TRES CABEZAS

---

Al final del segundo volumen encontrará el lector un índice explicativo de las abreviaturas empleadas en las citas, y tres apéndices críticos: *a)* sobre el comercio de los cereales en la antigüedad; *b)* cronología de las guerras de Lúculo; *c)* Pompeyo, Craso y Cesar, del 70 al 60.




UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 746 136 1

